Lucian Boia

Entre el ángel y la bestia



EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Hubo un tiempo en que los occidentales, incluso los más sabios, creían en la existencia de hombres cinocéfalos, en patagones de cuatro metros de alto, en Amazonas o en mujeres peces. Algunos aseguraban haber visto todo esto, y describían y dibujaban. A fines del siglo diecinueve había exploradores que buscaban, en el centro del Africa, a los ñam-ñam, antropófagos con cola. Cuando ya la superficie de la Tierra entregó todos sus misterios, científicos y novelistas poblaron las entrañas del globo, y también los planetas y los astros, con criaturas que nos devuelven una imagen extraña y perturbadora de nosotros mismos. Desde el viejo Homero hasta los aficionados a los extraterrestres, desde el Cíclope hasta el Marciano, la invención de tipos humanos imaginarios, y no obstante sentidos como reales, nunca ha dejado de operar.

Lucian Boia, en *Entre el ángel y la bestia* vincula esta sorprendente galería de retratos con los conocimientos y sobre todo con los fantasmas de cada epoca: del buen salvaje al peligro amarillo, de la sirena al mutante, del hombre elefante al yeti, se trata de diversas imágenes del otro, imágenes que son, por cierto, una manera de preguntarse por la humanidad o de ponerla en duda.

Lucian Boia catedrático de historia en la universidad de Bucarest, se ha especializado en el estudio de las mitologías. Ha publicado numerosos libros en francés, entre ellos, *La exploración imaginaria del espacio* (1987) y *El fin del mundo una historia sin fin* (1989).

ENTRE EL ANGEL Y LA BESTIA

LUCIAN BOIA

ENTRE EL ANGEL Y LA BESTIA

El mito del hombre diferente desde la Antigüedad hasta nuestros días

Traducción de Andrea Morales Vidal

EDITORIAL ANDRES BELLO
Barcelona • Buenos Aires • México D.F. • Santiago de Chile

Título de la edición original:
Entre l'ange et la bête

Edición original:
Plon, Paris, 1995

Traducción:
Andrea Morales

Diseño de portada: Enrique Iborra

Av. Ricardo Lyon, 946, Santiago de Chile

Editorial Andrés Bello Española
Rosellón, 184, 4º 1ª - 08008 Barcelona
http://www.ANDRES-BELLO.COM

ISBN: 84-89691-08-8
Depósito legal: B-14426-1997

Impreso por Romanyà Valls, S.A. - Pl. Verdaguer, 1 - 08786 Capellades

Printed in Spain

INDICE

INTRODUCCION

Vivimos rodeados por una multitud de humanidades diferentes. Los Otros están por todas partes: en el transcurso de los tiempos y en todas las regiones del universo. Habitan las galaxias más lejanas; habitan también nuestras ciudades. ¿Son seres de carne y hueso? ¿O sólo quimeras? Reales o imaginarios, o reales e imaginarios a la vez, lo que cuenta es su presencia, y esta presencia es real. Se mezclan con nuestra vida y participan de nuestra historia. Inventados en todos sus detalles o transfigurados a partir de un prototipo real, extraen su fuerza de la substancia etérea e invasora de la imaginación.

La imaginación es más poderosa y persistente que el mundo concreto. Sus estructuras sutiles atraviesan los siglos. Los mitos son a veces indestructibles; resisten los asaltos del tiempo mucho mejor que cualquier creación material. El imaginario abarca el amor y el odio, todo el espectro de las creencias, la búsqueda de la verdad, la invención del futuro...

El Hombre Diferente constituye una de las creaciones del espíritu más extendidas y más tenaces. Es una creación multiforme, capaz de cambiar de rostro sin cesar. Esos rostros y su sorprendente diversidad despiertan la atención: cada uno en particular, más que la propia especie. Amazonas o extraterrestres, cinocéfalos o mutantes, salvajes o superhombres, cada variedad es objeto de una búsqueda particular. El catálogo de los Otros es inmenso: hacía falta reunir las variedades de la especie y proponer una reflexión sobre el hombre diferente en singular. Nos hemos concentrado principalmente en el imaginario occidental, pero el mismo juego de alteridades se

encuentra en todo el mundo. De este modo, se vuelve legítimo y posible establecer modelos y una tipología.

Recurrir al modelo nos permitirá resolver buen número de enigmas. ¿Qué quieren de nosotros los extraterrestres? ¿Qué buscan los hombres salvajes en el corazón de nuestro mundo tecnológico? ¿Cómo un ser real puede elevarse a la condición de superhombre, o verse rebajado a la de subhumano? Estas figuras no han surgido de la nada; sólo continúan una historia antigua y se someten, dócilmente, a un arquetipo tan viejo como la civilización.

Estamos invitados a un largo viaje iniciático. La exploración del mundo debe mucho al hombre diferente. ¿Quién se hubiese lanzado al asalto de un espacio desierto? ¿Quién hubiese ido en busca de un Otro idéntico a nosotros? ¿Qué sería de los bosques sin sus leyendas, de Marte sin los marcianos, y qué de nosotros sin la esperanza de convertirnos un día en algo diferente? En busca del Otro, el hombre ha cruzado océanos, ha explorado ríos e islas lejanas, ha bajado al centro de la Tierra y ha volado hacia planetas y galaxias, sondeando el curso entero del río majestuoso de los tiempos.

Viajes reales, viajes imaginarios. Respondiendo a llamadas venidas desde lejos, el hombre ha acabado por apropiarse de la Tierra y ha dado sus primeros pasos en el espacio cósmico que lo rodea, pero, simultáneamente, ha visitado una infinidad de mundos paralelos. Gracias al hombre diferente, el universo se ha multiplicado, se ha vuelto incomparablemente más rico y cargado de sentido que el mundo material y tangible en que vivimos la vida "real".

Esta larga búsqueda, finalmente, es sólo un viaje al interior de nosotros mismos. El hombre diferente es una proyección. En sus innumerables materializaciones, encarna la gama completa de nuestros fantasmas, de nuestros prejuicios, ideales e ilusiones, de nuestras virtudes y nuestros vicios. Nos invita a un auténtico descubrimiento: el del espíritu humano.

I

PRESENTACION DEL HOMBRE DIFERENTE

Un concepto clave: la alteridad radical

El hombre no recorre los caminos de la Historia a solas. Lo acompaña una multitud carnavalesca en la que se destacan máscaras de sorprendente diversidad. Hombres salvajes macizos y velludos se dan la mano con frágiles marcianos de rostro espiritual. Seres humanos con cabeza de perro se dirigen ladrando a personajes desprovistos de cabeza que llevan el rostro dibujado en el pecho. Es una diversidad que no excluye cierto aire de familia. Más allá de las máscaras se adivina la misma esencia humana: se trata del ser humano diferente en sus innumerables encarnaciones.

No hay nada más permanente y obsesionante que la imagen del Otro. Todos somos diferentes, cada cual en relación a sus semejantes. El Otro, su imagen, sus imágenes, son omnipresentes y están inscritas en una malla que reúne y al mismo tiempo singulariza a todos los actores de la aventura humana.

El hombre diferente participa en este juego tan viejo como la humanidad. Su posición es sin embargo particular, pues se trata de distinguir entre dos figuras fundamentales del Otro –el próximo y familiar, y aquel lejano y extraño–; elegir, en fin, es decidir entre dos formas de alteridad: la ordinaria y la radical.

La primera es corriente y trivial. Pone de relieve, por un procedimiento de simplificación y amplificación, una serie de rasgos biológicos y culturales que se inscriben indiscutiblemente

en el seno de la especie humana. La mujer respecto del hombre, el chino respecto del europeo, el nómade respecto del sedentario, el campesino ante el habitante urbano, la persona sana frente a la enferma, el proletario frente al burgués, el ingeniero frente al poeta: el juego semejanza–desemejanza, con sus infinitas variaciones, está bien anclado en el espíritu humano y en el alma de las sociedades.

Pero de la mujer al salvaje, o del chino al marciano, la distancia es considerable y esencial. El espacio que separa a un ser de carne y hueso de un fantasma, o por lo menos de un personaje de existencia incierta, conforma la transición de la alteridad ordinaria a la radical: esta última caracteriza al hombre diferente.

Para asir al personaje de mil rostros, a veces incluso sin rostro, estamos obligados a desplazarnos hacia los confines del perímetro humano y más allá, y penetrar en una zona de contornos imprecisos en que se trasgreden constantemente las normas generalmente admitidas de la condición humana.

Por lo tanto, la alteridad radical supone la existencia de especies humanas distintas de la especie humana normal. Los dos componentes del sintagma "hombre diferente" o "ser humano diferente" tienen igual fuerza: ser humano, pero diferente; diferente, pero ser humano.

Aunque las dos formas de alteridad se sitúan a distancias apreciables, en regiones distintas del universo y del espíritu, no las separa ninguna frontera precisa ni definitiva. Se dibuja una zona de contacto y la frontera pasa por donde se quiere que pase. Se desplaza sin cesar, es extremadamente sensible a la evolución de las mentalidades, las ideologías, los proyectos, los sueños expresados por cada época y cada civilización. ¿Quién se atrevería en la actualidad a revestir a la "raza negra" de los atributos de una alteridad radical? Pero no está lejano el tiempo –los siglos dieciocho y diecinueve– en que el negro era considerado de buena fe como un ser situado a medio camino entre el hombre y el animal. Biológicamente, no ha habido variación de un siglo al otro; pero la frontera de la alteridad se ha desplazado.

Cuando se trata del Otro, siempre está presente el imaginario. En la alteridad ordinaria, la imagen supone una interpretación más o menos deformante de una cierta realidad biológica, histórica y cultural. La alteridad radical va mucho más lejos: construye sin ningún apoyo material o, en rigor, utiliza la materia existente como simple pretexto. Lo que equivale a decir que el hombre diferente pertenece por entero al campo de lo imaginario. Es la criatura del hombre, la secreción permanente de su espíritu, emanada de la interminable confrontación con los dioses y la naturaleza, de una lucha encarnizada por completar la creación. O, sencillamente, para rehacerla. En el hombre diferente se expresa el lado prometeico del ser humano.

Si se compara el mundo real con el mundo imaginario, debemos aceptar que el hombre está en su derecho de sentirse orgulloso. Su galería de seres diferentes se destaca por una riqueza y una fantasía susceptibles de hacer palidecer a los productos en serie del universo "verdadero". A través de los Otros, el hombre se ha tomado revancha, se ha reinventado, atribuyéndose una multitud de caras y de almas, de vidas y experiencias nuevas.

¿Fantasmas? Sin duda, pero fantasmas que no son menos poderosos y apremiantes que las manifestaciones del mundo "concreto". El hombre depende en igual medida del peso de la materia y de los productos etéreos de su propio espíritu.

La fábrica de hombres distintos ha funcionado sin cesar desde hace milenios. Puede presentar un catálogo bien provisto y recetas de fabricación largamente probadas, en las que se distinguen cuatro grandes metodologías, cada una diversificada en una multitud de variantes y estrechamente vinculada con las otras. Su objeto es el cuerpo, el espíritu, el comportamiento y, finalmente, el engranaje social de las humanidades diferentes.

El laboratorio de los monstruos

La acción sobre el cuerpo, sobre la anatomía y la fisiología, nos introduce en un auténtico "jardín de las delicias" que reúne los productos de la manipulación biológica pluisecular. Se trata de un juego seductor que se ha practicado de modo constante en todas las épocas y culturas.

Un primer procedimiento alude simplemente a las dimensiones, y vemos que el hombre normal se ha visto flanqueado por una progresión de gigantes y por una fila descendente de enanos.

Un curioso grabado del *Mundus Subterraneus*, libro publicado en 1665 por el sabio Athanasius Kircher (1601–1680), nos ahorra algunos comentarios sobre las personas que sufren de gigantismo. Se representan cinco tipos humanos, individualizados únicamente por la talla. El más grande fue reconstituido a partir de un descubrimiento que produce estupor: en 1401 se encontraron en una caverna de Sicilia unas osamentas que fueron atribuidas a un hombre de doscientos codos, esto es, una centena de metros. El segundo personaje es de talla más modesta: 60 codos (unos treinta metros). El tercero tiene 46 codos, en tanto que el cuarto, que no es otro que el famoso Goliat, con sus seis codos y medio –poco más de tres metros–, parece un pigmeo entre sus congéneres. La quinta figura es tan insignificante que apenas se ve: es un hombre, sin más.

El enanismo es aún más frecuente y diversificado que el gigantismo. Pigmeos de países exóticos, enanos europeos ocultos en las montañas, liliputenses imaginados por Swift, pequeños marcianos verdes, duendes ecologistas contemporáneos: la lista sería casi interminable. Cronológicamente, los primeros fueron los pigmeos, que hicieron una notable aparición en la literatura recibiendo sus cartas de nobleza del propio Homero. El gran poeta griego fijó una imagen que se hará bastante recurrente: el combate de estos personajes pequeños pero valientes contra las grullas (que "llevan el terror y la muerte a los pigmeos, sobre los que se dejan caer del medio de los aires": *Ilíada*, canto III). En cuanto a su talla, rondaban los tres palmos

(66 centímetros). Será la talla promedio de los enanos, aunque haya bastantes excepciones, con estaturas mayores o menores.

El segundo procedimiento juega con las diversas partes del cuerpo. De esta cadena surge una larga serie de caricaturas humanas, desde las más discretas hasta las más extremas.

Las orejas resultan maravillosamente extensibles: cuando se ha logrado la dimensión adecuada, el beneficiario puede utilizarlas para reposar o dormir, y una le sirve de sábana y la otra de cobertor.

La hipertrofia se asocia a veces a la falta o exceso de órganos. Los sciápodos tienen una sola pierna, pero, ¡qué pierna! Terminada en un pie enorme, les permite batir todas las marcas de velocidad, disponiendo en todo momento de cobijo seguro. Acostados y con la pierna en posición perpendicular, transforman su pie en sombrilla o paraguas.

Por lo general, el hombre tiene dos ojos. Pero, si es un ser diferente, es posible que tenga uno solo, como el Cíclope, que además es gigante, con lo cual presenta dos rasgos de alteridad radical. En oposición, existen criaturas con ojos suplementarios, cuatro e incluso más.

A veces hay dos cabezas sobre un solo tronco, pero también una cabeza única, dibujada de modo un tanto sumario: sin ojos, sin nariz, sin boca, sin labios... Es célebre entre todos el caso de los blemis, los hombres sin cabeza que tienen los ojos en la espalda y la boca recortada en el pecho.

En la mayor parte de los casos, las especies diferentes tienen uno u otro sexo, pero también ocurre que el Otro sea hermafrodita. De este modo toma cuerpo un viejo mito: el sueño de un estado primigenio donde los contrarios todavía no estuviesen disociados y reinara la "totalidad primordial". En su ensayo *Mefistófeles y el Andrógino* (1962), Mircea Eliade puso en evidencia la seducción que ejerce esta fórmula de plenitud en las épocas y culturas más diversas. Estado antehistórico, siempre se halla presente en algunas comunidades de hombres diferentes.

"Y en otra isla hay gentes que son a la vez hombre y mujer, tienen un seno a un costado y no lo tienen en el otro, y tienen los órganos de generación de hombre y mujer y se sirven de ellos como les parece, tanto de uno como del otro;

cuando actúan como machos engendran hijos, y cuando son mujeres, los conciben y los llevan en su interior."

Así se expresa en su *Voyage autour de la Terre*, escrito en 1356, Jean de Mandeville, personaje de biografía incierta. Su obra –que fue en su época un auténtico superventas– resumía y a veces ampliaba la visión tradicional, cristalizada durante la Antigüedad y la Edad Media, de una Tierra que da cabida a mil especies humanas diferentes. Es un texto clave sobre el cual volveremos.

Hasta ahora tenemos sólo distorsiones del envoltorio familiar. Pero en ocasiones las fronteras se borran, caen las prohibiciones y la naturaleza humana se mezcla con formas de vida enteramente diferentes. Puede haber un ascenso hacia los dioses o una regresión hacia el mundo animal, o vegetal, incluso la asociación de ambas tendencias. Mezcla de hombre y macho cabrío, el sátiro es asimismo un semidiós. La sirena es una mujer-ave o una mujer-pez, pero su misterio va más allá de la simple combinación biológica. El hombre lobo es más que nada la expresión aterrorizante de un más allá cercano, de la noche y la muerte.

A niveles más bajos, encontramos combinaciones "triviales", de factura más biológica que metafísica. Casi todas las especies son invitadas a extraños matrimonios. Aparentemente, en cada uno de nosotros dormita una bestia.

Entre las representaciones tradicionales de este género, el hombre con cabeza y en algunos casos cola de perro, el cinocéfalo, ocupa uno de los primeros lugares. Encontramos una breve caracterización en el texto de Mandeville:

"Todos los hombres y mujeres de esa isla tienen cabeza de perro y se llaman cinocéfalos. Son gentes dotadas de razón e inteligencia normal [...] Andan desnudos, cubiertos solamente con un trozo de tela que les tapa las rodillas y el miembro secreto. Son grandes, fuertes y buenos combatientes. Van con un gran escudo que les protege todo el cuerpo y en la mano llevan su lanza. Si en el curso de una batalla atrapan a un hombre, se lo comen."

De hecho, el hombre y el perro participan desde hace mucho tiempo de una historia común y están vinculados por

una incontestable atracción recíproca. En este contexto, nada parece más natural que imaginar una "transferencia" de una especie a otra. Pero el club no tiene nada de exclusivo. Hasta las especies menos cercanas al hombre, como los peces, pueden participar del juego.

Abramos el *Libro de las maravillas de la India*, antología árabe del siglo X, que recoge relatos de viajes y de marinos considerados auténticos. Después de una pesca abundante, he aquí la descripción de una comida inolvidable: "un plato contenía trozos diversos de carne cocida, con cabezas, manos, pies, enteramente semejantes a las cabezas, manos y pies de los jóvenes". ¿Pescados, seres humanos? En cualquier caso, se trata del resultado de un cruce: "Entre nosotros", explica un habitante de las islas en cuestión, "hubo un tiempo en que los hombres se cruzaron con las hembras de los animales marinos, y las mujeres se entregaron a los machos. De esas uniones nacieron seres cuya naturaleza compartía la de su padre y su madre... Hemos llegado a ser capaces de habitar largamente tanto en la tierra como en el mar, pues tenemos tanto de hombre como de pez". También se cuenta la historia –melodramática– de una mujer-pez convertida en esclava y esposa de un comerciante árabe. De esa unión nacieron seis niños. El hombre la mantenía atada, pues de otro modo no hubiese resistido el llamado del mar. Cuando el marido murió, sus hijos, respetuosos, la desataron. Ella se echó entonces al mar, desapareciendo para siempre.

El mundo vegetal aporta una contribución suplementaria a esta confusión biológica. La expresión más completa de este tipo de cruce es el famoso árbol wac-wac, también originario del ámbito musulmán. Sus frutos, según las diversas variantes, son cabezas siempre dispuestas a mantener una conversación, o bien niños, pájaros o corderos. A veces se trata de encantadoras doncellas cuyas piernas maduran en marzo, las cabezas en mayo y caen de la rama en junio.

En una época más reciente, a partir del siglo dieciocho para mayor exactitud, los cruces y las especies intermedias encontraron su razón de ser en el esquema transformista y evolutivo. El imaginario biológico fue canalizado por la ciencia,

que también lo garantizó y amplificó. Lo imposible deja de existir en un universo infinito y en la escala de un tiempo igualmente infinito. El hombre diferente ha poblado el espacio y se ha apropiado del futuro; puede ser, sin más, nuestro descendiente.

Sus metamorfosis han debido adecuarse a las evoluciones de las ciencias y las ideologías y a los nuevos sueños de la era tecnológica. De este modo, desde hace un tiempo se prefieren las grandes cabezas a las grandes orejas u otros tipos de caricatura, pues es evidente que un hombre más evolucionado, en otro planeta hoy mismo, o en la propia Tierra mañana, estará dotado de una masa cerebral considerable. El hombre volador se ha transformado en una figura simbólica, sobre todo para el siglo diecinueve, una época tentada por la conquista del aire, y después, del espacio; se parece en algo al murciélago que le prestó el modelo de sus alas. Los cinocéfalos han desaparecido; hoy parece más interesante manipular a los perros de raza –o a otros animales– para elevarlos al nivel humano e incluso más allá, como en la novela de Clifford J. Simak, *City* (1952). La concepción evolucionista y, más recientemente, la atracción ejercida por los mutantes, animales u hombres, ofrecen infinitas posibilidades biológicas, sobrepasando con mucho las variedades limitadas del imaginario biológico tradicional.

Debemos añadir la fabricación de hombres. La criatura de Frankenstein (1818) imaginada por Mary Shelley (1797-1851) sigue siendo reconocible pese a su monstruosidad bestial, pero, ¿qué se puede decir del hombre construido cien años después por Olaf Stapledon (1886-1950)? No es más que un enorme cerebro, instalado en una "espaciosa torreta de hormigón armado de unos doce metros de diámetro... Innumerables tubos de metal, vidrio y una especie de ebonita transportan sangre y sustancias químicas a todo el sistema" *(Last and First Men,* 1930).

Son proyectos diversos pero reunidos alrededor de un solo eje fundamental, que conecta el pasado remoto con el futuro lejano, nuestros ancestros apenas salidos de la animalidad con los hombres-dioses que habitarán las galaxias. El yeti

y los extraterrestres son en la actualidad las dos figuras antitéticas pero indisociables de esta mitología evolucionista que se expresa por medio del hombre diferente.

También se puede jugar con la composición de los cuerpos. La mayoría de los seres diferentes son de carne y hueso; pero existen, si no hombres, en cualquier caso seres pensantes construidos sobre una base vegetal, como los simpáticos wac-wac ya mencionados, seguidos por un buen número de criaturas más recientes, que juegan con las posibilidades que proporciona el evolucionismo. Más lejos, siempre más lejos, hasta el mundo mineral puede ofrecernos sorpresas. J. E. Rosny el mayor (1856-1940) propuso una doble solución: los xipéhuz, que precedieron al hombre, y los ferromagnetos, que lo reemplazan. Siguiendo este esquema, nosotros seríamos sólo un "paréntesis" de carne y hueso en un mundo dominado por lo mineral. Por último, la idea más avanzada es aquella de los seres inmateriales, como el muy inquietante Horla imaginado por Maupassant.

Un último rasgo significativo de la alteridad biológica se refiere a las funciones vitales. La fisiología del hombre diferente varía de una especie a otra. Puede alimentarse de otro modo y a veces no necesita alimentarse en absoluto. Muy a menudo es más sano que nosotros, no conoce la enfermedad. Su longevidad presenta diferencias notables. Los individuos de algunas especies viven pocos años; es el caso de los pigmeos, a los que se les asigna una vida muy breve por analogía con su pequeñez. "Se casan a los seis meses, engendran hijos a los dos o tres años y sólo viven seis o siete" (Mandeville). En cambio, hay otras especies pasadas, presentes o futuras que se destacan por una longevidad impresionante: centenas o miles de años.

El taoísmo, la religión china fundada por Lao-Tsé, se caracteriza por una verdadera obsesión de longevidad. Lao-Tsé apostaba por mil años de vida. Entre los métodos que la favorecían, se preconizaba en primer lugar el control de la respiración. En India, el yoga se propone un objetivo similar. Según Marco Polo, los practicantes de esta disciplina viven hasta los ciento cincuenta o doscientos años, e incluso trescientos

cincuenta, según una fuente árabe. La ciencia moderna ha hecho suyo el arquetipo llegando a amplificar sus potencialidades gracias al evolucionismo biológico. Según Stapledon, la última especie humana, que vivirá dentro de casi dos mil millones de años, se caracterizará por una esperanza de vida de doscientos cincuenta mil años.

La longevidad –a menudo asociada con la espiritualización del ser, con la santidad– puede representar una etapa, una especie de aprendizaje en el camino de la inmortalidad: es el caso, precisamente, del taoísmo y el yoga. Pero las islas u otros espacios conservados donde viven los inmortales se emparentan más con el Más Allá. La inmortalidad pasa por la muerte.

De los subhumanos a los superhombres

Cuerpo diferente, espíritu diferente. Las cualidades físicas, intelectuales y morales de los Otros forman una escala muy larga. El espacio está minuciosamente jalonado; de la bestia a los dioses no hay solución de continuidad. Del subhumano al superhombre, cada grado de conciencia, inteligencia, fuerza espiritual y comprensión del mundo se materializa en una gama infinita de seres.

Una opinión profundamente enraizada en las conciencias hace corresponder las cualidades o los defectos físicos con los del espíritu. La fealdad o la enfermedad se ven a menudo como signos de un espíritu inferior o retorcido. Esta relación privilegia la humanidad normal, que es evidentemente la *nuestra*. Pero los contrarios también están presentes, y existen caricaturas humanas más logradas en el capítulo de la inteligencia y la moralidad que en cuanto al prototipo de belleza. Ello demuestra que el ser humano está siempre dividido entre un sentimiento de superioridad y un complejo de inferioridad.

Sería muy instructivo, en este sentido, seguir el juicio sobre las especies animales, comprendida su presencia en ciertas síntesis biológicas. Estamos habituados a considerar los rasgos que aproximan al hombre diferente a la bestia como signos de una condición subhumana. Es el caso del yeti y los demás salvajes identificables por su tupido pelaje. La antigua discusión sobre la inferioridad de los negros se fundaba precisamente en su aspecto supuestamente simiesco.

En todos estos casos, se trata de la arrogancia de una civilización construida sobre la antítesis cultura/naturaleza. La opinión de las sociedades arcaicas sobre los animales era muy distinta, pues les atribuían cualidades que el hombre no posee o ha dejado de poseer: intuición, clarividencia, conocimiento de los recursos ocultos del mundo. En muchos sentidos la bestia estaba más cerca de los dioses que de los hombres; intentaban comprenderla, descifrarla y seguir sus señales. El hombre-animal, o el animal humanizado, lejos de ser un bruto, se sitúa en una zona del espíritu que supera el carácter limitado de la inteligencia humana. Sería ridículo considerar que las sirenas son mujeres-pez y nada más. Ellas ofrecían a Ulises lo que ningún ser humano: la armonía y el conocimiento. La única condición era la muerte, pues ese grado de perfección no estaba destinado a los seres vivos.

La separación progresiva entre civilización y medio ambiente, y las perspectivas religiosa (el animal no tiene alma) y racionalista (también está desprovisto de razón), han contribuido al descrédito de esta fórmula alternativa. Es preciso llegar a una época reciente para observar algún cambio de actitud. El descubrimiento de la inteligencia de los delfines se inscribe en este viraje: ¿es posible que pertenezcan a la categoría de los Otros?

El hombre moderno ha cambiado de medios pero no de objetivos. Ha abandonado a los animales y prefiere la razón a la intuición, la gestión científica al conocimiento directo. Pero sigue intentando escapar de la prisión estrecha que limita sus capacidades espirituales e intelectuales. Comprende muchas cosas y comprenderá cada vez más, pero sabe que nunca podrá aprehender nada de lo esencial. El hombre diferente viene

a acudir en su ayuda, a derribar las murallas y establecer un puente entre la razón humana y la razón universal.

El hombre no quiere limitarse a comprender; también quiere actuar. Desgraciadamente, está prisionero: de su mediocridad intelectual, de la materia, del tiempo, de la historia. Habría de liberar el espíritu para obtener el control de su propio cuerpo, de las realidades materiales, del espacio y el tiempo. Telepatía, clarividencia, conocimiento del porvenir, capacidad para escapar de la envoltura carnal, viaje en el tiempo, por el espacio, por el Más Allá... todos estos proyectos figuran entre los más experimentados por intermediación de los Otros.

Tantas cualidades y proezas reunidas harían del hombre un ser omnisciente y todopoderoso.

Costumbres extrañas: nudismo, canibalismo y mujeres que explotan a sus esposos

El tercer criterio son las costumbres y los comportamientos. La condición humana está limitada por los tabúes. Su trasgresión acerca al hombre a la bestia, o a los dioses. De este modo, en todas las culturas la comida y el sexo son objeto de reglamentaciones muy estrictas. Como regla general, está prohibido el incesto. Se condena la promiscuidad, el desorden sexual: aunque las normas varían, siempre están presentes. Comer carne cruda no es considerado enteramente humano. Pero igualmente malo es rechazar la carne para alimentarse únicamente de vegetales. Sin duda, lo peor es comerse a un semejante. Desde hace mucho la antropofagia se ha impuesto como uno de los signos más flagrantes de alteridad, alimentando un mito persistente y aparentemente muy seductor. Pese a que el canibalismo puro –como forma habitual de alimentarse– jamás ha existido, algunas comunidades han sido caracterizadas como caníbales por definición, por esencia. Muy a

menudo antropofagia e incesto van de la mano, ilustrando el desorden perfecto, el grado supremo de alteridad moral.

Tenemos, por ejemplo, a los irlandeses, "aún más salvajes que los británicos. Son antropófagos y al mismo tiempo herbívoros, y se considera una virtud que los hijos devoren a sus padres después de su muerte. Los hombres por lo visto copulan con cualquier mujer, aunque sea su madre o su hermana".

No se trata, claro, de los irlandeses contemporáneos, sino de sus remotos ancestros, y la responsabilidad por esta información corresponde a Estrabón, el gran geógrafo griego del siglo primero a.C.

La desnudez plantea un problema más complejo. Es evidente que para un hombre civilizado –por lo tanto, vestido– el desnudo ilustra el "estado natural" como antítesis del "estado cultural", y lo percibe como un signo de alteridad. Pero, ¿hasta qué punto? Aparentemente, la Antigüedad clásica fue bastante moderada respecto de esta característica. Para la Biblia, en cambio, la distinción es fundamental. Antes del pecado, Adán y Eva son representados desnudos, pero después aparecen vestidos. Una comunidad que practicara el nudismo se situaría por lo tanto fuera de la humanidad normal, fuera de la Historia. La educación religiosa y un rigor moral reforzado consiguieron, hacia finales de la Edad Media, investir la desnudez con los atributos de una alteridad profunda. El cuerpo desnudo se convirtió en una auténtica obsesión, asociada con la promiscuidad sexual y el canibalismo:

"En esta tierra", cuenta Mandeville, "el calor es muy fuerte y la costumbre es que hombres y mujeres vayan desnudos, y se burlan cuando ven algún extranjero vestido [...] Ninguna mujer está casada, y todas las mujeres del país son para todos y no se niegan a nadie." Comunidad de mujeres, comunidad de tierras: "También la tierra es comunitaria; uno la posee un año, después viene otro y otro, y cada cual toma la parte que quiere [...] de este modo nadie es más rico que el otro". "Pero tienen una mala costumbre, pues la carne humana les gusta más que cualquier otra carne [...] Los mercaderes van a vender niños a la gente del país, y ellos los compran. Si están gordos se los comen de inmediato, pero si están flacos, los

hacen engordar y dicen que es la mejor carne del mundo, la más tierna."

Este breve párrafo roza la perfección. Nudismo, comunismo, canibalismo, ¡evidentemente, es el mundo al revés!

Esta relación desnudez/licencia sexual/canibalismo se mantuvo hasta comienzos de la época moderna, aunque el primer elemento de la tríada haya conocido una cierta valorización durante el Renacimiento. La influencia del arte antiguo, el regreso a una concepción clásica de la belleza del cuerpo, la revalorización del mito de la edad de oro, todo ello convergió para rehabilitar en algo el desnudo. Podía ser interpretado tanto como signo de inferioridad, es decir de bestialidad o, por el contrario, como manifestación de la condición natural del hombre enfrentada a la acción corruptora de la civilización.

Los hombres del Renacimiento eran amplios de mente. Pero la moral burguesa que se apoderó de los espíritus durante los siglos siguientes no mejoró nada en ese sentido. Si la vestimenta hace al hombre, su ausencia manifiesta por obligación un hombre diferente. En una época en que ver una pantorrilla era un acontecimiento, el nudismo integral en cuanto fenómeno social estaba muy mal visto. El hombre desnudo fue relegado largo tiempo a la periferia de la humanidad, a una zona en que se permitían y practicaban todos los vicios. Un auténtico hombre debía vestirse adecuadamente. Habría que esperar hasta el siglo veinte para que el cuerpo volviese a ser valorizado y, finalmente, trivializado.

Si bien la promiscuidad se percibe como un signo grave de alteridad, no se concluye que la segregación de los sexos esté más cercana a la normalidad. Las sociedades unisexuales se inscribían naturalmente en la categoría de los pueblos fabulosos. Había por ejemplo parajes –sobre todo islas– habitados exclusivamente por hombres o mujeres, situados en lo posible a poca distancia para facilitar los encuentros necesarios para la perpetuación de la especie. Célebre es el caso de las Amazonas, mujeres guerreras situadas por los antiguos en el Ponto (Asia Menor), en una época anterior a la guerra de Troya. Copulaban con los habitantes de los países vecinos, y

conservaban a las niñas y se deshacían de los varones con el fin de preservar el carácter exclusivamente femenino de la comunidad.

Según otra versión del mito, los hombres eran aceptados, pero, ¡bajo qué condiciones! Diodoro de Sicilia (siglo primero a.C.) nos dice en su *Biblioteca histórica* que "los mantenían esclavizados y humillados". He aquí algunos detalles sobre las Amazonas de Africa que prueban que los papeles estaban totalmente invertidos:

"Es costumbre que las mujeres hagan un servicio guerrero durante un período determinado, conservando la virginidad. Cuando el plazo del servicio militar ha concluido, buscan la compañía de los hombres para tener hijos; ostentan las magistraturas y todas las funciones públicas. Los hombres pasan toda la vida en casa, como entre nosotros las mujeres, y su única ocupación son las tareas domésticas; se les mantiene alejados del ejército, de la magistratura y de cualquier función pública que pudiese inspirarles la idea de desprenderse del yugo de las mujeres. Después del parto, las amazonas ponen a los recién nacidos en manos de los hombres, quienes les dan leche y los alimentos adecuados para su edad..."

Esta inversión de la condición normal de los sexos alcanzaba niveles de alteridad apenas imaginables. Ello explica la distancia de las Amazonas no solamente en el espacio, sino también en el tiempo: se situaban en una Antigüedad lejana, en todo caso anterior a la guerra de Troya, al tiempo antehistórico de los héroes. De hecho, las Amazonas africanas fueron destruidas por Hércules al mismo tiempo que las Gorgonas, sus adversarias. Su comportamiento sugería la existencia del matriarcado que fue descubierto y situado por algunos sabios e ideólogos "feministas" de la segunda mitad del siglo diecinueve –Engels entre ellos– justamente en tiempos prehistóricos. ¡Las Amazonas fueron rehabilitadas y vengadas!

Las relaciones eróticas entre el ser humano real y el ser humano diferente produjeron asimismo numerosos fantasmas. Desde las mujeres poseídas por hombres salvajes hasta los hombres secuestrados por las hadas, existe toda una gama de relaciones sexuales que no cesan de estimular la imaginación.

Ya hemos comprobado que la alteridad se nutre de las antítesis situadas a ambos extremos de la normalidad. De este modo, se pasa del canibalismo al vegetarianismo y, como nada expresa mejor el alma humana que la cocina, de la bestialidad a la santidad. He aquí un bonito efecto de contraste, cuando Heródoto nos presenta, no lejos de las tribus escitas, salvajes y sedientas de sangre, es decir caníbales, a un pueblo inauditamente angelical. Son los agripeanos (o arimfeanos).

"Viven del fruto de una especie de árbol llamado póntico [...] Cuando el fruto está maduro lo exprimen en un trozo de tela y extraen un licor negro y espeso. Succionan ese licor mezclado con leche [...] Viven todo el año bajo un árbol [...] Nadie los insulta: de hecho se les considera sagrados. No poseen ningún arma ofensiva. Sus vecinos los solicitan como árbitros en sus diferencias; quienquiera que se refugie en su país, encontrará un asilo inviolable que nadie se atreverá a atacar."

Mandeville supo de una isla donde vivían "personas buenas y leales, que llevaban una vida correcta [...] No son ni orgullosos, ni envidiosos, ni perezosos, ni lujuriosos, ni coléricos, ni glotones, ni odiosos, y no hacen al otro lo que no quisieran para sí mismos [...] En esa isla no hay ladrones ni asesinos, mujeres casquivanas, pobres ni mendigos, y en esa tierra nunca se dio muerte a nadie. Son tan castos y llevan una vida tan santa como si fuesen religiosos, y ayunan todos los días". Tantas virtudes parecen describir a un hombre casi inhumano.

Caníbales o vegetarianos, brutos o santos, esos hombres diferentes no tienen nada en común, más allá de su extraña naturaleza, que los distingue del hombre ordinario y de su mediocre condición.

Edad de oro y utopía

El hombre diferente participa de una vida social diferente. Nos introduce en el corazón de sociedades ficticias. Estas so-

ciedades se han construido en torno de dos modelos contrastados. El primero es una fórmula muy permisiva, digamos anárquica, en que no hay limitaciones que frenen la alegría de vivir. Es la edad de oro invocada por Hesíodo y retomada en numerosas variantes. Según este poeta griego, los humanos vivían "como dioses, con el alma libre de inquietudes, apartados y protegidos de las penas y las miserias; para ellos no pesaba la senectud miserable y con los brazos y las piernas siempre jóvenes, se entregaban al esparcimiento, alejados de todo mal".

Este arquetipo ha sido retomado por las ideologías y los movimientos milenaristas –religiosos o secularizados–, que no cesan de anunciar una era de igualdad social, armonía y felicidad, con la diferencia de que no la sitúan al comienzo, como la edad de oro, sino al final de la historia. El buen salvaje, personaje tan estimado por los filósofos de la Ilustración, contaba también una historia similar, trasladando a un escenario exótico la inocencia y la felicidad de los tiempos primitivos.

La segunda fórmula es la utopía. Esta sencillamente implica la abolición de la libertad. El fin proclamado –siempre la felicidad– se subordina al principio de la eficacia. Lo que cuenta es la comunidad, no el individuo. Se trata de reglamentar meticulosamente el mecanismo social, fijando el lugar y el papel que le corresponde a cada cual.

¿Desestructurar la sociedad, o reforzarla hasta alcanzar una perfección hipotética? Era un debate delicado al que a menudo se convocaba al hombre diferente para que arbitrase.

Todos los rasgos mencionados se combinan en múltiples configuraciones, en las cuales los datos biológicos, intelectuales y sociales presentan todo tipo de desviaciones respecto de las realidades conocidas.

Uno de los primeros ejemplos de una construcción global diferente es mencionado por Diodoro de Sicilia en su *Biblioteca histórica*, y se refiere a la famosa isla descubierta por Iambulus en el Océano meridional. Isla diferente, en primer lugar, por sus condiciones de vida paradisíacas: "Los habitantes no experimentan ni mucho calor ni mucho frío. Reina allí

un otoño perpetuo... Los días son constantemente iguales a las noches... Habitan praderas donde encuentran todo lo necesario para la vida, pues las bondades de la tierra y el buen clima dan más frutos de los necesarios".

En un contexto de esta naturaleza, los hombres se destacan por su hermosa fisonomía, el cuerpo ágil y una talla de casi dos metros. Tienen la lengua partida, lo que les otorga la facultad de producir todos los sonidos imaginables, hablar el idioma de los pájaros y conversar con dos personas a la vez. Viven mucho, hasta los 150 años, sin sufrir enfermedades, y transcurrido ese tiempo se despojan de la vida por propia voluntad. Pero "una ley severa condena a muerte a todos los contrahechos o defectuosos".

El matrimonio es desconocido, se practica la comunidad de mujeres y los hijos se crían en común. Los celos no existen; tampoco la ambición. Viven simple y sanamente. Todo está rigurosamente reglamentado, las funciones públicas y también la vida cotidiana, incluida la alimentación. El sistema social, simple y preciso, en cierto sentido recuerda al comunismo.

Aquí, la despreocupación de la edad de oro se combina con los rigores de la utopía. Esta síntesis recuerda algunos de los grandes temas más recurrentes: integración en la naturaleza, perfeccionamiento biológico, dones maravillosos del ser diferente, anulación de las contradicciones sociales y de los tabúes sexuales.

La frontera móvil

¿Dónde se encuentran las humanidades diferentes? Un poco por todas partes, muy lejos o muy cerca de nosotros.

Su primera vocación, que es siempre la más fuerte, es instalarse en los confines del mundo, distribuyéndose a lo largo de la frontera que separa el espacio conocido del desconocido. Una disposición espacial que corresponde perfectamente a la esencia del hombre diferente: humano y no humano a la vez, es al mismo tiempo de aquí y de allá.

Esta posición marginal justifica su incesante migración. Las lindes del mundo se desplazan sin cesar, y con ellas lo hace el hombre diferente.

Para Homero, los confines del Mediterráneo se identificaban con los del mundo. Después vino el espacio escita, las islas británicas, Africa del Norte, India. Todavía más lejos, el Extremo Oriente fabuloso nutrió los sueños de una Edad Media que concluía. Después, en la época de los grandes descubrimientos, la mitad sur del globo, el famoso continente austral y las islas del Pacífico, se abrirían de par en par a las humanidades distintas.

Más lejos, siempre más lejos. Cada posición ganada por los exploradores era un refugio perdido por el hombre diferente, pero éste jamás cedió al pánico. La retirada se hizo en orden, paso a paso.

Después del continente austral, sólo quedaría migrar al espacio cósmico. En principio, la Luna ofreció asilo. Después, Marte, Venus y los demás planetas, posiciones que a su vez caerían llegado el momento. Ultima solución: las estrellas, las galaxias. Por lo menos éstas nunca caerán.

Existe una variante particular de esta migración espacial. Más que saltar de un planeta a otro, algunos hombres diferentes se han orientado hacia el mundo inferior, introduciéndose en las entrañas de la Tierra. Es un espacio más exiguo que el universo galáctico, pero que en su justo valor se ha revelado suficiente para abrigar una gran variedad de formas biológicas y sociales.

Las islas, planetas del océano

Otro concepto esencial es el de la insularidad. A tantas islas, otros tantos mundos, mundos en miniatura, mundos concentrados. Lugares en que puede ocurrir cualquier cosa.

Como sólo nos queda la dificultad de elegir, he aquí una historia entre otras mil, contada por viajeros árabes obligados a buscar refugio en una isla perdida en los mares de la India. Tuvieron la mala suerte de caer en una de esas comunidades de mujeres de las cuales hemos hablado.

"De pronto, del interior de la isla aparece una cohorte de mujeres cuyo número sólo Dios podría contar. Caen sobre los hombres, mil mujeres o más por cada hombre. Los arrastran hacia las montañas y los obligan a ser el instrumento de su placer. Entre ellas se produce una lucha que se repite una y otra vez y el hombre es poseído por la más fuerte. Los hombres murieron de agotamiento uno tras otro... (extracto del *Libro de las maravillas de la India*)."

Nada más que una isla. Partir es morir un poco, pero partir por mar es morir un poco más. Antítesis de la tierra firme, elemento indefinido, extraño, inestable, peligroso, el océano planetario nunca ha dejado de atemorizar y seducir, invitando a viajes iniciáticos. Un periplo por mar se asemeja de algún modo a un viaje al Más Allá. El viajero abandonaba el mundo para volver a la vida bajo otros cielos, en mundos diversos.

En numerosas tradiciones el océano figura como el caos original de donde surge la creación, cuya manifestación es la tierra firme, la isla. Cada isla aparece como el resultado de una creación particular. Nuestro mundo habitado, *ecuménico* (el conjunto Europa-Asia-Africa) según los antiguos, era sólo una gran isla rodeada de océano.

Diseminadas en la inmensidad de un elemento distinto, durante largo tiempo las islas fueron consideradas un mundo cerrado, en una relación con el mundo conocido –nuestra isla– similar a la que se establecería más adelante entre la Tierra y los planetas. Hasta la distancia era comparable en términos de duración del viaje. La Luna está hoy más cerca que los planetas del océano que esperaban en la Edad Media a los primeros visitantes del planeta Europa. Una expedición Tierra-Marte daría una idea aproximada de la duración, las dificultades y el desarraigo propios de una expedición en alta mar antes del comienzo de la época moderna.

Además, frente a la escasez de planetas, las islas son particularmente numerosas, más numerosas aún en el plano imaginario que en el real. Hacia finales del siglo trece, Marco Polo había contado nada menos que doce mil setecientas, ¡únicamente en aguas de las Indias orientales! Una infinidad de mundos, cada cual con su especificidad. Mandeville, por su parte, estaba muy consciente del papel "multiplicador" desempeñado por las islas.

"En estas islas hay muchas gentes diferentes. En una viven personas de gran estatura, como gigantes, y son feos de ver; sólo tienen un ojo en medio de la frente y no comen más que carne y pescado crudo. En otra, hacia el mediodía, viven gentes feas de forma y naturaleza maligna, sin cabeza y con los ojos en la espalda y, en medio del pecho, una boca torcida como una herradura. Y en otra hay gentes sin cabeza con los ojos y la boca debajo de la espalda. En otra isla hay quienes tienen la cara plana, sin nariz ni ojos y que en lugar de ojos tienen dos pequeños orificios redondos y una boca plana, como una hendidura, sin labios. Hay una isla con gentes mal encaradas con el labio inferior tan grande que cuando quieren dormir al sol se cubren toda la cara con él. En otra isla más hay gentes tan pequeñas como enanos, aunque son más grandes que los pigmeos... Y en otra isla... y en otra isla..."

La isla, entonces, es un lugar privilegiado del hombre diferente en todas sus encarnaciones. Al mismo tiempo, es un laboratorio de experiencias sociales inusitadas. Tradicionalmente las utopías se han instalado en islas.

Una categoría particular es la de las islas trascendentes, que ofrecen puntos de convergencia con otras dimensiones, más que nada en su variante paradisíaca. Situadas fuera de la Historia, se revelan insensibles a la corrupción del tiempo y proponen un perpetuo estado de armonía. Es el caso de algunas islas indias, chinas o celtas (la famosa Avalon), e incluso el paraíso terrenal de los cristianos, buscado más allá de las aguas del océano por san Brandan en el siglo sexto, y por Colón mil años más tarde. La condición paradisíaca en su versión moderna puede ser más o menos edulcorada e incluso secularizada,

como el paraíso polinesio descubierto por los exploradores y los filósofos de la Ilustración.

Incluso sin identificarse con el Absoluto, a menudo la isla se presenta como un lugar misterioso y fantástico en que el viajero se ve cautivado por una red de sucesos y significados que escapan a la razón ordinaria.

Se trata, evidentemente, de un arquetipo cuyas formas se adaptan a la evolución histórica, manifestándose con más o menos intensidad de una época a otra. En Homero, las islas o las riberas lejanas ocupan un lugar esencial en el juego de las alteridades: isla de Calipso, isla de Circe, isla de las Sirenas... También la Antigüedad clásica ha explotado el modelo insular: Islas Británicas salvajes, islas de la Fortuna paradisíacas, isla de Iambulus utópica; pero es evidente que el proyecto global de la alteridad ya no reposa básicamente en esa estructura. El Mediterráneo se había vuelto demasiado familiar, mientras que el Océano seguía lejano, ocupando un lugar bastante marginal en el imaginario geográfico de griegos y romanos. Los pueblos fabulosos estaban situados preferentemente en los confines del mundo, en zonas más continentales que marítimas: Africa, Escitia, India.

Por su parte, la cultura medieval europea se encuadró en dos polos de lo extraño con preponderancia oceánica, por tanto insular. Por una parte el Atlántico, depósito del imaginario celta y escandinavo, y por la otra, el océano Indico, donde los mitos antiguos se ampliaron con el aporte árabe y se popularizaron gracias a los viajeros de fines de la Edad Media. Marco Polo y Mandeville se encuentran en la cresta de la ola, testimoniando una auténtica obsesión por los mundos insulares.

Esta obsesión contribuyó de manera decisiva al desencadenamiento de una de las aventuras más importantes conocidas por la humanidad: la saga de los grandes descubrimientos. La búsqueda de islas y orillas –reales o imaginadas– llevó a los exploradores de un extremo a otro del mundo. Durante el siglo dieciocho, en la época de la Ilustración, la isla conservaba su status como espacio privilegiado de la utopía y como lugar posible de encuentro-con-lo-extraño y más que nada

con los Otros. Poco después, como consecuencia de las últimas grandes exploraciones, que pusieron fin a la mayor parte de los fantasmas insulares, al menos de los más extremos, vino la decadencia. Una decadencia sin duda relativa, que nunca anuló del todo la seducción ejercida por la isla en tanto lugar de misterio y deseo. *La isla misteriosa* de Julio Verne data de 1874. El mito del "paraíso polinésico", cristalizado en el siglo dieciocho, se prolonga hasta nuestros días.

De hecho, la insularidad nunca se limitó a las islas en el sentido exacto del término. Formas de alteridad de tipo insular también se escondían en tierra firme. Son los rincones protegidos y conservados, perdidos en el interior de regiones de difícil acceso: bosques, montañas, grutas, desiertos, pantanos, sin hablar de aquellos espacios más vastos situados al interior de la Tierra o en las profundidades del océano. Igual número de fronteras interiores tejen una red sobre el mundo y multiplican, a veces a dos pasos de nosotros, las entidades diferentes.

La supervivencia de la isla en tanto mundo diferente en la época contemporánea exhibe dos aspectos. Por una parte, la proyección en el espacio, siguiendo la progresión de la frontera móvil. Islas del espacio, surgidas del caos cósmico, los planetas se inscriben en la tipología fundamental de la isla como creación independiente, domicilio del Otro, puerta abierta hacia el Absoluto.

Por otra parte, y pese a una exploración terrestre que aparentemente se ha agotado, bastiones de lo extraño resistieron o fueron implantados un poco por doquier, cubriendo la faz de la Tierra de acuerdo a las necesidades de la causa. Sin ser enteramente ignoradas, las islas del océano ofrecen soluciones de aislamiento cada vez menos eficaces; el espacio acuático –con excepción de las profundidades abisales– se ha transformado más en vínculo que en obstáculo. La alteridad radical se mantiene mucho mejor en ciertos rincones protegidos por barreras inexpugnables en lo más profundo de los continentes. *La prodigiosa comarca de las cavernas,* imaginada en 1896 por J. E. Rosny el mayor, el *Mundo perdido* de Arthur Conan Doyle, publicado en 1912 y que sigue siendo el gran clásico del género, los territorios de los hombres

salvajes contemporáneos o de los últimos dinosaurios, pero también la civilización evolucionada que buscaba el coronel Fawcett en la Amazonía, sin olvidar las bases sobre todo subterráneas de los extraterrestres, representan algunos puntos de un archipiélago de lo extraño que se ha imbricado en nuestro mundo.

La fascinación de la isla y el significado de la insularidad en tanto manifestación de la alteridad radical siguen en actividad. Se trata de una inclinación del espíritu que pertenece al patrimonio esencial de lo imaginario.

¡Están por todas partes!

Estamos lejos de haber agotado todas las posibilidades. La más inquietante es que *ellos* están entre nosotros, en la ciudad. No los distingue ningún signo exterior, o casi ninguno; se parecen mucho a nosotros, lo que los hace tanto más peligrosos. La comunidad está minada desde su interior.

Se trata de algún Otro que se ha apoderado de nuestro rostro (un extranjero, un extraterrestre), o bien de un miembro de la comunidad al cual le atribuimos un alma distinta, e incluso un aspecto físico en vías de volverse diferente. En este último caso, la alteridad normal se desplaza hacia formas radicales que la comunidad ya no puede tolerar. Fue, en particular, el caso de los judíos en la Alemania nazi o del enemigo de clase en el mundo comunista.

Y después, si se quieren encontrar seres diferentes a cualquier precio, nada impide dejar de lado las coordenadas espaciales. Por lo demás, es casi inevitable en el caso de los visitantes obligados a recorrer millones de años luz. Se puede también suponer la existencia de mundos paralelos, imbricados con el nuestro o situados en otra dimensión, lo que desemboca en la abolición del espacio clásico: una solución radical que resuelve todas las dificultades.

Muy complicada en apariencia, en realidad la teoría del hombre diferente es bastante simple. El Otro puede surgir de cualquier parte a condición de que se solicite su presencia. Si se desea, si lo llamamos, ni el espacio ni las vías de acceso serán un problema. Todo se someterá, dócilmente, a las reglas del imaginario.

El principio de elusividad

Desgraciadamente, no es fácil entrar en contacto con él. Dejando de lado a los seres comunes y corrientes a quienes a veces otorgamos los rasgos del hombre diferente, éste resulta ser tremendamente discreto. Un estado de gracia o un golpe de suerte parecen condiciones indispensables para disfrutar de su compañía, y es una aventura reservada a los iniciados o tocados por el azar. Se podría aventurar, parafraseando a La Rochefoucauld, que el hombre diferente es como los aparecidos: todos hablan de ellos, pero pocos los han visto.

Jamás hemos visto y probablemente nunca veremos a los blemis, los yetis o los extraterrestres paseando por nuestras calles. Parecen poco inclinados a enviar delegados a reuniones planetarias o interplanetarias, o a dejarse entrevistar en directo. En cuanto nos acercamos, huyen. La mayoría de los mortales sólo puede tomar nota de su existencia fiándose de testimonios.

Elusividad es la palabra propuesta para definir este interminable juego de las escondidas. Bernad Méheust la utilizó en 1978 para caracterizar el fenómeno de los platillos voladores. Jean Bruno Renard la retoma en una acepción más extendida; según él, esa "propiedad de ostentación y huida" corresponde "a todos los fenómenos misteriosos, desde las criaturas terrestres desconocidas hasta los extraterrestres, pasando por los fantasmas y las manifestaciones parapsicológicas".

Estamos en el dominio de las creencias. Nadie podrá demostrar jamás que el hombre diferente es un ser real. Tampoco nadie podrá demostrar su inexistencia.

¿Por qué?

La búsqueda del hombre diferente es una de las aventuras más fascinantes del espíritu humano. Inaprehensible y obsesionante, no nos ha abandonado ni un solo momento desde el comienzo de la Historia. Pertenece al núcleo duro del imaginario; vivimos en simbiosis con él. Pero, ¿por qué? La pregunta se descompone en múltiples elementos.

¿Juego o participación "real" en lo que llamamos "experiencia mítica"? ¿Sueño o hipótesis científica? ¿Artificio literario o perspectiva filosófica y religiosa? ¿Psicosis o comprobación de sensatez? La famosa réplica hamletiana deja abiertas todas las posibilidades: "Hay cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que tu filosofía no alcanza a soñar".

En cualquier caso, nada es gratuito ni inocente, ni siquiera el juego o el sueño. Nos corresponde por lo tanto buscar un principio unificador.

De lo que se trata es de la condición humana "normal", condición confinada a un espacio biológico, intelectual, moral y social particularmente exiguo. Estamos programados desde el nacimiento. Los caminos se conocen por anticipado y no es posible escapar a las reglas, como no sea por intermedio del hombre diferente. Este expresa a la vez un sueño de regresión y una sed de perfeccionamiento. Situado a medio camino entre la naturaleza salvaje y el cielo de los dioses, el hombre es tentado en igual medida por los dos extremos de la existencia.

El universo primitivo lo seduce: rico y exuberante, desprovisto de restricciones, sus contornos son cambiantes y a menudo monstruosos. Es el mundo de antes del bien y del

mal, un mundo que no conoce los tabúes sociales sino únicamente las leyes de la naturaleza. El sexo y la sangre no padecen ninguna limitación. El incesto y la antropofagia no aparecen como crímenes, puesto que el crimen no existe. Su frecuencia devela pulsiones ocultas, inconfesables y reprimidas, recubiertas por el barniz de las civilizaciones, que se transfieren a sociedades diferentes donde nada les impide florecer. De este modo, se puede ser incestuoso y caníbal por interpósita persona.

Pero, por otra parte, frente al imperio de los sentidos se encuentra el imperio del espíritu. La naturaleza es objeto de repudio, todos los puentes hacia ella se rompen. El hombre quiere liberarse de la materia, aspira a sobrepasar su condición por la fuerza de su inteligencia y su alma. Es la vía de los conquistadores, los sabios y los santos. La dominación del mundo, el conocimiento del Absoluto o la elevación espiritual hasta la identificación con Dios son los grandes objetivos que se buscan con ayuda de modelos que sólo el Otro puede procurar.

A veces ocurre que estas tendencias contradictorias se encuentran. El dios y la bestia se asemejan en su rechazo a la mediocridad humana y en su sentido profundo de una libertad ilimitada.

Aunque de algún modo el hombre diferente no es más que el hombre real de modo vicario, la criatura, una vez depositada en el mundo, comienza a vivir su propia vida, reeditando la famosa historia de Frankenstein. Reflejo de nuestra conciencia, se convierte asimismo en entidad independiente. Comienza a poblar el mundo mientras lo buscamos desesperadamente para encontrar elementos de comparación. A menos que lo consigamos, corremos el riesgo de quedarnos solos para siempre, sin comprender nada esencial sobre nosotros mismos, sobre nuestro destino, nuestro lugar en el universo. Es absolutamente necesario romper los estrechos muros de la prisión en que está encerrada la humanidad; sin embargo, en presencia de un mundo inaprehensible e incontrolable el hombre experimenta sentimientos encontrados, curiosidad y temor, deseo e inquietud. La isla de los caníbales y el platillo

volador de los extraterrestres nos atraen a una aventura cuyo desenlace desconocemos.

El hombre diferente encarna los misterios de un universo inagotable, sus promesas y sus peligros. Siempre, obsesivo, el canto de sirena y su equívoco mensaje: conocimiento, armonía, amor, vida eterna o muerte, desaparición en la nada...

La aspiración religiosa se detecta sin dificultad. El Otro puede convertirse en guía espiritual o salvador. Es el caso de las islas paradisíacas habitadas por los justos o, más recientemente, de los extraterrestres que anuncian el fin del mundo y una especie de juicio final.

Además de sus cualidades arquetípicas, el hombre diferente se destaca por una serie de rasgos secundarios y cambiantes. Adaptable por excelencia, es un ser camaleónico que siempre sabe adoptar un aire de circunstancias. Basta con mirarle a la cara –siempre otra– para comprender lo que *nos* ocurre. Cada cultura, cada época, cada generación, cada ideología se expresa por su propia producción de hombres diferentes. Para el historiador, se trata de un indicador esencial. La historia del Otro, decodificada, deviene nuestra propia historia.

El hombre diferente refleja a la vez la permanencia del espíritu humano y sus avatares a través de la Historia. Háblame de tu hombre diferente y te diré quién eres.

II

MONSTRUOS Y SALVAJES

Una gran isla llamada "Ecúmene"

Durante las primeras fases de su evolución, el hombre diferente se adaptó a un esquema geográfico originario del Cercano Oriente y retomado y perfeccionado por los griegos. El mundo habitado, o *ecúmene –oikuménë–* tenía en sus orígenes la forma de un círculo o un rectángulo. Una gran isla rodeada por el río Océano, cuya ribera exterior daba al espacio indefinido, en cualquier caso desconocido. Las tierras de los confines del mundo –situadas a lo largo de la ribera interior o en islas– ofrecían el espectáculo de las maravillas o anomalías más diversas, evocadas por Homero, Hesíodo y otros poetas de la época arcaica.

En el frondoso decorado de estas tierras, uno de los elementos esenciales era una pradera suave y florida, símbolo de la vida, del nacimiento y también de la muerte. Morada de dioses y diosas, como la famosa isla de Calipso; residencia de seres monstruosos: gorgonas, glifos, cíclopes, sirenas; residencia también de pueblos felices para los cuales la historia se había detenido en la edad de oro y que, en consecuencia, nada sabían de nuestras inquietudes y miserias. Los etíopes pertenecían a ese espacio ahistórico; según Homero, vivían alegremente y compartían sus festines con los dioses.

Como vemos, en esta amalgama originaria los tres componentes del universo –naturaleza, hombre y dios– todavía no se han separado.

Después, a partir del siglo sexto a.C., los sabios asumieron la responsabilidad del mundo. Modificaron algunos detalles, pero el edificio se mantuvo sobre los viejos cimientos. El río Océano se convirtió en un océano auténtico con sus mares adyacentes. Al interior de la gran isla, se individualizaron tres continentes: Europa, Asia y Africa. No cambió nada esencial. Las relaciones entre el centro (Grecia) y la periferia (los bordes del Océano) siguieron sometidas a los mismos criterios y valores.

Inventado por los griegos, el método científico no se opone a la mitología o a su parodia, que es la ideología. Lejos de anular los mitos, la ciencia los analiza, los transfigura y acaba por asimilarlos en su nueva forma.

Lo muy frío y lo muy caliente

Los griegos amaban la simetría; creían en las virtudes de la geometría y la lógica. El hombre normal debía habitar el centro del mundo (Grecia, el Mediterráneo). A mayor alejamiento de esa región, la alteridad se hacía cada vez más manifiesta. La naturaleza, el clima, los seres y las sociedades participaban en este juego determinado por una geografía fuertemente ideologizada.

Una teoría de los climas particularmente rigurosa exacerbaba las diferencias y enmarcaba la normalidad en un territorio limitado. La teoría llamada de las "cinco zonas", atribuida al filósofo Parménides (siglo quinto a.C.), sostenía que en la esfera terrestre se sucedían de un polo a otro una zona fría, una zona templada, una zona tórrida a ambos lados del ecuador y nuevamente una zona templada y una fría.

Hasta aquí no hay nada peculiar; la disposición se asemeja a los datos climáticos reales. Salvo que, en la interpretación de los antiguos, cuando un territorio era frío o cálido, lo era siempre. La zona templada, prácticamente la única habitable,

correspondía a grandes rasgos al territorio grecorromano. Un poco más lejos hacia el norte, un poco más allá en el sur, se entraba en un completo desastre climático. Ya hacia las fronteras del imperio romano las cosas comenzaban a deteriorarse. Exiliado en Tomis, en las playas del mar Negro, en los confines septentrionales del imperio, Ovidio parece trocar su condición de poeta por la de explorador del Artico. En invierno toma trozos de vino solidificado, y comprueba que de un año a otro la nieve no alcanza a derretirse.

Más lejos, en el país de los escitas, al norte del mar Negro, las condiciones climáticas eran todavía peores, lo que explicaba el salvajismo de los habitantes. Después venía el frío absoluto, en una región donde, según Diodoro de Sicilia, "a los hombres se les dañan las extremidades de los miembros por el roce de sus ropas [...] hasta el fuego pierde su fuerza, y las estatuas de bronce se parten". Estas cosas terribles pasaban a una latitud menor que la de Moscú o San Petersburgo.

En sentido contrario se hallaba la misma degradación. "En los confines de Egipto y del país de los trogloditas –siempre según Diodoro–, el calor es tan excesivo que al mediodía los habitantes no pueden distinguirse entre ellos, tan denso es el aire." Cerca del ecuador la vida se hacía enteramente imposible.

La geometría daba la mano a la ideología. Juntas concurrían para hacer del mundo grecorromano el territorio exclusivo de la normalidad geográfica y humana. Grados de alteridad más y más acentuados separaban ese territorio de las regiones heladas y quemadas del polo y el ecuador.

Viaje alrededor de la Tierra I: el Gran Norte

Nos proponemos recorrer rápidamente la periferia del mundo antiguo. Nos acompañan guías competentes: Heródoto y Diodoro de Sicilia, autores de grandes historias universales,

El Sur ofrece en primer lugar una rica colección de monstruos; esos confines meridionales expuestos al sol, príncipe supremo de la vida, se destacaban en el dominio de las invenciones biológicas.

En Africa interior, "los habitantes tienen un aspecto monstruoso; unos carecen de nariz y su rostro plano posee las facciones más deformes; otros tienen la boca tan estrecha que sólo pueden alimentarse por un pequeño agujero mediante una pajilla de avena; algunos no tienen lengua, y se hacen entender por gestos y signos" (Solin).

La galería de monstruos africanos continúa con los hombres salvajes peludos, los sátiros, los cinocéfalos, los blemis y los himantópodos, que se deslizan y arrastran en vez de andar, pues sus piernas son flexibles.

Aunque se pone el acento en la monstruosidad física, ésta va acompañada por anomalías sociales y morales; en un campo en que el Norte ofrece elección entre el bien y el mal, los países demasiado cálidos presentan la imagen de una vida social profundamente alterada.

Así pues, los trogloditas viven en cavernas y sólo comen carne de serpiente; "no conocen ningún idioma y, más que hablar, silban" (Solin). Los ictiófagos "viven completamente desnudos, tienen los rebaños y las mujeres en común, y también los hijos; no conocen más sensaciones que el placer y el dolor; no tienen ninguna idea de la honestidad y la belleza; hacen sus casas cerca del mar, en rocas con muchas cavernas, precipicios y desfiladeros, y se comunican entre ellas por pasajes tortuosos". Carecen de armas. Se alimentan únicamente de pescado (Diodoro de Sicilia).

Otros seres humanos, todavía más raros, no se interesan por nada y hablan solamente por signos. Los gamfasantes rehuyen la compañía de otros hombres. Entre los atlantes, "nadie tiene un nombre propio"; son gentes que detestan el sol (Solin). Tienen toda la razón, pues el calor excesivo debilita la personalidad y las relaciones humanas.

Una última característica africana es la longevidad. Según Herodoto, los etíopes vivían 120 años. Los macrobios batían todas las marcas: mil años, según ciertos autores.

Viaje alrededor de la Tierra III: periplo indio

Nada igualaba a la India en términos de alteridad. Desde un punto de vista geográfico, se situaba en el vértice de dos extremos que se reforzaban recíprocamente: la zona tropical y los confines de Oriente. Era el fin del mundo por excelencia. Una civilización irrefutable y refinada se mezclaba con manifestaciones de una vida primitiva. Además, *India* no significa sólo la India propiamente dicha, sino toda el Asia de los monzones, región inmensa que tanto al sur como al este se abría a lo desconocido.

Circulaban los rumores más diversos sobre las condiciones climáticas y naturales del espacio indio. Curcio Rufo creía que las estaciones estaban invertidas: cuando hacía calor en el Mediterráneo, nevaba en la India. Según Ctesias, allí no llovía nunca; sin embargo, los vientos eran extremadamente fuertes... La naturaleza se caracterizaba por su abundancia y su gigantismo. La altura de los árboles era tal que no había flecha que llegara a su copa (Virgilio). "En la India nacían los animales más grandes" (Plinio). Los perros, de talla impresionante, se enfrentaban a los leones; las ovejas y las cabras eran más grandes que los asnos (Ctesias), y las hormigas eran "tan grandes como el perro más grande" (Pomponio Mela). No faltaban los animales monstruosos, en primer lugar la mantícora, "con cara de hombre, talla de león y la piel roja como cinabrio" (Ctesias).

Era el país de los contrastes. Algunos indios se distinguían por una talla de cinco codos y dos palmos (casi tres metros), lo que les permitía montar en elefante con tanta facilidad como un hombre normal monta a caballo. Y en el centro del país había pigmeos, hombres negros de talla muy pequeña: "los más grandes sólo alcanzan los dos codos; la mayoría no pasa de uno y medio" (Ctesias).

Algunos superaban el centenar de años y vivían hasta los doscientos años en perfecta salud. "No sufren ni dolores de cabeza, ni enfermedades de los ojos, ni les duelen las muelas. Jamás tienen úlceras en la boca, ni ningún otro mal" (Ctesias).

Pero la esperanza de vida de otros se reducía al mínimo; había mujeres que concebían a los cinco años y no pasaban de los ocho.

Los elementos de la civilización presentaban contrastes similares. La profusión de ciudades y su riqueza, el lujo extraordinario de los reyes, coexistían con una humanidad primitiva que a veces lindaba con la animalidad.

Los pigmeos figuraban entre los representantes de esta última clase. Su pelo, muy largo, les llegaba a las rodillas y hasta más abajo. "No usaban ropa, pues para ello tenían el pelo y la barba [...] Como tienen todo el cuerpo cubierto de pelo, se lo ciñen con un cinturón y en consecuencia no necesitan ropa." "Tienen el miembro viril largo y grueso; les llega a los tobillos." "Son hábiles con el arco [...] cazan liebres y zorros. En vez de perros, para cazar usan cuervos, milanos, cornejas y águilas" (Ctesias). Suele invocarse su tradicional conflicto con las grullas. Según Aristóteles, los pigmeos vivían en cuevas; Plinio afirma que "construían cabañas con barro, plumas y cáscaras de huevo".

Más cercanos todavía a la naturaleza salvaje estaban los cinocéfalos que vivían en las montañas. "Son hombres con cabeza de perro que se cubren con pieles de animales salvajes. No tienen idioma; ladran como los perros [...] Comprenden la lengua india, pero sólo pueden responder con ladridos y signos... Se alimentan de carne cruda [...] Es una nación que puede llegar a los ciento veinte mil individuos [...] Viven de la caza y no ejercen ningún oficio [...] Mantienen rebaños de ovejas, cabras y burras, cuya leche beben." Los cinocéfalos vendían a los indios ámbar y púrpura extraídos de las plantas a cambio de harina, telas y armas. "Muy hábiles con el arco y la jabalina", vivían en cuevas y se vestían con pieles curtidas. Su anatomía presentaba también "una cola bajo las nalgas, como la de los perros; pero más larga y peluda". Se apareaban como los perros y cualquier otra postura les parecía bestial. Además, era notable su longevidad, que alcanzaba los doscientos años: "De todos los hombres, eran los que más tiempo vivían" (Ctesias).

Se añade toda la colección habitual de desviaciones biológicas: hombres sin boca, hombres sin ano, bebés que nacen con dientes y pelo blanco, gentes que tienen "las orejas tan largas que se tocan una con otra, y que les envuelven la espalda y los brazos hasta el codo", hombres "que no comen y viven únicamente del perfume de las flores", sciápodos, blemis...

Pero, más allá de todo esto y no obstante la riqueza y el lujo frecuentemente invocados, la India era reputada por la simplicidad, sabiduría y espíritu de justicia de sus habitantes. "Los indios son muy justos" (Ctesias); "Muy justos" también se consideraba a los pueblos marginales como los pigmeos o los cinocéfalos. Eran admirados sobre todo los sabios que impresionaban por su desapego de los bienes del mundo y por su fuerza espiritual y moral. "Se ejercitan en la práctica de la resistencia [...] Algunos pasan todo el tiempo enteramente desnudos y endurecen su cuerpo tanto con el agua helada del Cáucaso como exponiéndolo a las llamas sin exhalar quejas. Este desprecio del dolor les procura una gran gloria y les vale el título de sabios" (Valerio Máximo). La concepción pitagórica de la inmortalidad del alma encontraba asimismo un terreno fecundo en el ámbito indio.

El mensaje esencial que trasmitían los indios parece ser la trascendencia de la condición humana mediante la concentración de las fuerzas del espíritu, hasta el punto en que la materia y las funciones biológicas se vuelven dependientes de la voluntad. La vía india conducía a un estatuto de hombre diferente: fuertemente espiritualizado, hasta cierto punto desmaterializado.

El cristianismo debía de reconocer en este modelo algunas de sus verdades fundamentales: preeminencia del alma y su inmortalidad, desprecio de la muerte, reconocimiento de un dios supremo. Las referencias de san Jerónimo y san Agustín a la secta de los gimnopedistas son significativas. Estos sabios se abstenían de procrear y vivían "a orillas del Ganges, del fruto de los árboles o de alimentos sencillos como arroz y harina". El rey "los veneraba y creía que la paz de su provincia se debía a sus oraciones". Adoración de Dios y abstinencia: el ejemplo indio reforzaba los principios cristianos, ilustrando su alcance universal.

Una humanidad fragmentada

En la civilización grecorromana, el hombre diferente en el sentido más preciso del término sólo representaba un caso límite dentro de un sistema de desigualdad innata, una disposición muy jerarquizada de los seres, las comunidades y las categorías sociales. Se hallaba en el extremo de la escala, en el punto justo en que el humano se acercaba a otra condición: divina o bestial. Pero la transición era gradual, y se inscribía en el espacio y en el imaginario social.

Desde el centro del mundo a la periferia, se atravesaban círculos sucesivos de alteridad. Tracia, situada entre Grecia y el Danubio, representaba por ejemplo una zona intermedia, reuniendo y separando la ciudad griega rigurosamente estructurada y la inmensidad informe del espacio escita. Este país aseguraba la transición entre los dos polos opuestos de la cultura y la naturaleza. Era una región de contrastes y de excesos, menos acusados y menos graves que los que se comprobarán más al norte, pero que igualmente chocaban con el justo medio, del cual sólo los griegos poseían el secreto.

Los tracios no eran caníbales ni incestuosos; se contentaban con ser polígamos. El poeta Menandro, citado por Estrabón, ilustra con precisión su amor inmoderado por las mujeres: "Entre nosotros uno nunca se casa con menos de diez, once o doce mujeres, si no con más. Y si por azar a alguien lo sorprende la muerte sin haberse casado con cuatro o cinco, ¿sabéis qué dice la gente del país? ¡Pobre! Ni ha estado casado, ni ha conocido el amor!". Se caracterizaban asimismo por su temperamento inestable, rebelde a cualquier disciplina y esfuerzo sostenido, y por su falta de mesura, en la bebida tanto como en el matrimonio. Eran unos bebedores inveterados.

Como la alteridad es una función de la distancia, las tribus tracias más alejadas presentaban particularidades todavía más definidas. Instalados en las orillas del Danubio, los getos le parecieron a Herodoto los más justos entre los tracios, y de una valentía ilimitada. Se distinguían sobre todo

por sus ritos de inmortalidad, que incluían una forma espectacular de enviar mensajes a su dios Zalmoxis: "Cierto número de getos, cada uno con tres picas en la mano, forma filas, mientras los demás sostienen por los pies y las manos al que será enviado a Zalmoxis. Lo hacen oscilar y lo lanzan al aire para que caiga sobre las jabalinas". Más allá del exceso, se trata de la proyección en el espacio geto, como entre los indios, de los principios pitagóricos de la inmortalidad. Las márgenes del mundo servían para disponer una red de laboratorios donde podían experimentarse y tomar cuerpo las ideas abstractas y las construcciones utópicas de los griegos.

El mismo sistema de segmentos estructuraba el país de los escitas. Según Herodoto, los más cercanos al Danubio y el mar Negro practicaban la agricultura y vivían de sus productos; más lejos estaban los peones, "que sembraban el trigo, no para preparar su alimento, sino para venderlo". Más lejos aún se hallaban los nómades, y en la última línea los neuros (brujos) o los andrófagos (caníbales).

Esta geometría espacial era transportable a la escala del tiempo. Los bárbaros más cercanos geográficamente –los tracios, por ejemplo– poseían rasgos similares a los griegos del período arcaico. Los pueblos de los confines del mundo se inscribían en un tiempo mucho más remoto, el tiempo originario de antes de la Historia (el reino de Cronos, la edad de oro).

El espacio normal por excelencia era la ciudad, creación propiamente humana. *Zoon politikon*: el sintagma formulado por Aristóteles e invocado a menudo para definir al hombre, comprende, además del concepto derivado de "animal político", el sentido original de "animal urbano" (de *polis* ciudad, urbe). El filósofo explicaba su pensamiento: "El que por naturaleza y no por azar no tiene ciudad, es menos o es más que un hombre". El dominio extraurbano pertenecía a la naturaleza, a la bestia o a la divinidad.

Pero la ciudad también se estructuraba en segmentos, que seguían una jerarquía biológica y social que correspondía en cierto sentido a los principios espaciales de la disposición de los pueblos. La mujer, ser humano incompleto, formaba "la mitad salvaje de la ciudad" (P. Vidal-Naquet); el niño, el

esclavo, el artesano ocupaban a su vez posiciones subalternas. En realidad, la normalidad que se invocaba como punto de referencia sólo se encarnaba en un núcleo muy concentrado.

Las enfermedades constituían un caso aparte. Una estrecha ligazón unía en el pensamiento griego la belleza física (por lo menos la normalidad física) y la belleza (o la normalidad) espiritual. Ese prejuicio atravesaría los siglos. En el interior de las ciudades, los enfermos, con sus deformidades, correspondían a los pueblos monstruosos de los confines. Rozaban el límite inferior de la condición humana, y a veces también, por el contrario, el registro superior (como algunos héroes "marcados" físicamente). La ciudad, en todo caso, no podía tolerar a estos "extranjeros".

Platón agradecía cada día a los dioses por haberlo hecho "hombre, libre y ateniense", es decir, un ser humano normal y completo. Así pues, la condición humana estaba drásticamente limitada y la humanidad profundamente dividida en función de las relaciones con una imagen ideal. Pero también se manifestaban otras tendencias que tendían a borrar las fronteras y las prohibiciones.

El culto de Dioniso, que culminaba en orgía o "éxtasis dionisiaco", intentaba reunir aquello que la ciudad separaba: hombres y mujeres, amos y esclavos. La trasgresión se manifestaba sobre todo por el consumo de carne cruda, gran salto atrás hacia el estado natural.

El cinismo, la expresión filosófica del culto dionisiaco, preconizaba la anulación de todos los tabúes. El incesto, la antropofagia, la comida cruda debían entrar en el orden normal de una condición humana radicalmente redefinida.

Por el contrario, el movimiento órfico, una tendencia desarrollada y sistematizada por el pitagorismo, proveía la afirmación de valores espirituales, intentando acercar al hombre a los dioses. Sus partidarios eran vegetarianos, en oposición a los comedores de carne cruda, es decir, a los antropófagos en potencia.

Curiosamente, estos filósofos inconformistas se parecen a ciertos hombres diferentes que hemos encontrado. En efecto, el mundo exterior, con sus configuraciones biológicas y

sociales insólitas, sólo era la proyección de un gran abanico de fantasmas que oscilaba entre una definición muy restrictiva de la condición humana y la abrogación de todas las normas. La promiscuidad y la sabiduría, la ferocidad y la santidad, la fluidez del universo moral ilustrado también por monstruosidades físicas, no pertenecían a algún país lejano, sino al espíritu de los habitantes de la ciudad. El hombre diferente era la expresión –muy dramatizada– de una cierta concepción del ser humano (una humanidad fragmentada) y de un deseo de plenitud (la desaparición de las diferencias y las prohibiciones).

Los hunos, ¿seres humanos o animales feroces?

La Antigüedad se sume en una pesadilla: la periferia se desliza hacia el centro. La invasión de los bárbaros fue experimentada como la irrupción de lo extraño en el seno de la normalidad. Por lo menos, los pueblos germánicos y los eslavos venían de un espacio relativamente cercano. Pero la aparición de habitantes de las márgenes del mundo –extraterrestres propiamente dichos– sólo podía provocar el más puro terror. La alteridad radical de la que se investían no cedió tras el contacto; por el contrario, el temor sólo exacerbó los datos iniciales. Este fue en particular el caso de los hunos, cuyos rasgos reales se prestaban mucho a la transfiguración: venían de muy lejos (de Asia Central), pertenecían a otra raza y eran nómades, lo que los situaba en las antípodas de la civilización grecorromana.

Ammien Marcellin, historiador del siglo cuarto, esboza su retrato en un pasaje justamente célebre de su *Histoire romaine.* Tras haberlos caracterizado como una "raza salvaje" y de "una ferocidad que sobrepasa la imaginación", dedica más tiempo a algunos detalles muy sugerentes:

"Desde el nacimiento de los niños varones, los hunos les marcan las mejillas con profundas cicatrices, para destruir

todo germen de bozo. Estos seres crecen y envejecen imberbes, con el aspecto odioso y degradado de los eunucos. Pero son todos robustos, con miembros fuertes y cabeza voluminosa; y un excesivo desarrollo de las espaldas presta a su contextura algo de sobrenatural. Se diría que, más que seres humanos, son animales bípedos, o como esas raras figuras que el capricho del arte sitúa en relieve en las cornisas de un puente. Costumbres cercanas al animal responden a su exterior repugnante. Los hunos no cuecen ni sazonan lo que comen, y como alimento les bastan las raíces salvajes o la carne del primer animal que pasa ante sus ojos, que dejan ablandar unos días entre los muslos de sus caballos. No los abriga ningún techo [...] Se diría que están pegados a sus caballos, cuya conformación es fea pero vigorosa. Sobre sus lomos los hunos hacen todo lo que les es necesario, sentados a veces como las mujeres. A caballo día y noche, allí compran y allí venden. No saltan a tierra para beber ni para comer ni para dormir, lo que hacen apoyándose en el delgado cuello de sus monturas, donde se entregan al sueño muy a gusto. También a caballo deliberan sobre los intereses de la comunidad. Desconocen la autoridad de un rey..."

¡Vaya colección de rasgos no humanos o subhumanos!

Dos siglos más tarde, Jordanès, en su *Histoire des Goths*, añade otros argumentos, pintando un cuadro más extraño y tenebroso aún. Los hunos serían el fruto de la unión contra natura entre unas brujas expulsadas de Escitia por los godos y "espíritus inmundos" que, "habiéndolas visto errar en soledad, se mezclaron con ellas y su abrazo dio nacimiento a esta raza feroz". En cuanto a su aspecto, tienen una cara "horriblemente negra"; "no era una figura humana sino, si me permiten decirlo, una masa informe, con dos puntos luminosos en vez de ojos".

Este desplazamiento del ser humano desde su condición normal a una casi animal, y luego a una zona cercana a lo sobrenatural, ofrece una de las ilustraciones más notables del mecanismo de la alteridad.

La Iglesia acoge al hombre diferente

Para encontrar hoy en día al hombre diferente, basta con ir a Vézelay. Allí pueden admirarse hombres diferentes de piedra; ésta, a falta de vida, les da un aire de perennidad. En el tímpano de la basílica se hallan reunidos en torno de un solo Dios pueblos reales y pueblos fabulosos, hombres salvajes o con grandes orejas, cinocéfalos y pigmeos. ¿Cómo se explica la presencia en un lugar sagrado de figuras nacidas de la imaginación pagana?

Todo debería separar la interpretación cristiana del fenómeno humano de las estructuras imaginadas por la Antigüedad clásica. Esta exhibía un amplio abanico de humanidades diferentes, reunidas en un sistema jerarquizado; el cristianismo proclamaba un principio unificador. No había más que una humanidad, que descendía de Adán y Eva, y a toda ella se había prometido la Redención. Además, en cuanto a las equívocas relaciones que atravesaban las barreras entre los tres niveles, humano, animal y divino (hombres-bestia, hombres-dioses, dioses-bestias), la ideología cristiana divergía claramente.

Por lo tanto, hubiese sido lógico que la nueva doctrina borrara las otras humanidades imaginadas por los antiguos, sustituyéndolas por una concepción de la alteridad más conforme con sus preceptos, evidentemente mucho menos radicales.

Pero, como siempre, la imaginación se reveló más fuerte que la lógica. Los arquetipos resistieron. El cristianismo heredó y aceptó por fin la imagen del mundo que cristalizó en el seno de la civilización grecorromana, y en la que el hombre diferente es un elemento más. La cultura medieval es el resultado de una fusión, de una síntesis: el saber antiguo adaptado a las exigencias de la teología cristiana. El esfuerzo intelectual se canalizó en un intento de recodificar en términos cristianos el bagaje cultural grecorromano.

Así se salvó el hombre diferente, aunque no correspondía ni al sentido profundo de la ideología cristiana ni a las

realidades de ese mundo. Pero correspondía al arquetipo, y fue suficiente. Para enmarcarlo en la teología bastaba con encontrarle una nueva razón de ser.

Sobre este tema, como sobre tantos otros, san Agustín (354-430) es la referencia obligatoria. *La ciudad de Dios*, obra fundamental de la ideología cristiana occidental, contiene una ordenada demostración al respecto.

Primer punto: no es seguro que realmente existan las humanidades fabulosas. "Uno puede preguntarse si se ha de creer que los hombres monstruosos mencionados por la historia de los pueblos descienden de los hijos de Noé, o más bien de ese hombre único del cual nosotros mismos venimos [...] Pero no es necesario creer en toda clase de hombres cuya existencia se afirma."

Segundo punto: de todos modos es bastante posible que una parte de los hombres sea diferente a nuestro tipo humano. "No nos parece absurdo pensar que en algunas regiones existan, de alguna manera, pueblos monstruosos." Noción además muy relativa, pues "lo que dicen los hombres de los monstruos en nuestra porción del mundo podrían decirlo los monstruos sobre algunos pueblos. Dios es el creador de todo. El sabe lo que hay o habría que crear y dónde y cuándo, pues El posee la ciencia de toda la belleza, la que se manifiesta sea por lo semejante, sea por lo diferente".

Tercer punto: si estos seres existen, su esencia humana y su descendencia de Adán debe juzgarse, no a partir de su envoltorio carnal, sino en función de su naturaleza espiritual: "Lo cierto es que, allí donde nace el hombre, es decir un ser animado dotado de razón, mortal, por más insólita que sea para nuestros sentidos la forma del cuerpo o el color, o el movimiento, o la voz, o las funciones, partes o cualidades de su naturaleza, ningún fiel dudaría de que su origen está en el primer hombre".

Conclusión de san Agustín: "Por esta razón, y para concluir con prudencia este tema, yo diría: o lo que se ha escrito sobre estos pueblos es totalmente falso o, de ser cierto, no son hombres o bien si son hombres descienden de Adán".

Según Agustín, el hombre se presenta como un *ser dotado de razón*, definición notable por su modernidad. Si existe un ser razonable, es hombre, sin que obsten las demás características y diferencias. Pertenece a la familia humana, que es única. De este modo, lo semejante y lo diferente encontraron razón de ser en el seno del universalismo cristiano. Las diferencias fueron aceptadas y desdramatizadas. Los hombres diferentes –¡siempre que existiesen!– fueron elevados a la misma dignidad que cualquiera de nosotros.

San Agustín dirimió el tema, aunque persisten en su discurso algunas dudas sobre la propia presencia del hombre diferente. Pero las reticencias no tardaron en ser olvidadas y más que nada se retiene la aprobación del principio.

Isidoro de Sevilla (hacia 560-636) dio un paso decisivo, que concilió definitivamente al hombre diferente con la Iglesia. En su vasta obra titulada *Etimologías* u *Orígenes* –una síntesis de lo esencial del saber antiguo–, el erudito español compiló una lista muy completa de los pueblos monstruosos, inscribiéndolos así en el registro civil de la Edad Media.

Ello no impediría que hubiese quienes siguieran haciéndose preguntas. En el siglo diez, Ratramno, monje de Corbie, debió escribir una larga carta en respuesta a las interrogantes de un misionero a punto de partir hacia los países del norte, donde esperaba encontrarse con seres mitad hombres, mitad bestias, en especial los famosos cinocéfalos. ¿Cómo tratarlos? ¿Podían considerarse humanos? ¿Participaban de la Redención? Ratramno retomó los argumentos de san Agustín: puesto que los cinocéfalos estaban dotados de razón, pertenecían a la familia humana pese a su insólito aspecto físico. Todo concurría a establecer su condición de seres razonables: practicaban la agricultura y la ganadería, construían casas, confeccionaban su ropa y observaban ciertas leyes. Además, un punto muy importante, tenían cuidado de cubrirse el sexo.

Algunos siglos más tarde Mandeville insiste acerca de la razón y la inteligencia de los cinocéfalos, mencionando siempre su relativa pudibundez, así como su organización política en torno de un rey muy ecuánime a la hora de impartir justicia de acuerdo a sus leyes.

Los hombres con cabeza de perro ocupaban sin duda un lugar privilegiado entre los candidatos a una condición humana completa. ¡Dieron un santo a la Iglesia! Según la tradición, san Cristóbal, mártir del siglo tercero, muy popular en la Edad Media, habría sido un cinocéfalo. Pero, por otra parte, Atila, el rey de los hunos, también era representado como cinocéfalo; es el punto extremo de la transformación biológica de estos invasores, alcanzada hacia finales del siglo trece.

Los que se interesaban en el porqué de las cosas interpretaban la degradación física de algunos hijos de Adán como una consecuencia de la caída, del pecado original. Esta explicación tenía la ventaja de integrar perfectamente a los hombres diferentes en el discurso teológico: se trataba de seres caídos en desgracia, pero que igualmente atendían a la palabra del Evangelio. Es el sentido profundo de la "comunión universal" imaginada en Vézelay.

Después de Isidoro de Sevilla se multiplicaron los especialistas en el hombre diferente. Raban Maur (hacia 780-856) abordó este tema en su tratado sobre el universo (*De universo*). Pero el tópico se afinó sobre todo en los últimos siglos de la Edad Media, en una época que ya se veía tentada por los horizontes lejanos y en que las huellas del imaginario de factura laica eran cada vez más patentes. En el siglo doce está Lamberto de Saint-Omer y su *Liber floridus*, y Vicente de Beauvais, reputado por sus trabajos enciclopédicos, el *Speculum historiale* y el *Speculum naturale*. Después, durante el siglo trece, Gossouin de Metz, autor de una *Image du monde*, y Thomas de Cantimpré, quien consagró toda una sección de su tratado *De natura rerum* a los monstruos humanos. En el siglo catorce, nuestro conocido Jean de Mandeville es con mucho la fuente más completa. La cartografía contribuyó a su vez, por la fuerza de la imagen en los mapas ilustrados, a la inserción del hombre diferente en la geografía. Las dos obras maestras del género, que son –alrededor de 1300– los mapamundi de Ebstorf (en Alemania) y de Hereford (en Inglaterra, dibujado por Richard de Haldingham hacia 1290), le otorgan un espacio considerable, iluminado con numerosas ilustraciones.

La teología toleraba las formas humanas monstruosas. Pero también exigía cabida para una categoría muy particular de Otros: los santos, los hombres que se volvían diferentes tras recorrer un camino iniciático imitando a Cristo, al final del cual conseguían acercarse a la luz divina. De hecho, ésta fue la contribución más original de la Edad Media cristiana a la tipología del hombre diferente. Se trataba de una vía propia para transfigurar la humanidad, creando un tipo humano distinto que no estaba dominado por la carne, sino por el espíritu. Los conventos –las comunidades de monjes– representaban los "laboratorios" de esta humanidad nueva.

De esta manera, el hombre diferente consiguió multiplicar su faz y consolidar sus posiciones. Lo maravilloso impregnaba la concepción medieval del mundo, un mundo de signos y símbolos que reflejaba la omnipotencia divina. Para el hombre medieval lo inverosímil no existía. ¿Y por qué habría de existir? En un planeta inmenso, en gran parte desconocido, todo podía ocurrir. ¿Acaso el hombre de hoy, tan orgulloso de su conocimiento de las leyes de la naturaleza, ha abandonado su inclinación a aceptar mensajes insólitos provenientes del espacio remoto?

Se produjo entonces una aculturación, que se concretiza en la circulación de humanidades diferentes a través de vastos espacios. El patrimonio grecorromano fue vigorizado con aportes celtas y germánicos, y esa síntesis recibió la rica infusión de la cultura musulmana y posteriormente de elementos originarios del Asia profunda y el Extremo Oriente.

La reacción natural de una civilización convencida –como toda civilización– de su normalidad en relación con los otros (no obstante el universalismo teórico de los teólogos), el proyecto de santidad propio del cristianismo, la afirmación paralela del imaginario precristiano y laico, la multiplicación de las fuentes y la seducción de lo extraño y lo maravilloso se suman para dar al discurso sobre la alteridad una frecuencia y una diversidad dignas de consideración.

Las islas misteriosas de los árabes

Visto por el islam, el mundo presentaba contrastes entre normalidad y alteridad más acusados aún que los imaginados en Occidente. Grandes viajeros y geógrafos, pioneros de la antropología, los árabes, mucho antes que la Europa cristiana, crearon una metodología de investigación para las "ciencias humanas" que impresiona por su modernidad. Ya existía en los siglos nueve y diez. Pero la curiosidad de sus sabios raras veces traspasaba las fronteras del islam, que eran asimismo las de la normalidad. Quienquiera que estuviese situado más allá pertenecía a un mundo extraño, regido por otras reglas, donde todo podía ocurrir.

El océano Indico se hallaba cerca, y fue el elemento geográfico real de un vasto conjunto mitológico en que la isla se destaca como figura esencial. El procedimiento de la multiplicación de los mundos mediante las islas –cada entidad insular formaba un mundo independiente– encontró en la imaginación árabe su expresión más acabada, y los especialistas realizaron allí un catálogo sistemático de las islas misteriosas.

La cercanía de la isla se traducía casi siempre en términos de peligro. Uno de sus símbolos era la montaña imantada que atraía y destrozaba a las embarcaciones. De hecho, uno se acercaba a otro mundo, diferente y por lo tanto potencialmente hostil, y no se podía invocar ninguna certeza acerca del regreso.

Demos una ojeada a *El libro de las maravillas de la India* y a una obra ulterior, terminada en 1154, la *Geografía* de Edrisi (o al-Idrisi).

Algunas de las figuras que habitaban el inmenso archipiélago de lo extraño: pájaros inmensos, como el muy célebre roc; seres mitad humanos, mitad animales, entre ellos los peces de rostro humano que ya hemos mencionado, sin olvidar las variantes vegetales como el árbol wac-wac; hombres salvajes, negros, desnudos y caníbales; monos inteligentes, pero malos y crueles, instalados en la "isla de los monos", asesinos y torturadores de náufragos.

Una obsesión: el sexo. Ya hemos visitado la isla de las mujeres insaciables. En otra, el rey vive rodeado por sus cuatro mil esposas; un árbol de propiedades afrodisíacas está al alcance de la mano, sin que haya la menor duda sobre su utilidad. También existe una sociedad enteramente femenina, donde las mujeres son fecundadas por el viento y sólo dan a luz niñas. Otro caso: dos islas cercanas, cada cual habitada exclusivamente por hombres o mujeres; los dos sexos se reúnen una vez al año durante cuatro días. Se evidencia la preocupación por las comunidades estrictamente femeninas: mundos al revés, donde la mujer es libre, a veces dominante, y donde el erotismo y las prácticas sexuales están lejos de nuestras costumbres, pero cerca de nuestros fantasmas.

La promiscuidad también está presente: "Los hombres y las mujeres andan desnudos, sin cubrirse de ningún modo, ni tampoco se ocultan en el momento de la copulación; no encuentran inconveniente en que dicho acto se efectúe en público. A veces un hombre lo hace con su hija o con su hermana, sin que a nadie le parezca criticable ni vergonzoso". Y la homosexualidad masculina: en una isla del mar de China, "el rey está rodeado y es servido, tanto para comer como para beber, únicamente por jóvenes prostituidos [...] En ese país se desposa a hombres en vez de a mujeres".

Otra región privilegiada de la imaginación islámica era Asia Central, protegida por espacios desérticos y montañosos. Era el país de Gog y Magog, auténtica isla en tierra firme. El mito, originario de la Biblia, fue enriquecido por la leyenda de Alejandro Magno, quien habría aislado la región mediante un dique inmenso destinado a salvar al mundo de las invasiones. A partir de estos elementos los árabes hilaron relatos y descripciones detalladas. Un viajero cuenta:

"Llegados al cabo de veintisiete días a la frontera de los bachkir, hubimos de cruzar durante diez días una comarca vasta, negra y que exhalaba un olor fétido [...] viajamos enseguida, durante un mes, por un país desierto, cubierto de ruinas y vestigios de viejas moradas [...] ciudades antiguamente conquistadas y devastadas por los pueblos de Gog y

Magog. Tras otros seis días de marcha llegamos a las fortalezas construidas cerca de las montañas, en cuyo extremo estaba el dique."

Se describía a las gentes del país como salvajes pertenecientes al nivel inferior de la humanidad, apenas más evolucionados que los animales; a veces su talla era gigantesca, pero más frecuentemente se trataba de enanos odiosos, de no más de setenta centímetros. "Su cara es completamente redonda; están enteramente cubiertos de una especie de plumón, y tienen las orejas grandes, redondas y colgantes de tal modo que les llegan a las espaldas. Su lenguaje parece un silbido. Estos pueblos son esencialmente malvados, de mala fe y librados a una vergonzosa depravación."

La desvalorización de los otros, confundidos en la naturaleza salvaje, se impone. Edrisi afirma que Escocia está desierta y no tiene casas, pueblos ni ciudades; en Inglaterra "reina un invierno perpetuo"; Noruega es una "isla" casi deshabitada y sólo abriga una raza de hombres salvajes que viven en lo más profundo de los bosques; en el mar Báltico, en Estonia, los habitantes se refugian durante el invierno en cavernas. Para los árabes, como antaño para los griegos y romanos, esos países pertenecen a los confines del mundo.

El océano Indico: entre el paraíso y la edad de oro

Volvamos a Occidente. En la concepción medieval europea, la parte del mundo que concentraba la dosis más fuerte de alteridad era el espacio indio: ese antiguo motivo grecorromano se había enriquecido y valorizado con elementos nuevos. La magnificación musulmana amplificó la extranjeridad del lugar y, gracias al sistema insular, prolongó hacia el horizonte indefinido del océano un mundo que para los antiguos era más que nada continental. La aventura de Alejandro Magno

–en la que la historia, transfigurada, rozaba lo fantástico– contribuyó también a fijar la imagen de un Oriente fabuloso. El *Cantar de Alejandro*, uno de los textos más difundidos en la Europa medieval, confirió a los pueblos monstruosos de la India y sus alrededores el prestigio suplementario de una historia cierta y de la personalidad mítica del emperador del mundo.

Pero todo se organizaba en torno de los fantasmas propios de la civilización medieval. Para el imaginario occidental, según la acertada fórmula de Jacques Le Goff, el océano Indico se transformó en un *horizonte onírico.* Un espacio más considerable que la India de los antiguos, y también más vasto que la India real, que incluía desde el Africa profunda (Etiopía) a los archipiélagos del Extremo Oriente.

Ya en varias ocasiones hemos encontrado a los habitantes de esta parte del mundo. Saltémosnos, pues, las presentaciones. En lo esencial, los rostros, cada vez más numerosos, han cambiado poco. Más que nada han evolucionado los significados, aunque permanecen insertos en determinados arquetipos.

El espacio "indio" se presenta como un mundo al revés. El contraste entre el Occidente real y el Oriente imaginario era manifiesto sobre todo en dos puntos. Por una parte, una vida social fuertemente estructurada y jerarquizada; por otra, una libertad ilimitada que lindaba con la anarquía; o la penuria endémica y en el otro extremo la abundancia. Dos mitos fundamentales, *la edad de oro* y el *milenarismo*, situados en el comienzo y en el fin de la historia, se proyectaban en estas islas y riberas lejanas.

Por todos lados se respiraba la riqueza de una naturaleza inagotable: vegetación exuberante, cosechas maravillosas, animales fantásticos, seres humanos de diversidad asombrosa; oro, plata y piedras preciosas en profusión, aunque lamentablemente custodiados a veces por monstruos dispuestos a obstaculizar la codicia de los hombres.

Asimismo se respiraba una verdadera libertad, aquella que no conoce tabúes. El hombre se perdía en la naturaleza, allí donde el bien y el mal no existen, donde se puede comer

cualquier cosa (comer era la obsesión del hombre medieval), hasta un semejante; donde la desnudez no estaba prohibida ni nada impedía experimentar todas las formas imaginables de erotismo: amor plural, poligamia, incesto... Bajo el barniz de la moral cristiana se manifestaba una capa más profunda, oculta pero exacerbada por las prohibiciones. Todo salía a plena luz gracias a la coartada que ofrecía el hombre diferente.

Este mundo seducía y atemorizaba a la vez, por su fuerte concentración de alteridad. Nos encontramos en el punto más incandescente de lo imaginario.

Resistiendo el asalto de estos fantasmas, la Iglesia proponía su propia versión, la de una "India" que ilustrara el ideal cristiano. Etíopes e indios virtuosos, sociedades donde imperaban la justicia y la armonía, proporcionaban la réplica al proyecto cristiano de santidad y prefiguraban el paraíso terrenal, situado justamente en las lindes orientales del espacio indio, o del Asia en general.

En los mapas medievales en forma de "T", un trayecto iniciático ligaba a Jerusalén, la Ciudad Santa, con el Paraíso terrenal, situado en el punto más avanzado del Oriente. La "T" inscrita en la mitad inferior de un círculo ilustraba el mundo habitado: la mitad superior representaba Asia; el cuarto inferior izquierdo, Europa; el cuarto inferior derecho, Africa, y la barra vertical de la "T", el Mediterráneo. Estos mapamundi sometidos a las exigencias teológicas disponían Jerusalén al centro y el Paraíso terrenal en posición dominante. En el siglo doce, el país mítico del Arcipreste Juan –síntesis del poder religioso y secular, ciudadela cristiana en medio del mundo musulmán– se instaló en una zona poco precisa que oscilaba entre Asia Central y Etiopía, especie de relevo entre Jerusalén y el Paraíso.

Pero la fórmula paradisíaca cristiana enfrentaba la fuerte competencia de las soluciones laicas próximas a la edad de oro pagana. Los principios religiosos encarnados en el Paraíso o en las comunidades de "justos" se borraban ante el culto de la naturaleza, y la moral cristiana cedía ante la alegría de vivir. Vía hacia el Paraíso terrenal, el océano Indico se transformó de este modo en un laboratorio del cual surgirían los paraísos secularizados de la época moderna.

La formidable expansión de la India, sobre todo de su periferia insular, da la medida de la intensidad del sueño y de su poderío. Multiplicación de islas –a fines del siglo trece Marco Polo menciona doce mil setecientas–, multiplicación de mundos. En una representación *real* del globo, hacia fines de la Edad Media esta dilatación progresiva ya cubría el océano Pacífico y el continente americano.

Mitos chinos, mito de China

Antes de alcanzar el Paraíso, los europeos llegaron a China, gracias a los viajes reales efectuados en el siglo trece por misioneros y comerciantes, que siguieron las rutas más seguras de un Asia unificada por los mongoles. Fruto de estos viajes, una nueva colección de maravillas se añadió al imaginario occidental. También se tuvo la satisfacción de encontrar ciertas figuras clásicas del hombre diferente evocadas por esos pueblos lejanos.

La conmutabilidad de las especies, y más precisamente la fusión entre el hombre y el animal, eran parte de las creencias de los habitantes de las estepas del Asia Central. Nuestros viejos conocidos, los cinocéfalos, salieron fortalecidos de este contacto entre las civilizaciones. Jean de Plan Carpin, monje franciscano que viajó por Asia entre 1245 y 1247, escribió una *Histoire des Mongols* en que describe por lo menos dos especies de hombres con cabeza de perro. Un primer pueblo era de mujeres que parecían... mujeres, mientras que los hombres tenían aspecto y comportamiento de perros. Otra especie se caracterizaba por su forma relativamente humana, aunque "sus piernas terminan en patas de buey; su cráneo tiene la misma conformación que el nuestro, pero el aspecto de la cara es canino".

Otro pueblo extraño registrado por el monje son los parositas, que, a causa de "lo pequeño de su estómago y boca [...] no comen la carne, sino que la hacen hervir y después se inclinan sobre la marmita para aspirar los vapores del caldo". Se parecían a los gangines (estos últimos están representados en el mapamundi de Hereford), que se alimentaban únicamente del perfume de las manzanas.

En contraste con estos personajes delicados, Plan Carpin encontró en el norte de China "seres extrañamente deformes" y antropófagos: "Cuando muere el cabeza de familia, la parentela se reúne para comerse el cadáver". Desde los parositas a los caníbales, la gama alimentaria queda así completa.

Los chinos aparecen como grandes especialistas en el hombre diferente. En este dominio dieron prueba de una inventiva que dejaba muy atrás la imaginación de los europeos, e incluso la de los árabes. *El libro de las montañas y los mares* (dieciocho volúmenes redactados a partir del siglo sexto a.C.) parece inspirado por el principio de que todo el espacio que rodeaba China estaba habitado por seres insólitos. El hombre diferente pone en evidencia la mentalidad aislacionista de los chinos, incapaces de imaginar un Otro que se les pareciese. Entre las figuras más típicas están los gigantes y los enanos, los personajes de piernas o brazos muy largos, la gente sin intestinos, los hombres con la cabeza, las manos y los pies negros, o aquellos con un gran agujero redondo en medio del pecho. Las combinaciones hombre-animal son frecuentes. Cabe señalar sobre todo algunas especies de hombres pájaro, ovíparos por añadidura, y los inevitables cinocéfalos, que se apareaban con mujeres notablemente bellas, como observase Plan Carpin. También existe una variante china del árbol wac-wac, con cabezas humanas. La búsqueda de la longevidad que caracteriza al taoísmo está abundantemente ilustrada por especies humanas que viven centenas o miles de años, incluso por algunas que son inmortales.

Resulta sorprendente que estas figuras, forjadas durante la Antigüedad, hayan atravesado los milenios sin modificaciones esenciales. Volvemos a encontrarlos en una enciclopedia china de 1607, reeditada en 1713 en Japón. Las ilustraciones,

abundantes, mezclan pueblos reales y pueblos fabulosos, estos últimos distribuidos en no menos de 177 tipos diferentes, y ofrecen la imagen global de una humanidad particularmente fragmentada.

Pero volvamos a nuestros viajeros europeos y al público ávido de informaciones relativas a las maravillas de Asia. Junto al hombre diferente y la búsqueda mística del Paraíso terrenal, se impuso asimismo el mito chino, sobre todo tras la enorme difusión del libro de Marco Polo (143 manuscritos, un superventas de la época). Una China poderosa y de una riqueza fantástica hizo irrupción en el imaginario europeo, del que hasta entonces había estado ausente. E irrumpía con la misma prodigalidad de riquezas, maravillas y espacio geográfico que las descritas para el archipiélago indio, aparte de Marco Polo, por el *best-seller* de Mandeville (250 manuscritos). Las costas orientales de Asia avanzaban irresistiblemente hacia las costas occidentales de Europa. Simple efecto del deseo. Transfigurados en el imaginario europeo, los indios y los chinos se preparaban para recibir a Colón.

Las brumas del Atlántico

Fascinada por Oriente, Europa conservaba también su propia colección de seres diferentes. En el mapamundi de Hereford hay una sirena representada en todo su esplendor en medio del Mediterráneo. De un siglo a otro las márgenes de los continentes no habían dejado de alejarse, pero sus confines, simplemente desplazados más allá, seguían respondiendo a las reglas inmutables de la imaginación. Inglaterra estaba habitada sin duda por los ingleses, pero además, según algunos rumores propagados por Francia, por una curiosa especie de hombres con cola. Adán de Brema (siglo once), historiador y geógrafo de Europa del norte, tuvo la idea de hacer migrar a esas regiones especies identificadas comúnmente en otros

lugares. Instaló caníbales de piel verdosa en las islas del Báltico, y al norte de Suecia, todos mezclados, a amazonas, cinocéfalos, cíclopes, monopiés y antropófagos. El europeo interesado en el hombre diferente podía ahorrarse un largo viaje al océano Indico. Desgraciadamente, la iniciativa de Adán de Brema no bastó para desplazar al norte el polo oriental de lo extraño.

Existía sin embargo un polo real que podía equipararse con el "océano Indico" y que, más allá de los préstamos inevitables, destacaba por su patrimonio mitológico original. Sus artífices fueron los celtas y en primer lugar los irlandeses. Se trataba de un mundo orientado hacia el noroeste, bañado por las aguas del Atlántico.

San Brandan, monje irlandés del siglo sexto, decidió a una edad muy avanzada partir en busca del Paraíso terrenal, situado en esta variante en algún lugar remoto de Occidente, en el otro extremo del océano. Embarcado con diecisiete compañeros, navegó de una isla a otra, islas muy diferentes de aquellas que hemos visitado en los mares del Sur. En una de ellas sólo había un castillo deshabitado, "construido sobre una roca que golpeaban las olas por los cuatro costados"; allí esperaba a los viajeros una cena que les fue servida por manos invisibles en una vajilla de oro y plata. Otra isla albergaba un convento; sólo había monjes. Una pequeña isla se reveló falsa, pues era en realidad el lomo de Jasconius, la ballena gigante. Después, una imagen terrible provocó una fuerte impresión en los peregrinos: llamas, rocas ardientes lanzadas por demonios, lamentos de los condenados: la isla del Infierno. Finalmente, llegaron al Paraíso; rodeaba aquella isla una gran muralla lisa y resplandeciente, y la guardaban dragones flamígeros. Los monjes tuvieron por lo menos el privilegio de admirar la periferia de ese lugar supremo; escucharon el coro de los ángeles y se maravillaron ante la belleza y la armonía del paisaje (la pradera florida tradicional).

En otra historia de viajes, el héroe y sus compañeros recalan en una isla en cuyo castillo, esta vez habitado, la reina y sus diecisiete hijas les ofrecen, no sólo una excelente comi-

da y perspectivas eróticas que se anunciaban interesantes, sino la promesa de la vida eterna.

He aquí un universo de islas de otra factura que el archipiélago indio. Lo monstruoso queda eclipsado por lo sobrenatural. Gigantes, enanos, mujeres-pez hacen acto de presencia de cuando en cuando, pero la alteridad se alimenta sobre todo por una fuerte inyección de misterio. Lo que impresiona es lo extraño de los fenómenos y de los comportamientos. Isla de lamentos, isla de risas. Isla de monjes, isla de mujeres. Isla rodeada por un torbellino de fuego. Isla con un río como un arco iris. Isla situada en el fondo del Océano. Islas donde abundan los castillos maravillosos, habitados por fantasmas o por seres de carne y hueso, donde se ofrece a los viajeros alimentos inesperados e incluso la inmortalidad.

La navegación de una isla a otra se combina a menudo con el tema del pasaje a otra dimensión. Un mundo paralelo interfiere en mil puntos con el nuestro; es un dominio poblado por las hadas y por los muertos, o por lo menos por quienes creíamos muertos pero que continúan sus vidas en otro universo. Las puertas de ese mundo se encuentran diseminadas aquí y allá, muy lejos o muy cerca de nosotros: al otro lado del océano, en islas, en oteros, en la espesura del bosque, en las profundidades de un lago. Cruzar un río a veces supone ahorrarse años de navegación, el Más Allá se extiende en la otra orilla; a veces se alcanza en el fondo de una caverna. Entre los dos mundos existe un trasiego permanente: viajes, combates, amores... El paraíso y la edad de oro se reúnen: "Allí los siglos son minutos, los habitantes no envejecen, las praderas están cubiertas de flores eternas, por el lecho de los ríos corre hidromiel. Festines y batallas son los pasatiempos favoritos; los guerreros comen y beben alimentos y brebajes feéricos, los acompañan mujeres increíblemente bellas".

Algunos fantasmas son comunes para los dos polos de lo extraño: la edad de oro y el paraíso perdido, la búsqueda del amor, el sueño de la abundancia.

Pero los medios y el clima difieren. Por un lado, el imperio ardiente del sol, el exceso de vida multiforme, el paroxismo de la materia y los sentidos. Por otro, el mundo brumoso,

espúreo, hierático, casi inmaterial. En esta última atmósfera, el hombre cambia menos que las reglas que rigen el universo y su existencia.

Hadas y enanos: encuentros de la tercera fase en el bosque medieval

El imaginario medieval se nutre de dos elementos esenciales: el mar, que ya hemos recorrido, y el bosque. Este reemplaza a la ciudad antigua como laboratorio favorito para los fantasmas.

Los griegos, que inventaron o perfeccionaron las figuras esenciales del imaginario clásico, tuvieron como punto principal de referencia la normalidad urbana. Todo gravitaba en torno de Atenas y, después, Roma. Entre naturaleza y cultura se dibujó una frontera precisa; la ciudad se aseguró un espacio de protección y relegó a los confines las formas insólitas de vida y sociedad.

La historia de la Edad Media europea evoluciona en un escenario diferente. En un primer momento se da un reflujo de las estructuras urbanas. El eje de la Historia se desplaza hacia el norte. Celtas, germanos y eslavos procedían de un horizonte mental que no había conocido el esfuerzo racionalizador propio de la ciudad griega. En este "nuevo mundo" de fuerte composición rural, se desdibujó el mundo urbano. Un inmenso bosque cubría el continente de un extremo a otro; en los claros había pueblos, castillos y monasterios. El hombre vivía inmerso en esta naturaleza no domeñada.

Los confines del mundo y sus pueblos fabulosos, muy presentes en el discurso medieval, sólo perpetuaban la herencia libresca. Pero el espacio cercano, ocupado por una naturaleza salvaje y mágica, participó en la creación de un mundo paralelo original y más apropiado para las realidades y el espíritu de la época. El ser diferente, alejado o marginado por la

civilización clásica, hizo irrupción en la vida cotidiana. Personajes deformes, hombres salvajes, sátiros o ninfas vagabundearon por los caminos de Grecia y el imperio romano; sin embargo, su presencia parece discreta en comparación con la formidable densidad del mundo diferente, profundamente imbricado con el nuestro, de la Edad Media.

El bosque se convirtió en encrucijada de fantasmas, temores, deseos, pulsiones eróticas que las remotas riberas del océano Indico no podían saciar. En esta foresta cercana y misteriosa, dos pueblos claramente individualizados se destacan sobre todos los demás: las hadas y los enanos. Ambos ponían en evidencia una concepción muy particular de alteridad.

Las hadas habitan aquí y allá en el bosque y sus aledaños: grutas, lagos, riachuelos. Mujeres dotadas de poderes sobrenaturales o seres venidos de otra parte y cuyo cuerpo ligero y fluido tiene apariencia humana, son mensajeras de un mundo situado en otra dimensión. Su función es asegurar el contacto y el pasaje entre un mundo y otro. Como mujeres que son, actúan mediante la seducción, atraen a los mortales a su propio mundo o se instalan en el nuestro.

Pueden identificarse dos tipologías de contacto, simbolizadas por las hadas Melusina y Morgana. En el primer caso, se trata de "un ser sobrenatural que se apodera de un ser humano, lo sigue al mundo de los mortales y lo desposa imponiéndole respeto por una prohibición. Vuelve al otro mundo tras la trasgresión del pacto, dejando descendencia"; también se menciona a los "hados", que dejan encinta a las mujeres.

En el segundo caso, "Un ser sobrenatural se prenda de un ser humano y lo arrastra al otro mundo. El regreso del mortal a los suyos está ligado al respeto por una prohibición que, si es trasgredida, provoca la muerte del héroe o su desaparición definitiva en el otro mundo. Esta unión es estéril".*

En la mitología de las hadas, los fantasmas eróticos y el sentimiento de muerte se encuentran y se unen. Se lleva todo

* Laurence Harf-Lancner, *Les Fées au Moyen Age*.

al paroxismo, a un punto insuperable de relaciones con el otro: un erotismo que implica a seres de diversa esencia, comunicación perturbada por los códigos diferentes de comportamiento, pasaje al Más Allá...

Mientras las hadas dominan el folclore celta, el espacio imaginario germánico está ocupado más que nada por elfos y enanos. Sobre los primeros nuestro conocimiento es muy limitado. Pueden caracterizarse como seres agradables y benévolos, pero bastante evanescentes. Los enanos, en cambio, están mejor individualizados y han nutrido toda una literatura. Estos pequeños personajes se presentan bajo tres aspectos: el de viejo barbudo –más bien escaso en la Edad Media, pero muy presente más tarde–, de niño y, sobre todo, de caballero.

Los enanos vivían en el corazón de bosques impenetrables, a veces en castillos, pero más que nada en grutas y en el interior de montañas excavadas, en auténticos palacios subterráneos. Formaban una sociedad bien estructurada y jerarquizada, calcada del modelo feudal de la época. Eran excelentes artesanos, especializados en la forja y el trabajo de los metales.

Como en el caso de las hadas, la apariencia humana, más acentuada aún en los enanos, oculta poderes sobrenaturales. Los enanos fabricaban objetos mágicos y tenían conocimientos más amplios que los de los humanos, entre ellos el don de predecir el futuro, que no es poco.

Con los enanos y las hadas, los bosques se volvieron el crisol de una síntesis nueva y rica en consecuencias. Abrieron camino al contacto con seres de conformación casi humana, aunque situados en un plano distinto de la existencia, pues eran poseedores de poderes excepcionales.

Lo maravilloso se imponía a lo biológico. Se nutría de una cultura paralela, muy antigua y siempre floreciente, aunque marginada por el "racionalismo" antiguo y luego por la ideología religiosa. En rigor, la teología podía aceptar a los cinocéfalos y los pigmeos, diferentes en detalles biológicos, pero no a los enanos y las hadas, diferentes en su esencia y situados en un lugar intermedio entre los seres humanos y las divinidades precristianas. La Iglesia sólo los reconocía en cuanto espíritus malignos, agentes de Satán. Pero lo adquirido no se perderá. El hombre moderno conservará métodos de contacto y de pasaje al otro mundo que no tienen nada que ver con el razonamiento científico. Contacto con mundos lejanos y próximos al mismo tiempo, con seres constituidos por una substancia distinta.

El rapto de mortales por las hadas, la transformación de éstas en personas comunes, las grandes aptitudes tecnológicas de los enanos, el carácter evanescente de esos seres ya anuncian la aparición de los extraterrestres. En plena Edad Media, el bosque prepara los encuentros de la tercera fase.

El salvaje

En las tupidas arboledas también vivía un personaje muy distinto de las hadas y los enanos. Desprovisto de su sutileza y de sus dones sobrenaturales, estaba muy cerca de la naturaleza bruta. De aspecto casi humano, pero enteramente cubierto de pelo, aparecía como una especie de la humanidad inferior. Hablamos del hombre salvaje.

Los faunos y los sátiros de la Antigüedad, aunque en cierto sentido se asemejaban al salvaje medieval, poseían rasgos humanos y divinos a la vez. No es el caso del salvaje. Simplemente uno se preguntaba si estaba más cerca del hombre o del animal. Algunos se inclinaban por esta última solución: a veces era representado en cuatro patas; le faltaban la razón y la palabra, y más que nada las creencias, la religión; su única ventaja era la fuerza física, aumentada por la gran porra que solía aferrar. Otros veían en él en primer lugar a un hombre, un hombre asalvajado, caído (según la interpretación teológica), que podía ser recuperado por la sociedad y salvado por la religión. De este modo se le daba cabida en la gran familia humana, en igualdad de condiciones con los pueblos monstruosos de los confines del mundo.

Como toda creación del espíritu, el salvaje no era inocente. Desempeñaba un papel. A su manera, la Edad Media trazaba con él la frontera que separaba la naturaleza de la cultura, el salvajismo de la civilización. El salvaje personificaba la antítesis del caballero. El conflicto entre ambos quedaba abierto en todos los planos, sobre todo en el de la galantería. El caballero se erigía en defensor de las damas amenazadas por la impetuosidad del hombre de los bosques. El amor cortés se oponía a la violencia sexual.

Pero podía ocurrir que la dama considerase al seductor y violador en potencia con cierta ternura y, acaso, cierto deseo. Aparentemente, el amor cortés no agotaba toda la gama del erotismo. A los caballeros, por su parte, les gustaba a veces disfrazarse de hombres salvajes, como ocurriese con ocasión del célebre "baile de los ardientes" (1393), cuando, en presencia del rey Carlos VI de Francia, varios falsos salvajes acabaron abrasados por culpa de sus pieles.

Con la evolución de las costumbres, el comportamiento tosco y la agresividad sexual del salvaje conocieron una valorización gradual que alcanzó su punto culminante en el Renacimiento. Como el respeto por los clichés antiguos era ley, los artistas lo disfrazaron de sátiro. Se lo puede admirar en muchos cuadros, rodeado por hombres y más que nada por mujeres que lo miran con lascivia.

Una breve mención a dos especies emparentadas. Se señalaba la existencia de un salvaje acuático, que vivía en el mar. En 1430, en los Países Bajos, fue pescada una doncella marina. Era del todo semejante a un ser humano normal y consiguió aprender un oficio, pero nunca llegó a hablar.

En montañas y bosques campaban los gigantes. Al igual que el salvaje, representaban la fuerza ciega de la naturaleza, a lo que se sumaba una dosis de condiciones sobrenaturales. Una buena colección de defectos (desmesura, orgullo, felonía, brutalidad) los categorizaba como antítesis perfecta del universo cortés. Gigantes raptores acosaban a doncellas y damas, dando ocasión a los caballeros para hacerse notar, como ya hemos visto, en su papel de defensores. Otra subespecie, los ogros, exhibía una inclinación algo desmedida por la carne de niño. Si bien el salvaje fue rehabilitado poco a poco, los gigantes permanecieron alineados en las filas de los malvados.

El doble de Ecúmene: las Antípodas

También existían las Antípodas. Su historia, que se extiende por dos milenios, comienza en Grecia.

Tras haber establecido la esfericidad de la Tierra, los sabios griegos se dedicaron a estructurar el Océano y los continentes. De este esfuerzo de organización racional surgieron cuatro representaciones del espacio habitado:

1. Un solo mundo, el nuestro, situado en el medio del Océano planetario (esquema atribuido a Aristóteles).

2. Cuatro conjuntos continentales, uno en cada cuarto de la esfera terrestre, separados por el océano. Una de estas islas era el Ecúmene y reunía a Europa, Asia y Africa (teoría de Crates de Malos, hacia 160 a.C.).

3. Dos masas continentales, una en el hemisferio norte y la otra –completamente simétrica– en el hemisferio sur; ésta era llamada *Antichtone* (la "tierra opuesta") o Antípodas.

4. En contraste con las estructuras precedentes, que sostenían la primacía del Océano planetario, existía asimismo la hipótesis de una masa continental continua que encerraba el Océano en su interior (teoría de Ptolomeo, siglo segundo).

Los teólogos de la Edad Media prefirieron la primera variante: correspondía mejor a la idea de un solo mundo y de una sola creación. La segunda, más cercana a la configuración geográfica real, pues sugería la existencia de continentes desconocidos –América y Australia–, cayó en desuso. La cuarta encontró partidarios en el comienzo de la era de los grandes descubrimientos, pero fue abandonada cuando la existencia del Océano planetario se impuso como realidad indudable. En el momento en que Europa partía al asalto del planeta, sería la tercera representación la que desempeñaría el papel

protagónico. Suponía un mundo por hemisferio, es decir, el nuestro y su "doble" del otro lado del ecuador.

Observemos los mapas inspirados en la cosmografía de Macrobio, compilador del siglo quinto que combinó la teoría de las Antípodas con la de las zonas climáticas: un mundo en el hemisferio norte, habitado en la zona mediana e inhabitable hacia el polo y el ecuador; y otro mundo en el hemisferio sur, que presentaba una disposición similar de las condiciones naturales. Los dos están separados por el Océano.

Por pura lógica, entonces, la región templada de las Antípodas debía estar habitada; en todo caso, era habitable. Pero, ¿quiénes eran esos habitantes?

Para los teólogos, el tema constituyó un auténtico quebradero de cabeza. Lactancio (c. 260-325), padre de la Iglesia, encontró una solución cómoda para ridiculizar la fantasía de los antiguos: la gente no podía vivir cabeza abajo, por lo que se hacía evidente que el hemisferio sur era inhabitable.

Pero el verdadero problema se refería a la compatibilidad de las Antípodas con la Biblia, un tópico más vasto que cubría también la pluralidad de mundos en el espacio cósmico, a veces invocado por los antiguos. Separados por un océano en ebullición, por lo tanto infranqueable según la teoría de las zonas climáticas, los habitantes del hemisferio sur eran en cierto sentido "extraterrestres", y el tema de su existencia se planteaba en los mismos términos que el de los habitantes hipotéticos de los mundos del espacio. Vincularlos a Adán parecía difícil, más bien imposible. ¿Cómo hacer participar a estas humanidades diferentes en la palabra del Evangelio y la Redención? ¿Podrían imaginarse especies humanas que no tuviesen ninguna relación con Adán, el pecado, la Redención, la vida eterna? Cuestión espinosa, que ya rozaba la herejía.

La mejor solución era que las Antípodas no existiesen (esquema número uno) o que, si existían, no estuvieran habitadas, lo que implicaba otra dificultad, pues la existencia de espacios vacíos, creados para nada, parecía muy poco razonable.

Los mapas testimonian esta dificultad. Algunos no dicen nada sobre las Antípodas. Otros se limitan a marcar su

situación geográfica, sin ningún comentario sobre los habitantes. Pero también existen mapamundi en que se mencionan y a veces hasta se imaginan los habitantes del hemisferio sur. Así, en algunos mapas que acompañan el *Comentario del Apocalipsis* de Beato, monje español del siglo ocho, texto muy difundido en el Occidente medieval, puede observarse la doble representación, antitética, de Adán y Eva en el Paraíso terrenal (arriba) y del Antípoda (abajo). Este último es deforme y está solo, sin compañera. Boca abajo, con un pie enorme que lo proteje como una sombrilla, parece pertenecer a la raza de los sciápodos. ¿Cuál sería entonces su origen? ¿Cómo se perpetuaría su especie, si faltaba la mujer? Misterio.

Algunos siglos más tarde, el mapamundi de Hereford propuso una innovación interesante. Las Antípodas ya no estaban separadas por un océano infranqueable, sino por un brazo de mar (o río) que dejaba en sus extremos dos pasos terrestres entre los confines meridionales de nuestro mundo y el hemisferio sur. Los hombres monstruosos representados –blemis y otros– se parecían a los de la galería tradicional del hemisferio norte. Los dos mundos se acercaban, en una invitación al conocimiento, a la exploración. Sabios como Alberto el Grande (1200-1280) y Roger Bacon (c. 1220-1292) ya afirmaban la existencia posible, probable, de los pueblos de las Antípodas, en la época en que Marco Polo y Mandeville inauguraban la fase decisiva de los grandes descubrimientos.

Teóricamente, el Océano seguía estando en ebullición en la zona tórrida, pero, como los navegantes ya bajaban a los trópicos, se dudaba un poco de la realidad de ese fenómeno. Europa había soñado durante dos milenios con los hombres diferentes; por fin se preparaba para ir a visitarlos.

El Renacimiento y el hombre diferente: el método de Paracelso

La manera en que Paracelso (1493-1541) trata a las hadas y los enanos puede servir de introducción a la historia del hombre diferente durante el Renacimiento. Para esclarecer el problema, el famoso médico y alquimista suizo disponía de dos corpus de saber contradictorios. Por una parte, la creencia popular, que valorizaba a los seres fantásticos, y por la otra, la versión demonológica de la Iglesia. Una demostración racionalista hubiese zanjado el tema definitivamente, reduciendo a estos personajes folclóricos a la nada. Pero el siglo dieciséis no fue el siglo dieciocho; tal actitud no correspondía al mecanismo mental e ideológico del Renacimiento.

Paracelso no pretendió hacer tabla rasa de una creencia; se contentó con retomar el tema, completarlo y afinar la argumentación para hacer que el fenómeno pareciese coherente y plausible. Su tratado *De nymphis, sylvanis, pygmaeis, salamandris, et gigantibus* quiere ser un registro exhaustivo de los seres "etéreos" que tenían su origen en los cuatro elementos: el agua, el aire, la tierra y el fuego. La interpretación que proponía hacía abstracción de la teoría demoníaca para retener una fórmula casi humana, que no alteraba la creencia popular ni el dogma cristiano, sino que más bien los acercaba.

De este modo, los seres mencionados –en particular los enanos y las hadas– no eran considerados humanos, sino únicamente entidades emparentadas con el género humano. Su cuerpo poseía una estructura material, pero mucho más ligera que la de los humanos, pues incluso podían atravesar obstáculos. Tenían grandes conocimientos y poderes temibles, pero les faltaba un atributo esencial: el alma. La salvación y la vida eterna les estaban negadas. Para ellos, la muerte representaba un episodio definitivo: no quedaba nada, ni siquiera el cuerpo, lo que explicaba por qué nunca se había encontrado un cadáver. ¡Hábil justificación del fenómeno de la elusividad! Por lo demás, vivían como hombres, comían, bebían y se

acoplaban para asegurar su descendencia. Además, el contacto sexual entre los humanos y sus primos "sin alma" parecía posible, incluso fecundo.

Se trata de una interpretación muy adecuada para el espíritu de los tiempos. Todos podían estar satisfechos: se respetaba la tradición folclórica y también la teología, puesto que se despojaba a esas criaturas del derecho a la vida eterna, en tanto que la ciencia se enriquecía con nuevas especies bien integradas desde entonces en el sistema natural.

Este ejemplo es sintomático. El Renacimiento se distinguió por una gran sed de conocimiento y comprensión. El principio de autoridad, insuperable en la Edad Media, dio paso a juicios más libres y críticos. Pero no se trataba de poner en duda todo el corpus de conocimientos reunido durante la Antigüedad y la Edad Media. No se trataba de cambiar los fundamentos del mundo, sino únicamente de ofrecer más coherencia a los fenómenos.

No debe sorprendernos, pues, que en cuanto al hombre diferente el Renacimiento sólo recurriera, en lo esencial, a las fuentes del patrimonio clásico y medieval.

Cómo los exploradores redescubrieron los pueblos fabulosos de la Antigüedad

Los exploradores descubrirían lo que ya se sabía gracias a los sabios griegos y a los teólogos de la Edad Media. Colón identificó el Paraíso terrenal cerca de la desembocadura del río Orinoco, es decir, según su imagen del mundo, en el Extremo Oriente, no lejos de las costas de China y Japón. Después, el Edén se secularizó y el oro se reveló un símbolo más seductor que el coro de ángeles, y acabó por fusionarse (¡Renacimiento obliga!) con la antigua tradición de la edad de oro. De estos fantasmas surgió un país de sueños: El Dorado, la más rica y floreciente de las monarquías, que los

exploradores buscaron en vano al sur de la Guyana, en el corazón de la selva ecuatorial.

Los hombres diferentes de entonces no eran unos desconocidos. Blemis, cinocéfalos, sciápodos y pigmeos aparecen representados de manera muy realista en la *Cosmografía Universal* de Sebastian Münster (1489-1552), impresa en latín en 1552 y en francés en 1556, repertorio geográfico bien informado y muy estimado. Las mismas caras nos observan desde las páginas ricamente ilustradas del *Prodigiorum ac ostentorum chronicon* (1557), gran antología de maravillas debida a Conrad Lycosthenes (1518-1561). La época estaba fascinada por las anomalías y en particular por los fenómenos monstruosos que expresaban en igual medida la energía vital de la naturaleza y la omnipotencia divina. "La Naturaleza es variable", afirmaba el gran médico Ambroise Paré (1509-1590), e ilustró su proposición con una vasta colección de curiosidades biológicas recogidas en sus *Obras* (1575). El sabio se preocupó también de las causas de las monstruosidades, en una disposición científica que no llegó muy lejos, pues los principales responsables invocados siguieron siendo Dios y los demonios.

El tema tradicional de la bestialidad (el hombre-animal o el animal humanizado) era bastante frecuente. En el libro de Paré había animales con cabeza humana u hombres con cabeza de animal. Algunos ejemplares fascinantes pertenecían al geógrafo André Thevet (1504 o 1517-1592) autor de *Singularités de la France antarctique* (1557) y de la *Cosmographie universelle* (1575). Aquí podemos conocer la bestia llamada Thanacht, especie de tigre sin cola y con cabeza de hombre (su pelo es motudo, como el de los negros), y el monstruo americano llamado Haiit, enorme, cubierto de pelo y también con rostro humano, personaje particularmente simpático y aparentemente muy apegado al hombre.

Imperturbables, las sirenas y los seres humanos marinos en general seguían su carrera. El capitán Smith, pionero de Nueva Inglaterra, encontró en 1660 un "hada marina" en la orilla de la bahía de St. John. Era muy hermosa, y su rostro recordaba al de una doncella. El momento fue inmortalizado en un grabado que se reprodujo en el *Libro de las Antípodas*,

publicado en 1630 por Johann Ludwig Gottfried. La anatomía de la joven es perfecta, salvo que su cola de pez la diferencia de una mujer. La tendencia, típica del Renacimiento, de integrar a los seres maravillosos en el orden natural del mundo también afectó a las sirenas, asociadas y finalmente confundidas con las mujeres marinas. Estas últimas tenían la ventaja de ser más semejantes a la naturaleza humana y más accesibles; a veces tenían relaciones sexuales con los marinos.

Un ejemplo notable de un mito clásico actualizado lo ofrecen las Amazonas. Después de haber recorrido Asia Menor, Escitia y Africa, estas damas guerreras aprovecharon el descubrimiento de América para instalarse allí. Bellas, desnudas y crueles: así las describe André Thevet, precisando que "no existe pueblo de un polo a otro que sea más arisco que esa secta femenina". Helas aquí, sin ningún velo, armadas con arcos y lanzando "más de diez mil flechas" sobre los desdichados (hombres, evidentemente) que colgaban de un pie de la rama más alta de un árbol. En estas representaciones se insinúa una dosis de erotismo sádico.

En el Nuevo Mundo se identificaron ocho áreas habitadas por las Amazonas entre Brasil y México y las Antillas. Sus plazas fuertes se encontraban generalmente en islas, donde sólo se permitía temporalmente el acceso del hombre y para los menesteres exclusivos de la procreación. En nuestros días, únicamente el gran río Amazonas, cerca del cual el español Orellana halló una tribu guerrera en 1542, conserva su recuerdo.

Los modelos antiguos desempeñaron un papel determinante en la época de los grandes descubrimientos, y constituyen una prueba brillante de la fuerza del imaginario: del siglo quince al dieciocho, sabios griegos que habían muerto hacía dos mil años dirigieron las exploraciones.

La representación simple y simétrica de dos conjuntos continentales, uno en el hemisferio norte y el otro en las Antípodas, retomó su papel central. Fue la imagen que guió a Colón en su viaje al Extremo Oriente, que creía relativamente cercano. El ilustre navegante jamás aceptó la existencia de América, por la sencilla razón de que no figuraba en el modelo

imaginario. Desembarcado en Cuba, partió en busca de la ciudad imperial del gran Kan, el amo de China, dinastía que por lo demás ya no existía. Se llevó la sorpresa de dar con un pueblo de aspecto poco imperial: ninguna de las chozas que lo componían parecía ser un palacio chino. La realidad geográfica estaba separada de la ficción por una distancia de quince mil kilómetros.

El caso de Colón, aunque espectacular, es muy típico. Los hombres del Renacimiento necesitaron algún tiempo para comprender que estaban inventando un mundo diferente al que habían soñado los antiguos.

Un hombre del todo diferente: el salvaje

Los indios de América –bautizados como consecuencia del error geográfico de Colón– se beneficiaron generosamente de los estereotipos antiguos y medievales del hombre diferente. Las descripciones y las imágenes de seres humanos desnudos, sin pudor y evidentemente caníbales parecían un *remake* de Mandeville; éste ya había observado estas costumbres extrañas en la miríada de islas del Océano Indico y del Extremo Oriente. América lo heredaba todo, el nombre y las peculiaridades de los indios y también la fértil colección de rasgos, cualidades y defectos atribuidos por los griegos y los romanos a los bárbaros, a los pueblos diferentes que habitaban los confines del mundo.

El miembro más reciente de la familia humana también tenía algo que decir. Aunque su carácter fuese un mosaico de colores ya vistos, su peso y su papel superaban con mucho la posición de los hombres diferentes tradicionales. En primer lugar, se trataba de una presencia verdadera.

Hemos podido comprobar que el hombre diferente es un personaje difícilmente abordable. Atrincherado en sus islas remotas, en el follaje de los bosques y en el espacio infini-

to, no acostumbra mostrarse más que a quienes lo merecen o son iniciados. Los escépticos siempre pueden encontrar argumentos para poner en duda su existencia.

En ello reside la importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo en toda su amplitud. Esta vez el hombre diferente entraba en el escenario de la Historia. Se hacía tangible e incontestable, hasta mostrarse en la propia Europa; en Ruán fue instalada una aldea brasileña que Enrique II visitó en 1550, y Carlos IX, en 1563. El Otro ya no era un ser hipotético relegado a la periferia, sino el habitante de un mundo, mensajero de una parte considerable de la humanidad.

De ser real y en resumidas cuentas "normal", se transformó en hombre diferente como consecuencia de una transfiguración. Fue empujado a la alteridad radical, instalado en la antípoda del hombre civilizado europeo, e integrado en la mitología de la alteridad como un salvaje diferente al salvaje peludo de los bosques europeos, pero compartiendo con aquél la pertenencia al dominio exclusivo de la naturaleza.

Primer rasgo distintivo del salvaje: la desnudez. Era la vestimenta del hombre antes del pecado. Pero no después. Uno podría preguntarse con justicia si los salvajes pertenecían al linaje bíblico, si eran pecadores susceptibles de ser evangelizados y salvados; acaso se inscribían en una especie de edad de oro paralela a la historia de nuestra humanidad.

Paracelso pensaba (lo expresa en 1520) que los habitantes del Nuevo Mundo no descendían de Adán, sino de una especie nacida probablemente después del Diluvio. No tenían alma, como las hadas y los gnomos; por lo tanto, no tenían ninguna posibilidad de alcanzar la vida eterna. De este modo, los salvajes corrían el riesgo de descender de un nivel próximo a la bestialidad. El problema quedó sin resolver hasta que, en 1537, una bula pontificia decretó que los indios eran hombres verdaderos y que podían ser acogidos en el seno de la Iglesia. Los protestantes se mostraron más reticentes. Su reserva en cuanto a la conversión de los indios expresaba más que nada una segunda intención política, pues los españoles, sus rivales católicos, eran los que salvaban las almas de los indios, asegurando de golpe la expansión mundial del catolicismo. Poco a poco se

llegó al consenso de considerar que los salvajes pertenecían por lo menos a la filiación humana normal. ¡Mucho antes, y en iguales condiciones, habían sido aceptados los cinocéfalos y los pueblos fabulosos!

La vacilación teológica fue reemplazada por los balbuceos de una antropología física naciente. La biología de los americanos revestía algunas características particulares, suficientes para singularizarlos. El naturalista alemán Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840) pudo comprobar que "unos han rehusado la barba a los hombres y las evacuaciones sexuales a las mujeres. Otros han pretendido que el color de todos los americanos es perfectamente uniforme; por fin, se quiere que todos tengan el mismo rostro".

Un contemporáneo de Blumenbach, Cornelius de Pauw (1739-1799), siguió creyendo en la biología diferente de los habitantes del Nuevo Mundo. En sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* (1768-1769), registraba las peculiaridades de su sangre y circulación sanguínea, la ausencia de pilosidad, la falta de vitalidad, comprendido el plano sexual ("la languidez de los orgános destinados a la generación"). En resumidas cuentas, se trataba de "una especie degenerada del género humano, perezosa, impotente, sin fuerza física, sin vigor, sin elevación de espíritu". Su hábito de desfigurarse acentuaba el grado de alteridad física: "Se han visto salvajes con la cabeza piramidal o cónica, con la coronilla en punta" o "de cabeza cúbica o cuadrada". Pese a estas opiniones, fue la alteridad moral la que se impuso sobre la biológica, que progresivamente dejó de invocarse.

Desnudez/libertad sexual/canibalismo: esta famosa tríada se instaló de forma duradera en el Nuevo Mundo. Las islas del Extremo Oriente habían adquirido peso: un continente entero, la mitad del mundo, una buena parte del género humano estaban invitados al juego.

Estos seres y estas sociedades extrañas que ignoraban los tabúes debieron ejercer una inconfesable fascinación en una Europa en que las normas de comportamiento eran cada vez más limitantes. Como siempre, la atracción y la repugnancia iban de la mano. Pero, ¿cómo resistirse a esas mujeres ameri-

canas, visiblemente desnudas y claramente receptivas? Las escenas de libertinaje son muy frecuentes en los relatos destinados a instruir a los lectores europeos sobre los encantos de la vida americana. América se percibía como un espacio de libertad. Para lo mejor y para lo peor.

En nombre de la libertad nació un vasto movimiento de recuperación de lo salvaje. Eso sí, el canibalismo planteaba un problema. El equilibrio oscilaba entre el mal y el buen salvaje, pero el bueno ganaba puntos. Canibalismo sin duda, pero sin maldad.

Ya en 1580, Montaigne asumió la defensa de los que tenían la costumbre de comerse a sus semejantes. "Encuentro", afirmó en su ensayo *De los caníbales* "que no hay nada de bárbaro ni salvaje en este pueblo, sino que cada cual llama barbarie a aquello a lo que no está acostumbrado." Según el escritor –que formulaba este punto de vista en la época de las guerras de religión y pocos años después de la noche de san Bartolomé–, era mucho más grave masacrar cruelmente a los congéneres como lo hacían los europeos que dar un golpe limpio de porra para después comerse a los prisioneros, por lo demás muy bien tratados hasta el momento fatal, como hacían los americanos. "Es mucho más bárbaro comerse un hombre vivo que comerlo muerto". En cuanto a la libertad sexual, y sobre todo al hecho de disponer de muchas mujeres, que además, y sorprendentemente, no eran en absoluto celosas de sus rivales, Montaigne encontraba la situación bastante satisfactoria.

André Thevet cuenta una historia conmovedora, con profusión de ilustraciones. Un extranjero, europeo sin duda –se le reconoce porque está vestido– entra en un poblado indio. Las mujeres y las muchachas, desnudas obviamente, corren a rodearlo, lo tumban y lloran y ríen en "señal de alegría", para darle la bienvenida. En la aldea hay fiesta y todo el mundo parece encantado con su presencia. Algunas páginas después, las mismas muchachas adorables ayudan a otros miembros de la tribu a despedazar cuerpos humanos; los trozos son colocados en una parrilla. Se estaría tentado de creer que había sido la llegada de un suministro de carne fresca lo que había

provocado la alegría de la escena anterior. Pero no, son distintos niveles. La triste suerte de los prisioneros de guerra no tiene nada que ver con la hospitalidad espontánea y sincera de estos hijos de la naturaleza.

La iconografía ofrece una pista interesante para aquel que desee seguir la "normalización" del salvaje. El primer grupo completo (cincuenta grabados) acompaña un texto de Hans Staden, viajero alemán que durante un tiempo fue prisionero de los indígenas. Su libro (con el largo título de *Verdadera historia y descripción de un país habitado por hombres salvajes, desnudos, feroces y antropófagos, situado en el Nuevo Mundo llamado América, desconocido en el país de Hesse, antes y después del nacimiento de Jesucristo, hasta el año pasado*) fue publicado en alemán en 1557 y reimpreso en numerosas ediciones; lo dice todo sobre esos seres "desnudos, feroces y antropófagos", y presenta con todo detalle los sacrificios humanos y los festines posteriores. Las ilustraciones son crudas, "realistas" y reflejan una vida primitiva y brutal. Mal formados y toscos, los indios aparecen como seres diferentes, muy diferentes.

Algunos decenios más tarde, en 1592, este corpus fue retomado por el dibujante Théodore de Bry. La transfiguración es impresionante. El festín caníbal no ha desaparecido, pero los comensales han cambiado de aspecto. No más alteridad física: sus rasgos se emparentan con el ideal de belleza clásico, las estatuas antiguas y los desnudos del Renacimiento. De haber alguna diferencia, era para favorecerlos...

De esta manera comprobamos la ambivalencia del desnudo: signo de una condición poco evolucionada, puede transformarse también en un alegato de la belleza del cuerpo y la libertad del hombre.

"Nacen blancos como nosotros. Su desnudez, los aceites con que se engrasan, el sol y el aire libre les tiñen la piel más adelante; pero por lo demás son grandes, de talla superior a la nuestra, bien hechos, bien proporcionados, de buen carácter, ágiles, fuertes y diestros; en una palabra, respecto de sus cuerpos no desmerecen en nada ante nosotros, e incluso tienen algunas ventajas."

Esta descripción se debe a Jean-François Lafitau (1681-1742), autor de un libro clásico, *Costumbres de los salvajes americanos comparadas con las costumbres de los tiempos primitivos* (1724). El título es significativo. La alteridad salía del campo biológico para inscribirse únicamente en la cultura.

La idea evolucionista se abría camino. En esta perspectiva, los indígenas ya no representaban otro tipo de hombre, sino otro estadio histórico, anterior a la civilización. De algún modo recordaban a los griegos y los romanos en los primeros días de su historia.

El problema estaba en el enlace: ¿de dónde venían? ¿de cuál de los tres hijos de Noé? La hipótesis del poblamiento de América por los hijos de Cam (el hijo maldito) se mantuvo en el primer momento pues, después que se admitió su origen adánico, justificaba el salvajismo y la vocación servil de los indios. Luego se adoptó una ascendencia más conveniente, en la persona de los otros dos hijos de Noé: Sem, cuya descendencia pobló el Cercano Oriente, o Jafet, ancestro de los europeos y los pueblos de Asia oriental. Algunas interpretaciones los acercaban entonces a los europeos, hasta identificarlos con la raza blanca. El jesuita José Acosta planteó una hipótesis en la *Historia natural y moral de las Indias* (1590): América había sido poblada por tribus originarias de Asia. Así, la existencia de un punto de convergencia entre los dos continentes fue decidida por puro raciocinio, más de un siglo antes de que se descubriera el estrecho de Bering. ¡A veces el camino de la realidad pasa por lo imaginario!

La promoción del indígena –ahora instalado en un lugar honorable en los caminos biológicos e históricos de la especie– se explica por motivos de orden ideológico. Se necesitaba que fuera un hombre normal y no un ser inferior para un proyecto de alteridad radical que tendía, ni más ni menos, a experimentar una *historia diferente*. El indígena debía probar que la humanidad hubiese podido elegir otra evolución; una solución más cercana a la vocación original del hombre, más cercana a la naturaleza, una cultura y un comportamiento menos artificiales. La alteridad biológica se reducía al mínimo

para que la alteridad cultural se pusiera más en evidencia, proyectándose hasta un punto insuperable.

La sociedad europea se hallaba en plena transición entre la Edad Media y la modernidad, en plena crisis de crecimiento, y buscaba su camino con una necesidad imperiosa de modelos. Quizá no era demasiado tarde para aprender algo de la sabiduría de los otros. El indígena se transformó en aliado de aquellos que criticaban los males de la civilización, sobre todo la desigualdad, la injusticia y la hipocresía de las costumbres. Proponía otra escala de valores.

A decir verdad, los habitantes de América reunían cualidades y defectos que no eran inéditos. Su carácter, como sus rasgos físicos, debía bastante a los estereotipos antiguos. Reencontramos en él al bárbaro imaginado por los griegos y los romanos. Crueldad, canibalismo, licencia sexual, pero también valentía, sabiduría, armonía social, son rasgos que el hombre diferente cultivaba desde hacía mucho. Pero las otras sociedades de los antiguos eran más bien fragmentarias; cada cual ilustraba uno u otro de los numerosos rostros de la diferencia.

Volvamos a Lafitau, quien redactó un repertorio caracterológico exhaustivo:

"El primer vistazo no les es favorable [...] Desprovistos de todo, sin letras, sin ciencia, sin leyes aparentes, en la mayor parte sin templos, sin culto organizado, y carentes de las cosas más necesarias para la vida [...] Uno no creería equivocarse al pintarlos como gente grosera, estúpida, ignorante, feroz, sin sentimientos de religión ni humanidad [...] No obstante, este relato no sería fiel. Son buenos de espíritu, tienen la imaginación viva, la concepción fácil, la memoria admirable [...] Piensan sobre sus asuntos con corrección y mejor que nuestra gente; van a sus fines por vías certeras; actúan con sangre fría, y con una flema que agotaría nuestra paciencia; por motivos de honor y grandeza de alma no se enfadan nunca, siempre parecen mantener el control de sí mismos, y jamás se encolerizan; tienen el corazón fuerte y altivo, coraje a toda prueba, valor intrépido, una constancia en los tormentos que resulta heroica, una ecuanimidad que los contratiempos y los fraca-

sos no alteran; entre ellos tienen una especie de civismo a su manera [...] respeto por sus mayores, deferencia hacia sus iguales [...] no son muy cariñosos ni hacen grandes demostraciones; pero son buenos, afables, y hacia los extranjeros y los desgraciados ejercen una hospitalidad caritativa, que debería causar el bochorno de las naciones de Europa".

Pero también había lo opuesto, y cortado a medida:

"Son ligeros y volubles, perezosos más allá de lo descriptible, ingratos en exceso, desconfiados, traidores, vengativos, y tanto más peligrosos pues saben disimular, incuban más tiempo sus resentimientos; son crueles con sus enemigos, brutales en sus placeres, viciosos por ignorancia y malicia; pero su rusticidad y la escasez casi de todo les dan esa ventaja sobre nosotros que ignora los refinamientos viciosos que han introducido el lujo y la abundancia."

Nos encontramos ante un texto ejemplar, prueba de que se puede refundar un ser humano sin tocar su envoltura carnal, únicamente por pura cirugía intelectual.

En los juegos de alteridad cristalizados en el alba de las Luces, tres casos ocupan la posición más relevante. China proporciona la imagen de una civilización diferente, menos innovadora pero más eficaz en el funcionamiento de las relaciones sociales y de gobierno. Los salvajes americanos ilustran las virtudes y los vicios de un estado natural prolongado, negación de la idea misma de civilización. El tercer modelo lo ofrecieron los negros, que se encontraban en el límite inferior de la humanidad, marcando la transición entre el hombre y la bestia.

Fue una razón suplementaria para la "promoción" de los indios. Con ellos se podían dedicar a un proyecto estrictamente cultural, puesto que para el proyecto biológico se disponía de los africanos. Ello explica la actitud aparentemente paradójica de Bartolomé de Las Casas (1474-1566), misionero español que llegó a ser obispo de México, defensor encarnizado de los salvajes y crítico acerbo de los métodos brutales de la colonización. Para proteger a sus indios bienamados, preconizó la importación de negros de Africa como mano de obra servil. El negro estaba en vías de convertirse

en subhumano. Sin duda el color desempeñaba un papel en el menosprecio (el negro opuesto al blanco), y también toda una tradición antigua y medieval, europea y árabe, que hacía de Africa un lugar privilegiado de la vida salvaje y de las monstruosidades biológicas.

De este modo, dos razas humanas fueron desplazadas a diversas zonas de la alteridad: una, más bien cultural y espiritual, reservada a los indios; la otra, de factura principalmente biológica, correspondía al negro. Ambas se situaban en las antípodas de la humanidad normal, encarnada evidentemente por el europeo.

Entre los patagones

El descubrimiento de los salvajes americanos fue en sí mismo una sorpresa. Pero una curiosidad todavía más notable esperaba a los navegantes que llegaban al extremo meridional del Nuevo Mundo.

Estas costas fueron visitadas por Magallanes en 1520, en el curso de su viaje alrededor del mundo. En esa ocasión se estableció un primer contacto con los habitantes, salvajes también, pero no como los otros. Dos siglos antes del viaje de Gulliver a Brobdingnag, Antonio Pigafetta (1491-después de 1534), compañero del navegante portugués e historiógrafo de la expedición, registra un encuentro en el paralelo 49° y medio, en la región que más tarde sería llamada Patagonia, que los deja estupefactos. Un buen día, en pleno invierno austral, los marineros vieron aturdidos cómo danzaba y cantaba a la orilla del mar un hombre de talla impresionante que, pese al frío, se hallaba completamente desnudo. Al acercarse, los ibéricos comprobaron que una persona normal apenas le llegaba a la cintura. Durante los días siguientes avistaron a otros miembros de la tribu, también gigantescos. Se inició una cacería para capturar algunos ejemplares y llevarlos a Europa. Finalmente, sólo consiguieron retener a un indígena a bordo; por desgracia, murió durante el viaje, no sin haber sido bautizado con el nombre de Pablo. El principio de elusividad no permitió que los patagones –a diferencia de los salvajes comunes– se dejasen admirar y tocar. Sólo cabía creer a quienes los habían visto.

Según Pigafetta, los patagones andaban desnudos, aunque dado el rigor del clima a veces se cubrían con pieles de animales. Nómades, sin habitaciones estables, se cobijaban en tiendas y además tenían la costumbre de comer carne cruda –signo supremo de alteridad–, sin siquiera despreciar a las ratas, que tragaban sin despellejar.

Después de Pigafetta, se añadieron al cuadro algunos detalles suplementarios. André Thevet procedió a realizar una completa investigación, integrada en su *Cosmographie universelle.* Algunos compañeros de Magallanes y también participantes en expediciones ulteriores le proporcionaron interesantes precisiones. Dando fe a esos testimonios, el francés calculó la talla de los patagones en doce o quince pies (cuatro o cinco metros). Incluso supo por un piloto de Magallanes (anécdota que Pigafetta no menciona) que un patagón había intentado subir a bordo acompañado por "más de treinta de sus hijitos, de ocho pies de alto" (poco menos de tres metros).

El juicio de Thevet fue severo. Los patagones no conocían ninguna organización social y encarnaban únicamente la fuerza bruta: "No existen hombres tan bestiales, agresivos y crueles como éstos". ¡Eran gigantes auténticos, que ilustraban a la perfección la tradición mitológica!

El cosmógrafo creía saber que dicha especie no sólo habitaba las costas donde los había identificado la expedición de Magallanes, sino también cierto número de islas vecinas. Llamó Tierra de los Gigantes a toda la parte meridional de América del Sur. Luego se aventuró a formular una ley biológica según la cual las regiones frías producían hombres de gran talla, además de, evidentemente, "groseros y brutales". Así los gigantes pudieron instalarse confortablemente en los extremos árticos y antárticos de los continentes.

La carrera de los patagones recién comenzaba. Durante tres siglos fueron figuras estelares, que se apagaron lentamente... para finalizar su historia en calidad de seres humanos casi normales.

La Patagonia concluía en el estrecho de Magallanes. Al otro lado se extendía un mundo diferente: el continente austral. La misma imagen de la Tierra dividida en dos mundos, cada uno inscrito en un hemisferio, que motivó en un primer momento el rechazo de América, estuvo en el origen de una larga serie de expediciones destinadas a descubrir las famosas Antípodas y sus habitantes.

La búsqueda de las Antípodas

La *Terra australis incognita* figura en majestad en los mapamundi de Oronce Finé (1531), Mercator (1569) y Ortelio (1570). Ocupa una mitad, incluso más, del hemisferio sur, expandiéndose por el Pacífico hasta el ecuador, para retirarse en otras regiones ante Africa y América; en los océanos Indico y Atlántico sus costas seguían un trayecto situado entre los paralelos 40 y 50.

Los dos mundos, el de la humanidad conocida y la *otra*, estaban separados por el abismo de las aguas, pero había un punto preciso del globo que los comunicaba. Este lugar de encuentro fue descubierto por Magallanes, que pasó en 1520 del Atlántico al Pacífico por el estrecho que lleva su nombre. Este estrecho separaba América de una porción del continente austral que se denominaba "Tierra del Fuego". Por fin se disponía de un argumento concreto, de un hito incontestable.

Francia podía enorgullecerse de disponer de una prueba suplementaria, una prueba "viva". En efecto, en 1659 el abad Paulmier de Gonneville hizo revelaciones inesperadas. Amenazado por un impuesto inicuo "sobre los extranjeros y

descendientes de éstos", el religioso se vio obligado a reconocer su origen "austral", casi se diría "extraterrestre" según los criterios de la época, invocando sin embargo algunas circunstancias particulares. La historia databa de 1504, cuando el capitán normando Paulmier de Gonneville se lanzó al océano con el propósito de donar a Francia una parte del Nuevo Mundo. No consiguió nada para el país, pero trajo consigo un esposo para su hija. Este marido era el "salvaje Esoméric", habitante del mundo austral, atrapado allí por el capitán, que era patriota pero no racista. Los descendientes de la pareja portaban en sí la promesa de un gran unión futura entre Francia y el mundo austral. El abad Paulmier de Gonneville protestó con justicia contra el apelativo de extranjero, y mostró que se había tratado de un caso de fuerza mayor, pues al pobre Esoméric no le quedó otra opción que convertirse en francés.

El público se sintió seducido por esta aventura ya antigua de Gonneville, que probaba la existencia de un mundo "tangible" en los mares del Sur. La "Tierra de Gonneville" pertenecía por derecho a Francia, puesto que el primero en poner pie en ella había sido ¡un francés! El cuadro sólo exhibía una sombra: el navegante había olvidado fijar las coordenadas.

Un imperio austral para Francia no dejaba de ser una idea susceptible de tentar la imaginación. Ya se había bosquejado hacia fines del siglo dieciséis como solución milagrosa para la carrera por las colonias, en la que Francia iba muy a la zaga de los españoles y los portugueses.

Henri Lancelot Voisin de La Popelinière (1541-1608), historiador, pero también marino y colonizador en potencia, juzgó que su país debía recuperar el retraso y precisamente en el inexplorado territorio austral. "He allí –exclamaba– un mundo que debe de estar henchido de todo tipo de bienes y cosas excelentes. Sólo hace falta descubrirlo. ¡Sólo hay que seguir el ejemplo de otras naciones que han forjado tan excelente camino!"

El rey no parecía muy interesado, y el propio La Popelinière organizó la expedición. Un folleto publicado en 1599 entrega detalles. En mayo de 1589, tres naves algo abatidas salieron de La Rochelle al mando del capitán Trépagné. La Popelinière

lo había previsto todo, menos el mareo, que no pudo soportar. Lamentándolo mucho, hubo de abandonar la expedición, haciéndose repatriar desde el cabo Blanco (Mauritania). El capitán Trépagné continuó viaje. ¿Fue el segundo después de Gonneville en abordar el continente misterioso? ¿Quién podría saberlo? Falta documentación y nunca se conocerá el desarrollo de la expedición de La Popelinière.

Francia perdió la primera vuelta. Le correspondía jugar a España. Disponía de un as de triunfo: un auténtico hombre de mar tan obsesionado como La Popelinière, pero que no se mareaba. Se llamaba Pedro Fernández de Quirós (hacia 1565-1615), portugués de origen. Su sueño era transformarse en el Colón del mundo austral, pero entre los dos hombres y su aventura existe un contraste sorprendente. Mientras el genovés descubrió un mundo sin saberlo, y no cesó de renegar de él, ¡el portugués clamó empedernidamente el descubrimiento de un continente que en realidad no existía!

Como el continente rebelde rodeaba todo el hemisferio sur, podía ser abordado desde cualquiera de los tres océanos. Quirós eligió el Pacífico, y fue aparentemente recompensado. Durante su expedición de 1606 consiguió identificar varios puntos del litoral austral, en especial las Nuevas Hébridas, bautizadas Australia del Santo Espíritu. Tuvo la impresión de encontrarse en una especie de paraíso, de clima excelente –"no se ve ni nieve en las montañas, ni marismas, ni cocodrilos, ni insectos, ni reptiles, ni hormigas, ni mosquitos..."– y riquezas en abundancia: "Puedo decir con certeza", escribía Quirós al rey de España, "que es imposible encontrar un país más delicioso, saludable y fértil, un lugar más provisto de canteras, maderas, tierra para hacer ladrillos y tejas, muy apropiada para fundar una gran ciudad marítima con un puerto". Sin hablar de la belleza de los hombres y, sobre todo, de las mujeres.

Tanto peor para los franceses. Pero Quirós murió justo cuando preparaba una expedición decisiva que hubiese abierto el camino a la colonización española. El partido siguió momentáneamente empatado.

En 1607, un tal William Knight (pseudónimo de Joseph Hall, obispo de Exeter) publicó bajo el título de *Mundus alter et idem*

un libro muy completo sobre el mundo austral. Geografía, habitantes, leyes, religión: no faltaba nada. Además ofrecía mapas detallados (ríos, montañas, bosques, ciudades), invitando a los europeos, no sólo al descubrimiento que ya parecía haberse efectuado, sino al contacto directo con los terrestres que vivían al otro lado del planeta.

En 1616 se rectificaron las fronteras: el gran continente hubo de entregar Tierra del Fuego a América. En efecto, dos navegantes holandeses, Le Maire y Schouten, consiguieron pasar al Pacífico por el cabo de Hornos. De puesto avanzado del mundo austral, Tierra del Fuego pasó a ser sólo una isla separada de América por el estrecho de Magallanes, que al otro lado miraba hacia el océano libre. Los holandeses se cuidaron de suavizar los daños. La Tierra de los Estados, pequeña isla al sur de Tierra del Fuego, fue proclamada la nueva avanzadilla de las tierras australes. Estas continuaron su deriva: unos pocos grados más hacia el polo.

De este modo se precisó una metodología a la usanza de los exploradores de los mares del Sur. Cada nueva isla se presentaba como un nuevo segmento del continente que buscaban. La predilección inicial por el Pacífico se explica fácilmente: la profusión de islas polinésicas permitía mil puntos de contacto con el Nuevo Mundo.

El siglo dieciocho optó resueltamente en favor de las tierras australes. El asunto Gonneville no hizo más que reforzar argumentos que parecían decisivos. El optimismo se fortalecía a medida que se acumulaban los fracasos. Estos se debían únicamente a que los exploradores no habían buscado bien.

En espera de auténticos exploradores, el espacio austral fue jalonado por los escritores y los utopistas. Los tres modelos antes mencionados (chinos, salvajes y negros) ponían en juego soluciones alternativas en que los Otros eran inferiores o en el mejor de los casos iguales –tratándose de los chinos– a los europeos. En vías de convertirse en amos del planeta, sin duda éstos apostaban por su superioridad. Pero un juego de alteridad completa jamás puede ignorar los modelos que superan la condición humana "normal". A falta de identificación

en el mundo conocido, se intentaba su implantación en el terreno austral.

En este campo han de mencionarse dos libros notables: *Le Nouveau Voyage de la Terre australe de Jacques Sadeur*, publicado por Gabriel de Foigny en 1676, y la *Histoire des Sévarambes*, firmada por Denis Vayras (o Vairasse d'Alais) y aparecida entre 1677 y 1679.

El segundo ofrece una imagen más aproximada a nuestra humanidad y nuestra civilización. Los sevarambes, habitantes de las Antípodas, son hombres normales, pero mucho más inteligentes y en consecuencia más aptos para organizar el mejor gobierno posible. El soberano, aunque todopoderoso, ejerce una simple magistratura y es elegido por los ciudadanos. Impera la igualdad. Los almacenes están llenos y a disposición de todo el mundo. El mecanismo social funciona sin desperfectos. Se incluye un capítulo sobre el sexo y la familia:

"No se permite a los jóvenes esposos que duerman juntos más que una de tres noches durantre los tres primeros años de su unión, y luego una de cada dos noches hasta los veintiocho años; después de ello quedan liberados y pueden dormir juntos cuando les place. El más grande honor para las mujeres es amar a sus esposos y criar personalmente muchos hijos para su país."

No es este el caso de los "australianos" descubiertos por Jacques Sadeur, que son hermafroditas. Si nace un niño con un solo sexo es asfixiado como si se tratase de un monstruo. Sin tener nada que ocultar, la gente no se cubre el cuerpo. La ausencia de separación de los sexos explica asimismo su ánimo frío y razonable; las pasiones les son totalmente desconocidas, y con razón. La religión, acorde con esa carencia de sensibilidad, parece una especie de deísmo vago y abstracto. Más que nada impresiona su uniformidad. Hasta la geografía debe aceptar dicho principio. En el horizonte no hay montañas, "pues los australianos las han nivelado". El país no solamente es plano, sino en cierta medida "abstracto", sin bosques, pantanos, desiertos, y en todas partes existe la misma densidad de población. A lo cual se añade "la uniformidad admirable de

los idiomas, las costumbres y construcciones". Y ciertamente de la estructura social, que es también igualitaria, y comunista.

Dos viajes y dos grados sucesivos de alteridad. El primero propone un perfeccionamiento, en tanto el segundo ataca los propios fundamentos del ser humano, la civilización y su entorno. Coincidían en la necesidad de un sistema fundado en la igualdad y una fuerte disciplina social. Adelantándose a Europa, las Antípodas anunciaban las experiencias totalitarias, y ello prueba que fueron meditadas y preparadas mucho antes de ser llevadas a la práctica. Poco más tarde los exploradores comprobarían en terreno cuál de los dos modelos era más parecido a la sociedad real de los australianos.

El hombre diferente comienza a poblar los planetas

En 1609, Galileo (1564-1642) inventó el lente de aumento. Lo orientó hacia la Luna, y vio lo que ningún mortal había visto antes de él. En lugar del disco de plata destinado a alumbrar las noches, ante sus ojos se extendía un *mundo*. Vio montañas, llanos y mares. Decididamente, la Luna era una tierra, un nuevo mundo con iguales derechos que América o el continente austral. La historia moderna de la pluralidad de los mundos habitados comienza en esos momentos.

Sin embargo, la tradición era antigua. La Luna y la posibilidad de que estuviese habitada había interesado a algunos autores clásicos, de quienes se mofa Luciano de Samosata (hacia 125-192) en su *Verdadera historia*, parodia de una humanidad lunar. El tema del "mundo en la Luna" es relativamente frecuente en las más diversas culturas. Pero todo se reducía al campo de una ensoñación que nadie tomaba muy en serio. Hasta que Galileo lo *vio*.

Más lejos, la pluralidad de los mundos cubría el espacio infinito. Sobre ello los filósofos de la escuela atomista, como Leucipo (siglo quinto a.C.), Demócrito (hacia 460-370 a.C.), Epicuro (341-270 a.C) y Lucrecio (hacia 98-55 a.C), sostuvieron una teoría muy particular. Para ellos el mundo –"nuestro mundo"– estaba constituido por la Tierra, situada en el centro, y los cuerpos celestes que la rodeaban: la Luna, el Sol, planetas y estrellas. En este conjunto la vida estaba confinada a la Tierra, eventualmente con alguna excepción referida a la Luna. Pero, más allá de la esfera de las estrellas, se suponía la existencia de otros mundos que pertenecían a otros cielos y gravitaban alrededor de otras Tierras tal vez habitables. Simples puntos luminosos, los planetas no se consideraban como asientos posibles de vida. Tampoco las estrellas. Las demás existencias estaban relegadas a un espacio abstracto y extremadamente lejano que sólo podía alcanzarse a través de la razón. Esta teoría, además, estaba lejos de ser unánime. Entre sus adversarios figuraba el propio Aristóteles, la mayor autoridad de la Antigüedad y la Edad Media, quien afirmaba la existencia de un solo cielo, una sola Tierra y una sola vida.

En la Edad Media el problema se planteaba en términos análogos al de las Antípodas. Muchos mundos significaban muchas creaciones; ello hubiese probado sin duda la omnipotencia divina, pero de un modo que no estaba recogido en la Biblia. Allí se hablaba de una sola creación y de un solo mundo. Como lo hacía Aristóteles. Algunos teólogos se atrevieron a sostener la posibilidad teológica de varias creaciones, pero no se avanzó más allá en un problema considerado con justicia como insoluble.

El Renacimiento derribó las prohibiciones. Copérnico –en su tratado *De revolutionibus orbium cœlestium* (publicado en 1543)– sitúa a la Tierra en el mismo plano que los demás planetas, probando que sólo se trataba de un satélite del Sol. Giordano Bruno (1548-1600) amplía la mecánica copernicana: cada estrella era, como el Sol, el centro de un sistema semejante al nuestro. Lo quemaron en la hoguera y posteriormente se le ha considerado mártir de la ciencia. De hecho, su concepción era más mágica que científica: la vida se

manifestaba en todas partes, en los planetas, en el Sol, en las estrellas, en el universo entero que estaba animado y en el que cada cuerpo celeste era una entidad viva. Por el momento estas disputas se desarrollaron en un terreno abstracto. El hombre diferente, el habitante potencial de los planetas y las estrellas, no desempeñaba ningún papel. Esperaba la conclusión del debate en torno de los grandes principios teológicos y filosóficos. Los protagonistas parecían más interesados en el tema de su derecho a la existencia que por su propia existencia. El contacto entre nosotros y ellos todavía no se vislumbraba.

Todo cambió de golpe con el telescopio y la Luna. La nueva Luna. Las conclusiones de Galileo, expresadas en su *Sidereus nuncius* (1610), fueron defendidas y afinadas por el gran astrónomo Johannes Kepler (1571-1630), quien ese mismo año 1610 redactó un comentario sobre el texto de Galileo (*Dissertatio cum nuncio sidereo*) y retomó el tema en su célebre *Somnium* (publicado en 1634). Creía poder demostrar la existencia de mares y una atmósfera en la Luna, además de intentar una definición minuciosa de las condiciones de vida y sobre todo las consecuencias de las grandes diferencias térmicas entre el día y la noche de medio mes de duración. Una gran cavidad circular observada en el satélite se interpretó como una excavación artificial, prueba irrefutable de la existencia de los selenitas, constructores de viviendas subterráneas destinadas a protegerse de las duras condiciones climáticas.

La Luna fue sólo un primer paso. La seguirían los planetas. También éstos conocieron una metamorfosis a través del telescopio de Galileo; adquirieron un espesor inesperado. Júpiter, sobre todo, ofreció una imagen impresionante. Galileo dotó al más grande de los planetas con cuatro satélites, cuatro *lunas*. Pero, ¿para qué servían cuatro lunas, se preguntó Kepler, si no era para iluminar las noches jupiterianas? ¿Y alumbrarlas en beneficio de quién, si no era de sus habitantes? Demostración de una elegante simplicidad: "Por lo tanto, podemos deducir con muchas probabilidades que Júpiter está habitado", concluía el sabio.

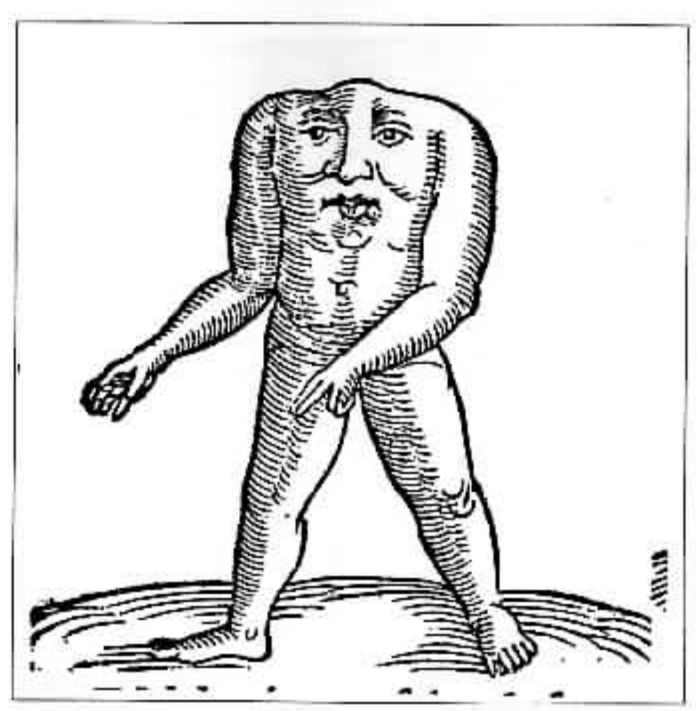
En 1638, el inglés John Wilkins (1614-1672) publicó un completo tratado sobre el mundo lunar y sus habitantes: *Discovery of a World in the Moone.* Aquel mundo parecía muy semejante a la Tierra. Ya podía vislumbrarse una acción colonizadora que simplemente prolongara los grandes descubrimientos y la colonización del Nuevo Mundo. Sólo quedaba un detalle por solucionar: la metodología del vuelo interplanetario.

La solución, o por lo menos una de las soluciones posibles, la halló Francis Godwin (1562-1633). En su viaje imaginario, *The Man in the Moone,* recurre a un tiro de grandes pájaros como medio de transporte. Su Luna presenta condiciones naturales paradisíacas y una especie de hombres superiores a la nuestra: gigantes, pero no gigantes groseros, como los de la Tierra, sino extremadamente civilizados, que vivían largamente y en perfecta armonía. Trabajo fácil. El crimen y el adulterio eran desconocidos. Desgraciadamente, una raza inferior empaña la imagen: enanos en comparación con los primeros, de hecho son hombres como nosotros, rebajados a la esclavitud por los gigantes. He aquí una advertencia a los colonizadores en ciernes: en lugar de imponerse como señores, corrían el riesgo de convertirse en esclavos, como los negros africanos.

En 1657 se publicaron *Los Estados y los imperios de la Luna,* escritos hacía un decenio por Cyrano de Bergerac (1619-1655); en 1662 aparecieron *Los Estados y los imperios del Sol.* Se trata de una obra muy compleja, mezcla de ideas científicas y filosóficas, de utopía y sátira; destaca la identificación del "paraíso terrenal" en la Luna y la confrontación con hombres con valores antitéticos a los nuestros: andan en cuatro patas, respetan a los jóvenes y no a los viejos y, en lugar de la espada, instrumento de la muerte, enarbolan orgullosamente el símbolo fálico, instrumento de la vida.

La Luna, por cierto, sólo prolongaba la exploración terrestre y el tipo de utopía que la acompañaba. Después del continente austral, representaba la escala más próxima. Sin duda es una señal del expansionismo de una sociedad cada vez más segura de su fuerza. Pero la buena conciencia de Europa tenía sus límites. El conquistador es más frágil de lo

que se cree. Lo desasosegaban interrogantes e incertidumbres. La Luna, como las tierras australes, ponía en evidencia, mediante formas de civilización más articuladas que la nuestra, las imperfecciones de la sociedad europea. Al mismo tiempo, constituía una manera de ilustrar la relatividad de los principios morales y políticos, de la cual Europa comenzaba a tomar conciencia, una vez confrontada con los otros y también con sus propias tensiones. El hombre diferente salía de los clichés inamovibles y entraba en un juego mucho más fino y complejo, encaminado hacia la experimentación de soluciones múltiples y variables; servía para el cuestionamiento permanente de las ideas recibidas. La pluralidad de los mundos habitados se refería a una pluralidad de interrogantes y alternativas destinadas a precisar las coordenadas de un viaje que se desarrollaba menos en el espacio que en el tiempo: el viaje de la sociedad tradicional hacia la modernidad, hacia el porvenir.



Un blemmy



El sciapodo
(Conrad Lycosthenes, *Prodigiorum ac ostentorum hronicon*, Bâle, 1557.)



Combate de pigmeos contra las grullas
(Sebastian Münster, *Cosmographia universalis*, Bâle, 1552.)



Tritón y Sirena (vistos en el Nilo)
(*Oeuvres* de Amroise Paré, París, varias ediciones desde 1575.)



Yeti
(*Science et Vie*, abril de 1958.)



Los visitantes del cielo: extraterrestres de hoy
(*Le Dossier des soucoupes volantes.*
Dargaud, París, 1979, Copyright: textos, J. Lob; dibujos, R. Gigi.)

uentes: Los documentos de ilustraciones fuera de texto provienen de la biblioteca de la cademia de Bucarest y de la colección personal del autor, con excepción de *Visitantes del cielo* uyo copyright pertenece a los autores o a los derechohabientes.

En el abismo: hombre submarino imaginado por H. G. Wells.
(Dibujo de Henri Lanos, *Je sais tout*, 15 de septiembre de 1905.)



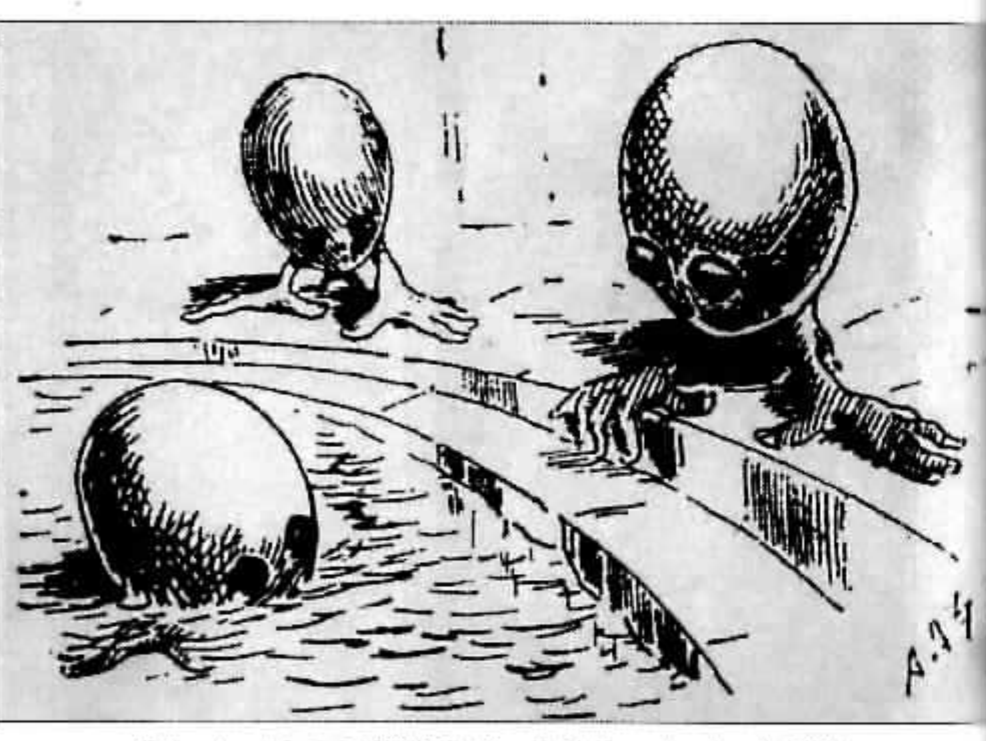
El enemigo de clase (el capitalista).
(Dibujo de Boris Efimov.)



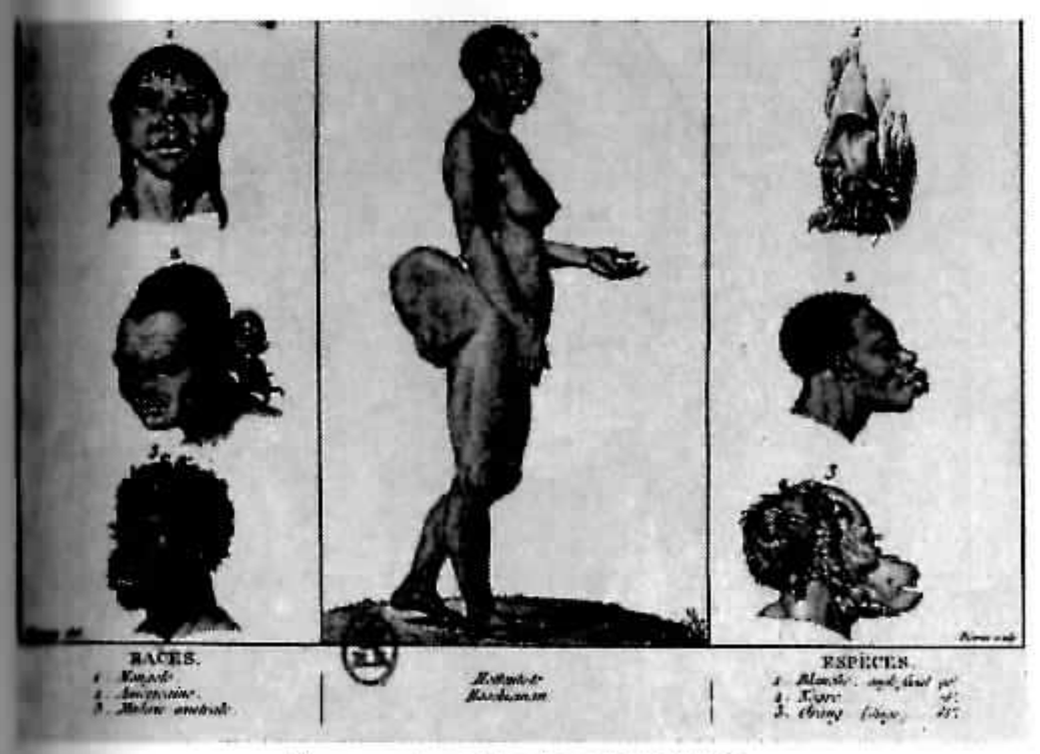
El peligro amarillo:
japonés que se apropia
del globo.
(*Je sais tout*, 15 de marzo
de 1905.)



Piquecantropos asesinos.
(Ilustración para el
«Mundo perdido»:
Je sais tout,
15 de mayo de 1914.)



El hombre del año 1.000.000. (*Punch*, 25 de noviembre de 1893.)



El negro, entre el hombre y el orangután.
(*Nouveau Dictionnaire d'histoire naturelle*, tomo 15, París, 1817.)

Un selenita. (Georges Le Faure y Henry de Graffigny, *Aventures extraordinaires d'un savant russe*, vol. Y, París, 1889.)





La Georgiana y el Bachkir.
(Gaspard Lavater, *L'Art de connaître les hommes par la physionomie*, vol. IV, París, 1806.)



El paraíso polinesio: el europeo entre la enamorada y el ladrón.
(*Voyage de La Pérouse autour du monde*, París, 1930.
Dibujado por Duché de Vancy, grabado por Godefroy.)



Los hombres elefantes.
(Nicolás Restif de la Bretonne, *La Découverte australe par un homme volant*, Leipzig, 1781.)



Un hombre árbol
en el centro de la tierra.
(Ludvig Holberg, *Nicolai Klimii iter subterraneum*,
Copenhague y Leipzig, 1741.)

Monſtrorum Hiſtoria. 19

A genere hominum ſylueſtrium nõ ſunt ſegregandi Cinnamij populi, qui ornatu prolixæ barbæ, & pilorum totius corporis in conſpectum veniunt admirandi. Hi à finitimis Barbaris homines ſylueſtres proprio vocabulo indigitantur. Quandoquidem ad vitæ tutelam, numeroſum canum gregem nutriunt, quoniam ab æſtiuo ad hyemale ſolſtitium, innumeri boues indici eorum patriam aſſiduè ingrediuntur. Huius rei cauſa adhuc incerta eſt, num huiuſmodi boues alias feras vitantes, vel impulſu hominum acti, vel inopia pabuli ad Cinnaminos confugiant. Itaq. hi populi, examinatis viribus, quæ inſultui talium boum ſufferendo non erant pares futuræ, multitudinem canum alentes ſe tuentur, quibus boues etiam permultos venando capiunt, quorum alios recentes quidem edunt, & alios etiam ſale conditos ad futurũ vſum recondunt. Deinde infinita alterius generis animantia canibus compreenſa edunt. Harum gentium icones nimirum, tam maris, quàm fœminæ exhibemus.

Populi Cinnamĩ hirſuti.

Canes ad tutelam alit.

Mas Cinnaminiæ gentis.



Fæ-

El hombre salvaje en el Renacimiento.
(Ulysse Aldrovandi, *Monstrorum historia*, Bolonia, 1642.)

ſolito altius agellum foderet, lapideum tumulum inſcriptione ornatum, & in ſepulchro viri mortui corpus proceræ adeò ſtaturæ, ut muros urbis excederet; cadaver integrum erat, ac ſi paulo ante ſepulturæ datum fuiſſet, in pectore vulnus latiſſimum geſtabat; ſupra caput autem corporis defuncti reperta eſt lucerna perpetuo igne ardens, quæ nec flatu, nec aquæ alteriuſve liquoris ullius ſuperinjectione extingui potuit; ſed in fundo perforata & rupta ſtatim evanuit, iſtud autem fuiſſe corpus magni *Pallantis* Arcadis, qui filius *Evandri* Regis, comes *Æneæ* bello ſingularique certamine dudum interfectus fuit à *Turno* Rutilorum rege, multo prius antequam Roma conderetur. Quæ omnia à *Volaterrano* confirmantur.

Pallantis corpus.

Atque hæc ſunt, quæ de Gigantibus eorumque immenſa vaſtitate adducenda duximus; reſtat tandem hoc loco, num verè tam prodigioſæ ſtaturæ homines unquam in Mundo fuerint, hoc loco demonſtrare.

DISQUISITIO PRIMA.

Num verè Natura tam monſtruoſæ magnitudinis homines, quam Authores allegati referunt, unquam produxerit.

IN ſepulchris lociſque ſubterraneis ſubinde oſſa reperiri, quæ oſſa gigantum eſſe dicuntur, non abnuo; nam ut ſuprà annotavimus, Gigantes vaſti corporis homines fuiſſe, vel ipſa Sacra Scriptura teſtatur, *Gen. 7. & lib. 1. Reg. c. 17. Maximiliano* Cæſari anno 1511. teſte *Surio*, giganteæ magnitudinis vir ex Polonia oriundus, oblatus fuit, qui &



pro magnitudine corporis, proportionato cibo ſingulis prandiis vitulum & ovem abſumebat. Similis noſtris temporibus *Ferdinando* II. in comitiis Ratiſponenſibus, *anno* 1623. exhibitus fuit, ut proinde de inſtitatæ magnitudinis hominibus utriuſque ſexus minimè dubitem, cum tales nullum non ſeculum protulerit.

Ho-

Escala de gigantes.
(Athanasius Kircher, *Mundus subterraneus*, Amsterdam, 1665.)





Animales de rostro humano: el Tanacht y el Haiit.
(André Thevet, *La Cosmographie universelle*, París, 1575.)

De A. Theuet. Liure X X I. 929

lointain païs arriuer en leur terre, tant ſ'en fault qu'ils le reiettent & maltraictét, que au contraire ont ceſte grace, de luy preſenter viures, logis, & ſouuent vne fille pour ſon ſeruice: Et qui plus eſt, les femmes & filles viendront autour de l'Eſtranger, ſ'aſſeans contre terre, pour plorer & crier, en ſigne de ioye, pour voſtre bien venuë.



Femmes & filles pleurent de ioye.

Que ſi voulez ouyr leurs propos, elles vous diront en leur langue, non ſans grande effuſion de larmes, ces parolles: Tu ſois le treſbien venu, tu es de noz bons amys, puis que tu as pris ſi grãd peine de nous venir voir de ſi loing: & vous font vne infinité de careſſes, ainſi que l'inclination naturelle les y ſemond & induit. Vous verrez auſſi le pere de famille, dedans ſon lict pendu & branſlant, lequel pleure de ioye, tout ainſi que les femmes, & taſchera de faire quelque choſe où vous puiſſiez prẽdre plaiſir. Or quoy que ce peuple aye loges & iardins particuliers, ſi eſt ce qu'il eſt ſi charitable, que ce que l'vn a, il le communique aux autres qui en ont affaire, & eſgallement à l'eſtranger. Au reſte, il eſt ſi curieux de choſes nouuelles, & les admire tant, que pour tirer des eſtrãgers choſe qui leur agree, ces gens ſçauent ſi bien flater & amadoüer, que malaiſément les pourriez vous eſconduire, de ce qu'ils vous demandent. Ces Sauuages, quand vous entrez en leurs loges & cabanes, apres les auoir ſalüez, ils ſ'approchent de vous auec telle aſſeurance & priuauté, comme ſi toute leur vie ils auoient veſcu auec vous: & tellement qu'ils prendrõt voſtre bonnet, ou chappeau, & ſe le mettront ſur la teſte pluſieurs l'vn apres l'autre, ſe regardans, & ayans opinion d'eſtre plus beaux auec telle parure. Les autres vous prendront voſtre eſpee, & dague ou couſteau, ſi vous en auez, & ſ'en eſcrimãs à leur mode, menaçent & de parolle, & auec vne fiere cõtenance, leurs ennemis. Bref, ils vous recerchent entierement, & ne leur fault rien refuſer, ſi vous en vouliez tirer ſeruice, plaiſir ou amitié. Vray eſt qu'ils vous rendent toutes voz hardes, & donnez leur ce

EEEEE iij

Indios (desnudos) reciben visitantes (vestidos).
(André Thevet, *op. cit.*)

III

¿DEGENERACION O PERFECCIONAMIENTO?

El hombre diferente en peligro: lo salva la Razón

En 1751, dom Agustín Calmet (1672-1757), sabio benedictino de la abadía de Sénones, publicó un *Tratado sobre las apariciones de espíritus y sobre los vampiros o los aparecidos.* Comentaba la proliferación de un fenómeno extraño: "Desde hace unos sesenta años, en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia, a nuestros ojos se ofrece un nuevo fenómeno: se dice que se han visto hombres que llevan muertos varios meses y que vuelven, hablan, caminan e infestan los pueblos, maltratan a los hombres y los animales, chupan la sangre de sus próximos, los enferman y finalmente les provocan la muerte". Desde su base en Europa central u oriental, el ejército de muertos vivientes parecía a punto de invadir Occidente.

El benedictino se rebeló contra esa leyenda ("es sólo una ilusión"), ciertamente como hombre de Iglesia, pero también como filósofo de la Ilustración (había recibido a Voltaire en su casa). La Edad de la Razón no estaba dispuesta a seguir aceptando la existencia de esos hombres demasiado diferentes, los vampiros.

De hecho, la galería completa de "otros" pasó por la criba rigurosa de la crítica cartesiana. No era razonable imaginar unos hombres que seguían viviendo –y de una manera enteramente escandalosa– después de la muerte. Los vampiros debían desaparecer. Tampoco era razonable aceptar cualquier

fantasía biológica: los hombres sin cabeza o los hombres con cabeza de perro... Había llegado la hora de que los blemis y los cinocéfalos hicieran mutis por el foro.

En esta época, la Razón se distanció de las creencias populares que antaño todos habían compartido. Un sabio o un filósofo del siglo dieciséis podía inclinarse, si así le parecía, por las costumbres de las hadas o las brujas. Tal actitud hubiese puesto en ridículo a un filósofo del siglo dieciocho. Esos seres fantásticos no desaparecieron, pero su uso quedó relegado a la gente desprovista de instrucción. La cultura de elite tendía a destruir los puentes que en un tiempo la unieran a la cultura de las "masas".

El hombre diferente se vio amenazado por un gran peligro. Debía pasar un riguroso examen de ciencia y filosofía cartesianas. Mil años antes de esta prueba había superado su examen de teología. ¿Estaría en condiciones de flanquear este nuevo obstáculo?

Tuvo la suerte –en apariencia escasa, pero de hecho considerable– de encontrar un aliado poderoso en su propio adversario. La ciencia debía demoler al hombre diferente, pero en cambio lo salvó.

En esta ocasión la Razón develó su mecanismo secreto. Para mejor asimilarlos, devoró los mitos. No se perdió ningún arquetipo del imaginario; en todos los casos hubo recuperación, adaptación, transfiguración. La razón y la ciencia no hicieron más que transportar al nuevo discurso las obsesiones y los fantasmas ancestrales de la humanidad.

Para el hombre diferente el paso siguiente no fue la exterminación, sino un zafarrancho del cual surgiría un nuevo orden. Todo lo que tenía de milagro en el sentido religioso o metafísico del término –las hadas o los vampiros, sin hablar de las apariciones de santos– fue puesto en el índex. En cuanto a los milagros científicos o biológicos, era necesario separar el grano bueno de la cizaña. No iba a admitirse cualquier fantasía, pero tampoco podría negarse a la naturaleza su capacidad de invención y cambio, lo que habría sido una contradicción para la mentalidad científica del momento.

Los hombres sin cabeza, decididamente no. Los gigantes, tal vez... En fin, ¿por qué no?

De tres a doce pies

En 1764, el comodoro John Byron (1723-1786) exploró las costas de los patagones. Por fin éstos tendrían la oportunidad de encontrarse con un explorador del siglo de las Luces. Byron vio los mismos patagones que ya habían observado Magallanes y Pigafetta. Transcurridos dos siglos, los gigantes habían conservado su talla.

Cuando bajó a tierra, cuenta el navegante, "avancé solo hacia los indios [...] un patagón que nos pareció uno de los jefes se separó del grupo para venir a recibirme. Su talla era gigantesca; tuve la impresión de que los cuentos de monstruos con forma humana se hacían realidad. Se cubría la espalda con la piel de un animal salvaje, similar a los abrigos que usan los montañeses de Escocia. Tenía la piel pintada del modo más horrible, uno de sus ojos estaba rodeado con un círculo negro, y el otro con un círculo blanco; el resto de la cara se hallaba extrañamente surcado por líneas de diversos colores. No lo medí, pero pude juzgar su altura comparando su talla con la mía; no estaba por debajo de los siete pies. En el momento en que el atemorizante coloso llegó a mí, pronunciamos el uno y el otro algunas palabras de saludo, y fuimos a reunirnos con sus compañeros, a los cuales, cuando los tuve ante mí, indiqué que se sentaran y todos accedieron de buen grado. Había entre ellos varias mujeres de estatura proporcional a la de los hombres, siendo casi todos de estatura semejante a la del jefe que había venido a mi encuentro".

Un oficial inglés con la talla poco común de seis pies "se veía, por así decirlo, transformado en pigmeo al lado de esos gigantes" que, además, tenían las espaldas de una anchura formidable. "Por lo tanto, no cuesta imaginar la impresión

que debió de hacernos ver quinientos hombres de los cuales los más pequeños medían por lo menos seis pies y seis pulgadas, y cuya complexión y robustez de los miembros correspondía perfectamente a su altura gigantesca."

Algunas decenas de años antes de Byron, el viajero francés Amadeo Frézier (1682-1773), explorador de las costas de Chile entre 1712 y 1714, fue más generoso aún. En la *Relation du voyage* que publicó en 1732, los patagones llegaban a medir nueve o diez pies, es decir, unos tres metros. Es cierto que Frézier nunca los vio, pero su juicio se fundaba en una multitud de testimonios convergentes, más que nada de navegantes holandeses que les asignaron sin excepción entre nueve y once pies.

Después de los exploradores, los sabios. En primera fila, Maupertuis (1698-1759), matemático y filósofo francés a quien Federico el Grande nombró presidente de la Academia de Berlín, que se obsesionó con los hombres diferentes, incluidos los patagones. Creía ciegamente en su gigantismo, prefiriendo las aproximaciones más audaces: de diez a doce pies.

La decisión quedó en manos de los dos grandes maestros de la biología de la Ilustración: el sueco Carl von Linneo (1707-1778) y el francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788). Veredicto favorable. En su *Sistema de la naturaleza (Systema naturae*, 1735, trece ediciones hasta 1793), Linneo agrupó en la variedad de *Homo monstrosus* varias especies de seres humanos diferentes: entre ellos se encontraban "los patagones, grandes y perezosos". En cuanto a Buffon, ofrece un estudio muy detallado sobre el tema en la sección "Del hombre" de su inmensa *Historia natural*. Como científico riguroso que era, el naturalista francés revisó todas las fuentes, comparó las cifras, que iban de ocho a trece pies, para llegar a la conclusión de que "existe en efecto una raza de hombres más altos y poderosos que ninguna otra del universo".

Cuando los gigantes fueron aceptados, llegó el turno de los enanos, que se impusieron acaso por puro amor a la simetría. De este modo quedaron netamente definidos los límites extremos de la humanidad.

Según Linneo, en las altas montañas viviría una raza de hombres "pequeños, ágiles y tímidos". Buffon da detalles sobre dos comunidades montañesas pertenecientes a esta categoría. "Se dice", escribía, "que existe en las montañas de Tucumán (noroeste de Argentina) una raza de pigmeos de treinta y una pulgadas de altura (unos ochenta centímetros), arriba del país habitado por los patagones. Se llega a asegurar que los españoles llevaron a Europa, hacia finales del año 1755, cuatro de estos hombrecillos." De los patagones de los llanos a los enanos de las montañas, Argentina presentaba una curiosa diversidad de niveles: a medida que se subía, ¡disminuía la talla de los gigantes!

El segundo caso, y el más célebre, fue el de los quimos, pueblo que habitaba las montañas de Madagascar. "Se encontraba en el centro de la isla, donde las tierras son más altas, un pueblo de enanos blancos." Su talla se calculaba en tres pies y medio (algo más de un metro). Se sabía casi todo sobre su aspecto y comportamiento. "El carácter natural y distintivo de estos hombrecillos –precisaba Buffon– es que son blancos o por lo menos de color más pálido que los negros conocidos; tienen los brazos muy largos, y las manos les llegan más abajo de las rodillas sin doblar el cuerpo; las mujeres llegan a tener el sexo cubierto por las mamas." Inteligentes, activos y guerreros, habían conseguido, gracias a la naturaleza abrupta del terreno, conservar su libertad.

Retomando estos rumores trasmitidos de boca en boca, a Buffon le parecía estar procediendo como un sabio responsable, no solamente dedicado a recoger hechos, sino también y más que nada a analizarlos. La razón le sugería que la talla de esos personajes podía haber estado un tanto sub o sobreestimada. Zanjó la cuestión haciendo crecer a los quimos hasta los cuatro pies y reduciendo a los patagones a siete u ocho pies. El hombre diferente se había salvado, y también el prestigio de la Razón.

Los filósofos cortejan a los hombres de los bosques

En los *Viajes de Gulliver*–publicado en 1726 por Jonathan Swift (1667-1745)–, aparte de los enanos, los gigantes y los caballos inteligentes, está la descripción memorable de una especie muy curiosa de animales salvajes:

"Tenían la cabeza y el pecho cubiertos de un vellón espeso, algunos rizado y otros liso. Tenían barba de chivo y una larga línea de pelo en el espinazo, tal como en la parte anterior de los cuatro miembros y los pies; todo el resto del cuerpo estaba desnudo, y pude verles la piel, que era color cuero de gamuza. No tenían cola ni pelo en las nalgas, excepto alrededor del ano; la naturaleza les había puesto eso, pienso, para protegerlos cuando se sentaban en el suelo. En efecto, los vi tomar esa posición, pero también permanecían echados, y a menudo se levantaban sobre las patas posteriores. Subían a la copa de los árboles más altos, tan ágiles como ardillas, pues sus patas delanteras, como las de atrás, estaban provistas de garras largas y fuertes de puntas agudas y curvas. Se echaban a correr a menudo, y saltaban y brincaban con agilidad prodigiosa. Las hembras eran más pequeñas que los machos. Tenían en la cabeza pelo largo y liso, pero la cara lampiña y el cuerpo cubierto por un vello ligero, excepto en el ano y las partes genitales. Las ubres les colgaban entre las patas delanteras y casi tocaban el suelo a cada paso. Su piel era de color variable: castaño, alazán, negro, tanto en uno como otro sexo. En resumen, jamás en el curso de mis viajes había visto animales más repugnantes, ni que me inspirasen tanta antipatía instintiva."

Esta criatura, que era llamada yahoo, reservaba a Gulliver una sorpresa particularmente desagradable: "Mi horror y mi estupefacción llegaron a un punto inexpresable cuando comprobé que ese innoble animal tenía un aspecto enteramente humano".

El yahoo de Swift no constituye un caso aislado en el mundo de los filósofos. Ilustraba un hecho más general: la

escalada del salvaje. Entre los hombres diferentes del siglo dieciocho, le correspondió el papel protagónico.

El salvaje procedía directamente de los bosques medievales. Como las demás especies conservadas por la Razón, se benefició de algunos cuidados, susceptibles de transformar una figura folclórica pintoresca en un personaje dotado de dignidad científica y filosófica. Pero la demanda fue tan fuerte que un solo salvaje no bastaba para el proyecto de la Ilustración, y se acabó por recurrir a dos especies distintas.

La primera fue "el hombre asalvajado", el *Homo ferus* según la clasificación de Linneo, que lo consideraba "mudo, peludo e hirsuto, que anda en cuatro patas". Una decena de ejemplos fueron suficientes para decidir la existencia de una especie humana particular.

Un cuadrúpedo capturado en 1531 en tierras del arzobispado de Salzburgo fue el primer inscrito en la lista. Domesticada, la criatura consiguió andar en dos pies e incluso hablar. Antes de ser la ciudad de Mozart, Salzburgo tuvo el honor de ser la patria del salvaje; todavía se puede admirar su estatua erigida en una de las plazas de la ciudad.

En el siglo diecisiete, la misma especie tuvo un representante en Juan de Lieja, un niño que fue encontrado desnudo y casi enteramente cubierto de pelo; luego fue un adolescente irlandés que vivía entre ovejas medio salvajes y que balaba como ellas, y finalmente un joven lituano que había pasado su infancia entre los osos.

Los encuentros se multiplicaron en el siglo dieciocho, en la medida en que crecía la presión de las solicitudes científicas y filosóficas. Peter andaba en cuatro patas por las selvas de Hannover, y no conocía ninguna palabra. Tuvo la oportunidad de ser presentado al rey Jorge I de Inglaterra, y en su edad madura consiguió pronunciar dos nombres: el suyo y el del rey... Francia enriqueció la colección gracias a María Angélica, niña descubierta en 1731, pero más que nada por Víctor, niño que conocería la celebridad durante los primeros años del siglo diecinueve. Capturado en 1800 en el departamento de Aveyron, fue tratado de acuerdo a las mejores fórmulas pedagógicas de la Ilustración. Su educación (que inspiró

la película de François Truffaut *El niño salvaje*, 1969) acabó en un éxito relativo.

Blumenbach afirmaba que se trataba de degenerados e idiotas. Pero los filósofos y los sabios tenían necesidad, no de cretinos, sino de hombres diferentes. En su intento de construir teorías globales y coherentes, no perdían ocasión de arrimar agua a su molino. De este modo, los pobres cretinos se transformaron en hombres salvajes o asalvajados, y ocuparon una posición bien definida en el juego de la condición humana.

El pensamiento evolucionista comenzaba a dar frutos. Lejos aún de Lamarck y Darwin, ya se preparaba el terreno en que habrían de germinar sus teorías. Sin ser evolucionista, el sistema de Linneo, con su encadenamiento gradual de los seres, invitaba a la evolución. Por el momento la frontera entre las especies parecía relativamente estable –aunque de cuando en cuando fuese divertido traspasarlas–, pero ganaban terreno los argumentos a favor de una variabilidad entre los límites de cada especie, incluso la humana. Variabilidad determinada por las condiciones del medio y también, en el caso del hombre, por el entorno social, la educación y la aculturación.

Parte esencial del programa de la Ilustración giró en torno del salvaje. En primer lugar, ¿quién era? ¿Prototipo de hombre u hombre degradado? Había quienes pensaban que la humanidad se había desarrollado a partir de una condición cuasi animal, que incluía los cuadrúpedos. Por el contrario, hubo otros que no aceptaban el paralelismo entre lo "asalvajado" y lo primitivo. Para Jean-Jacques Rousseau, en su *Discurso sobre el origen de las desigualdades entre los hombres* (1755), el primitivo "siempre estuvo conformado como lo veo hoy, caminando en dos pies, usando las manos como nosotros usamos las nuestras, considerando con la mirada toda la naturaleza y midiendo con los ojos la vasta extensión del cielo". En suma, un ser bien adaptado e incluso mejor adaptado que el hombre actual, pues no conocía los males supremos que son la enfermedad, en el orden biológico, y la desigualdad, en el orden social.

Pero en ambos casos los problemas esenciales eran similares: la evolución o por el contrario la degeneración, la recuperación del ser degenerado que ponía en juego los mecanismos biológicos por intermedio de la sociabilidad y la educación. El hombre puede degradarse o progresar, y no únicamente el individuo, sino la especie en general.

Robinson Crusoe probó la capacidad del hombre de permanecer a solas y lejos de sus semejantes. Pero Cornelius de Pauw, en sus *Recherches philosophiques sur les Américains,* sostuvo la tesis contraria: "el metafísico más grande, el mayor filósofo, abandonado durante diez años en la isla de Fernández, volvería embrutecido, mudo, imbécil...". Y lo contrario, ¿podía ser cierto? Si un filósofo podía sumirse en el salvajismo, ¿sería posible elevar a un salvaje a la filosofía? Sin ir tan lejos, la experiencia del médico Jean Itard con el niño Víctor parece probar las virtudes de la educación. El resultado, aunque modesto, ponía en evidencia un progreso innegable respecto del punto de partida; inicialmente, si creemos al doctor, el pequeño salvaje "no sólo se encontraba en el último escalón de su especie, sino también en el último entre los animales [...] en cierto sentido no era distinto de una planta" y sólo lo diferenciaba de ella "su facultad de moverse o gritar".

Transformar una clase de animal o planta en ser humano era un gran logro: la garantía de que tanto la sociedad como la pedagogía poseen la capacidad de cambiar al hombre. El salvaje era la prueba.

En 1758, Linneo incluyó en su clasificación un segundo hombre salvaje bajo el nombre de *Homo nocturnus* u *Homo sylvestris.* La historia había comenzado algo antes, con las investigaciones del médico y anatomista Edward Tyson (1651-1708). Este pudo practicar la disección de un chimpancé, animal poco conocido en Europa por entonces. Pensó que se trataba de un orangután y, para complicar más las cosas, lo denominó "pigmeo", situándolo en una posición intermedia entre el hombre y el mono (en su obra *Orang-outang, sive Homo Sylvestris, or the Anatomy of a Pigmie*, 1699). "Nuestro pigmeo", afirmaba Tyson, "no es un hombre, pero tampoco es el mono común, sino un tipo de animal intermedio." He aquí

por lo tanto un subhumano o un supermono, que hacía de eslabón que unía y sobre todo separaba al ser humano de la familia de los monos. Chimpancé, orangután, hombre silvestre, pigmeo: ¡qué cóctel, qué magnífico enredo! Esta especie, con algo de ayuda de la imaginación, tenía muchas posibilidades de proliferar por las regiones salvajes de todo el mundo.

Y así lo hizo. La *Enciclopedia*, en su décimo volumen, publicado en 1751, proporcionaba una descripción completa del salvaje de Borneo. "Es, como se dice, de la talla del hombre más alto, tiene la cabeza redonda como la nuestra, ojos, boca, mentón un poco diferente del nuestro, casi nada de nariz y el cuerpo cubierto de pelos largos. Estos animales corren más rápido que los ciervos, en los bosques arrancan ramas de los árboles que usan para atacar a los que se acercan; enseguida beben su sangre." No obstante, se cuidaban de añadir que "estas bestias, que a primera vista se parecen mucho al ser humano, examinadas en detalle difieren en casi todas sus características, y bien pudiera tratarse de un mono".

Esta variedad de hombres salvajes se encontraba, por supuesto, más cerca de los monos que la primera, la de los hombres "asalvajados". Se distinguían por su pelaje y eventualmente por un apéndice caudal. Podrían considerarse hombres o monos, pues su misión era precisamente asegurar la transición entre ambas especies. El doble proyecto de la Ilustración se aclara por completo. El hombre asalvajado ilustraba las virtudes de la educación asociada a un principio evolucionista. El hombre "silvestre" justificaba esencialmente la progresión biológica que ligaba el animal al hombre. El programa pedagógico en este sentido era secundario, aunque algunos optimistas no lo excluían *a priori*. Incluso después de 1800, éstos seguían manteniendo un combate de retaguardia en su favor. Entre ellos, Bory de Saint-Vicent (1780-1846) presumía que un orangután convenientemente educado tenía posibilidades de elevarse sobre el hotentote. ¿Un piropo para el orangután o una opinión poco caritativa hacia el hotentote? El médico y naturalista holandés Petrus Camper (1722-1789) moderó su entusiasmo con un argumento de peso: el orangután era incapaz de hablar, no solamente a causa de su

incultura, sino en primer lugar por su conformación anatómica. Helo aquí empujado a la categoría de mono común y excluido del proyecto pedagógico reservado a su primo más evolucionado. De este modo, las dos especies de hombres salvajes, unidas, proporcionaban solidez a los fundamentos de un evolucionismo más global, a la vez biológico y cultural.

Salvajes o... menos salvajes, los hombres con cola estaban particularmente bien representados. Veamos dos ejemplos extraídos de la *Historia natural* de Buffon. "En la isla de Mindoro, vecina de Manila, existe una raza de hombres llamados *manghiens*, y todos ellos tienen una cola de cuatro o cinco pulgadas de longitud". Un dato más notable aún es que cada uno de esos hombres coludos abrazó la fe católica. Segundo caso: en Formosa se vio "un hombre que tenía una cola larga, de más de un pie, toda cubierta de pelo rojizo y muy parecida a la de un buey. Este hombre con cola aseguraba que el defecto, si lo era, se debía al clima, y que todos los de la parte meridional de la isla tenían colas como él"; cabe destacar que Buffon no se fiaba de este rumor.

Es posible que los hombres provistos de cola fuesen muy numerosos, pero ocultaban dicho ornamento con cuidado. "En Etiopía hay muchos; también los hay en Egipto, en Inglaterra, sobre todo en Escocia; incluso se encuentran en Francia." Formaban una especie diferente, como los monos sin cola respecto de los monos con cola; por lo demás, podían aparearse con el ser humano normal e incluso tener hijos sin cola. Estas consideraciones pertenecen a Benito de Maillet (1656-1738), autor del *Système de Telliamed* (publicado en 1748), quien, aparte de la identificación de tales individuos, tuvo el mérito de fundar científicamente la existencia de los hombres salvajes marinos. Su argumentación era seductora: todo viene del agua, elemento que inicialmente cubría la Tierra. También los hombres tienen un origen acuático. Algunas variedades humanas seguían poblando el espacio marino como antes. Este era el motivo de los encuentros –en absoluto imaginarios– con tritones, sirenas y demás seres humanos salidos de las profundidades. Tienen nuestra conformación, y ni siquiera tienen cola. Cada raza humana terrestre parece tener su

semejante –sus ancestros– en el medio acuático. La exploración de los mares desconocidos reservará sin duda sorpresas.

En su *Philosophie de la nature* (cuarto volumen, 1777), Delisle de Sales (1743-1816) consagró también un capítulo al hombre marino defendiendo su plausibilidad. El hombre parecía poder adaptarse al medio marino, volviéndose anfibio. ¿Qué mejor prueba que el joven español ahogado en 1674 y pescado bien vivo cinco años más tarde? Nunca reconoció a su familia y desapareció definitivamente en las aguas.

La aventura de los hombres marinos es muy significativa del método de la Ilustración. Los escritores que intentaron justificar dicha variedad biológica no hicieron más que recuperar y reestructurar los relatos que circulaban antes de la edad de la Razón. Demuestran que siempre se puede construir una teoría "científica" coherente en torno de cualquier dato real o imaginario.

Incluso sin sumergirse en las aguas, los filósofos esperaban mucho de las exploraciones en curso. El Pacífico en particular, con su multitud de islas, otros tantos mundos en potencia, parecía repleto de promesas. "En las islas de este mar –escribía Maupertuis– los viajeros nos aseguran que han visto hombres salvajes, hombres peludos, con cola, una especie intermedia entre el mono y nosotros." El filósofo tuvo entonces una ocurrencia memorable: "Me gustaría más pasar una hora de charla con ellos que con las inteligencias más notables de Europa".

Reacción indignada de "la inteligencia más notable de Europa", es decir, Voltaire: "Maupertuis se ha vuelto loco del todo. No ignoráis que en Montpellier estuvo encadenado durante uno de sus accesos, hace una veintena de años. Su mal vuelve a atacarlo con violencia".

Para combatir al hombre diferente de Maupertuis y otras teorías desarrolladas por ese loco furioso, Voltaire publicó en 1753 la *Diatriba del doctor Akakia*. Haciendo alusión asimismo a la historia de los patagones, ridiculizaba al académico berlinés, que habría propuesto "hacer la disección de los cerebros de los gigantes que medían doce pies, y de los hombres peludos con cola, para sondear en la naturaleza de la inteligencia

humana... Nos parece que tiene deseos de ir a las tierras australes, aunque al leer su libro uno estaría tentado de creer que viene de regreso...".

Espíritu frío y crítico, Voltaire se pronunció con firmeza contra el delirio biológico. Sólo aceptó la posibilidad de los... ¡sátiros!, nacidos de "amores abominables". Estos seres híbridos tuvieron el honor de figurar en las primeras páginas de su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones.*

Amores perversos y consecuencias biológicas

El desacuerdo desembocó al final en la factura de los seres diferentes, no en su misma existencia. Una vez que los milagros religiosos hubieron sido rechazados, fue de buen tono creer en los milagros biológicos. Las maravillas de la ciencia podían florecer sobre un terreno que había quedado libre.

Entre los juegos científicos de la época, el cruce de especies tuvo un lugar privilegiado. La prehistoria del evolucionismo pasa también por estas fantasías. Réaumur se proponía cruzar una gallina con un conejo, en tanto Locke juraba haber visto un híbrido engendrado por un gato y una rata.

Nada impedía al hombre participar también en este género de copulaciones perversas. Y, en este caso, ¿por qué decir no a los sátiros? Una edición comentada de Plinio (*Historia natural*, volumen III, 1771), en que se refutaban punto por punto los monstruos tradicionales de la Antigüedad, se expresaba de un modo más prudente y bastante equívoco sobre el tema de los seres mitad humanos, mitad animales:

"La mayoría de los antiguos consideraban que los sátiros eran una especie de monstruos nacidos del comercio del hombre con la cabra, o del macho cabrío con una mujer. Pero aunque se podría admitir la existencia momentánea de dicho tipo de monstruos, la propagación de la misma especie sería inadmisible, porque los híbridos (de cualquier especie de

animales) no pueden engendrar. La existencia de los sátiros es, con buenos motivos, dudosa..."

Bonita muestra de espíritu crítico. Sin aceptar la especie, el autor se mostraba más acomodaticio en cuanto al nacimiento de los sátiros "individuales" (sin descendencia). Un hombre y una cabra podrían eventualmente procrear, ¡pero la alegría de tener nietos se les negaba!

Distinto es el caso del hombre y el mono, dos especies mucho más próximas que el género humano y el caprino; Locke y Voltaire no veían ningún inconveniente, sobre todo si se trataba de un idilio entre monos y negras. Johann Fabricius, discípulo de Linneo, llegó a afirmar que la raza negra se había originado del cruce entre blancos y monos; la posición del negro, a medio camino entre el hombre y el mono, hallaba de este modo plena justificación.

A partir de estas hipotésis, Restif de la Bretonne (1734-1806) publicó en 1781 una impresionante saga biológica (cuatro volúmenes) bajo el título de *La Découverte australe par un homme volant.* El hombre volante es sencillamente un europeo que usa alas artificiales, pero los seres que encuentra en las islas australes son auténticas otredades. Según el método tradicional, cada isla representa un mundo. Allí se encuentran salvajes y gigantes, pero más que nada híbridos entre humanos y animales, de los que se entrega una larga lista: hombres-mono, hombres-oso, hombres-cerdo, hombres-toro, hombres-oveja, hombres-castor, hombres-carnero, hombres-caballo, hombres-asno, hombres-rana, hombres-serpiente, hombres-elefante, hombres-pájaro... Cada animal hace su propio aporte, no solamente físico, sino también de orden moral: los hombres-mono son malos, los hombres-oveja viven en absoluta fraternidad...

El aparataje científico de la obra no es menos significativo. El cuarto volumen propone una "Disertación sobre los hombres-brutos", articulada sobre la idea de que las combinaciones biológicas están imbricadas en el orden de la naturaleza. Entra en juego el sistema de Telliamed. Dado que "todos los animales han debido comenzar por ser anfibios antes de vivir en la tierra seca", los hombres salen a su vez del agua, y la existencia de los hombres-rana parece plausible. El hombre

con cola de Borneo, para no hablar de los ingleses y franceses que ocultan hipócritamente esa prolongación de su persona, dan testimonio de la presencia de una naturaleza intermedia entre el hombre y el animal. ¿Y qué decir de "la construcción interior del cerdo, que es precisamente igual a la del hombre"? Pensándolo bien, el auténtico milagro no sería la existencia sino la inexistencia de las especies intermedias. Antes de producir al hombre, la naturaleza hizo sus ensayos en múltiples variantes, felizmente preservadas en el lejano archipiélago de las Antípodas.

Fragmentación de la especie

Es evidente que las humanidades diferentes funcionaron bien en la época de las Luces, pues aunque hubiesen perdido algunas posiciones, conservaron e incluso reforzaron y extendieron otras. El hecho verdaderamente nuevo y con mayores consecuencias fue la fragmentación de la especie humana "normal". Gracias a los salvajes americanos y más que nada a los negros africanos, esta revolución ya estaba en curso; pero hacía falta el espíritu de sistema del siglo dieciocho para la instauración de una jerarquía rigurosa de seres que hiciese posible la división radical de la especie humana en numerosas ramas.

Demos la palabra a Linneo, autor de una breve pero completa caracterización de las razas humanas:

El europeo: "Es blanco, sanguíneo, musculoso. Cabello rubio, largo y espeso; ojos azules. Es inconstante, ingenioso, inventivo. Lleva ropa ajustada. Se gobierna por leyes."

El asiático: "Es amarillento, melancólico, de fibra rígida. Pelo negro, ojos castaños. Es severo, fastuoso, avaro. Se cubre con largas vestimentas. Es gobernado por la opinión."

El americano: "Es cetrino, colérico, de actitud erguida. Pelo negro, liso, grueso, nariz grande; mentón casi sin barba. Es obstinado, contento con su suerte, ama la libertad. Se pinta

con líneas rojas, con diversos entrelazados. Se gobierna por sus costumbres."

El africano: "Es negro, flemático, de fibra laxa. Cabello muy negro y rizado; piel aterciopelada, nariz roma, labios gruesos. Las mujeres que amamantan tienen grandes pechos. Es astuto, perezoso, negligente. Se frota el cuerpo con aceite o grasa. Es gobernado por la voluntad arbitraria de sus amos."

Nos encontramos ante una de las obras maestras de la Ilustración. ¡He aquí el mundo estructurado, mejor aún, reinventado por la Razón! La coherencia es total: todo se somete a un principio unificador. Cuatro continentes conocidos –Linneo dejó a Restif de la Bretonne la tarea de ocuparse del continente austral–, cuatro colores de piel, cuatro temperamentos, cuatro maneras de vivir, cuatro modos de vestirse o no vestirse. Tanto peor si hay matices. Como buen sueco, Linneo decidió que los europeos debían tener los ojos azules. Tanto si habita China, India o Turquía, un asiático es amarillo y punto. La ropa se acomoda también a la disposición biológica: ¿quién podría imaginar un negro vestido o un europeo desnudo?

Pero lo que impresiona en primer lugar es la jerarquía. El hábito se impone como signo de superioridad. Un buen gobierno también, pues el hombre es un animal político. En este punto decisivo, el europeo, "gobernado por leyes", sitúa en una subclase al asiático "gobernado por la opinión", que hace lo mismo con el americano, "gobernado por sus costumbres", en tanto que el africano "gobernado por la voluntad arbitraria de sus amos" parece nacido para vivir en esclavitud. No hay aquí separación alguna entre los rasgos biológicos y las condiciones sociales y culturales; parecen pertenecer en igual medida a las características intrínsecas de la raza.

Y, sin embargo, esta separación radical de las razas era obra de un partidario del monogenismo, teoría que hacía derivar a todos los hombres de un tipo originario único. La mayoría de los biólogos de la época, los más célebres –como Linneo, Buffon y Blumenbach–, aceptaban este axioma, que correspondía asimismo a la interpretación teológica tradicional. La diferenciación de las razas no planteaba ningún pro-

blema. Se explicaba por la degeneración del tipo normal, ilustrado por supuesto por el hombre blanco. En su obra *De la unidad del género humano y de sus variedades* (1775 y 1794), J. Fr. Blumenbach analizaba las causas de este proceso, que según él eran el clima, la comida y el tipo de vida. Buffon expresaba la misma opinión: "el blanco parece ser el color primitivo de la naturaleza, que el clima, la comida y las costumbres alteran y transforman". El clima en primer lugar. Era evidente que los negros eran negros por el excesivo asoleamiento del continente africano. Hasta se podía arriesgar la hipótesis de que, transportados a Europa, al cabo de las generaciones irían blanqueándose poco a poco. Pero por el momento se imponía la comprobación: los Otros eran los blancos degenerados, y los negros eran los más degenerados de todos.

El poligenismo proponía otra solución. Sus adherentes afirmaban la separación absoluta y primigenia de las razas humanas. Las razas se transformaban en especies diferentes. Se volvía a la humanidad disgregada de los antiguos, y en particular a los viejos mitos de las criaturas mitad humanas, mitad animales. Los monogenistas y los poligenistas, por fin, no hacían más que adaptar a las exigencias científicas las interpretaciones tradicionales de la condición humana.

Aunque minoritario, el poligenismo se aseguró un militante de excepción. El mejor intelecto del siglo se puso a su servicio, con perseverancia y vehemencia. Como la Biblia descansaba precisamente sobre el concepto de una única filiación humana, Voltaire creyó actuar en el sentido de la razón y del espíritu científico al sostener exactamente lo contrario. Hay, según él, "en cada especie de hombres, como en las plantas, un principio que las diferencia". "Diferencias prodigiosas", innatas, que no dependen del clima ni de otras influencias. "Los blancos y los negros, y los rojos y los lapones, y los samoyedos y los albinos, ciertamente no provienen del mismo suelo. La diferencia entre todas estas especies es tan marcada como la que existe entre los caballos y los camellos." Cada raza resultaba de una creación absolutamente independiente. En su *Diccionario filosófico* (artículo "Hombre"), Voltaire llegaba al extremo de imaginar un paralelo vegetal.

"No podemos dudar de que la estructura interior de un negro es diferente de la de un blanco [...] Todos son igualmente hombres, pero como un pino, una encina, un peral son igualmente árboles: el peral no viene del pino, ni el pino viene de la encina [...] Las inclinaciones de los caracteres de los hombres difieren tanto como sus climas y sus gobiernos."

De hecho, con un origen común o no, las diferencias entre las razas crecen sin cesar, ilustrando la seducción de la alteridad radical en una Europa cada vez más dominadora. Admirados por algunos filósofos por su sabio sistema de gobierno, los chinos conseguían aún estar a la altura. Los negros, por el contrario, descendían en caída libre. Su cuasi animalidad no dejaba dudas.

El negro, entre el hombre y el mono

¡Curiosa especie, en verdad, aquellos negros! Más evolucionados aparentemente que el orangután, pero muy lejos del tipo humano normal. Después de algunos siglos sus imperfecciones no dejaban de acumularse. Si en el caso del salvaje americano los defectos y las cualidades se inscribían en dos columnas sensiblemente igualadas, para el negro sólo había una columna. Iba desnudo, era brutal, cruel y perezoso; carecía de sentimiento religioso y era muy aficionado a la bebida y el sexo. Sobre todo las negras se destacaban por su incontinencia, fuente de fantasmas eróticos y también motivo de menosprecio. Buffon se extiende sobre el tema, en especial en el capítulo de las costumbres de las senegalesas.

"Por lo común son muy bien hechas, alegres, vivaces e inclinadas al amor; les gustan todos los hombres, y particularmente los blancos, que buscan con diligencia tanto para darse gusto como para obtener algún regalo. Sus maridos no se oponen a su inclinación por los extranjeros, y no se sienten celosos cuando tienen comercio con los hombres de su nación...; a menudo ofrecen sus mujeres, sus hijas o sus hermanas a los extranjeros y consideran un honor que no se las rechace."

Lo mismo puede decirse de Madagascar, donde "los hombres y las mujeres son muy libertinos, y aquellas que se abandonan públicamente no pierden la honra". Además, estas damas negras comienzan su vida sexual extremadamente pronto: "Nada es más raro en este pueblo que encontrar alguna joven que pueda recordar el tiempo en que era virgen".

Una nación sin doncellas: ¡qué seña de inferioridad! Pero sobre todo se buscaba el argumento científico de esta mediocridad biológica. La Razón acabó por encontrarlo. Se constituyó una nueva ciencia: la craneología. Como la inteligencia está situada en el cerebro, y el cerebro está en la cavidad craneana, el estudio de los cráneos y su clasificación parecía el método ideal. Petrus Camper inventó el concepto del ángulo facial. Este ángulo, capaz de medir con extremada precisión el grado de inteligencia de cada sujeto, resultaba de la intersección de dos líneas craneanas, una que unía la base de la nariz a la abertura de la oreja, y la otra tangente, de la parte más prominente de la frente a la mandíbula.

El europeo podía enorgullecerse de su cráneo, cuyo ángulo oscilaba alrededor del 80%, e incluso llegaba al 90%. Le seguían el tártaro con 75%, el americano con 73,5%, el kalmuko y después el negro con 70%. El ángulo facial del orangután era del 58%, y el de los monos con cola, del 42%. El desfile continuaba con el perro, el cocodrilo y ¡la becada!... La conclusión saltaba a la vista. Las diferencias entre las razas humanas no eran menos pronunciadas que entre las especies animales. Del negro al orangután había la misma distancia que separaba al blanco del negro, e incluso menos si consideramos a los blancos muy evolucionados, con su 90%. El europeo, un ser logrado, no tenía competencia en el peldaño más alto de la escala, en tanto que el negro, su esclavo, se hallaba en la base, a medio camino entre la humanidad y la animalidad, y acaso más cerca de esta última. Ya se sabía desde hacía algún tiempo, pero esta vez se trataba de una demostración geométrica y matemática inatacable. El europeo encontró una

justificación científica para su misión de conquistador y amo del planeta.

Hacia finales del siglo dieciocho, Edward Long extrajo una conclusión lógica de sus investigaciones; propuso una clasificación en que coexistían tres especies distintas: europeos y "emparentados", negros y orangutanes. Situados en el centro, los negros podían procrear con los otros dos, pero los híbridos serían estériles. Se rechazó a los mulatos como categoría biológica viable bajo el mismo título que los hombres-mono, lo que marcaba una separación neta, sin duda en beneficio de los blancos.

Incluso el monogenista Linneo comenzó a dudar hacia el fin de su carrera de la unidad de la especie. Su vacilación era alimentada evidentemente por los negros, y sobre todo por los hotentotes, la más humilde de las variedades negras. Comparando estos últimos con los europeos, el sabio sueco reconocía que "resulta difícil persuadirse de que surgen del mismo origen".

Son tan raros estos negros, tan poco humanos, que existe la tentación de ver en ellos una especie no solamente diferente, sino también marginal, poco numerosa y muy circunscrita geográficamente. Fue la opinión de James Bruce (1730-1794), viajero por Etiopía y autoridad en asuntos africanos; aseguraba que los hombres de Africa, incluso bajo el ecuador, pertenecían a otra raza que los negros. Punto de vista retomado por Buffon: "Todo el centro de Africa es un país templado y bastante lluvioso, una tierra muy alta y casi en todas partes poblada por hombres blancos o solamente morenos, y no por negros [...] La especie de los negros es mucho menos numerosa: no llego a creer que sea una centésima parte del género humano, porque nos han informado que, en el interior, Africa está poblada por blancos".

Podía esperarse que civilizaciones "blancas" evolucionadas y sin ninguna relación con los negros primitivos de las costas estuviesen esperando a los europeos. Una actitud bastante lógica, por lo demás: en las regiones más altas, y en consecuencia menos tórridas, el hombre no habría tenido ningún motivo para ennegrecer. Pero el encuentro no se produciría de la noche a la mañana. Los europeos no osaban alejarse de las costas. El mito de un continente peligroso habitado por una raza salvaje, más bestial que humana, y el símbolo mismo del negro en oposición al blanco, retardaron considerablemente la exploración. El auténtico asalto ocurrió más tarde, durante la segunda mitad del siglo diecinueve. El más cercano de los continentes fue el último en ser explorado. En este caso el imaginario no estimuló el descubrimiento, como lo hizo durante la aventura austral o la exploración del Pacífico; por el contrario, lo frenó durante varios siglos.

La georgiana y el bachkir

Además de edad de la razón, el siglo dieciocho fue el siglo de la belleza. La Razón y la Belleza, inseparables, constituyeron los pilares de un sistema del mundo coherente y armonioso. Nuevamente se cae en un arquetipo. Ya hemos visto el lugar de privilegio que los antiguos griegos otorgaban a la armonía física y a la correspondencia entre el cuerpo y el espíritu. Como con tantas otras ideas recibidas, el siglo diecisiete sólo trasladó los viejos preceptos a fórmulas cartesianas. Se edificó una nueva ciencia sobre unos cimientos muy antiguos: la fisonomía. Su creador fue Johann Kaspar Lavater (1741-1801), teólogo y escritor suizo, autor de *El arte de conocer a los hombres por su fisonomía* (publicada de 1775 a 1778). Algunos axiomas –reglas que se aplican a los individuos, pero igualmente a las razas y las naciones– revelan el tono de la obra:

"La belleza y la fealdad del rostro tienen una relación estrecha con la constitución moral del hombre: así, mientras mejor moralmente, más bello será; mientras más malo moralmente, más feo... Existe una armonía completa entre la estatura de un hombre y su carácter. Mientras más perfectas sean la estatura y la forma, la sabiduría y la virtud ejercerán su imperio superior, dominante y positivo; por el contrario,

mientras más se aleje el cuerpo de la perfección, las facultades intelectuales y morales serán inferiores, subordinadas y negativas."

Durante la edad de las Luces los monstruos no gustaban. Aun cuando se los fabricaba, la preocupación por hacerlos agradables de ver, por afectar lo menos posible el sentido estético, era constante. Observen los hombres-animales de Restif de la Bretonne, representados de una manera que conseguía suavizar los rasgos, intentando acercar el animal al hombre, más que el hombre al animal. La fealdad inspiraba repugnancia y temor. El hombre bello debía pertenecer a otra especie que el feo... El erudito alemán Christoph Meiners lo dijo sin ambages; no distinguía más que dos variedades humanas, dos "razas", ¡la *bella* y la *fea*!

¿Quién es hermoso y, naturalmente, bueno e inteligente? El hombre blanco, sin duda, y a veces aquellos que sin serlo del todo no se alejan demasiado de este tono. Los salvajes americanos y sobre todo los polinesios satisfacían los cánones estéticos. En rigor, nada se oponía a que fuesen blanqueados. El paraíso polinésico –tema sobre el cual volveremos– debía estar poblado por una raza "paradisíaca". ¡Y hela aquí! "Jamás he encontrado hombres mejor hechos ni mejor proporcionados. En ninguna parte se encontraban mejores modelos para pintar a Hércules o Marte" (Bougainville). "Los salvajes de esta isla (Tahití) son todos blancos. Entre ellos no parece haber ningún negro, a los cuales parecen aborrecer [...] Las mujeres y las jóvenes pueden compararse con las más hermosas morenas europeas."

El modelo seguía siendo el europeo. Acaso se podía ganarles en belleza, pero dentro del mismo registro. De hecho, ¿de qué europeo se trataba? Linneo apreciaba el tipo escandinavo, rubio de ojos azules. Otros preferían a los morenos y en especial a las morenas. Antes del descubrimiento de las polinesias, conocieron la revelación en sus hermanas de Georgia.

El mito de la belleza georgiana, muy vivo durante el siglo dieciocho, debió mucho al viajero francés Jean Chardin (1643-1713) autor de *Voyages en Perse et autres lieux de l'Orient* (1686 y ediciones ulteriores). Su libro fue muy leído y marcó más de

un punto del debate científico y filosófico de la Ilustración; ofreció, por ejemplo, argumentos a la teoría de los climas de Montesquieu. Los que por entonces hablaron de la belleza resplandeciente de la nación georgiana sin duda se contentaron con leer a Chardin en vez de viajar al lugar. Los franceses no escatimaron elogios: "La sangre de Georgia es la más bella de Oriente, y podría decir que del mundo. En ese país no he visto un rostro feo en un sexo u otro, encontrándome sólo con caras angelicales".

Tal grado de belleza debía ilustrar una gran superioridad moral e intelectual; desgraciadamente, este hermoso pueblo carecía de educación. "Los georgianos poseen naturalmente una gran inteligencia. Podrían transformarse en gente sabia y en grandes maestros si fuesen educados en las ciencias y las artes; pero la educación que se les da es muy mala y, sin tener más que malos ejemplos, son muy ignorantes y viciosos."

El contraste llegaba a un punto extremo en Mingrelia (región de Georgia). Allí, "los hombres son bien hechos y las mujeres muy bellas", pero también son "las mujeres más malas de la tierra, orgullosas, soberbias, pérfidas, bribonas, impúdicas. No hay infamia que no realicen para ganar un amante, conservarlo o deshacerse de él". En cuanto a los hombres, "el asesinato, el homicidio, la mentira son para ellos buenas acciones. El concubinato, el adulterio, la bigamia, el incesto y vicios parecidos son virtudes en Mingrelia. Allí se roban las mujeres unos a otros. Sin escrúpulos toman en matrimonio a la tía, la sobrina, la hermana de su mujer. El que quiere tener dos mujeres a la vez, se casa con ellas; muchos se casan con tres. Cada cual tiene tantas concubinas como le place; en eso las mujeres y los maridos son recíprocamente muy tolerantes. Entre ellos hay muy pocos celos. Cuando un hombre sorprende a su mujer con un amante, tiene derecho a hacerla pagar con un cerdo, y por lo común no toma más venganza. Y entre los tres se comen el gorrino" (Jean Chardin).

La falta de concordancia entre el aspecto físico armonioso y el comportamiento censurable, lejos de ilustrar una fatalidad biológica, era coherente con las circunstancias históricas y culturales. La *educación* estaba en el meollo del programa de

las Luces. La falta de una buena pedagogía había de marcar negativamente incluso a los mejor dotados. Por otra parte, la licencia sexual de los georgianos no era de una naturaleza que escandalizase el lado libertino de la Ilustración. Con sus bellezas morenas y sus amores fáciles, Georgia preparaba los ánimos para la siguiente escala: Tahití.

En suma, y sin que obstaran los defectos, la superioridad biológica no dejaba lugar a dudas. En su clasificación, Blumenbach denomina a la raza blanca "caucásica". "He dado a esta variedad el nombre del monte Cáucaso", explicaba el sabio, "porque en su vecindad se encuentra la raza más hermosa de seres humanos, los georgianos..." ¿Lo había comprobado en el terreno? Pues no: al lector se le ofrece una nota, allí encuentra una cita, ¡evidentemente sacada de Chardin!

De esta manera, los caucásicos llegaron a representar el prototipo de la humanidad, dando fe a Chardin y Blumenbach. La teoría científica se acomodaba bien a la Biblia: el arca de Noé se había posado en el monte Ararat, en el límite meridional de la región caucásica. No dejemos de admirar la recuperación de arquetipos por parte de la ciencia ilustrada.

Si el polo de la belleza parecía estar en el Cáucaso, el de la fealdad variaba según los gustos. Africa ofrecía, por supuesto, múltiples posibilidades. Pero hay que observar también a los bachkires, pueblo que habitaba al sur del Ural. ¡Qué feos son! Para Lavater, se trataba auténticamente de una antítesis perfecta: la bella georgiana y el horrible bachkir. Una ilustración de su tratado presentaba a los lectores estos dos extremos de la humanidad: una dama encantadora junto a un monstruo aproximativamente humano. ¡La bella y la bestia!

Buffon estaba especialmente escandalizado por el aspecto de los lapones, quienes exhibían su fealdad con un soberano desprecio por las conveniencias... "Se bañan desnudos todos juntos, niñas y niños, madre e hijo, hermanos y hermanas, y no temen ser vistos en ese estado." Además, "ofrecen su mujer y sus hijas a los extranjeros y tienen en gran honor que uno quiera acostarse con ellas". Su comportamiento parece bien comprensible: como eran tan feas, ¡sus maridos las cedían sin el menor empacho! Según Buffon, la situación inversa también es real: "En todas las naciones vecinas, como en China, en Persia, donde las mujeres son bonitas, los hombres son extremadamente celosos".

El continente austral: último asalto

El vivero de los hombres diferentes se hallaba siempre en el inabordable continente austral. ¿Qué sorpresas podía reservar? ¿La multitud de hombres-animal imaginada por Restif de la Bretonne? ¿O, por el contrario, una civilización estrictamente humana, pero más sabia, más armoniosa, más evolucionada que las civilizaciones conocidas?

El *Viaje de Robertson a las tierras australes*, publicado en Amsterdam en 1766, optaba por esta última solución. Describía "la nación más feliz y respetable de todas las monarquías del universo". El mejor clima, los hombres más apuestos, "vestidos con poca cosa, casi como los polacos", no se sabe bien por qué; una lengua melodiosa, regreso a la naturaleza, comunidad de bienes, igualdad social, respeto mutuo; he aquí algunos rasgos de un cuadro particularmente idílico. Una lección para los europeos, tanto más útil porque también los australianos habían conocido un sistema injusto antes de deshacerse de él en una revolución de factura roussoniana, procediendo enseguida a la restauración de los valores y los equilibrios iniciales quebrantados por la evolución histórica. Añadamos que el comportamiento de las australianas era bien diferente al de las georgianas. Muy fieles, sólo les preocupaba la felicidad de sus esposos; incluso el concepto de amante no parecía existir. Interesa destacar la oscilación de los ilustrados entre depravación y virtud; de hecho, la licencia sexual absoluta y la fidelidad absoluta constituyen una doble figura, antitética aunque complementaria, del imaginario de todos los tiempos.

Mientras los escritores fabulaban, los marinos escudriñaban, y también de cuando en cuando fabulaban, incluso con

bastante frecuencia. La costa pacífica del continente iba revelándose sistemáticamente. Explorando el océano frente a las costas de Chile, Amadeo Frézier llegó a la conclusión de que las tierras australes eran "sólo quimeras".*

Era necesario cambiar de táctica. El honor correspondió a una nueva ruta, poco utilizada hasta entonces: el océano Indico, donde debía encontrarse la Tierra de Gonneville, la futura "Francia antártica". En 1733, Bouvet de Lozier (1705-1786) dirigió una memoria a la Compañía francesa de las Indias Orientales, localizando dicha tierra con notable precisión al sur del océano Indico y el Atlántico, a algunas semanas de navegación de Madagascar. Clima templado, productos interesantes, salidas comerciales, no faltaba nada. Además, "esta tierra proporcionaba la vía para ir a China sin pasar por los estrechos de Sonda, Malasia y otros pasos poco seguros en tiempo de guerra". El argumento final era de peso: "Al parecer, estas tierras son las únicas que quedan para ser descubiertas por Francia".

En 1738, dos naves comandadas por Bouvet pusieron proa hacia el sur con el fin de identificar el nuevo continente. Antes de salir de las aguas del Atlántico, a 54 grados de latitud, avistaron tierra, y la bautizaron como Tierra de la Circuncisión. Sin duda se trataba de una porción del continente que buscaban, aunque desgraciadamente no era el rincón más hermoso que se pudiese imaginar. El paisaje se componía más que nada de glaciares, pingüinos y lobos marinos. ¿Paso hacia la China? Tal vez. ¿Salida comercial? ¿A quién pedírsela?

Pues Bouvet no había escapado a la regla. También él fue a dar a una isla, aunque incluso eso podría discutirse. La isla Bouvet existe (irónicamente, es noruega y no francesa), pero esa superficie de sesenta kilómetros cuadrados se encuentra en una longitud muy distinta a la indicada por Bouvet. Dos hipótesis: o un grave error de cálculo, o bien una isla de

* *Relation du voyage de la mer du Sud aux côtes du Chile et Pérou, fait pendant les années 1712, 1713 y 1714*, Paris, 1732.

hielo itinerante que el marino "sobrevaloró". ¡El continente austral quedaba reducido a un iceberg!

De estas exploraciones y "descubrimientos", la ciencia y la filosofía de las Luces extrajeron una conclusión sorprendente: la existencia irredargüible de un gran continente en el hemisferio sur, tal vez a una latitud algo más baja que la prevista.

Entre los campeones de los descubrimientos australes, Maupertuis ocupa un lugar muy honorable. Las Antípodas, escribía (en su famosa "Carta sobre el progreso de las ciencias", publicada en sus *Oeuvres*, en 1752), "forman un nuevo mundo aparte, en el cual no se puede prever lo que va a encontrarse. El descubrimiento de esas tierras podría entonces ofrecer gran utilidad para el comercio y el mejor espectáculo para la física". Desgraciadamente, Federico el Grande, rey de Prusia, se mostró poco interesado por las proposiciones del académico, prefiriendo la expansión de su reino en Europa antes que disputar con Francia la isla Bouvet. A veces los monarcas carecen de imaginación.

Según el relato de Bouvet, el geógrafo Philippe Buache (1700-1773) elaboró en 1739 un mapa de las tierras australes; otro más completo le siguió en 1744. En este último se pueden observar dos masas continentales, al sur del Atlántico y del Pacífico, englobando un mar glacial Antártico.

Buffon se mostró tranquilizador sobre las condiciones geográficas y climáticas del mundo austral. ¡Siempre que no se les tema a los hielos! Este continente sería, según él, "tan grande como Europa, Asia y Africa en conjunto". Los icebergs hallados en los mares del Sur no prueban en absoluto que el continente esté helado. Provienen del interior, de regiones situadas cerca del polo, de donde son arrastrados por los grandes ríos "australianos".

El sistema hidrográfico descrito recuerda el de Siberia, aunque los ríos corren en sentido contrario, desde el polo hacia la zona templada. Fue el primer estudio de la hidrografía del continente austral, un estudio sobre los ríos desconocidos de un continente desconocido... Un manual, además, en que Buffon aconsejaba a los navegantes que evitaran las

desembocaduras e, implícitamente, los hielos. Para desembarcar debían buscar una porción separada de la costa; allí encontrarían habitantes y sociedades civilizadas.

Como el volumen de información se volvía considerable, se impuso un trabajo de síntesis. Charles de Brosses (1709-1777), presidente del parlamento de Borgoña y erudito distinguido, se hizo cargo. En su *Histoire des navigations aux terres australes* (dos volúmenes, París, 1756), apoyándose en Maupertuis, se entusiasma ante el "maravilloso espectáculo físico y moral" de un continente que habrían de buscar "más al este de Africa –océano Indico que es el este de América– Atlántica". Su existencia, segura, era necesaria para "mantener el equilibrio del globo en su rotación y servir de contrapeso a la masa de Asia septentrional". Además, el autor aseguraba que los hielos existían exclusivamente en ciertos puntos, pues el resto gozaba de un clima templado.

De Brosses no pretendía componer una obra estrictamente teórica. Ofrecía a los navegantes y futuros colonizadores un nutrido arsenal metodológico: elección de la tripulación, modo de establecer contacto con la población local, incluso una lista de nombres para bautizar los lugares.

Su objetivo era más que nada sensibilizar al poder estimulando el orgullo de los soberanos, pues sabía bien que una tal empresa requería de grandes recursos. "Acaso la empresa más grande, más noble, más útil que pudiese abordar un soberano, la más adecuada para dar lustre a su nombre para siempre, es el descubrimiento de las Tierras australes." Invocaba "el bien general de la humanidad, la gloria personal de mi soberano y la utilidad particular de mi país".

La influencia de este libro fue profunda en Francia, y más aún en Inglaterra. En 1756 los soberanos estaban demasiado ocupados con la Guerra de los Siete Años, que acababa de comenzar, como para partir a la conquista del polo sur. Pero la guerra concluyó en 1763, y las nuevas condiciones se hicieron muy propicias para poner en ejecución el proyecto del borgoñés.

Por el tratado de París (10 de febrero de 1763), el imperio colonial francés se desintegró en beneficio de Inglaterra.

Francia perdió Canadá y sus posesiones en India. De la desesperación nació una esperanza: la de un nuevo comienzo. Era el momento crucial para aprovechar ciertas ventajas francesas en la exploración de las tierras australes. Inglaterra, transformada en la mayor potencia marítima y colonial, no quiso quedar fuera de la carrera. Una cosa era segura: cuando el continente austral fuera puesto en la balanza, el equilibrio mundial se modificaría en beneficio del país que colonizase esas tierras.

Francia envió a Bougainville alrededor del mundo. Su viaje (de 1767 a 1769) fue muy interesante, la primera circunnavegación realizada por los franceses, pero con resultado nulo en cuanto a las tierras del sur. En el Pacífico, Bougainville no encontró más que islas; si existía un continente debía estar situado en latitudes más bajas.

La gloria correspondió a otro viajero francés, Yves-Joseph de Kerguelen de Trémarec (1734-1797), quien por fin encontró algo. "Desde hacía mucho tiempo tenía el proyecto de descubrir las tierras australes", decía el marino en un memorial justificativo (*Relation de deux voyages dans les mers australes des Indes,* París, 1782). Consiguió convencer al ministro de Marina y también gozó del apoyo del rey. Luis XV le dio las siguientes instrucciones:

"El señor de Kerguelen tiene conocimiento de que con absoluta certeza existe un gran continente al sur de las tierras de Saint-Paul y Amsterdam, en el océano Indico y que debe de ocupar una porción del globo, más allá de los 45 grados de latitud sur, hasta las cercanías del polo, en un espacio inmenso donde hasta ahora no hemos penetrado. Parece bastante constante, pues el señor de Gonneville lo abordó hacia 1504, y permaneció cerca de seis meses, durante los cuales fue muy bien tratado por las gentes del país."

Kerguelen "tratará de unir el comercio a la amistad con los habitantes. Examinará la producción del país, su cultura, sus manufacturas, de haberlas, y qué parte podría utilizarse en el comercio del reino". La expedición debía mantenerse en secreto. El 1 de mayo de 1771, Kerguelen salió de Lorient. Realizó una primera escala en territorio propio (isla Mauricio,

por entonces francesa). Desde allí partió la expedición con dos naves hacia el sur del océano Indico. El 13 de febrero de 1772, a 50 grados de latitud, ¡apareció la tierra prometida! Hacía frío, había mal tiempo, pero el momento pareció decisivo. Algunos franceses bajaron a tierra y tomaron posesión, "en nombre del rey y con todas las formalidades de rigor".

El entusiasmo de Kerguelen no conoció límites. Proclamó el descubrimiento de la masa central del continente austral. No tardó en olvidar el frío, eliminado en favor de un "clima suave". Fenómeno contagioso: el gobernador de Ile de France, dirigiéndose al ministro de Marina, se lanzó en una descripción detallada de un país que jamás había visto: "la temperatura más suave y más propicia [...] la mayor fertilidad [...] con bosques y pastizales".

Se inició un proyecto de colonización. Recibido por el rey, Kerguelen obtuvo el mando de una nueva expedición, con dos naves, y las siguientes instrucciones: "...examinar el lugar más adecuado para establecerse, y crear una base si lo juzga conveniente", y luego "partir al este siguiendo los paralelos 40 a 60, rodeando las tierras australes".

La Francia austral tomaba cuerpo. La primera avanzada de la colonización ya estaba en camino. En 1774, Kerguelen tocó por segunda vez y en el mismo lugar el continente austral. El clima era todavía peor que en el contacto anterior. Aparentemente, todo había empeorado: de repente, ¡Arcadia se metamorfoseaba en territorio polar! El juego había acabado. No habría colonización de una tierra estéril y helada. La conclusión decepcionada de Kerguelen: "Las tierras australes que hemos recorrido no parecen ofrecer ningún recurso. Están casi enteramente cubiertas de nieve. En tierra no se han visto más que lobos marinos, pingüinos y otros pájaros de mar. No hay indicios de que el país esté habitado".

Se tiene la impresión de no entender bien. ¿Cuándo había visto la realidad, la primera o la segunda vez? Las autoridades no apreciaron el humor de la situación. De regreso a Francia, Kerguelen fue directamente a la cárcel. La frustración fue de la misma envergadura que las esperanzas suscitadas. ¡Adiós a la Francia austral!

Y adiós, de hecho, a todas las tierras australes, adiós al gran continente austral. Durante los mismos años de esta experiencia fallida, los viajes del capitán Cook (1768-1771, 1772-1775, 1776-1780) literalmente pulverizaron el continente. En el curso de su segundo viaje, Cook realizó el periplo completo de la masa de hielo, acabando con cualquier posibilidad de prolongar la Antártica hacia el norte.

¿La tierra descubierta por Kerguelen? Una vez más, una isla, o más bien un archipiélago (trescientas islas o islotes, siete mil kilómetros cuadrados de los cuales seis mil correspondían a la isla principal, clima subpolar). Llamada al comienzo de manera muy sugerente "islas de la Desolación", más tarde tomaron el nombre del infortunado marino. En justicia, pues Kerguelen hizo todo lo que pudo; de hecho, "su isla" es la única tierra de cierta importancia que, al sur del océano Indico, ocupa el lugar reservado a un continente ficticio.

¿Y la Tierra de Gonneville? El viaje del capitán parece bastante real, y se concede a este pionero del mundo austral el privilegio de haber desembarcado –probablemente– en las costas de Brasil. En ese caso, Esoméric y sus descendientes habían sido brasileños sin saberlo.

Se dirá que no todo estaba perdido. Del gran continente soñado quedaban por lo menos dos masas considerables, Antártica y Australia, sin hablar de una miríada de islas de diversa importancia. No obstante, existía un abismo entre el proyecto imaginario y la realidad. Una diferencia comparable a la que opone el Marte del siglo diecinueve, planeta de grandes canales, poblado de marcianos extremadamente evolucionados, con el Marte de hoy, planeta muerto, abandonado a los científicos para que hagan sus disecciones.

Nadie buscó en los mares del sur los hielos de la Antártica o los desiertos de las tribus errantes de Australia. Lo que se buscaba sin saberlo eran "marcianos", un mundo tan complejo y variado como el nuestro, el único mundo completo "terrestre" y "otro" que tenía posibilidades reales de existir en este planeta. Una posibilidad –perdida– de confrontarnos, para lo mejor y lo peor, bajo un cielo parecido, con seres como nosotros y al mismo tiempo de otra esencia.

Aquella esperanza un poco loca explica la aparición y la larga supervivencia del mundo austral, su resistencia a tantos golpes y fracasos sucesivos. Bruscamente, el sueño se disipó y la humanidad despertó empobrecida.

La aventura austral se mantiene como uno de los capítulos más instructivos de la historia del imaginario. Ilumina su capacidad soberbia para ignorar la realidad tangible y la experiencia adquirida. Nada justificaba la afirmación perentoria de otro mundo simétrico al nuestro, y desde el momento en que las exploraciones tocaron el hemisferio sur, todo pareció probar exactamente lo contrario. Pero, paradójicamente, a medida que se acumulaban pruebas adversas, el continente austral se consolidaba, florecía y se fijaba en las conciencias. Bajo la varita mágica de la imaginación, islas, glaciares y brumas asumían los contornos de un mundo acabado: tierras cultivadas, ríos majestuosos, ciudades y puertos prósperos, civilización refinada, naciones e imperios. El capitán Cook destrozó el sueño, pero no le dio muerte. Países más acogedores dieron asilo a los fantasmas escapados del polo sur. Nada puede dar muerte a un fantasma. Las leyes ordinarias del tiempo y el espacio son impotentes de cara a su materia sutil e indestructible.

Un paraíso exótico y erótico

El continente austral había dejado de existir, pero su disgregación proyectó una constelación de islas en el espacio azulado del Pacífico. La masiva utopía continental había muerto, pero la utopía insular salía fortalecida. Había que redefinir el proyecto, lo cual no planteaba ningún problema, pues la ideología de la época buscaba a la vez especies diferentes, modelos culturales evolucionados y modelos culturales antehistóricos. Poco apropiadas para abrigar otras especies o sociedades complejas de historia ejemplar, las islas exóticas ofrecieron el escenario soñado por las utopías paradisíacas: paraísos secularizados evidentemente, según los criterios de la Razón. Mientras que los australianos visitados por Robertson mostraban la posibilidad de un regreso "post-histórico" hacia la naturaleza, los polinesios ilustraban el estado puro de naturaleza, no corrompido por una evolución histórica divergente. Los primeros aplicaron el *Contrato social*, los segundos salían directamente del *Discurso sobre la desigualdad*. En ambos casos Rousseau estaba presente. La filosofía se adelantaba a la biología. El buen salvaje borraba al hombre peludo de Maupertuis y al hombre-animal de Restif de la Bretonne.

Este buen salvaje fue un compañero fiel de los filósofos del siglo dieciocho. El hurón de Voltaire, presentado en su novela filosófica *El ingenuo* (1767), enseñaba sentido común a una elite occidental que en gran parte lo había perdido. La sociedad prehistórica construida por Rousseau, donde reinaban la igualdad y la salud física y moral, proponía una réplica racionalista y seductora al Paraíso perdido; los filósofos y los viajeros parecían tan tentados como sus predecesores, teólogos y peregrinos de la Edad Media, por una búsqueda que la Ilustración había adaptado al gusto del momento.

Las islas del Pacífico se apropiaron de la imagen ya cristalizada del buen salvaje americano e incluso consiguieron mejorarla. En realidad se trataba de archipiélagos agrupados en el interior del triángulo polinésico delimitado por las islas Hawai en el norte, Nueva Zelanda en el sudoeste e Isla de Pascua en el este. Al centro, la más célebre, la isla de Tahití. El mito polinésico fue en primer lugar un mito tahitiano. El decorado exótico de innegable belleza contribuyó en gran medida a la creación de la utopía. La inexistencia en Tahití de la antropofagia, que sí se comprobó en Nueva Zelanda y Hawai, aportó otro elemento decisivo. El canibalismo siempre había planteado problemas a los defensores del buen salvaje americano. Esta vez, su ausencia dio al cuadro un aire de perfección. El buen salvaje que no se comía a su semejante se volvía auténticamente bueno.

La otra razón esencial de esta elección geográfica fue, como hemos dicho, la belleza de los habitantes, que no eran negros como los melanesios, los papúes y los australianos.

Y ya tenemos argumentos suficientes para que el paraíso secularizado de la Ilustración se instalase en Polinesia, y en Tahití en particular. El paraíso suponía una sociedad igualitaria y feliz, aunque no necesariamente virtuosa. Los conceptos de pecado y virtud surgidos de la hipocresía de las sociedades civilizadas no eran particularmente aceptables para los filósofos ni para la gente de mundo. El paraíso secularizado debía por lo menos diferir del paraíso bíblico. Lo que caracteriza la variante polinésica ya no es el coro de ángeles, sino más bien los goces del sexo.

El navegante inglés Samuel Wallis descubrió Tahití en 1767, pero no midió el alcance filosófico de su descubrimiento. Felizmente, el año siguiente la fragata *La Boudeuse* y la urca *L'Etoile*, bajo el mando de Bougainville, llegaron al mismo lugar. Curioso personaje éste, que emprendió el primer viaje francés alrededor del mundo. Muy culto para ser marino, amaba de igual modo el mar, los salones y la filosofía. De los tres ingredientes nació la utopía tahitiana, utopía insular, libertina y filosófica. A diferencia de los ingleses, Wallis y sobre todo Cook, a diferencia también de su compatriota La Pérouse, Bougainville no hizo ningún descubrimiento. El resultado geográfico de su expedición fue nulo. Pero el resultado utópico, en cambio, es impresionante.

Acompañaba a Bougainville un segundo espíritu de la Ilustración: Philibert de Commerson (1727-1773), el naturalista de la expedición. Este sabía desde el principio lo que buscaba: "un nuevo orden de cosas, hombres, digamos de ocho o nueve pies de alto, buenos, humanos y en absoluto pervertidos por la sociedad...". Que el buen salvaje se mezclase en el proyecto de Commerson con el patagón gigante sólo otorgaba más fuerza a la presunta alteridad de los mares del Sur. Esta vez habría que encontrar algo distinto, muy distinto.

La sociedad real de los polinesios estaba fuertemente jerarquizada; los sacerdotes constituían una clase importante, y solían practicar sacrificios humanos. Estas características no se encuentran en el mito polinésico, centrado en el estado natural y todos los placeres que devienen de ello. "Los tahitianos", anota Bougainville en su *Diario*, "teniendo conocimientos elementales de las artes, que bastan para el hombre cercano al estado natural, trabajan poco y disfrutan de todos los placeres de la sociedad, la danza, la música, la conversación, el amor, el único dios al cual, creo, ese pueblo hace sacrificios". Ser libre y feliz sin trabajar duro, he aquí una fórmula auténticamente seductora que devuelve al hombre a su condición anterior al pecado.

El naturalista alemán Johann Reinhold Forster, miembro de la segunda expedición de Cook, hizo una síntesis de la forma de emplear el tiempo de los tahitianos:

"En la vida de los insulares la felicidad es uniforme: se levantan con el sol y van a lavarse al río o a la fuente, pasan la mañana trabajando o paseando, hasta que aumenta el calor; entonces se retiran a sus viviendas, donde reposan a la sombra de un árbol: allí se divierten peinando sus cabellos, o perfumándoselos con aceite aromático, o tocan la flauta y cantan, o escuchan cantar a los pájaros. Comen al mediodía y después reinician sus entretenimientos domésticos..."

Y así sucesivamente. Desde la perspectiva tahitiana, la vida de un europeo parecía una larga cadena de futilidades, una carrera incesante y penosa desde el nacimiento a la muerte. En cambio, las preocupaciones esenciales de los polinesios parecían ser el amor y... el robo.

Sobre el primer punto, comprueba Bougainville que "no es cuestión de misterio ni de ceremonias ocultas: se hace en público y no se puede describir la alegría de ese pueblo cada vez que asiste al éxtasis de una pareja abrazada, cuyos suspiros son la única ofrenda agradable a su dios. Cada gozo es una fiesta para la nación".

El amor-espectáculo también impresionó a Cook, que anotó algunos detalles. "Un joven de cerca de seis pies y una niña de once o doce años ofrecen sacrificios a Venus ante muchas de nuestras gentes y gran número de naturales del país, aparentemente sin relacionar ninguna idea de indecencia con su acción... Entre los espectadores había varias mujeres de alto rango, y en particular Oberea (la reina) quien, hablando en propiedad, presidía la ceremonia, pues daba instrucciones a

la niña sobre la manera como debía ejecutar su papel; pero aunque ésta era muy joven, no parecía necesitarlas."

Los esposos, sobre todo, eran muy tolerantes. "Al parecer ningún indígena tenía autoridad de marido sobre ninguna mujer; y aunque fuesen el bien particular de cada cual, son muy pródigos con él" (La Pérouse).

La licencia sexual, de la cual los visitantes se beneficiaron con largueza, combinada con el carácter público de los juegos amorosos, sólo podía inflamar las imaginaciones. Entre los negros la promiscuidad era considerada bestial, pero entre los polinesios se volvía sublime. Este aspecto libertino de la utopía era coherente con las esperanzas de los descubridores y de aquellos que escuchaban o leían sus hazañas. Una sociedad "libertina" ofrecía gozos a los libertinos de Occidente.

Además, ¡el amor es su único dios! La vertiente anticristiana del libertinaje hallaba entre los tahitianos un argumento privilegiado: la religión reemplazada por el culto del amor. Observaciones ulteriores reflejaron una vaga religiosidad, lo cual también estaba bien, pues se conformaba con el deísmo de los filósofos del siglo de las Luces.

De un modo u otro, todo correspondía a las esperanzas de los europeos, filósofos, libertinos, o filósofos-libertinos. Sólo el robo alteraba en algo la armonía del conjunto. Era practicado intensamente y, es obvio, en detrimento de los recién llegados. La división del trabajo funcionaba de maravilla: en tanto que las damas se ocupaban de los marinos, sus esposos recolectaban todo lo que fuese transportable. La Pérouse vivió la experiencia en Isla de Pascua: "La fisonomía de muchas de esas mujeres era agradable; ofrecían sus favores a cualquiera que estuviese dispuesto a hacerles un regalo. Los indígenas nos comprometían a aceptarlas; algunos daban ejemplo de los placeres que ellas podían procurar; no estaban separadas de los espectadores más que por una simple tela del país, y durante los arrumacos de esas mujeres nos quitaban el sombrero de la cabeza y el pañuelo del bolsillo..."

Irritante sin duda para un marino, pero muy comprensible para un filósofo. Escuchemos en este sentido a Commerson:

"Nunca dejaría a los queridos tahitianos sin haberlos limpiado de la injuria que les hemos hecho al tratarlos de ladrones. Es cierto que nos han robado muchas cosas, y lo han hecho con una destreza que honraría al mejor ratero de París, ¿pero es suficiente para llamarlos ladrones? Veamos qué es el robo. Es llevarse una cosa que es propiedad de otro, y por lo tanto aquél tiene que quejarse con justicia de que se le ha robado, que le han quitado un efecto sobre el cual su derecho de propiedad estaba preestablecido. ¿Existe ese derecho de propiedad en la naturaleza? No, es una simple convención; pero ninguna convención obliga a que sea reconocida y aceptada. El tahitiano que no tiene nada propio, que regala y otorga generosamente todo lo que ve desear, jamás ha conocido ese derecho exclusivo. Por lo tanto, el robo de un objeto que ha excitado su curiosidad, según él, no es más que un acto de equidad natural..."

Proudhonianos por adelantado, los polinesios parecían inspirados por el famoso lema de que "la propiedad es el robo". Robar no era otra cosa, en fin, que reparar una injusticia y volver a la igualdad inicial de oportunidades.

El mito polinésico representa uno de los casos más notables de transfiguración de una comunidad real en comunidad utópica según las reglas de la alteridad radical. El polinésico se parece físicamente al europeo, acaso es más hermoso, pero su forma de civilización es inversa a la civilización europea; a menos que la sociedad europea sea lo contrario de una sociedad normal y, en ese caso, ¡el hombre diferente sería el europeo! La ausencia de propiedad privada y las relaciones humanas naturales, comprendidas las relaciones entre los sexos, son características de una etapa que precede la evolución histórica propiamente dicha. El polinésico es el hombre "esencial", en tanto que los otros aparecen más o menos deformados por las adquisiciones ulteriores...

Además, el retorno de los civilizados al punto de partida es imposible. Por el contrario, la sociedad polinésica, acogiendo a los europeos, inevitablemente entraría en el juego de las civilizaciones, abandonando su pureza original. En su *Suplemento al viaje de Bougainville* (1772), Diderot presentaba a un

noble anciano, todavía vigoroso pese a haber superado los noventa años, símbolo de la vitalidad de un pueblo joven, que dirigía a los franceses esta parrafada filosófica:

"Nosotros seguimos el instinto puro de la naturaleza, y tú has intentado borrar su carácter de nuestras almas. Aquí todo es nuestro, y tú nos has predicado no sé qué distinción entre lo *tuyo* y lo *mío*. Nuestras hijas y mujeres nos son comunes; has compartido ese privilegio con nosotros y has venido a encender en ellas furores desconocidos... Han comenzado a odiarse, vosotros os habéis degollado por ellas, han vuelto a nosotros teñidas con vuestra sangre. Nosotros somos libres; y he aquí que has escondido en nuestra tierra el título de nuestra esclavitud futura."

Incapaz de ofrecer un modelo aplicable, la Polinesia utópica ocupa sin embargo un lugar privilegiado en el imaginario occidental. Ilustra el hecho de que las teorías relativas a la etapa "salvaje" de la historia tenían buenos fundamentos. Poniendo de relieve las cualidades físicas y morales de los salvajes, procedía implícitamente a la crítica de los falsos valores europeos y del sistema occidental en general. E incluso sin proponer una metodología del retorno, sugería algunas soluciones dignas de ser ensayadas; por ejemplo, la abolición de la propiedad privada o de la moral familiar tradicional. Aquellas islas lejanas prestaban cuerpo a los fantasmas filosóficos, exóticos y eróticos de los hombres de la Ilustración.

Poblamiento del sistema solar

Poco después de 1770, la inexistencia del gran continente austral era una evidencia; ya hacía algún tiempo que venía inspirando dudas. Con su "descubrimiento austral" de 1781, Restif de la Bretonne ya combatía en la retaguardia. Las islas del Pacífico ofrecían a los viajeros paisajes de ensueño y a los filósofos una nueva utopía, aunque bastante más modesta que

las alteridades imaginadas por Maupertuis y por el autor de la *Découverte australe*. El espacio terrestre se reducía y se trivializaba. Sólo quedaba mirar al cielo con más atención. Había llegado el tiempo de la migración hacia los planetas. La Razón se esmeró para organizar el éxodo de manera conveniente. No era contraria al principio de continuar la caza de seres humanos diferentes en nuestro propio planeta, pero sencillamente parecía más razonable y ventajoso instalar el gran coto de caza un poco más lejos. El siglo de las Luces abrió la vía, dejando para sus sucesores la tarea de profundizar en el tema.

Sobre la materia existen dos guías excelentes: las *Entretiens sur la pluralité des mondes* publicada en 1686 por el escritor francés Bernard Le Bovier de Fontenelle (1657-1757), y *Cosmometheoros*, obra póstuma del gran físico y astrónomo holandés Christiaan Huygens (1629-1695), aparecida en 1698. Ambas obras gozaron de gran difusión en el siglo de las Luces. El libro de Fontenelle fue un superventas, una de las obras de difusión más influyentes durante todo el siglo dieciocho e incluso la primera mitad del siglo diecinueve (con innumerables ediciones francesas, varias en inglés y alemán, traducciones al sueco, danés, italiano, polaco y griego). Eclipsado en cierta medida por Fontenelle, Huygens también obtuvo un éxito notable (versiones latina, inglesa, francesa y alemana). La carrera de ambos libros demuestra la medida del nuevo interés por los planetas y por un hombre diferente que tendía progresivamente a volverse "extraterrestre".

El discurso de Fontenelle parecía muy equilibrado. El autor explica a su interlocutora, "la marquesa", los argumentos a favor o en contra de la habitabilidad de los planetas. De hecho, esta tesis lo tienta: "Si la Luna no es más que un amasijo de rocas, yo me inclinaría más por hacerla roída por sus habitantes que por no incluirlos". Un hombre diferente que roe piedras: el viaje se anunciaba interesante. Desgraciadamente, la Luna comenzaba a sufrir un clima extremadamente riguroso, lo que llevó al francés a desarrollar un complejo sistema de habitaciones subterráneas (ya imaginadas por Kepler): "¿Cómo sabemos si los habitantes de la Luna, incomodados por el ardor perpetuo del Sol, no se refugian

en grandes cuevas? Es posible que no vivan en otra parte y que sea allí donde construyen sus ciudades [...] Todo un pueblo en cuevas, con caminos subterráneos para la comunicación de los pueblos".

Después de haber instalado a los selenitas, Fontenelle y la marquesa visitan uno tras otro los planetas conocidos del sistema solar. Todos deben de estar habitados, incluso las lunas de Júpiter y Saturno. ¿Y se parecen a nosotros sus habitantes? Más o menos, según la distancia. Fontenelle se arriesga a formular una ley muy atractiva, que prolonga en el espacio cósmico los niveles de alteridad imaginados por los antiguos en la escala terrestre: "Aparentemente, las diferencias aumentan a medida que crece la distancia, y quien viese a un habitante de la Luna y a un habitante de la Tierra notaría que se trata de dos mundos más cercanos que en el caso de un habitante de la Tierra y otro de Saturno". En su *Système de la nature* (1770), d'Holbach retoma esta tesis y une el espacio terrestre y el espacio planetario en un solo gran juego de alteridades: "Si el lapón difiere de una manera tan marcada de un hotentote, ¿qué diferencia debemos suponer entre un habitante de nuestro planeta y otro de Saturno o de Venus?". A mayor distancia, mayor diferencia. Africa, la Luna, Marte, las estrellas, otras tantas etapas.

A diferencia de Fontenelle, brillante conversador, pero no un sabio auténtico, Huygens se expresa con toda la autoridad que le confiere la Ciencia. No acepta la habitabilidad de la Luna; las condiciones comprobadas de nuestro satélite sólo permitirían, en cualquier caso, la existencia de creaturas constituidas por otra substancia. ¿Cómo vivir sin atmósfera y sin agua? Este debut parece poco prometedor para los extraterrestres; ¿resistirían los planetas el escepticismo científico del gran astrónomo? Curiosamente, una vez lanzado en el espacio, Huygens abandona el método científico aparentemente agotado en la Luna. Sí, los planetas deben estar habitados; si no, ¿para qué podrían servir? Y no únicamente habitados, sino que habitados por hombres como nosotros o no demasiado diferentes: "Los hombres que habitan los planetas tienen la razón, el espíritu, el cuerpo, de la misma especie que

los habitantes de la Tierra". Tienen manos, piernas, se visten –probablemente según la moda holandesa de 1700–, construyen casas y viven en sociedad, practican el comercio, hacen la guerra y los consiguientes tratados de paz. Maupertuis esperaba sentirse más extranjero entre los hombres peludos del Pacífico que Huygens entre los saturnianos, que más bien parecen "falsos holandeses". Por lo tanto, había elección: o una infinidad de familias más o menos humanas (Fontenelle) o bien una sola gran familia (Huygens).

El siglo dieciocho continuó la "investigación" sobre estas bases. Es muy significativo el texto de la *Enciclopedia* para explicar la palabra *problema*: "Una proposición que parece no ser absolutamente cierta, ni absolutamente falsa [...] por esto es un 'problema' saber si la Luna y los planetas están habitados por seres de algún modo parecidos a nosotros". Que de todos los problemas imaginables la *Enciclopedia* haya retenido precisamente "la pluralidad de los mundos" demuestra el considerable interés suscitado por esta hipótesis.

La Luna perdía claramente posiciones. Sus mares se habían evaporado y su atmósfera se volvió inexistente. La Razón debía plantearse la pregunta inevitable: ¿es razonable o no creer en los selenitas? Personas razonables habían contestado que no; entre ellas Huygens, que era una autoridad. Otras personas razonables respondieron que sí. Entre estas últimas se hallaba William Herschel (1738-1822), el más grande astrónomo de su tiempo. Hacia 1780 planteó sus conclusiones con claridad, aunque se abstuvo de publicarlas: la Luna tenía todas las posibilidades de contar no sólo con una atmósfera, con bosques y animales, quizás mucho más grandes que los de aquí, sino también con canales y ciudades; los "circos" lunares eran, en efecto, ciudades, lo que implicaba habitantes. Otro astrónomo bien conocido, Hieronymus Schröter (1745-1816), sostuvo asimismo la existencia de la atmósfera lunar y las ciudades selenitas.

Pero, si la luna planteaba problemas, existía un acuerdo casi unánime sobre el tema de los planetas: éstos se beneficiaban de descripciones que los acercaban cada vez más a la Tierra. El astrónomo italiano Francesco Bianchini (1622-1729)

descubrió hacia 1726-1727 los "mares" venusianos. Algunas decenas de años más tarde, Schröter midió las montañas de Venus; obtuvo altitudes de 43 mil metros. Los casquetes polares de Marte fueron observados por Jean-Dominique Cassini (1625-1712) y estudiados en detalle por Herschel, quien comprobó su similitud con los casquetes polares terrestres. Herschel llegó asimismo a identificar una atmósfera marciana suficientemente densa, y concluyó que "la analogía entre Marte y la Tierra es con certeza la más evidente entre todos los planetas del sistema solar".

Los demás sistemas planetarios que gravitan alrededor de las estrellas también fueron analizados, por lo menos en la teoría. En su tratado sobre historia natural y la teoría del cielo publicado en 1755 (*Allgemeinen Naturgeschichte und Theorie des Himmels*), Kant (1724-1804) consideraba que la vida debía estar diseminada hasta el infinito y cada vez más perfeccionada y espiritualizada en función de su alejamiento del centro del universo. Bastaría con establecer el punto central del todo para calcular matemáticamente el lugar de cada cual en la escala universal de los seres...

Una contribución interesante fue la del sabio alemán Johann Heinrich Lambert (1728-1777), autor de las *Kosmologischen Briefe*, de 1761. En estas "cartas cosmológicas" poblaba generosamente todo el universo, incluidos los cometas, que eran su obsesión. Maupertuis, siempre dispuesto a seguir al hombre diferente sin importar dónde ni cómo, ya había sugerido la posibilidad en su *Lettre sur la comète*, escrita en 1742, que trataba de un encuentro, más bien de un choque, de un cometa con la Tierra. "¿Quiénes estarían más sorprendidos, nosotros o los habitantes que el cometa posaría sobre nuestra Tierra? ¡Con qué cara nos encontraríamos los unos con los otros!"

Era demasiado. Como escrupuloso hombre de ciencia, Herschel rechazó categóricamente la habitabilidad de los cometas. Se contentaba con la del Sol. En un texto publicado en 1795, demostraba que el Sol debía estar compuesto por un núcleo sólido, separado y protegido de la superficie incandescente por una capa de nubes. Pese a las apariencias, el astro

del día debía ser semejante a los demás planetas y, por ende, probablemente estaba habitado. Herschel retomaba las ideas de Johann Elert Bode (1747-1826) quien, en 1776, una decena de años antes de llegar a ser director del Observatorio de Berlín, había propuesto un modelo solar perfectamente terrestre: tierra firme, montañas, agua, atmósfera y habitantes que disfrutarían de un clima y de una luz constantes.

En la misma época, un tal doctor Elliot fue juzgado por haber atentado contra la vida de una dama. El defensor alegó la presunta locura del acusado. En efecto, el original personaje habría preparado una comunicación para la Royal Society en que sostenía precisamente la habitabilidad del Sol. Al parecer, la justicia y la astronomía iban por distintos carriles. Lo que era evidencia, o por lo menos hipótesis científica para unos, para otros constituía sencillamente una locura.

La verdad es que las conclusiones proclamadas en nombre de la ciencia y la razón no hacían más que retomar argumentos tradicionales, respondiendo al mismo tiempo a las ideologías y utopías de la época. Las observaciones astronómicas invocadas –como las que permitían medir la altitud de las montañas de Venus o la densidad de la atmósfera marciana– eran falsos pretextos. Las vagas imágenes que se percibían se prestaban para todas las interpretaciones imaginables, y justamente lo que predominaba era la imaginación, lo imaginario. Consideraciones religiosas o antirreligiosas, o bien ideológicas, dominaban notoriamente la observación científica. Incluso sin saberlo los astrónomos se sacrificaban a la ideología, es decir, a la teología. El principio de la plenitud funcionaba con toda su fuerza: cada cuerpo celeste, cada espacio, debía servir para algo. La inutilidad y el desperdicio no parecían conformarse al buen sentido del Creador o de la naturaleza. El horror del vacío o de la materia informe parece caracterizar la mentalidad de los tiempos, muy preocupada por organizar el espacio y marcarlo con la impronta humana. Es la época de los jardines franceses, logro supremo de una naturaleza sometida a las exigencias del espíritu.

Los habitantes de los planetas testimoniaban, según se quisiera, la omnipotencia divina o la inexistencia de Dios, por

lo menos el dios cristiano. En su *Edad de la razón*, escrita en 1793, Thomas Paine (1737-1809) ofrecía una elección entre la religión cristiana y la pluralidad de los mundos. Optó por la segunda. Este angloamericano deísta, ganado por las ideas de la Revolución Francesa, creía encontrar en los otros mundos un argumento decisivo contra la Biblia. Sólo estaba proyectando al espacio las controversias religiosas del período revolucionario. Su compatriota Edward Nares, en cambio, afirmaba precisamente lo contrario: en una obra publicada en 1801 expresaba la convicción de que Cristo había rescatado a *todas* las criaturas inteligentes del universo. No había que elegir entre el cristianismo y la pluralidad de los mundos, pues ambos participaban de la misma y única verdad universal.

A las disputas filosóficas se añadía la seducción de la Utopía, una de las tendencias más marcadas del siglo dieciocho. Esa época fue la edad de oro del género utópico. Instalada en rincones lejanos y muy a menudo en islas, la utopía ya comenzaba a sondear el terreno de los planetas, terreno además muy "terrestre". *Ellos* probablememente son superiores a nosotros, pensaba el célebre místico sueco Emmanuel Swedenborg (1688-1772), que reprodujo en su *Arcana cœlestia* (1749-1756) una serie de conversaciones ocultas con los espíritus de los habitantes de allá afuera. Quizás *ellos* han encontrado una fórmula perfecta de sociedad y organización política, soñaba el político inglés Bolingbroke (1678-1751) en sus *Philosophical Works*: una sola comunidad a escala planetaria, un solo idioma, un solo gobierno.

Viajes por los planetas

No es fácil hacer la descripción de los habitantes de allá afuera. Las ilustraciones al respecto son muy raras. Y muy convencionales. En la gran colección de los *Viajes imaginarios* (39 volúmenes, Amsterdam, 1787-1789), cuatro tomos cubren el

espacio extraterrestre: el decimotercero, consagrado al viaje lunar de Luciano de Samosata y a los escritos de Cyrano; el decimosexto (*Relación del mundo de Mercurio*) y los decimoséptimo y decimoctavo, con la novela cósmica de Marie-Anne de Roumier. Los grabados que acompañan los textos no representan nada insólito. Por lo menos en los planetas se podría imaginar cualquier cosa. En cambio, vemos caras familiares que no hubiesen contrariado a Lavater. La belleza, de tipo europeo, es decir georgiano o polinésico, era ley en todo el sistema solar. Los textos son apenas más atrevidos que los dibujos; los escritores parecen menos audaces que los sabios.

Sí, se parecían a nosotros. Los principios formulados por Huygens tuvieron prioridad en los planetas. La repulsión de la época hacia los monstruos puede ofrecer una explicación. Pero ésta reside principalmente en la función utópica, filosófica o teológica de las humanidades planetarias. El diálogo Tierra-espacio suponía interlocutores susceptibles de comprendernos y hacerse comprender. El proyecto biológico quedaba confinado a la Tierra; los planetas estaban invitados a participar en el proyecto moral. Para quienes buscaban al salvaje no valía la pena recorrer el espacio cósmico; Africa estaba más cerca, y era aparentemente más hostil que los planetas.

Veamos el ejemplo de Mercurio, el miembro más pequeño del sistema y el más cercano al Sol. Fiel a su ley de la distancia y a su propio proyecto esencialmente biológico, Fontenelle imaginaba pequeños mercurianos quemados por el fuego solar y desprovistos de inteligencia. No opinaba lo mismo el autor anónimo de la *Relación del mundo de Mercurio* publicada en 1750, en la que la proximidad del astro del día y de la vida parecía tener efectos estimulantes. El paisaje era enteramente terrestre, aunque miniaturizado a la escala del planeta. "Las montañas, los mares, los árboles, las plantas, los animales y los hombres son más pequeños que entre nosotros." Nuestros primos mercurianos eran más pequeños, pero de una vitalidad a toda prueba. Un trasiego perpetuo reina en el planeta; incluso en el aire, porque ese pequeño mundo posee la ciencia del vuelo, con ayuda de alas artificiales. Por supuesto, nunca se duerme. "Por eso uno de los

peores suplicios a los cuales se condena a los criminales es dormir unos días." Todo es sano y armonioso. Una vida humana se prolonga varios siglos. Armoniosa es también la organización política, que no conoce las divisiones y los conflictos terrestres, sino que forma un solo Estado gobernado por un solo soberano.

A diferencia de los pequeños mercurianos, los extraterrestres de Voltaire, descritos en su *Micromegas* (1752), pertenecen a la categoría de los gigantes. Gigantes en escala cósmica: el héroe, que viene del mundo de Sirius, tiene la respetable talla de ocho leguas (casi cuarenta kilómetros). Ridículo a su lado, su compañero saturniano parece un enano con sus mil toesas (casi diez kilómetros). La parábola es transparente; tras los pasos de Swift, Voltaire juega con la relatividad de las cosas y los valores, y el espacio infinito le permite amplificar ese principio filosófico. Y sobre todo ridiculizar las pretensiones de los pequeños sabios terrestres; ¡siempre pensaba en Maupertuis! Llegados a la Tierra, el "sirio" y el saturniano tienen dificultades para descubrir una forma de vida inteligente. Finalmente consiguen identificar un grupo microscópico de filósofos. Imperturbable ante el fenómeno, uno de estos personajes "miró de arriba abajo a los dos habitantes celestes; sostuvo que sus personas, sus mundos, sus soles, sus estrellas, todo había sido hecho únicamente para el hombre", para el hombre terrestre, claro.

Tras las investigaciones preliminares y los sondeos efectuados desde Cyrano hasta Voltaire, llegó el tiempo de proceder a una revisión completa. Hacía falta valor. Marie-Anne de Roumier (? -1771) fue indiscutiblemente una mujer valiente. Le debemos la primera saga astronómica, los siete volúmenes publicados en 1765 de *Voyages de milord Céton dans les sept planètes*. Un periplo completo que comprendía estadías en la Luna, los cinco planetas conocidos y el Sol. El lector necesita una dosis similar de coraje para sobrevivir a la voluminosa historia. Consciente sin duda de las dificultades del viaje, el editor se cuidó de redactar un resumen de una página en el que contaba lo esencial.

"Milord Céton, educado bajo el cuidado de un genio de primer orden, comienza su viaje por la Luna. Este globo le

dio para empezar amplio material para ejercer su curiosidad. De ese mundo nos describe su carácter frívolo, el amor a la novedad y la inconsecuencia de la conducta de los habitantes del planeta, que, como sabemos, está sujeto a mil variaciones. De allí pasa a Mercurio, que a sus ojos sólo ofrece un mundo lleno de ciudadanos que lo sacrifican todo en interés de la fortuna. Venus, planeta pequeño, brillante y lleno de fuego, sólo tiene habitantes voluptuosos y sensibles al placer; el amor impera por todas partes. El Sol, residencia de Apolo y de las Musas, nos presenta un mundo de sabios. Marte anuncia la gloria, allí sólo se encuentran héroes: en ese planeta nuestro viajero se perfecciona en el arte militar. La nobleza brilla en Júpiter; todos se ocupan de sus títulos, su grandeza y los honores que les son debidos. Saturno representa la edad de oro, los viejos buenos tiempos de los patriarcas; en este mundo vemos reinar una noble simplicidad, el candor, el amor a la verdad, la obediencia a las leyes y el respeto legítimo a los soberanos. Este mundo debería servir de modelo a todos los demás; desgraciadamente, ninguno se le parece."

El método de madame de Roumier pertenece al arsenal tradicional del hombre diferente. Todo es como entre nosotros, salvo por una característica –cualidad o defecto–, que es aislada y amplificada. Es la manera de experimentar soluciones morales y sociales cuya función es caricaturizar las inclinaciones del alma humana y de la sociedad de la época.

Más complejo, aunque limitado a un solo planeta, resulta el proyecto del escritor alemán Carl Ignaz Geiger (1756-1791), autor de un viaje a Marte (*Reise eines Erdbewohners in den Mars*, 1790). Elevándose en globo como los hermanos Montgolfier algunos años antes, pero mucho más lejos que los franceses, el héroe descubre un planeta habitado por hombres de tipo enteramente terrestre. Se interesa por las innovaciones técnicas y la organización social y política de los diversos Estados marcianos, un pretexto para condenar el despotismo y propagar los méritos de un sistema democrático "a la americana", sin olvidar la sexualidad libre y natural "a la tahitiana".

Cabe preguntarse si valía la pena viajar tan lejos para sentirse como en casa. Sin embargo, estos pioneros preparaban

la inagotable feria biológica y social con decorado planetario llamado a propagarse durante el siglo siguiente.

¿Por qué no bajo nuestros pies?

Tal como se miraba al cielo para encontrar hombres más o menos diferentes, parece lógico, o por lo menos simétrico, tomar en consideración el mundo "de abajo". ¿Se puede poblar con hombres diferentes el interior de la Tierra? Claro, si así se desea: es la regla básica de lo imaginario. En cualquier caso, el principio de la plenitud –el rechazo a aceptar los espacios "inútiles"– actúa también en favor de un espacio subterráneo donde *debía ocurrir algo.*

Las creencias tradicionales se movían en algunos grandes registros: la Tierra, madre de la vida, principio supremo de fecundidad; la Tierra, dominio de la muerte, con un Más Allá situado al interior, con vías de acceso que aseguraban los vínculos entre el mundo de los vivos y el de los muertos; finalmente, espacio reservado en la doctrina cristiana al Infierno y sus penas, simbolizado por el fuego eterno. La Tierra, residencia de seres fantásticos, hadas, elfos, enanos, gigantes, dragones que pueblan las cavernas y las galerías subterráneas. Por fin, el interior de la Tierra, lugar de configuraciones y paisajes familiares: mares y lagos subterráneos, mundo central iluminado por un sol en miniatura; esta última creencia se registra tanto en el folclore francés como entre los indios de Norteamérica.

La razón, siguiendo una metodología probada, retiene ciertas imágenes tradicionales y las adapta a las exigencias científicas. El fuego central, por ejemplo, que pertenece al bagaje religioso cristiano, fue certificado asimismo por la ciencia. Descartes (1596-1650) y Leibniz (1646-1716) garantizaron su existencia. Además, podía combinarse con los mares folclóricos y establecerse entre los dos elementos –fuego y agua–

una relación mecánica. Es la síntesis ideal entre religión, folclore y ciencia. Athanasius Kircher persiguió ese objetivo en su *Mundus subterraneus* (1665). El modelo imaginado por el jesuita recuerda en igual medida un organismo y un mecanismo. Una compleja red de canales, venas y arterias, ríos y riachuelos de fuego y agua surcan el espacio subterráneo, abriéndose en algunos puntos a la superficie. Bolsas de fuego alimentan las erupciones volcánicas. El agua circula entre el interior y el exterior; es aspirada desde el océano Artico al polo norte y expulsada en el polo sur. Los Alpes cubren un mar subterráneo: todos los ríos de Europa tienen su origen en esa cuenca. El fuego y el agua aseguran el funcionamiento de la maquinaria terrestre. El interior de la Tierra es el motor de nuestro planeta. Esta espléndida demostración prefigura magníficamente el espíritu de las Luces, sus principios unificadores y sus sueños mecanicistas: la máquina terrestre de Kircher anticipa del modo más espectacular la máquina a vapor de Watt.

Las teorías de Kircher ilustran una fase de transición entre la imagen mágica del mundo y el pensamiento científico moderno. Edmund Halley (1656-1742), discípulo del gran Newton, ya representaba la ciencia moderna en su manifestación más acabada: la mecánica newtoniana. Su mayor logro fue el cálculo de la órbita del cometa que lleva su nombre; predijo su regreso para 1758. El cometa volvió, en efecto, probando de ese modo el buen funcionamiento del universo según las leyes matemáticas formuladas por Newton. El segundo problema resuelto por Halley –siguiendo una demostración en apariencia no menos rigurosa que la precedente– fue la estructura interna de la Tierra. Estudiando el desplazamiento de los polos magnéticos terrestres, el sabio llegó a la conclusión de que ese fenómeno sólo se podía explicar por la presencia de una segunda esfera imbricada en la primera. Este descubrimiento sensacional fue comunicado en 1692 en la famosa publicación *Philosophical Transactions of the Royal Society.* Dos argumentos suplementarios reforzaron la hipótesis de una Tierra "hueca": el funcionamiento del binomio Tierra-Luna suponía un planeta relativamente liviano, por lo tanto vacío o

parcialmente vacío, pues de otro modo se hubiese adelantado y habría perdido su satélite; por otra parte, las auroras boreales y los fenómenos luminosos de la atmósfera en general parecían brotar del interior de la Tierra.

De hecho, Halley dudaba entre una sola esfera interior o la sucesión de varias. Propuso –como simple hipótesis– la existencia de tres círculos concéntricos bajo la superficie terrestre, los que corresponderían respectivamente a las dimensiones de los planetas Venus, Marte y Mercurio. El universo interior se transformaba en una especie de síntesis del universo planetario, siguiendo el modelo tan conocido de las muñecas rusas. La pared de la esfera exterior, la nuestra, tendría un espesor de unos novecientos kilómetros: bastante sólido en apariencia. Seguía un espacio vacío, siempre de alrededor de novecientos kilómetros, hasta la superficie de Venus subterránea, y así sucesivamente. ¿Qué ocurría en el interior? Bastaba con explicar el principio, ya en boga, de la pluralidad de los mundos habitados. Halley creía en la existencia de uno o varios mundos vivientes. ¿Por qué habría de negársele a Mercurio, Marte y Venus subterráneos lo que con tanta generosidad se había concedido a sus prototipos celestes?

Un gran matemático de la Ilustración, Leonhard Euler (1707-1783), se sumó a la teoría de la Tierra hueca. Una Tierra todavía más hueca que la de Halley, pues sólo exhibía una enorme cavidad; el centro, sin embargo, estaba ocupado por un núcleo incandescente, sol en miniatura que alumbraba el espacio interior en beneficio de sus presuntos habitantes. John Leslie (1766-1832), físico y matemático escocés, perfeccionó el sistema imaginando no uno, sino dos pequeños soles interiores; como un astrónomo que quiere señalar su descubrimiento, se esmeró en darles nombres, extraídos para el efecto de la mitología subterránea clásica: Plutón y Proserpina.

En *Le territoire du vide. L'Occident et le désir du rivage* (1988), Alain Corbin observa un cambio radical de actitud a partir de la segunda mitad del siglo diecisiete respecto del mar, de la inmensidad del espacio oceánico. El miedo, a veces incluso el terror que inspiraba el universo acuático cedieron ante

los nuevos sentimientos de curiosidad, de deseo. Más extraños sin duda y siempre inquietantes, como lo prueba el temor a los cometas en el siglo dieciocho, el espacio cósmico y el espacio subterráneo se beneficiaron a su vez de dicha tendencia a la "normalización": las terribles llamas del Infierno y los seres fantásticos se difuminaron ante un mundo más o menos "normal", que presentaba un entorno acaso distinto, pero no obligatoriamente hostil. Como el Océano, las tierras lejanas o los planetas, el centro de la Tierra esperaba a sus exploradores.

Viajes al centro de la Tierra

Los exploradores científicos habían propuesto algunos modelos: una Tierra-esponja, sistema complejo de cavernas y galerías; varias Tierras imbricadas; una vasta cavidad central alumbrada por un sol o dos. Sería tarea de escritores y utopistas elegir y detallar el cuadro.

En las *Aventuras de Simplicissimus*, el escritor alemán Christoph von Grimmelshausen (1621-1676) proponía una variante acuática, muy parecida al sistema de Kircher. Los mares y los lagos se prolongaban en el interior hasta el centro de la Tierra. Los habitantes del mundo subterráneo son la réplica de las razas y pueblos terrestres, y la única diferencia es que viven, evidentemente, en el agua.

El sistema de Kircher fue utilizado también por un navegante anónimo que en 1723 publicó una *Relation d'un voyage du pôle arctique au pôle antarctique par le centre du monde.* Su barco, sumergido en un torbellino en el polo norte, es llevado por la corriente a lo largo del eje terrestre y acaba por ser "evacuado" en el polo sur. La rápida travesía permite al viajero entrever un entorno bastante familiar: islas y riberas, cadenas montañosas, bosques y desiertos, regiones frías y tórridas, animales más o menos diferentes; ningún ser humano a la

vista, aunque la presencia de la especie había dejado huellas en algunas construcciones y ruinas.

Había también otros métodos para bajar al interior. Escalando una montaña cerca de Bergen, Niels Klim, un joven noruego, cayó en un precipicio. Al final de una caída interminable, en lugar de estrellarse contra las rocas, se despertó en otro mundo, el mundo subterráneo. Su aventura, que comenzaba en 1665, la relató en 1741 el escritor danés de origen noruego Ludvig Holberg (1684-1754). La edición latina original, *Nikolai Klimii iter subterraneus* tuvo numerosas traducciones.

El modelo adoptado por Holberg es un espacio interior que contiene un sistema solar en miniatura. Niels Klim comienza su periplo en el planeta Nazar, con un episodio que causa estupor. Trepa a un árbol sin darse cuenta de que se trata de la esposa de un personaje muy importante. En efecto, los habitantes del país son árboles o mejor dicho hombres-árbol que poseen, además de los atributos vegetales, cabeza humana y dos cortas piernas; las ramas les sirven de manos. Son hombres muy diferentes por su aspecto, sin duda, pero también por el espíritu. Piensan con extrema lentitud –los más inteligentes lo hacen con menor rapidez aún– y son refractarios a cualquier innovación. Sabios, sin duda, pero un tanto aburridos, por lo menos desde nuestro frívolo juicio terrestre. En ese país el cocotero gozaba de un respeto especial; se sabía apreciar su circunspección y su paciencia.

Los habitantes de otro planeta, monos inteligentes, encarnan un temperamento absolutamente opuesto. Son demasiado inteligentes. Piensan a una velocidad vertiginosa. Considerado estúpido por los hombres-árbol porque piensa demasiado rápido, el pobre Nils es visto como igualmente estúpido por estos monos que encuentran su juicio demasiado lento. Aquí impera la superficialidad. Cambian de peluca sin cesar; lo mismo hacen con las leyes.

Entre ambos extremos se sucede una multitud de países. Hay uno en que los hombres –siempre hombres-árbol– se ocupan de la cocina y las mujeres de la política. En otro, todos son filósofos, por lo que la miseria se instala en todas

partes, en tanto que las mujeres, superadas por tanta filosofía, intentan consolarse con los visitantes extranjeros. En el país de los sabios no existe la estupidez; teóricamente, las cosas tendrían que ir muy bien, pero van mal, justamente porque hacen falta los tontos. Los sistemas basados en el exceso, incluso en el exceso de ciertas cualidades, no son funcionales. La eficacia y la armonía no pueden resultar de la igualación o de la uniformidad, sino de la diversidad y de las contradicciones. Una sociedad en que la gente disputa funciona mejor que otra en que están todos de acuerdo. En un siglo en que la utopía es la reina y prepara el terreno para las experiencias totalitarias, el antiutopismo de Holberg merece ser resaltado.

La serie de humanidades diferentes continúa. Están los híbridos, en los que el hombre se combina con diversos instrumentos musicales, como los "hombres-violín"; luego, síntesis extrañas con plantas o animales. El salvaje también está presente; en plena época de las Luces no podía faltar a la cita. Inspirado por los sueños de los filósofos, Niels logra conducir a este ser primitivo a la civilización. A la cabeza de su nuevo pueblo, consigue conquistar el planeta. Pero el poder lo embriaga, lo vuelve cruel e intolerante. Felizmente para él, Niels se encuentra de vuelta en la Tierra.

Inspirado por el modelo de Swift, Holberg bate todos los récords de imaginación biológica, social y moral. Ningún universo ficticio de la época puede igualar su universo subterráneo en la diversidad de significaciones. Pero las sociedades que presenta, incluso las más extrañas, se limitan a poner en evidencia, separándolas, características que pertenecen al mundo real. El mensaje es transparente: no existe ningún modelo absoluto, ninguna vía obligada. Cuando reina el relativismo, la más esencial de las virtudes humanas debe ser la tolerancia.

La última persona a quien uno hubiese esperado encontrar en el centro de la Tierra es al famoso Casanova, de nombre completo Giovanni Giacomo Casanova de Seingalt (1725-1798), italiano especializado en aventuras eróticas, las que relata en sus célebres *Memorias*. El mismo autor, sin embargo, publicó en Praga en 1787 una obra escrita en francés con el misterioso título de *Icosamerón*, cuyo subtítulo era más

explícito: *Historia de Edouard y de Elisabeth, que vivieron ochenta y un años entre los megamicros, habitantes aborígenes de Protocosmos, en el interior de nuestro globo.* Se trata de una obra sobrecargada y francamente fastidiosa, que tal vez los pacientes hombres-árbol de Holberg hubiesen apreciado mejor que un lector terrestre.

Casanova imagina un mundo instalado en la pared interior de la esfera terrestre e iluminado por un sol central, solución original que se encontrará muchas veces después en este tipo de viajes. Este mundo es de hecho el paraíso terrenal, residencia de la armonía y la felicidad, que el hombre hubo de abandonar para migrar a la superficie. Sus habitantes, los megamicros, se nos parecen, pero son más pequeños y de diferente coloración. Como los mercurianos, no conocen la vejez ni la enfermedad y no les hace falta el reposo. Su sociedad se constituye en torno a tres principios: *la religión, la razón y el amor.* El amor sobre todo; las informaciones más interesantes comunicadas por Casanova se refieren al sexo, como era de esperar. Cada megamicro era al mismo tiempo macho y hembra. Aunque hermafroditas, vivían en pareja, lo cual ofrece perspectivas eróticas interesantes. Se comienzan a entender los motivos que hicieron descender al gran libertino a las profundidades de la Tierra. Aburrido de tantas experiencias terrestres, había partido en busca de una fórmula de sexualidad novedosa.

Edouard y Elisabeth consiguen adaptarse a las nuevas condiciones, que suponían además una fecundidad extraordinaria. Año tras año, entre los 12 y los 52 años, Elizabeth trae al mundo una larga serie de mellizos. Estos, cada vez una niña y un niño, vivirían en pareja, fórmula incestuosa según las normas terrestres, pero perfectamente coherente con la ética subterránea. Al cabo de una estadía de 81 años, los vástagos eran muy abundantes: no menos de cinco millones de hijos, nietos y bisnietos, ¡y todos sanos y disfrutando de una juventud inalterable!

Con el escritor inglés Robert Paltock (1697-1767) y su novela *The Life and Adventures of Peter Wilkins* (1751), encontramos otra solución que compite con la idea de la Tierra

hueca: la Tierra agujereada como una esponja. El barco de Peter Wilkins se hunde cerca del polo sur y es arrastrado por un largo pasaje subterráneo hasta una inmensa caverna, alumbrada no por un sol interior sino por una especie de fosforescencia atmosférica. Un buen día nuestro héroe recibe la visita de una doncella muy bonita, que se convierte en su esposa. La mujer era como todas las mujeres, pero disponía además de un par de alas. Así pues, el pueblo subterráneo que el inglés conoce por intermedio de su compañera es alado. Las alas no sólo servían para volar, sino también para nadar. Respetando escrupulosamente las leyes de la genética, algunos hijos de Wilkins nacieron con alas y otros sin ellas.

Es interesante comprobar que los escritores fueron más audaces con el espacio subterráneo que con los planetas. Por pura racionalidad, por lo demás. Los planetas ya eran considerados unas Tierras, en tanto que el mundo interior conservó un grado suplementario de alteridad.

El hombre del mañana

Volvamos a la Tierra, pero no a la Tierra de hoy: vayamos a la del mañana. El siglo de las Luces inventó el Progreso y el Futuro, es decir, la idea de una evolución que debía prolongarse indefinidamente en el tiempo. Tradicionalmente el futuro significaba un tiempo igual al presente, o bien una fase de decadencia, o sencillamente el final, y, en la ideología milenarista, un doble final, concretado por la instauración del Reino mesiánico seguido del Juicio Final. La valorización racionalista del porvenir invertía los términos de acuerdo con la aceleración real del proceso histórico que ya se observaba en esa época: el futuro no será idéntico al presente, sino esencialmente distinto; estará marcado por el progreso y no por la decadencia; se extenderá en un cuasiinfinito temporal, pues el fin de la historia aún no estaba en la agenda. Como la

variabilidad de la especie –para su perfeccionamiento o degeneración– ya se aceptaba, la conclusión era que el Futuro, siempre distinto del Presente, y puesto en movimiento por el Progreso, haría del hombre un ser humano *distinto*. A la Ilustración nunca le gustó la historia pasada, y prefería la que hubiese podido tener o, mejor aún, la historia que iba a ser.

El hombre primitivo, no corrompido por la historia y la civilización, poseía ciertas cualidades que desaparecieron en sus sucesores. Era más vigoroso y absolutamente sano, rasgos que ya se habían encontrado entre los salvajes, y a veces en los planetas o en el interior de la Tierra. Las enfermedades, consideraba Rousseau, son un efecto de la civilización: "Cuando pensamos en la buena constitución de los salvajes, por lo menos de aquellos que no hemos perdido con nuestros licores fuertes; cuando sabemos que casi no conocen otras enfermedades que las heridas y la vejez, uno se siente inclinado a creer que sería fácil hacer la historia de las enfermedades humanas siguiendo la historia de las sociedades civiles". Sano de cuerpo, el hombre natural es asimismo sano de espíritu, y manifiesta una bondad instintiva y un equilibrio moral de los que carecen los civilizados. La evolución histórica ha mejorado "la razón humana en detrimento de la especie" y, "al hacerla sociable, ha producido un ser malvado". Hay un proceso divergente y simultáneo de perfeccionamiento y degradación. El paso fatal fue la instauración de la desigualdad a causa de la propiedad privada; de allí surge una larga serie de crímenes e injusticias.

El problema reservado para el futuro –un futuro no solamente mejor, sino diferente– sería el retorno a las cualidades primitivas, grabadas no obstante en las adquisiciones de la civilización, el progreso de la razón, las ciencias, el bienestar. Se trataba de rejuvenecer el mundo y recomenzar la historia.

Este fue el papel histórico de la Revolución Francesa, que marcó la nueva era con la invención de un calendario. El 21 de septiembre de 1792 se convirtió en el primer día de una historia que cambiaba de camino.

En su *Esquema de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (escrito en 1793, publicado en 1795), el marqués de

Condorcet, sabio, filósofo y mártir de la Revolución (1743-1794), completaba su análisis del pasado con un amplio discurso sobre el futuro. Augura el regreso del hombre natural de Rousseau –que es en realidad el hombre real deformado por los avatares de la historia–, pero no mediante un retorno imposible al punto de partida, sino como consecuencia de los perfeccionamientos aportados a la civilización y el alma humanas.

El hombre del mañana será un hombre diferente; también la sociedad lo será. La desigualdad, el peor mal de la historia previa, será, si no completamente abolida, prácticamente eliminada por una distribución más equitativa de los ingresos, acompañada por una educación para todos. La miseria desaparecerá. Las ideas, los gustos, los conocimientos acercarán a los hombres. Cada uno sabrá reconocer los méritos del otro. Las sociedades no serán uniformes de la noche a la mañana, pero se esfumarán los contrastes y las diferencias. Este principio, válido al interior de cada nación, también se afirmará con fuerza en la escala planetaria. Al igual que los individuos, las naciones se acercarán y comenzarán a parecerse. Las guerras pasarán a ser un mal recuerdo; un idioma universal facilitará los contactos.

Y los salvajes, ¿evolucionarían a su vez? Cuestión espinosa. Sí, en principio, pero su progreso se anuncia más lento que el de las naciones civilizadas. También se visualizaba otra solución más radical: "también es posible que, reducidos en número a medida que se vean rechazados por las naciones civilizadas, acaben por integrarse o por desaparecer insensiblemente". Europeos ingratos: tras haber aprendido tantas lecciones de los pueblos salvajes, en los que se inspiraron para construir su propio futuro, los amos del mundo ya estaban intentando deshacerse de esos incómodos compañeros de ruta.

Como el salvaje, el hombre del mañana será sano. El rejuvenecimiento del mundo proveerá el rejuvenecimiento del ser humano. La igualdad social, el progreso de la ciencia y una nueva manera de vivir se asocian para mejorar la biología humana. Anuncia Condorcet.

"La perfectibilidad o la degeneración orgánica de las razas entre los vegetales, o entre los animales, puede considerarse

como una ley general de la naturaleza. Esta ley se extiende a la especie humana, y nadie dudará de que los progresos en la medicina conservadora, el uso de alimentos y viviendas más sanos, una manera de vivir que desarrollará las fuerzas mediante el ejercicio sin destruirlas por el exceso y, en fin, la destrucción de las dos causas más activas de la degradación –la miseria y la riqueza excesiva– prolongarán la vida en términos generales, asegurando una salud más constante, una constitución más robusta."

Es importante la relación establecida por Condorcet, siguiendo a Rousseau, entre salud y condición social. La riqueza no es buena para la salud, y tampoco la miseria. "La desigualdad extrema en la manera de vivir, el exceso de ocio para unos y el exceso de trabajo para otros [...] los alimentos demasiado elaborados de los ricos [...] la mala alimentación de los pobres..." *(Discurso sobre el origen de la desigualdad).* Estos contrastes deben desaparecer para que el hombre vuelva a ser sano.

Un hombre sano vivirá más tiempo. "¿Sería absurdo suponer", propone Condorcet, "que ese perfeccionamiento de la especie humana ha de ser considerado como susceptible de un progreso indefinido, que llegará el momento en que la muerte sólo será el efecto de accidentes extraordinarios o del agotamiento cada vez más paulatino de las fuerzas vitales, y que finalmente el intervalo entre el nacimiento y esa destrucción no tendrá ningún plazo previsible? Sin duda el hombre no se hará inmortal, pero la distancia entre el momento en que comienza a vivir y la época común en que naturalmente y sin enfermedad, sin accidente, experimente la dificultad de ser, ¿no podría aumentar cada vez más?" De este modo, la razón se apropiaba del anciano mito de la longevidad, situado tradicionalmente en el comienzo de la experiencia humana (la edad de oro, los salvajes...), pero proyectado por los ideólogos del progreso al mundo rejuvenecido del futuro.

Según Condorcet, no es menos posible que el progreso biológico se extienda igualmente a las facultades intelectuales y morales. He aquí el hombre del mañana: un ser saludable de cuerpo y alma, poseedor de inteligencia y saber mucho más extensos que el nuestro, viviendo en armonía con sus

semejantes una existencia que podría prolongarse hasta los umbrales de la inmortalidad.

Este proyecto de futuro ilumina hasta sus últimas consecuencias la experimentación emprendida por la Ilustración sobre el hombre diferente. Del salvaje al hombre del futuro, en Africa, Tahití, en los planetas o el centro de la Tierra, surgía la misma cuestión, la misma búsqueda. La pretensión de los científicos era aprehender la variabilidad de la especie humana y los mecanismos que determinarán la degeneración o el perfeccionamiento. El Otro, en sus múltiples materializaciones, ofrecía la síntesis exhaustiva de las potencialidades del ser. El hombre diferente en sí mismo interesaba poco a la Ilustración. Real o inventado, su auténtico papel era ayudar a la sociedad occidental a tomar conciencia de su funcionamiento defectuoso y preparar las soluciones del futuro. De este modo, el hombre diferente se convirtió en un aliado de los filósofos y los revolucionarios que aspiraban a rehacer el mundo.

IV

UN SIGLO DE ENFRENTAMIENTOS

La cola de los ñam-ñam

Llegados a 1800, hemos dejado muy atrás a algunos de nuestros compañeros de viaje. Los gigantes, los enanos y los hombres peludos no se adaptaron bien a la atmósfera científica del siglo diecinueve. La exploración del globo liquidó la mayoría de las ficciones biológicas. Los patagones conservaron el prestigio de la estatura considerable, pero remodelada a escala humana; se estabilizaron algo por debajo de los dos metros. Los enanos crecieron. Se tuvo finalmente la satisfacción de descubrir a los pigmeos, los auténticos pigmeos de Africa, observados en el Congo a partir de 1870. Una raza interesante, sin duda; desgraciadamente un poco grande –con su talla de alrededor del metro treinta– en relación con las especies de enanos imaginarios.

Aparentemente, se tendía a la normalización. Pero el espíritu del siglo diecinueve se oponía. A diferencia de la Ilustración, esta época demostró una verdadera debilidad por los monstruos. Las anomalías resultaban atractivas. Además, hallaron su lugar en un esquema evolucionista generalizado. ¿Pero dónde encontrar las anomalías?

Tal vez en los recodos salvajes e inexplorados de Africa. Así aparecieron los ñam-ñam, pueblo negro de Sudán oriental, territorio situado entre las cuencas del Nilo, el Congo y el lago Chad. Hacia 1850 se propagó el rumor de que los individuos de esa especie eran hombres con cola o, para citar a

Alejandro Dumas padre, que se interesó por el tema, "monstruos intermedios entre el mono y el hombre, que tienen un idioma como los hombres y una cola como los monos". Las informaciones fueron recogidas en parte en terreno, pero sobre todo en Brasil y Constantinopla, lo que dice mucho sobre la metodología. Un oficial francés fue el campeón de los hombres con cola. El coronel Louis Du Gouret, viajero que recorrió Africa, dijo haber visto un solo ejemplar, pero que lo vio con sus ojos. En 1854 publicó el opúsculo *Voyage au pays des Niams-Niams ou Hommes à queue, avec le portrait d'un Niam-Niam et une notice biographique sur l'auteur,* con prefacio de Dumas.

Estos "testimonios" no reparaban sólo en la cola; también se decía que eran caníbales que vivían en completa promiscuidad. "Viven enteramente desnudos y sólo desean satisfacer sus apetitos sexuales. Los hijos se acuestan con las madres y los hermanos con las hermanas." Obsesión sexual evidente, acaso menor en los ñam-ñam que en el médico europeo que trasmitió esta interesante información.

Guillaume Lejean, un francés que descendió por el Nilo en 1860, asestó un fuerte golpe a la cola de los ñam-ñam (en un artículo publicado en *Tour du Monde* en 1861). Tuvo ocasión de ver en Jartum a una bonita mujer ñam-ñam que había sido atrapada por los negreros. La señora en cuestión le pareció bastante inteligente, muy lejos de parecer pariente de los monos por su aspecto y por su inteligencia. En cualquier caso, una cosa era segura: no tenía cola. La cola existía, pero "separada": ¡era sólo un adorno de cuero que los ñam-ñam usaban en sus festividades!

Pero incluso despojados de sus colas seguían siendo feroces. El explorador alemán Georg Schweinfurth, que los visitó en 1869-1870, notó su interés por la carne humana y también "su costumbre de afilarse los caninos para transformarlos en un arma ofensiva".

Mencionando este detalle, el *Gran diccionario universal del siglo diecinueve* (Larousse) precisaba en la entrada *Ñam-ñam* que el tema del canibalismo no estaba del todo resuelto. Por el contrario, el estado general de civilización de esos peligrosos salvajes parecía un tanto diferente a lo imaginado al comienzo: "Las tribus que componen esta nación parecen poseer una organización social superior a la de los poblados negros que la rodean, y se encuentran agrupados en gran número de Estados que gobiernan jefes absolutos".

Era ir demasiado lejos. Había que buscar un punto medio. Se renunciaba a la cola pero se conservaban algunas características de la animalidad de los ñam-ñam, en primer lugar la antropofagia. Varias decenas de años más tarde, René Verneau, antropólogo de renombre, se expresó categóricamente en su libro *L'Homme. Races et coutumes*: "El alimento más apreciado por los ñam-ñam es la carne humana. Los ñam-ñam se comen a sus prisioneros de guerra, sin distinción de edad ni de sexo, e incluso a los muertos sin familia de sus propias aldeas".

Los especialistas de 1850 o 1900 se hubiesen contrariado mucho por los estudios más recientes sobre los ñam-ñam (también llamados *zandé*). Surge la complejidad de un determinado refinamiento de su civilización: una casta militar, estructuras políticas bastante evolucionadas, aptitudes artísticas que se manifiestan en las artes plásticas, la música y la poesía. Sorprendente evolución a la vuelta de un siglo. Los antiguos caníbales con o sin cola son irreconocibles. ¿Quiénes han cambiado, los ñam-ñam o los europeos?

La era del menosprecio: multiplicación y desvalorización de los hombres diferentes

La historia de los ñam-ñam probaba que el negro seguía situado en el punto más bajo de la escala humana y que entre él y el mono se establecían relaciones muy fácilmente. Pero sólo representaba el caso extremo de la desvalorización del Otro que durante el siglo diecinueve afectó a razas, naciones y comunidades que hasta entonces se habían salvado. Fue la

época de la burguesía triunfante y el Occidente dominador. Se terminaron los modelos salvajes o chinos. China, que durante el siglo de las Luces suscitaba la admiración de los filósofos por su sabio sistema de organización social y gobierno, comenzaba a ser considerada con indisimulado desprecio. Alexis de Tocqueville (1805-1859) se asombraba del juicio favorable de la Ilustración hacia un gobierno que le parecía "imbécil y bárbaro".[3]

Tampoco el espacio blanco presentaba un aspecto homogéneo. Las naciones que habían emprendido la revolución industrial imponiendo su dominio por todo el mundo pertenecían a Europa septentrional. El Sur se había desvalorizado respecto del Norte. El espíritu creativo y el dinamismo se concentraban en esta región. Recordemos los *Viajes extraordinarios* de Julio Verne (1828-1905), reflejo fiel de la mentalidad burguesa de la segunda mitad del siglo diecinueve. El sabio, el ingeniero, el inventor –figuras clave de sus relatos– son casi sin excepción nórdicos (el indio Nemo ocupa un lugar aparte). Son ingleses, norteamericanos, franceses, a veces alemanes, pero ¡jamás italianos ni españoles! En este punto, como en tantos otros, las ciencias del hombre iban más lejos que la ficción. Friedrich Ratzel (1844-1904), naturalista y antropólogo de renombre, afirmaba sin ambages en su *Anthropogeographie* (1882-1891) la superioridad de alemanes, franceses y norteamericanos sobre los habitantes del sur. Cualquiera fuese el marco, los rubios se imponían a los morenos, y qué decir de los negros...

El complejo de superioridad de los europeos del noroeste alimentó asimismo el mito ario. Los arios o indoeuropeos, pueblo misterioso salido de las profundidades de Asia y establecido en Europa en una época prehistórica indeterminada, fueron adoptados por sabios, escritores y profetas que creyeron descubrir en ellos a los maestros de la Historia, las criaturas de la civilización. Esta raza "nórdica" tuvo a

[3] *L'Ancien Régime et la Révolution*, 1856.

continuación una desagradable tendencia a identificarse con la Europa germánica.

Durante el siglo diecinueve, Europa conoció un proceso de "fragmentación". Fisuras entre naciones, fisuras entre razas, definidas éstas por criterios lingüísticos y culturales (raza latina, germánica y eslava) o por criterios biológicos. Abrasados por una fiebre macabra, los antropólogos no paraban de medir esqueletos, y cráneos en particular, para confirmar las diferencias cada vez más acusadas entre los individuos, los pueblos y las razas. Las razas tradicionales se disgregaron. La raza blanca resistió mejor, pero finalmente tuvo que ceder ante los maníacos de las medidas. Hacia 1900, el antropólogo francés Joseph Deniker identificaba en su libro *Les Races et Peuples de la Terre* no menos de seis razas europeas, complementadas por otras cuatro razas secundarias. Diez divisiones biológicas para añadir a las divisiones nacionales, económicas, religiosas, sociales, ideológicas... Europa hacía lo que podía para justificar sus divisiones y confrontaciones.

"Toda civilización proviene de la raza blanca, y ninguna puede existir sin el concurso de esta raza", decretaba el conde José Arturo de Gobineau (1816-1882) en su famoso *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (cuatro volúmenes, 1853-1855). Desigualdad obliga: ni siquiera los blancos poseen todos la misma calidad. "No ha existido ninguna civilización verdadera de las naciones europeas cuando las ramificaciones arias no han dominado." En el otro extremo se encuentran, evidentemente, los negros: la "variedad melanésica" presenta un "carácter de animalidad". "Jamás saldrá del círculo intelectual más limitado." Los sentidos más desarrollados entre los negros son el gusto y el olfato, lo que hace pensar en los animales. Su suprema ambición es comer. "Todos los animales les parecen buenos, ninguno les repugna, ninguno les disgusta. Su deseo es comer, comer en exceso, con furor."

El fundador del racismo moderno tampoco es benévolo con los amarillos. Más dotados sin duda que la raza negra, se encuentran en inferioridad manifiesta de cara a los europeos. Nada notable entre ellos: "en todas las cosas se observa una

tendencia a la mediocridad. Son gentes prácticas en el sentido limitado de la palabra".

Por la época en que Gobineau redactaba su obra, el poligenismo parecía a punto de ganar la partida. Por lo menos en Francia, porque los ingleses, más sensibles a los argumentos religiosos, seguían sosteniendo el origen común de todos los hombres. Tampoco los franceses ignoraban la Biblia. No se esperaba descartar su palabra o ridiculizarla como lo hicieron algunos filósofos de las Luces. Se encontró una mejor solución. Una exégesis diferente.

La Biblia, escribió Bory de Saint-Vincent en 1825, "no entiende que el primer hombre haya sido el padre del género humano, sino únicamente de una especie privilegiada" ("la nuestra", por supuesto). Además, los Otros eran enteramente desconocidos para los judíos y hubiese sido imposible que la Biblia hablara de ellos. No hay ninguna impiedad, por lo tanto, "en reconocer varias especies entre nosotros, cada cual con su Adán y su origen particular".

La misma canción de Gobineau: "Que Adán sea el autor de nuestra especie blanca, lo admito con certeza"; no obstante, nada prueba que "las criaturas que no pertenecen a la raza blanca hayan pasado por ser parte de la especie".

El gran Goethe también se sacrificó al poligenismo. A diferencia de Bory de Saint-Vincent y Gobineau, no se consideraba descendiente de Adán, a quien de buena gana cede a los judíos, "pero nosotros, como los negros y los lapones, tenemos por cierto otros ancestros".*

Para Gobineau lo esencial estaba siempre en otra parte. Los orígenes le interesaban menos que la evolución ulterior. Origen común o no, comprobó diferencias fundamentales entre las razas o las "especies" humanas. Una diversidad notable, no menos pronunciada que la característica de las razas caninas. Es un paralelo impactante: ¡los negros o los amarillos eran tan diferentes a los blancos como un pequinés o un teckel en comparación con un san Bernardo!

* Declaración recogida por Eckermann en *Conversaciones con Goethe*, 1828.

La expresión más lograda del poligenismo se encuentra en el *Dictionnaire classique d'histoire naturelle*, dirigido por de Saint-Vincent, a quien corresponde también el artículo "Hombre" publicado en el octavo volumen (1825). Recogía por lo menos quince especies repartidas por la Tierra. La primera, la especie estándar, denominada japética, era la más bonita e inteligente. Su ángulo facial se aproximaba a los 90 grados. Era asimismo la más púdica: "Los dos sexos se avergonzaron inmediatamente de su desnudez y se cubrieron con diversas vestimentas". Seguramente los ancestros habían presentido la pudibundez burguesa. Esta especie habitaba en Europa y el Cáucaso (las siempre hermosas mujeres de esta región eran también muy maleducadas, pero eso ocurre hasta en las mejores familias).

Después, se sucedían las especies en línea descendente, cada una con su número de clasificación: 2) arábiga, 3) hindú, 4) escítica, 5) sínica (notemos la regresión de los chinos a la quinta posición), 6) hiperboreana (lapones, samoyedos), 7) neptuniana (polinesios, malayos), 8) australasiana, 9) colombina, 10) americana, 11) patagona (los gigantes, ya reducidos a seis pies, unos dos metros), 12) etíope, 13) cafre, 14) melanésica, y 15) hotentote.

Las últimas cuatro especies correspondían a los negros, y se emparentaban con la muy primitiva especie australasiana, los aborígenes de Australia. Curiosamente, éstos se situaban más arriba en la escala, aunque eran caracterizados sin miramientos: desprovistos de religión, de leyes y sobre todo de "la menor idea de su desnudez" (más explícitamente: "no se les ocurría ocultar los órganos que los reproducían").

Los seres humanos más diferentes ocupaban el número 15. El mito del hotentote ya estaba bien individualizado en la mitología de la raza negra. El era el "eslabón entre el género hombre y el de orangután o mono". Su figura es "odiosa de animalidad", y "las mujeres [son] más abominables aún que sus maridos". "Su lenguaje se reduce a una especie de cacareo". Sin leyes, sin religión, habitan en cavernas y se distinguen por una "suciedad asquerosa". En suma, son "tan brutos, perezosos y estúpidos que se ha renunciado a reducirlos a la esclavitud". La inferioridad de la raza había justificado la

esclavitud de los negros; ¡pero hasta en la inferioridad hay que mantener cierta mesura y decencia!

Las mujeres hotentotes habían suscitado desde el siglo dieciocho la curiosidad del público y el interés de los sabios por su famoso "delantal", excrecencia que parecía bajar del vientre hasta la mitad de los muslos. El siglo diecinueve acabó por renunciar a dicho atributo... para dedicarse a las "nalgas" de las mismas señoras. El trasero de éstas se prolongaba –según opiniones expertas– en una especie de tumor monstruoso que de algún modo sugería las ancas de los monos. La celebridad de la Venus hotentote fue bien merecida. La disecciónó el gran Cuvier, interesado tanto por sus nalgas como por su cabeza; el sabio le encontró afinidades simiescas.

Los negros y en general los "primitivos" acumulaban una cantidad impresionante de insuficiencias y defectos. El canibalismo y la desvergüenza sexual, dos figuras clásicas de la alteridad, se llevaban la palma. El sexo hacía temblar a una Europa cada vez más rigorista, por lo menos teóricamente. Observemos a los etíopes, pertenecientes sin embargo al grupo negro más evolucionado: ellas "parecían muy lascivas, y sobre todo aparentaban ignorar que se pueden rechazar las solicitaciones de un hombre, en especial si es blanco; siempre están dispuestas a entregarse..." (Bory de Saint-Vincent).

Los negros forman una categoría aparte incluso en clasificaciones más generosas que la de de Saint-Vincent. En la concepción del doctor Julien-Joseph Virey (1776-1847), en lugar de quince especies sólo había dos, cada una compartimentada en varias "ramas" y "razas" (en la entrada "Hombre" del *Nouveau Dictionnaire d'histoire naturelle*, 1817). La primera presenta un color blanco u oliváceo y un ángulo facial entre los 85 y 90 grados: "tienen leyes escritas", una "inteligencia más amplia", un "estado de civilización más o menos perfeccionado", al cual se añade ¡"el coraje y el amor por la gloria auténtica"! Se bifurcaba en dos ramas principales: por una parte la variedad blanca; por otra, la cetrina (chinos, mongoles, lapones) y la cobriza (amerindios).

La segunda especie humana se destaca "por un tinte de color marrón o enteramente negro", "entendimiento limitado", "civilización constantemente imperfecta", "menos valor auténtico, actividad y habilidad que la otra especie". Es más "inclinada a los placeres de los sentidos que a las aficiones morales" y, en suma, "se acerca más al animal". Los más evolucionados entre los miembros de esta especie parecían adecuados para la esclavitud, y los menos evolucionados, como los hotentotes y los papúes, eran poco recomendables para ese comercio pues estúpidamente preferían la muerte a "cualquier trabajo largo y penoso". Sí, los papúes tenían bien merecido su lugar junto a los hotentotes: "incapaces de reflexión", "no quieren hacer nada" y "pasan los días acuclillados como los monos".

Ya fuesen dos especies o quince, nada cambiaba para los negros de Africa u otras partes. Siempre ocupaban el último lugar, cerca de los monos. En el grabado que acompaña el artículo de Virey, tres cabezas representan las tres especies diferentes: blanca, "negra" y "orangután". El negro se encuentra en posición intermedia, pero está más cerca del orangután que del blanco.

El reforzamiento del poligenismo se asociaba a una modificación de las perspectivas en el campo de los monogenistas. Las razas invocadas por estos últimos se transformaban en casi tan diferentes como "las especies" de los primeros. El siglo dieciocho estuvo tentado de creer que el medio, que había creado las razas, actuaba con gran economía de tiempo. Al cabo de algunas generaciones un cambio de las condiciones de vida y una mejor educación podían dar frutos. ¿Quién sabe? El negro tal vez se volvería blanco, el salvaje se volvería civilizado, e incluso el orangután aprendería a sostener una conversación. Pero el siglo diecinueve ya no compartía este evolucionismo fácil y optimista. La acción del clima y otros factores se consideraron particularmente lentos. Incluso formadas por una evolución natural y transformables en la perspectiva de un futuro lejano, las razas conservarían durante mucho tiempo su configuración presente. Habiendo partido desde horizontes diferentes, monogenistas y poligenistas se encontraron en el mismo punto.

Hacia 1860 todavía no se podía decir con exactitud si las razas o las "especies" humanas podían cruzarse o no. Se sabía,

por supuesto, que un blanco amo de una plantación podía embarazar a una esclava negra, pero algunos dudaban de la calidad biológica de tal progenie, que corría el riesgo de volverse estéril. El gran antropólogo francés Paul Broca (1824-1880) publicó en 1860 sus notables *Investigaciones sobre la hibridación animal en general, y sobre la hibridación humana en particular.* Allí comparaba la hibridación humana con la animal, para llegar a la conclusión de que esta última ofrecía especímenes mejor adaptados. El gato y el lobo, por ejemplo, dos especies evidentemente distintas, se cruzarían mejor que las "especies" humanas. Las conclusiones de Broca arrimaron agua al molino del poligenismo, acrecentando más aún el intervalo entre los diversos grupos humanos. Allí donde Gobineau se contentaba con un paralelo con las razas caninas, ¡la distancia del perro al lobo ya parecía insuficiente! Broca no quiso ofender a los Otros: "La doctrina poligenista", afirmó, "asigna a las razas inferiores de la humanidad un lugar más honorable que la doctrina opuesta". El negro y el amarillo dejan de ser "desviaciones" respecto de un determinado prototipo biológico para transformarse en seres independientes, que pueden enorgullecerse de su propio lugar en la Tierra. "El etíope es el rey de Sudán, con el mismo derecho con que el caucasiano es rey de Europa." Rey, si se quiere, pero de todos modos inferior...

La doctrina del poligenismo tuvo el honor de ser incluida en una de las obras más influyentes de la época: el *Gran diccionario universal del siglo XIX*, editado por Pierre Larousse de 1866 a 1876. En la entrada "Negro" (volumen undécimo), puede leerse que "la mayor parte de los naturalistas y filósofos están de acuerdo en aceptar que desde el principio ha habido tantas especies como las que existen en la actualidad". También se indica que los negros tienen el cerebro menos desarrollado, en tanto que sus sentidos son más agudos. Y vuelven a decirnos que "entre el mono y el hotentote las relaciones son numerosas y notables". Enseguida nos ofrecen una buena parrafada racista y paternalista:

"Pero esa superioridad intelectual, que según nosotros no puede ponerse en duda, ¿da a los blancos el derecho a reducir a las razas inferiores a la esclavitud? No, mil veces no.

Si bien los *negros* se acercan a ciertas especies animales por sus formas anatómicas y sus instintos groseros, difieren de ellas y se acercan al blanco en otros sentidos, lo cual debemos tener muy en cuenta. Están dotados de palabra, y mediante la palabra podemos anudar con ellos relaciones intelectuales y morales, podemos intentar elevarlos hasta nosotros, seguros de tener éxito hasta cierto punto. Por lo demás, un dato fisiológico que nunca debemos olvidar es que su raza es susceptible de mezclarse con la nuestra, signo sensible e impactante de nuestra naturaleza común. Su inferioridad intelectual, lejos de conferirnos el derecho de abusar de su debilidad, nos impone el deber de ayudarlos y protegerlos."

Esta vez el cuadro es más bien idílico, pero la actitud "humanista" no redujo las distancias. Encontramos el mismo tono en *La isla misteriosa* (1874), de Julio Verne, que es la historia de una pequeña comunidad en la que la armonía no excluye la jerarquía; casi la misma distancia separa a los personajes blancos (anglosajones) del negro, a éste del orangután y, por fin, a este último del perro...

El caso africano, sobre el que hemos insistido, es sólo la ilustración muy amplificada de una desvalorización global de la civilización de los Otros. Con ocasión de la Exposición Universal de París de 1878, se representaron los continentes en esculturas femeninas de bronce; expuestas por entonces en el Trocadero, en la actualidad pueden admirarse a la entrada del museo de Orsay. Físicamente, todas las figuras pertenecen a una sola especie humana: ¡la *bella*! Pero la atenuación de la alteridad biológica pone tanto más en evidencia una fuerte alteridad cultural. La dama que representa a Europa es la única conveniente y completamente vestida, y se halla casi aplastada bajo una impresionante colección de objetos diversos. Se encuentran armas, libros, un martillo, una paleta... todas las artes y los oficios reunidos. Europa parece detentar la exclusividad del espíritu humano; ella decide la guerra y la paz, asume el gobierno del mundo y se responsabiliza por el progreso y el futuro. Con los senos semidesnudos, Asia da la impresión de haber contribuido muy modestamente a la marcha de la civilización; como objeto simbólico, sólo porta una

estatuilla de Buda. Las demás damas-continente aparecen aún más desnudas y desprovistas. Africa exhibe una cesta de fruta, única ofrenda que se siente capaz de aportar. Mientras Europa simboliza sin competencia la civilización y sus virtudes, las Otras están empujadas hacia el estado de naturaleza.

¡No digas que no está bueno!

El siglo diecinueve fue también el siglo de los caníbales, de un canibalismo casi generalizado en todas las regiones "salvajes" del globo. "¡Di siempre que es infame; pero no digas que no está bueno!" Estas palabras memorables, dirigidas por un jefe batta de la isla de Sumatra a un misionero, aparecían como una justificación gastronómica del canibalismo. Al parecer, en este planeta vivían únicamente dos categorías de hombres: los que se comían y los que no se comían a sus semejantes...

El mapa del canibalismo tendía a confundirse con el de los pueblos situados fuera de la civilización. Comprendía esencialmente a los amerindios, a los negros africanos y a los habitantes de las islas del Pacífico.

¿Por qué se comía carne humana? Por motivos muy diversos, sistematizados por Cesare Lombroso en su *Hombre criminal*. En primer lugar por necesidad, porque se sentía hambre; pero esa necesidad no tardaba en convertirse en "segunda naturaleza". "Los cafres, en Africa sólo comen carne humana en tiempos de hambruna; pero entonces adquieren el hábito." Hasta los tahitianos figuraban en la lista, prueba de que las ilusiones filosóficas del siglo dieciocho ya no funcionaban: "En Tahití, a una época de penuria la llamaban 'tiempo de comer gente'". También se practicaba por religión o prejuicio; por ejemplo, para adquirir el valor de un enemigo, comiéndole el corazón. ¡Y por piedad filial! Sucedía que los viejos, cansados de la vida, rogaban a sus hijos que se los comieran y

"éstos no se hubiesen atrevido a desobedecer". Por supuesto, existía asimismo el canibalismo de guerra, los festines en que se sacrificaban prisioneros.

Pero había algunos que devoraban carne humana sencillamente por glotonería, porque "era buena". Y, a veces, el refinamiento iba muy lejos. "En las islas Marquesas prefieren las mujeres a los niños. Al parecer son más sabrosas. Desprecian a las del litoral pues les encuentran gusto a pescado podrido. También los europeos parecen demasiado salados."

Otros motivos de antropofagia: vanidad, lucha por la supervivencia y canibalismo judicial. En este último caso, eran los condenados los que pasaban por la cocina.

Nueve razones para hacerse caníbal, cada cual más atractiva que la otra... ¿Cómo pedir a un pobre salvaje que no cediese a la tentación? ¡Por lo menos una vez en la vida, si no en cada cena!

Los salvajes en la ciudad

Al final del artículo de Bory de Saint-Vincent sobre las quince especies humanas aparece una afirmación terrible. Aprendemos que "nueve décimos de los individuos" que componen la raza "japética" superior "no son, sin embargo, muy superiores a los hotentotes en cuanto al desarrollo de la razón". No se trata de una fatalidad: unos y otros, los hotentotes de Africa y nuestros propios "hotentotes", podrían evolucionar en el futuro. Pero hasta nueva orden las cosas son así: ¡la elite blanca vive rodeada de imbéciles blancos, que además son netamente mayoritarios!

Disgregada horizontalmente, la especie se disgrega también de modo vertical. En los primeros tiempos de la Revolución Industrial la separación entre las "elites" y las "masas" adquiere la apariencia de un auténtico abismo. La tendencia real a la polarización social es todavía mayor en el imaginario.

El espíritu del siglo diecinueve fue de confrontación. Es el siglo de Gobineau (conflicto de razas), de Marx (lucha de clases), de Darwin (lucha por la supervivencia); un siglo de conflictos entre las naciones. En el momento en que las razas humanas se volvían entidades biológicas muy individualizadas, en que la propia Europa se dividía en zonas raciales, las categorías sociales de Occidente comenzaron a su vez a investirse de atributos biológicos susceptibles de diferenciarlas con claridad.

Los burgueses y los proletarios, los ricos y los pobres, se miraban con ojos cada vez menos indulgentes. La imagen del Otro asumía rasgos caricaturescos, a veces hasta monstruosos. Si el siglo dieciocho fue el siglo de la belleza, el diecinueve sería el de la caricatura. Observemos a Daumier: sus personajes parecen pertenecer a otra especie, a varias especies diferentes. Es el caso más célebre de un gran museo imaginario que presenta al Otro con sus rasgos menos halagüeños; éstos, deformados y magnificados, lo convierten en un ser humano muy alejado de la norma.

La elite se atrincheraba en sus fortalezas, amenazadas a la vez desde el exterior y el interior. Observaba con horror la multiplicación de cretinos: estaba produciéndose una bifurcación de la humanidad, un proceso que fue explicado y justificado por teorías antropológicas y médicas. El doctor Bénedict Morel publicó en 1857 un *Traité des dégénérescences physiques, intellectueles et morales de l'espèce humaine.* Comprobaba en él una progresión inquietante de "imbéciles", "histéricos", "tarados" y "cretinos", seres humanos cada vez más separados del tipo normal por sus deformaciones físicas y psíquicas. Huelga decir que éstos pertenecían esencialmente al registro "inferior" de la sociedad, el más golpeado por los males que provocaba la degeneración: enfermedades (tuberculosis, sífilis), alcoholismo, pauperismo...

La disgregación "biosocial" fue en cierto sentido "oficializada" en la ciencia y la ideología de la época por los trabajos de Cesare Lombroso (1835-1909), uno de los pensadores más influyentes de finales del siglo diecinueve. Su *Hombre criminal* apareció en 1876 y fue seguido por otras obras que respiraban el mismo espíritu, como *El hombre de genio* (1888) y *La mujer criminal y la prostituida* (1895). Para Lombroso, los criminales natos, los locos, las prostitutas –que ilustraban, por su multiplicación, fenómenos de atavismo pero también la degeneración de una parte de la especie– presentaban desviaciones reconocibles en su constitución física. La anomalía moral se reflejaba en anomalías físicas. Fue un Lavater perfeccionado y acondicionado al gusto del momento. El criminal –con su capacidad craneana menor que la de las gentes de bien, su mandíbula prominente, su pelo negro y motudo, los caninos particularmente desarrollados y la expresión siniestra– era vecino del hombre primitivo, del salvaje, del negro e incluso del europeo perteneciente a las categorías sociales modestas: "La diferencia entre el criminal, el hombre del pueblo sin educación y el salvaje es bien pequeña, a veces inexistente".

Es necesario precisar que los métodos de identificación que Lombroso proponía superaban ampliamente la categoría más o menos numerosa, pero con todo limitada, de personas que hubiesen cometido un crimen o un delito, o practicado la prostitución. La definición se refería también, y sobre todo, al ejército innumerable de los criminales en potencia. Criminal no es únicamente el que mata; criminal es el que sería capaz de matar, o robar, o prostituirse. Felizmente, la especie se puede desenmascarar con facilidad siguiendo las normas de la metodología lombrosiana.

Sorprende hallar genios en esta amable sociedad. Pero, para la *Belle Epoque,* la respetabilidad era más importante que la superioridad intelectual. El mito del sabio loco tuvo entonces su mejor momento. Para Lombroso, el hombre de genio, como el criminal o el loco, era un producto de la degeneración: "El genio es una psicosis degenerativa del grupo epiléptico". De este modo se explicaba "la frecuencia de hombres de genio entre los locos y de locos entre los genios". Los datos al respecto eran estremecedores: aparte de la locura, se les reconocía por su escasa estatura, la delgadez, la frecuencia del raquitismo entre ellos, la tartamudez, la esterilidad, la amnesia, el vagabundeo... Sócrates, Darwin y Dostoievski tenían una "fisonomía cretina". La asimetría craneana de Kant

era similar a la de la mayoría de los criminales. De Maquiavelo al orangután la distancia no era mucha, dado el prognatismo del florentino. Los tartamudos eran legión, desde Esopo y Demóstenes a Erasmo y Darwin. Y cosas por el estilo. Como los extremos se tocan, el desarrollo excepcional del intelecto parecía próximo a su atrofia, lo cual dejaba el espacio libre para la mediocridad burguesa triunfante, muy preocupada de las normas.

La sociedad occidental parecía a punto de dividirse en dos, de polarizarse alrededor de una elite y unos bajos fondos reales o imaginarios. Las fisuras se multiplicaban. De esta manera, la aldea perdió mucho valor ante la ciudad, que se apropió todos los símbolos del progreso: tecnología, industria, educación, bienestar burgués. La montaña se desvalorizó ante el llano. El "malvado montañés", personaje basto y grosero, aplastaba gradualmente la imagen previa del "buen montañés", hijo de la naturaleza, espíritu libre y orgulloso, representante europeo del buen salvaje. El salvajismo pasó de moda. El progreso se hallaba en la ciudad, entre la gente instruida, bien criada y bien vestida, y no en los senderos perdidos de los bosques y las montañas.

Evidentemente, en este sistema bipolar generalizado la mujer se situaba en el registro inferior. Como todo debía someterse a una argumentación científica, hubo acuerdo para atribuir al "otro sexo" una naturaleza mucho más frágil que la de los hombres. "Toda la constitución moral del sexo femenino deriva de la debilidad innata de sus órganos", afirmaba el doctor Virey, el especialista en las especies humanas que ya hemos citado. En ocasiones se comparó a la mujer con un niño o un enfermo. Los desvanecimientos o la pérdida de la razón se inscriben entre las escenas clásicas de la literatura del siglo diecinueve. Enferma crónica, la mujer *debía desmayarse* con la mayor frecuencia posible. El doctor Virey creía saber también que en los manicomios existía "un número mayor de locas que de locos". Pese a estos casos extremos, la domesticación de la mujer parecía un éxito completo. Inspiraba mucho menos miedo que en el tiempo de las cacerías de brujas. Frágil y decorativa, sumida en la quietud del hogar y dedicada

a la felicidad de la familia, el hombre se hacía cargo de ella. Se trataba del mismo tipo de paternalismo que el que se aplicaba a las razas o a las capas sociales inferiores. ¡Pobre mujer! Pero sobre todo, ¡pobre hombre!: la carga sobre sus espaldas crecía sin cesar...

La disgregación en todos los niveles de la especie en el siglo dieciocho y sobre todo en el diecinueve reactualizó de algún modo la fórmula disgregada y jerarquizada de los antiguos, más o menos atenuada por la ideología cristiana. La ciencia moderna volvió al arquetipo, reconfirmando las fisuras tradicionales. Todos los hombres eran seres humanos, sin duda, pero había algunos "más humanos" que otros.

El retrato robot del hombre logrado se hace más preciso. Es blanco, hombre, de origen europeo, occidental, más nórdico que meridional, urbano, burgués, bien educado y convenientemente vestido. Cumplidas esas condiciones, sólo quedaba proceder a algunas mediciones antropológicas para identificar a los locos y los criminales.

La prehistoria: salvajes, criminales y hombres mono

El siglo dieciocho había posado las primeras cotas de una historia natural y humana que se inscribía en un largo transcurso y estaba marcada por la evolución y el progreso. El siglo diecinueve avanzó en esta vía, llegando mucho más lejos. Respetadas aún por la Ilustración, las fronteras entre las especies se borraron. Con la *Filosofía zoológica* de Lamarck (1744-1829) y *El origen de las especies* de Charles Darwin (1809-1882), la teoría de la evolución acabó por englobar la historia entera de la vida, comprendido el origen y el porvenir del ser humano. Desde los organismos unicelulares hasta el superhombre de mañana, se perfilaba una sola y grandiosa epopeya biológica. Los límites del tiempo se disgregaban. La

vida venía de lejos. El hombre también. Aunque en la Ilustración –y pese a los sarcasmos de algunos filósofos como Voltaire– el esquema bíblico de una historia limitada a unos pocos miles de años seguía en vigor, el siglo diecinueve, llegado a su edad madura, optó resueltamente por un período mucho más largo. Una historia que ya se medía en millones o decenas de millones de años en lo que concierne a la evolución de la vida terrestre, y en decenas o centenas de miles de años cuando se refería al origen y la evolución del hombre. Hacia los años 1830-1840, Boucher de Perthes (1788-1868) descubrió en el valle del Somme las primeras huellas del hombre prehistórico. Inventó la prehistoria, el segmento más prolongado de la historia, situado mucho antes del Diluvio bíblico. Un nuevo miembro se añadía a la familia ya numerosa del hombre diferente.

Boucher de Perthes no era evolucionista. Creía que el ancestro no difería esencialmente de nosotros. "Por lo tanto el hombre no ha nacido estúpido, y el día que salió de las manos del Creador no era menos razonable ni menos niño que nuestros niños. Desde el momento en que abrió los ojos y pudo mover su mano, ha hecho lo que nosotros hacemos", "no tan bien, sin duda", pues "no tenía buenos utensilios ni buenos modelos" (*De l'homme antédiluvien et de ses oeuvres*, 1860).

No obstante la opinión del padre de la prehistoria, el hombre primitivo se vio rápidamente integrado en el esquema evolucionista. El hombre de Neandertal (identificado en 1857) y el pitecántropo (en 1891) probaban la existencia de tipos humanos menos perfeccionados que el hombre actual, algunos de ellos más o menos cercanos a los monos antropoides. ¿Cómo tratar a esos ancestros molestos? Merecían cierta consideración por parte de sus nietos. Pero, ¿qué esperar de los que vivían en un Occidente separado del resto del mundo y separado asimismo de sus propios orígenes? Entre la cultura y la naturaleza el foso se había ampliado demasiado. ¿Por qué tratar mejor al hombre prehistórico que al salvaje? Como nadie tuvo nunca la oportunidad de encontrarse con un prehistórico de carne y hueso, su imagen siempre estuvo asociada a la del "primitivo" actual. El buen salvaje de la Ilustración ofre-

ció a Rousseau el modelo del buen ancestro. El salvaje menospreciado del siglo diecinueve inevitablemente arrastraba al hombre prehistórico en su caída.

De hecho, éste se situaba en tres niveles diferentes. El hombre prehistórico de tipo actual recordaba evidentemente al salvaje. El hombre de Neandertal se beneficiaba de las investigaciones lombrosianas; se parecía mucho al criminal. El pitecántropo era el hombre-animal, el hombre-mono que además, también él, exhibía rasgos "criminales".

En cuanto al primero, la comparación con el salvaje se imponía por sí sola. Interpretando los objetos de adorno, Edouard Dupont hallaba "un gusto muy pronunciado" por lo "superfluo". Ello correspondía a "la imprevisión habitual de los salvajes", que no tienen "ninguna idea del bienestar". Denunciaba también su glotonería y "algunas prácticas sumamente pueriles". ¡No conocían el sentido del ahorro! Qué juicio, a partir de unos adornos inofensivos... (*L'homme pendant les âges de la pierre aux environs de Dinant-sur-Meuse*, 1872).

Gabriel de Mortillet (1821-1898), uno de los maestros de la prehistoria francesa, estimaba por su parte que "los hombres de esa época eran volubles y carecían de reflexión y previsión. Lo cual se observa aún en diversas poblaciones de salvajes" (*Le Préhistorique*, 1883; tercera edición, 1900). En resumen, ¡carecían de las virtudes burguesas más apreciadas!

¿Eran además antropófagos? En este punto las opiniones divergían; algunos asumían la defensa de nuestros ancestros, en tanto que otros les achacaban también ese vicio. Por cierto, sólo les faltaba el canibalismo para transformarlos en salvajes perfectos.

A veces el patriotismo se mezclaba con los asuntos prehistóricos, lo cual suavizaba los juicios. En su *France préhistorique*, Emile Cartailhac evocaba ni más ni menos que a "los franceses de la edad de piedra". Los defendía, por supuesto, de cualquier sospecha de antropofagia, subrayando por el contrario sus cualidades notables y en primer lugar su pasión por el arte. Aparentemente todos eran artistas; es más, unos perfeccionistas que intentaban mejorar su técnica mediante repetidos estudios.

Más abajo en la escala de la humanidad, el hombre de Neandertal debía ser, según Mortillet, "violento, colérico y peleador"; su cráneo presentaba similitudes con los cráneos de los criminales. La prehistoria se adaptaba a las ideas de Lombroso.

Desde luego el pitecántropo sólo podía ser bestial, y por tanto muy poco recomendable. Arthur Conan Doyle (1859-1930) ofrece a los lectores un encuentro inolvidable en *El mundo perdido* (1912). Una vez más aparecen "las cabezas de criminal" y un comportamiento en consecuencia. Son sádicos refinados que matan no tanto por necesidad como por placer. Lombroso se hubiese frotado las manos: su hombre criminal no perdía ocasión de expandir su territorio.

Si somos el fruto de monos y criminales prehistóricos, si incluso los ancestros más evolucionados eran sólo unos salvajes, se puede deducir que una evolución tan considerable no se detendrá en el momento presente; el futuro se escalonará simétricamente con el pasado, en centenas de miles, millones, decenas de millones de años. Nuestros herederos no serán menos diferentes de nosotros que nosotros de los monos o los hombres de Neandertal.

Sin duda resultaba seductor imaginar la larga marcha del hombre en sus menores detalles. Pero nada hubiese valido tanto como un encuentro directo, real, con nuestros ancestros y nuestros herederos. El viaje en el tiempo quedaría inevitablemente prisionero del imaginario. En cambio, el viaje en el espacio correspondía mejor a las posibilidades concretas de la humanidad; lo imaginario hoy podría materializarse mañana. Hacía falta, por lo tanto, transformar una dimensión en otra, dotar al espacio de significaciones temporales. La solución estaba al alcance de la mano: todas las fases imaginables del pasado y el futuro se estaban desarrollando, en esos mismos momentos, en los planetas.

Una religión científica: la pluralidad de los mundos habitados

Hacia mediados del siglo diecinueve, la pluralidad de los mundos habitados se beneficiaba de una cómoda mayoría en las urnas, por lo menos entre los autores considerados competentes en la materia. Un "sondeo de opinión" entre una centena de sujetos, efectuado por Michael J. Crowe entre 1854 y 1859, durante una apasionada controversia suscitada en Inglaterra en torno del problema, arroja un 83% de respuestas afirmativas entre los científicos, y una mayoría más débil (56%), pero mayoría al fin, entre los autores religiosos. En Inglaterra los argumentos religiosos seguían siendo frecuentes en los debates científicos; en todo caso eran más utilizados que del otro lado de La Mancha. Algunos seguían teniendo problemas para adaptar la Biblia a la pluralidad de los mundos. Pero ya habían quedado en minoría ante los creyentes que no veían contradicciones entre ambos cuerpos de conocimiento.

La efervescencia de aquellos años fue provocada por William Whewell (1794-1866), sabio y teólogo, que publicó en 1853 su libro *On the Plurality of Worlds*. Combinando argumentos científicos y religiosos, dio una despedida de peso al hombre diferente cósmico. La Tierra quedó como el único planeta habitado en todo el sistema solar y probablemente en el universo. En los demás cuerpos celestes podían surgir "monstruos cartilaginosos"; la Biblia no les ofrecía obstáculos.

Monstruos cartilaginosos: era un poco mezquino. Whewell recibió la réplica del escocés David Brewster (1781-1868), quien tituló su libro *More Worlds than One* (1854). No, la Biblia no se opone a que los planetas puedan estar habitados, en tanto que la ciencia y la filosofía lo exigen. Desde el punto de vista de Brewster, se trataba de un axioma, y los axiomas no se discuten. "Afirmamos que cada planeta y satélite en nuestro sistema solar posee una atmósfera." La atmósfera exigía habitantes, por lo menos para inhalar el aire. Muy democráticamente, Brewster situó a los satélites en el mismo nivel que los

planetas madres; tenían la misión de darles luz, pero sin sacrificar su propio destino. "Los satélites de los planetas deben de haber sido creados con el doble fin de dar claridad al planeta principal y al mismo tiempo como un hogar para la vida animal e intelectual." Los intelectuales nos esperaban, en la Luna acaso, pero con más certeza en Júpiter y en el Sol, residencia de los grandes espíritus, donde hasta el gran Newton pasaría por deficiente psíquico. El alegato entusiasta de Brewster, publicado en varias ediciones, tuvo un éxito más considerable que la obra escéptica de Whewell. Signo de los tiempos.

Algunos años más tarde estalló en Francia el fenómeno Flammarion. Camille Flammarion (1842-1925) fue una fuerza de la naturaleza. Más aún: un demiurgo. Este astrónomo se apartó muy pronto de la mera mecánica celeste; su auténtico interés era la difusión cósmica de la vida y el destino del hombre. "¿Cómo he entendido la astronomía? La considero y la venero como la ciencia del Universo vivo. No son bloques planetarios inertes que giran inútilmente en el espacio lo que el dedo de Urano nos muestra en el seno de los planos etéreos; no son puntos estelares brillantes cuyas coordenadas geométricas representan todo el valor; son mundos; residencias de vida, presente, pasada y futura (pero en la eternidad el tiempo no existe)."

Esta profesión de fe, expresada hacia el final de su carrera (en 1912), corresponde a una concepción perfectamente cristalizada desde su primera obra, publicada a los veinte años, en 1862, bajo un título cercano a la antigua obra de Fontenelle: *La pluralidad de los mundos habitados.* Una serie de volúmenes vino a continuación (*Los mundos imaginarios y los mundos reales*, 1865; *Las maravillas celestes*, 1865; *Lumen*, 1873; *Las Tierras del cielo*, 1877; *Astronomía popular*, 1880...). Todos consagrados a estadías cósmicas de la vida en otras Tierras, con humanidades diferentes. Su influencia fue enorme, y tanto más puesto que unía una gran capacidad organizativa a la de propagador de ideas. La Sociedad Astronómica de Francia, fundada por él en 1887, consiguió interesar en la astronomía, cierta astronomía, a personas provenientes de todos los horizontes: franceses

y rusos, brasileños y abisinios, reyes e ingenieros, oficiales y artesanos, curas, escritores y empleados de correos. También sabios y astrónomos, pero estos últimos se perdieron en la masa de sus seis mil quinientos adherentes.

El encuentro, aunque fuese imaginario, con nuestros hermanos y primos planetarios justificaba en parte la reunión de una clientela tan ecléctica. Pero la filosofía flammarioniana poseía también un aspecto religioso que seducía los espíritus. Su "pluralidad de los mundos habitados" aspiraba nada menos que a ocupar la totalidad del conocimiento y las creencias. Sobre el tronco científico del sistema, Flammarion injertó una teoría esencialmente religiosa o, si se prefiere, en el tronco religioso injertó una teoría científica. Las religiones científicas no escaseaban en una época que creía en una ciencia providencial, susceptible de ofrecer soluciones para todos los misterios y todos los proyectos. Si los sabios ingleses se habían distinguido por su cuidado de no tocar la Biblia, la versión "francesa" fue mucho más ambiciosa: aspiraba a reemplazar el cristianismo por una nueva filosofía religiosa en que la pluralidad de los mundos estuviese asociada a una doctrina espiritualista. Los espíritus aseguraban el contacto entre los lugares de residencia cósmicos; se encarnaban sucesivamente en los planetas y las estrellas.

Pluralidad de mundos, metempsicosis, espiritismo, todos se fundaban en una síntesis única. Charles Fourier (1772-1837) había dado un ejemplo notable. Este teórico comunista no se limitó a asegurar la armonía terrestre con su famoso sistema de los falansterios, sino que cuestionó el universo tradicional, reemplazándolo por un mecanismo más funcional, en que las almas de los habitantes de los planetas se encarnaban sucesivamente en su propio mundo y en los demás cuerpos celestes. Allan Kardec (1804-1869), fundador de la teoría espiritista en su *Libro de los espíritus* (1857), propuso las reencarnaciones sucesivas de las almas en los planetas, a niveles cada vez más elevados y más cercanos a la perfección. Cada uno de nosotros podrá ser venusiano o jupiteriano en una vida futura. Se aprovechará el tránsito para cambiar de sexo, idea que no carece de gracia. En todo caso, no habría ningún riesgo de

retroceso. El hombre no se transformará en mono ni asno, o no volverá a serlo. Para los espiritistas la separación entre el hombre y el animal era nítida.

Allan Kardec fue uno de los maestros de Flammarion, quien meditó largamente sobre la migración de las almas y sus reencarnaciones cósmicas. Pese a sus dudas respecto de los fundamentos de algunas conclusiones espiritistas, nunca renunció a la existencia de una vida inmaterial e invisible, más esencial que el universo tangible.

El otro maestro de Flammarion y de su generación fue Charles Darwin. Darwin y Kardec: ¡qué mezcolanza! Aunque muy típica de la "religiosidad científica" de la época. La teoría evolucionista no solamente marcó la historia de la vida terrestre, sino también la habitabilidad de los planetas. El factor *tiempo* fue muy valorizado. Ya no se trataba de utilizar el mismo cronómetro en todas las regiones del universo. Cada planeta disponía de su propia escala de tiempo; con relación a nosotros se encontraba, en ese mismo momento, ayer o mañana, antes de ayer o pasado mañana. La evolución de la vida debía corresponder rigurosamente a la hora planetaria.

Flammarion consiguió asimilar esta lección, pero estaba hasta tal punto dedicado al hombre diferente cósmico que a veces olvidó los ocasionales desacuerdos entre la hora de su observatorio de Juvisy y la hora selenita o jupiteriana. Quería poblar el sistema solar tan densamente como fuese posible.

Fue un astrónomo inglés, Richard A. Proctor (1837-1888), quien llevó más lejos las exigencias evolucionistas. Su libro *Other Worlds than Ours* (1870) produjo un auténtico genocidio. De golpe, tanto la Luna como los planetas muy alejados del Sol quedaron despoblados de habitantes. Nuestro satélite, explicó el autor, había tenido vida en otro momento, pero en la actualidad y desde hacía mucho tiempo estaba totalmente muerto. Júpiter y Saturno estarán habitados algún día, pero ese día no está cerca. Por el momento los dos gigantes del sistema son demasiado jóvenes y ardientes, pequeños soles que no han acabado de apagarse, proporcionando calor y finalmente luz a sus numerosos satélites. La vida en esas "lunas" sería teóricamente posible. Las posibilidades más serias correspondían a Marte y Venus, más cercanos que los demás a la hora terrestre. En todo caso la vida estaba presente, en ese mismo momento y sin ninguna contestación posible, en los millones de planetas que gravitaban alrededor de las estrellas en el espacio infinito (*Our Place among Infinities*, 1875). El astrónomo inglés invitaba a superar el provincianismo "solar". El universo es más grande que el sistema planetario donde giramos en círculos. El tiempo cósmico es más amplio que el que mide la fugaz vida del planeta Tierra. Todos los cuerpos celestes han conocido o conocerán la vida, pero cada cual debe respetar escrupulosamente el orden que le corresponde.

Percival Lowell (1855-1916), el "patrón" de Marte, reunió estos axiomas en una teoría rigurosa. Proclamó el nacimiento de una nueva ciencia: la planetología, cuyos principios están en su libro *The Evolution of Worlds* (1909). Según Lowell, los planetas presentaban un aspecto distinto por la única razón de sus diversas edades. Todos debían pasar por las mismas fases: una primera fase solar; la segunda, líquida; la tercera, de solidificación; la cuarta, tierra acuática; la quinta, terrestre; la sexta y última, la muerte. La Tierra, felizmente para nosotros, está en la cuarta posición, Marte en la quinta, la Luna en la sexta. Marte ya fue una Tierra, la Tierra será mañana una réplica de Marte, y ambos acabarán completamente desiertos como la Luna.

El modelo terrestre –pasado, presente y futuro– se impuso a todos los cuerpos celestes y sus habitantes. Los venusianos y los marcianos, aparentemente tan diferentes a nosotros, habían de ser semejantes a los hombres de ayer o mañana. Si se quiere leer el porvenir, hay que observar Marte. Si se intenta descifrar los comienzos, lo oportuno es hacer una visita a Júpiter.

El egocentrismo de la civilización occidental había alcanzado su punto más alto. No solamente la Tierra, que ya le pertenecía, sino todas las "Tierras del cielo" se alineaban dócilmente con el fin de ilustrar en la gran pantalla del universo la teoría evolucionista condimentada con otras obsesiones de la época. Un esquema evolucionista puro y duro, en que las

mismas causas debían producir siempre los mismos efectos. La ciencia y la tecnología, como siempre y con docilidad, irían tras los pasos de la ideología. Los medios más avanzados –telescopios potentes, fotografía astronómica, análisis espectral puesto a punto hacia 1860– ofrecían conclusiones convergentes: similitud de condiciones físicas, existencia de un medio ambiente cuasiterrestre, por lo menos en los planetas cercanos. Nadie negaba las diferencias. La densidad del aire, el calor, la luz, el relieve, variaban de manera considerable, pero dentro de límites esencialmente "terrestres", como los que caracterizaban por ejemplo las altas montañas, los desiertos de arena o el hielo. La exploración de los planetas no suponía, en el imaginario de la época, ningún equipo de protección. Uno podía pasearse por ellos como si se visitase una reserva africana. Las damas, invitadas de cuando en cuando a participar en estos paseos cósmicos, no tenían necesidad de salirse de la moda. Con faldas largas y tacones, más que cosmonautas parecían embajadoras de la alta costura.

Inventario de planetas

Los hombres diferentes del Sol y la Luna fueron las primeras víctimas de las exigencias científicas del siglo diecinueve. Una de las últimas apariciones de los solarianos data de 1857-1858, gracias a la edición póstuma de la *Astronomie populaire*, de François Arago (1786-1853). Según el sabio francés, "la existencia en el Sol de un núcleo central envuelto en una atmósfera opaca, lejos de la cual se encuentra solamente la atmósfera luminosa" hacía posible la presencia de "seres organizados de manera análoga a los que pueblan nuestro globo". No olvidaba invocar al famoso doctor Elliot. La aparente locura de aquél ocultaba en realidad una profunda sabiduría... "Las concepciones de un loco –concluía Arago– en la actualidad se han adoptado por todas partes. Me parece que la anécdota

merece figurar en la historia de las ciencias." Y así es: la recordamos.

En la Luna los optimistas estaban trenzados en un combate de retaguardia. En 1821, el descubrimiento por el astrónomo alemán Franz von Gruithuisen de las "fortificaciones" lunares reavivó las esperanzas. El periodista norteamericano Richard A. Locke pudo anunciar en 1835 la primera observación directa de nuestros vecinos los selenitas. Correspondió la proeza a John Herschel, hijo del gran Herschel, con ayuda de un telescopio gigante instalado en el cabo de Buena Esperanza. Se acercó a la Luna hasta tal punto que los habitantes aparecieron en primer plano: hombres como nosotros, pero alados y voladores. El trapacero encontró, como siempre, un público que se dejó timar y que, como siempre, incluía a algunos sabios. La superchería fue denunciada por Arago ante la Academia de la Ciencia. Al defensor de los solarianos no le gustaban los selenitas.

Peter Andreas Hansen, astrónomo danés, lanzó en 1854 una teoría seductora. La Luna visible está probablemente desierta, pero la Luna invisible, la cara oculta de la Luna, podría presentar otro panorama. Allí podrían distribuirse a gusto y sin ningún riesgo de desmentido mares, bosques y habitantes (a Flammarion le gustaban en especial los valles profundos); allí donde se habían concentrado los últimos restos de aire y agua, la vida seguía siendo posible. Finalmente, hasta los más entusiastas renunciaron a los hombres para aferrarse a algunos vestigios de vegetación...

Los sabios rigurosos dejaron de hablar de selenitas o solarianos. Intentaban definir las posibilidades reales de los planetas, de algunos de ellos. Estas posibilidades dependían, en primer lugar, de su distancia del Sol, lo cual correspondía asimismo a su edad. Según la teoría cosmogónica de Kant-Laplace, siempre en vigor, los cuerpos planetarios se separaron sucesivamente de la nebulosa solar; por lo tanto, los más lejanos eran los más viejos. La dimensión de cada planeta también desempeñaba un papel. Los gigantes –Saturno y Júpiter–, aunque muy viejos, eran sin embargo jóvenes aún: en su caso el proceso de enfriamiento debería durar todavía mucho tiempo. Por

el contrario, un planeta más pequeño viviría a un ritmo más rápido y envejecería más de prisa.

A partir de estos argumentos se apreciaron los límites de cada miembro de la familia para albergar vida. Mercurio, el más próximo al Sol, presentaba la doble desventaja de ser demasiado joven y de estar prácticamente abrasado por los rayos solares. Algunos, no obstante, le concedían una atmósfera y formas de vida poco evolucionadas; los "hombres", de existir, "deben ser inferiores a nosotros en sensibilidad e inteligencia" (Flammarion). Venus, muy semejante a la Tierra en su supuesta estructura y dimensiones, parecía sencillamente una Tierra más joven. ¿De qué edad? Las interpretaciones divergían. Se podía elegir entre una larga serie de épocas geológicas o históricas, que además podían mezclarse. La antigua imagen, la de un mundo encantador, reino de la armonía y el amor simbolizado por su nombre, a veces se asociaba a la imagen científica y evolucionista. Se trataba entonces de un mundo muy evolucionado y más que nada simpático. En el otro lado de la Tierra, Marte ya estaba viejo. Sus habitantes, más avanzados que nosotros, se encontraban probablemente en dificultades, luchando con un medio cada vez más hostil; sin embargo, hacían frente a su entorno, precisamente porque eran más evolucionados y en consecuencia más dotados de tecnología. Júpiter y Saturno, esos "viejos jóvenes", podían considerarse como soles casi apagados o como planetas al comienzo de su ciclo vital, poblados por monstruos acuáticos, terrestres o aéreos, o bien –¿quién lo sabe?– por seres esencialmente diferentes "que viviesen en estado aéreo, en las altas regiones de la atmósfera" (Flammarion). Esta vida de evolución particularmente lenta tenía posibilidades de alcanzar un alto grado de perfección en un futuro lejano. "Más tarde, en los siglos futuros, Júpiter estará habitado por una raza intelectual... Su situación será entonces incomparablemente superior a la de la Tierra: un imperio inmenso, una primavera perpetua, años largos y una temperatura templada siempre constante formarían un entorno de paz y bienestar." La edad de oro, el paraíso terrenal y el sueño milenarista se daban cita en Júpiter. Había poco que decir sobre Urano y

Neptuno, pues los planetas precedentes habían agotado el juego de posibilidades. En cuanto a Plutón, sólo fue descubierto en 1930.

Entre Flammarion, que no quería sacrificar ninguna posición, ni siquiera la Luna, y los sabios más escépticos como Proctor, dispuestos a consolarse con formas de vida lejanas e intangibles, situadas en el porvenir, en el pasado, o alrededor de las estrellas, se abría un vasto abanico de posibilidades. Pero también la negación pura y simple de la pluralidad de los mundos tuvo sus campeones. Entre ellos, el célebre naturalista Alfred Russel Wallace (1823-1913), cofundador con Darwin de la teoría evolucionista y no menos famoso por sus investigaciones espiritistas. En su libro *El lugar del hombre en el universo* (1903) sostenía que "la Tierra es el único planeta habitable en todo el sistema solar", y que "las posibilidades de que ningún otro sol tenga planetas habitados son muy grandes". Entonces, ¡nos encontraríamos solos! El evolucionismo y el espiritismo formaban los dos pilares de la pluralidad de los mundos. Cabe destacar que también podían conducir –en el caso de Wallace– precisamente a la tesis contraria. ¡Buen motivo para reflexionar sobre el método científico!

De hecho, los negadores nos interesan poco. Hemos partido en busca del hombre diferente y nos quedaremos en compañía de sus partidarios. El edificio que éstos sostienen a partir de los siglos diecisiete y dieciocho se perfeccionó en el siglo diecinueve, posándose sobre algunos principios sólidos: un principio de finalidad (el espacio *debía* estar habitado), un principio de orden, concretizado por la disposición geométrica, rigurosa, newtoniana, de las estructuras de la vida, partiendo en el Sol y hasta la periferia del sistema; un principio determinista, que adaptaba la evolución biológica a las condiciones del medio; pero asimismo un principio voluntarista, que afirmaba la capacidad del ser, una vez alcanzado un nivel intelectual alto, de dominar el medio y el espacio. Sobre este último punto los marcianos tenían algo que aportar. Y llegó el momento de que entraran en escena.

Los canales de Marte

Se sabía desde mucho tiempo atrás que Marte se parecía a la Tierra. El primer mapa del planeta –publicado en 1840 por los astrónomos alemanes Wilhelm Beer y Johann Heinrich Mädler– mostraba un conjunto muy "terrestre" de mares y continentes. La misma disposición aparecía en un mapa dibujado por Proctor en 1865, con continentes, islas y mares bautizados generalmente con nombres británicos, tal vez con la esperanza de una toma de posesión en el futuro cercano.

Luego las cosas cambiaron de curso. Los mares comenzaron a secarse. Marte se transformó en un planeta particularmente árido. ¿El fin de los marcianos? En absoluto. Por el contrario, fue el comienzo de una historia gloriosa, la historia más extraordinaria que haya conocido el espacio cósmico.

En 1877, Giovanni Virginio Schiaparelli (1835-1910), director del observatorio de Milán, realizó el gran descubrimiento: una red de canales recorría la superficie del planeta en todas direcciones. Es más, el sistema parecía seguir un patrón geométrico. En un nuevo mapa dibujado por Schiaparelli en 1881, todo se presentaba como un complicado juego de líneas rectas. En 1892, el astrónomo norteamericano William H. Pickering (1858-1938) dio el golpe de gracia a lo que quedaba de los mares marcianos. Observó que las líneas no solamente cruzaban los continentes, sino también los mares, lo que significaba que los mares no existían. Tuvieron el mismo destino lamentable que los mares de la Luna.

La estructura geométrica de la red probaba su origen artificial. Los canales habían sido construidos. Era la prueba irrefutable de la existencia de los marcianos. La prueba, asimismo, de su superioridad intelectual o tecnológica. Crear una red tan formidable no estaba al alcance de gente cualquiera. Nada podía ser más lógico: Marte era más viejo que la Tierra y, naturalmente, sus habitantes estaban más adelantados que los terrícolas.

Sobre estas bases se construyó una teoría subyugante y rigurosa en apariencia. A partir de 1894, Percival Lowell se

dedicó infatigablemente a la observación del planeta rojo desde su observatorio de Flagstaff, en las montañas de Arizona. Sus investigaciones se sintetizaron en tres libros que contribuyeron poderosamente al nacimiento y la difusión del mito marciano: *Marte* (1895), *Marte y sus canales* (1906) y *Marte como morada de la vida* (1908). En realidad, Lowell podría haberse ahorrado el observatorio. Conocía las conclusiones desde el primer momento, incluso sin tener que observar el planeta de sus sueños a través del telescopio. Sin embargo, su investigación astronómica le permitió aumentar el número de canales: Schiaparelli había descubierto 79, y Lowell y sus colaboradores llegaron a identificar más de 700. Además, comprobaron que el frío, el frío marciano evidentemente, los hacía desaparecer. Este último fenómeno proporcionó la clave del enigma.

En Marte no existe mar ni río alguno. Los casquetes polares son los únicos depósitos de agua. En primavera, cuando se funden los hielos, el agua fluye hacia todas las regiones del planeta gracias al sistema de canales. En realidad lo que vemos no son los canales, demasiado estrechos para ser visibles desde la Tierra, sino las orillas con vegetación alimentadas por el agua de origen polar. Ello explica, según Lowell, la "desaparición" de los canales en invierno. Y eso es todo: extremadamente sencillo y lógico.

¡Qué empresa gigantesca! Pensar en las dimensiones de los canales, con longitudes frecuentes de 3 mil y a veces hasta 5 mil kilómetros... Panamá y Suez eran una alpargata en comparación. "Las mayores empresas terrestres", afirmaba Lowell, "parecían pequeñas a su lado, simples asuntos locales." Deducía "la naturaleza necesariamente inteligente y pacífica de la raza de seres que comparten el globo tan igualitariamente [...] En un mundo envejecido en que las condiciones de la vida se hacen más difíciles, para sobrevivir los seres tienen que ser cada vez más inteligentes [...] El estado del planeta nos lleva a aceptar que en Marte la vida se caracteriza por una inteligencia muy alta".

Era demasiado hermoso. Demasiado para ser verdad. Se ganaron adeptos pero, fuera de algunos colegas, la mayor parte de los astrónomos vapulearon a Lowell y su teoría. Pero, ¿cómo

negar la existencia de los canales observados por astrónomos cuya competencia y probidad nadie ponía en duda? Si se aceptaban los canales, ¿cómo explicarlos si no era a través de la existencia de los marcianos? La "teoría óptica" propuso una solución del enigma. Los canales existían, pero no estaban en Marte, sino en la retina de los observadores. Se trataba de líneas ideales que unían manchas inconexas. En 1903, E. W. Maunder (1851-1928) realizó un experimento simple: se dispusieron planchas que representaban puntos y manchas a cierta distancia de unas personas que debían reproducirlas; en las copias que realizaron, los detalles irregulares se transformaban en ¡líneas rectas! A partir de 1905, Lowell produjo fotografías de Marte y sus canales, prueba que se quería dotar de carácter científico, objetivo y definitivo. En verdad, observar el planeta por telescopio o ver su imagen fotográfica significaba finalmente la misma cosa. Los partidarios de los canales los veían, tanto en una como en la otra imagen; los opositores identificaban únicamente puntos y manchas irregulares.

Hoy sabemos que la inmensa red de regadío imaginada por Lowell nunca existió. La ilusión se explica en parte por lo insuficiente de los medios de observación: los telescopios tenían la potencia necesaria para ver algo, pero no eran suficientemente potentes como para disociar los detalles sintetizados en forma de canales. El motivo principal de la aventura marciana sigue siendo, no obstante, de naturaleza mental. Los canales fueron descubiertos porque existía la voluntad de que existiesen, y se quería que existiesen porque se quería poblar Marte de marcianos, y no de cualquier clase de marcianos, sino de hombres diferentes más evolucionados que los hombres de la Tierra.

Cómo tomar la temperatura del globo

El espacio subterráneo representaba una especie de anexo del espacio cósmico. Más cercano, pero desgraciadamente invisible. Presentaba sin embargo la ventaja teórica de un acceso más fácil... siempre que se hallara el camino.

Lo encontró el capitán John Cleves Symmes (1780-1829) que el 10 de abril de 1818 lanzó su famosa "proclama". El explorador en potencia anunció que la Tierra estaba vacía y que era habitable en el interior, donde se sucedían varias esferas imbricadas. Por lo menos cinco, en lugar de las tres imaginadas por Halley. Además, hecho esencial para el contacto entre los mundos, en la región polar había grandes accesos, de un diámetro de seis mil cuatrocientos kilómetros en el polo norte y de casi diez mil en el polo sur, que conectaban la superficie del globo a los niveles inferiores. Bastaría con tomar el camino de Siberia, que debía hundirse gradualmente a partir de los 82 grados de latitud; en lugar del frío polar los exploradores encontrarían un país cálido y fértil. Sigue esperándolos, pues Symmes no consiguió organizar la expedición. Los diarios se burlaron de él; los hombres de ciencia se hicieron los sordos.

De hecho, los científicos, más inclinados a las "tierras del cielo", no parecían querer aceptar la existencia de otras "tierras" al interior de la nuestra. Marginada por la ciencia, la exploración subterránea quedó para los teóricos excéntricos, los utopistas y los escritores. Con todo, la ciencia fue consultada sobre un tema preciso y esencial: la temperatura del globo.

El modelo tradicional del globo con un núcleo incandescente, el "fuego central", parecía confirmado por la experimentación y las demostraciones científicas. Hacia 1830-1840, los investigadores fueron presa de una auténtica manía horadante. Desde la América tropical hasta la gélida Siberia los resultados fueron similares: la temperatura subía a razón de un grado cada treinta metros, aproximadamente. Los seres diferentes, en caso de que existiesen, estarían cerca de la superficie, si no hervirían o se fundirían.

El método de las perforaciones no carecía de inconvenientes. Sólo se había penetrado una centena de metros en la corteza. "Nada prueba que el aumento de la temperatura siga así hasta el centro de la Tierra", afirmaba prudentemente el Diccionario Larousse en 1870.

La Tierra fría también tenía sus partidarios, y entre ellos había algunos nombres destacados. Sir Humphry Davy (1778-1829), el gran químico inglés, llevó a cabo una experiencia concluyente: confeccionó una bola con muchos de los elementos presentes en la corteza terrestre, entre ellos sodio y potasio, y le arrojó agua. La bola comenzó a arder. Era la explicación posible del fenómeno calórico terrestre. Lejos de tener un origen "central", el aumento de la temperatura y el volcanismo serían un proceso superficial debido a la oxidación causada por la acción del agua sobre ciertos elementos.

Algunos sabios aceptaron la hipótesis de Davy. François Arago afinó sus argumentos. Según él, la temperatura subía hasta que la superficie oxidada entraba en contacto con el "núcleo" terrestre. Este debía de ser frío y sólido; de lo contrario, la masa incandescente de metal fundido se comportaría como el océano y estaría sometida a la atracción de la Luna y el Sol: la corteza estaría sacudida por mareas formidables. La ausencia de ese fenómeno, que haría la vida imposible no solamente en el interior sino también en la superficie del globo, demostraría la inexistencia de un fuego central.

El mundo subterráneo se había salvado. Arago ya había poblado el Sol y no recayó en el tema, contentándose esta vez con una conclusión puramente física. Pero la teoría de una Tierra fría permite que las personas dotadas de imaginación organicen un espacio subterráneo de manera parecida a "nuestro mundo", haciéndolo habitable por seres parecidos o diferentes.

Los escritores aprenden astronomía

Presentar las caras y las costumbres de los seres humanos cósmicos o subterráneos era una aventura que superaba los medios limitados de los científicos. A lo más podían arriesgarse a decir una que otra cosa sobre los marcianos. A falta de haberlos visto, se les conocía de manera indirecta a través

de los canales. Se sabía que eran muy inteligentes y muy avanzados tecnológicamente. Pero, ¿cuál era su aspecto? ¿Cómo comportarse en un encuentro con un marciano?

Tratar este problema fue tarea de los escritores y los ilustradores. La moda de la pluralidad de los mundos tuvo un impacto considerable en la literatura. La novela astronómica, frecuentemente ilustrada, llegó a ser un género de gran proliferación durante la segunda mitad del siglo diecinueve. El modelo, muy antiguo sin duda, fue perfeccionado por Julio Verne y puesto al día con la introducción de elementos científicos. *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna* aparecieron en 1865 y 1869; algunos años más tarde les siguió el periplo interplanetario de *Héctor Servadac* (1877). Considerado por la posteridad como el más audaz de los visionarios de la época, Julio Verne se mantuvo voluntariamente apartado del ambiente en que sus contemporáneos se dejaban embriagar por el imaginario científico o tecnológico. Qué mejor ilustración de su prudencia que sus expediciones cósmicas, en las que no hay el menor rastro de un extraterrestre. Para evitar todo contacto, los viajeros vernianos jamás bajaban a la Luna o los planetas. Este método escandalizaba a Flammarion, que juzgó la aventura selenita del escritor con severidad: "Es lamentable –escribió– emprender un viaje de tal envergadura, afrontando peligros terribles, y no traer nada de nuevo: es no creer en el progreso".

Felizmente, los demás autores –aunque algunos no hiciesen más que imitar a Julio Verne– se alinearon con la causa de la vida en los planetas y a veces realizaron investigaciones muy profundas. Gracias a ellos conocemos la historia de nuestros vecinos cósmicos casi tan bien como nuestra propia historia del siglo diecinueve. Decepcionado por Julio Verne, Flammarion tuvo ocasión de resarcirse leyendo las *Extraordinarias aventuras de un sabio ruso*, epopeya astronómica publicada por Georges Le Faure (1858-1953) y Henry de Graffigny (1863-1834) en cuatro volúmenes aparecidos de 1889 a 1896. Era Julio Verne aderezado con extraterrestres: selenitas, marcianos, venusianos, mercurianos...

Otras obras son más especializadas y cada una está consagrada a un planeta específico. Evidentemente, la estrella es

Marte. *Los dos planetas* (1897), del escritor alemán Kurd Lasswitz, *La Guerra de los Mundos* (1897) de Herbert George Wells (1866-1944) y *Bajo las lunas de Marte* (1912), primera novela de la larga serie de Edgar Rice Burroughs (1875-1950), están entre las obras marcianas más conocidas. Venus llega en segunda posición, con su humanidad instalada de preferencia en un entorno exuberante. Y después la Luna, eterno cofre de sorpresas. En sus *Náufragos del espacio* (1888), André Laurie, sinónimo de Paschal Grousset (1845-1909), presenta una luna desierta donde los viajeros descubren ruinas y signos de una civilización desaparecida. "Este mundo, hoy muerto, tuvo sus habitantes; y aquellos habitantes fueron arquitectos, ingenieros, artistas incomparables." En 1896, Pierre de Sélènes (seudónimo muy apropiado) publicó *Un mundo desconocido. Dos años en la Luna*, novela que sitúa a la humanidad lunar en el interior del satélite, en una inmensa caverna. Es una solución cercana a la adoptada por H. G. Wells en su famoso *El primer hombre en la Luna* (1901). Al año siguiente, la Luna y su humanidad hicieron su muy memorable debut en el cine gracias al *Viaje a la Luna* de Georges Méliès (1861-1938). Ignorados por los científicos, los selenitas gozaban siempre del favor del público, que les tenía reservado un lugar en el imaginario. ¡Qué podía ser más natural que interesarse por los vecinos! De cuando en cuando los escritores se interesaron también por el pequeño Mercurio y los enormes Júpiter y Saturno. Manifestaron mucha inclinación a la vida cósmica, pues si no, ¿quiénes habitarían las páginas de sus relatos?*

* Además de los textos citados, he aquí algunas novelas cósmicas que nos han ayudado a definir las características de los extraterrestres y sus civilizaciones.

Sobre Marte: Henri de Parville, *Un habitant de la planète Mars* (1865); Percy Greg, *Across the Zodiac (1880)*; Camille Flammarion, *Uranie* (1889) y *Stella (1897)*; George Du Maurier, *The Martian* (1897); Garret Serviss, *Edison's Conquest of Mars* (1898); Arnould Galopin, *Le Docteur Oméga, Aventures fantastiques de trois Français dans le planète Mars* (1906); H. Gayar, *Sur la planète Mars* y *Les Robinsons de la planète Mars* (1908); Gustave Le Rouge, *Le Prisonnier de la planète Mars* (1908) y *La Guerre des vampires* (1909).

Sobre Venus: Achille Eyraud, *Voyage à Vénus* (1865); Charles Guyon, *Voyage dans la planète Vénus* (1888); Garrett Serviss, *A Columbus of Space* (1909).

Durante el siglo diecinueve los viajes a las estrellas son más raros. ¿Para qué viajar tan lejos cuando el sistema solar ofrece todas las posibilidades imaginables? Mencionaremos *Star ou Psi de Cassiopée*, publicada en 1854 por un tal Defontenay, que presenta un sistema muy diferente al nuestro, formado por cuatro soles, un solo planeta y cuatro lunas, en que el planeta y sus satélites están habitados por seres humanos. También podemos acompañar a Flammarion a un planeta situado a 72 años luz, que da ocasión para encontrar formas de vida muy diversas e insólitas: por ejemplo, especies vegetales inteligentes (*Lumen*).

Las "Tierras subterráneas" se presentan de manera similar, y su tipología es muy próxima a la de los planetas. *Symzonia. A Voyage of Discovery* apareció en 1820 bajo la firma de Adam Seaborn, seudónimo que algunos atribuyeron, sin mucho fundamento, al propio capitán Symmes; es la historia de una expedición que desciende por el polo sur y descubre un continente habitado, llamado Symzonia en honor del héroe de la Tierra hueca. En 1823, el escritor francés Collin de Plancy (1793-1881) publicó bajo el seudónimo de Jacques Saint-Albin un *Voyage au centre de la Terre;* y esta vez la puerta de acceso está en el polo norte y la humanidad subterránea vive en un planeta situado en el centro mismo del globo. *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (1838), célebre novela de Edgar Allan Poe (1809-1849), también deja sospechar la existencia de un mundo interior. El *Viaje al centro de la Tierra* (1864) de Julio Verne corresponde a la prehistoria; el lector es invitado a recorrer un conjunto prehistórico completo, comprendidos los humanos, situado en una inmensa cavidad donde se extiende un auténtico Mediterráneo. Algunos años más tarde, los seres prehistóricos desaparecen para ser reemplazados por una humanidad

Sobre la Luna: *The History of a Voyage to the Moon* (1864), adaptada al francés por Alexandre Cathelineau, *Voyage à la Lune d'après un manuscrit authentique projeté d'un volcan lunaire* (1865).

Sobre Mercurio: Jean de La Hire, *La Roue fulgurante (1908)*.

Sobre Júpiter y Saturno: Wladislas Lach-Szyrma, *Aleriel, or a Voyage to Other Worlds* (1883); John Jacob Astor, *A Journey in the Other Worlds* (1894).

"hipercivilizada" en *The Coming Race* (1871), novela escrita por Edward Bulwer-Lytton (1803-1873).

En casi todos los relatos cósmicos o subterráneos, el *viaje* y el *contacto* son los elementos esenciales. Es raro que una "humanidad" diferente sea descrita de modo aislado. También es raro que sean *ellos* los que llegan; se prefiere ir hacia los otros antes que recibirlos en casa. Ello revela la mentalidad de Occidente, que mezcla espíritu de descubrimiento y expansionismo colonial con cierto temor del Otro, o en todo caso poco entusiasmo para aceptarlo en la propia morada.

Los métodos del viaje presentan una notable diversidad. Se puede escoger entre la propulsión de un obús, procedimiento inaugurado por Julio Verne, o la ayuda de una materia antigravitacional (la "cavorita" de Wells); cometas y meteoritos sirven a veces como vehículos interplanetarios. Tampoco falta el proyecto, concebido por Albert Robida y André Laurie, de acercar, simplemente, la Luna a la Tierra. Los tradicionalistas siguen usando el globo, en tanto que los más impacientes ya piensan en desintegrar el cuerpo para proyectarlo y volverlo a componer en cualquier lugar del universo. Fiel compañero de ruta en la pluralidad de mundos, el espiritismo propone una gama propia de medios: transportar espíritus y encarnaciones a los diversos planetas.

Al final del viaje nos esperan los extraterrestres. En relación con la humanidad de la Tierra, presentan todas las figuras imaginables: parecidos o más o menos diferentes, inferiores o superiores. Cada fase de la historia del hombre, desde sus primeros pasos hasta su extinción, y también una serie de evoluciones paralelas, encuentran su materialización en los otros planetas. Se privilegian principalmente dos grupos, que definen las grandes preocupaciones de la época: la prehistoria y el futuro. El predilecto es este último, es decir, las formas de vida más evolucionadas que la nuestra, que ilustran la historia futura de la civilización terrícola. No faltan los brutos en los planetas, pero, desde las razas inferiores al criminal lombrosiano, la Tierra ofrece sus propias contribuciones. Por el contrario, ninguna forma terrestre podía servir de modelo para una civilización occidental tan poderosa y segura de sus

valores. Unicamente en los planetas podían albergarse los hombres diferentes superiores y las civilizaciones superiores. El caso de Marte es evidente. Pero incluso un planeta más joven como Venus –respecto del cual en teoría la Tierra estaba adelantada– brillaba a menudo por realizaciones que superaban las de los terrícolas, o se inscribían en una síntesis más armoniosa de civilización.

Así pues, la función esencial de estas "Tierras" diferentes era identificar las potencialidades del hombre y anunciar las etapas ulteriores de su evolución.

Los mil rostros del extraterrestre

Algunos son como nosotros; como "nosotros los blancos", por supuesto. Prueba adicional de que la raza blanca representa el estereotipo de la humanidad, incluso en la escala cósmica. Algunos son aun más blancos, como los habitantes de Symzonia, o más bellos que los europeos, lo que demuestra la perfectibilidad de la raza, pero a partir de un único modelo. Como en tiempos del "duelo" entre suecos y georgianos, cabía elegir entre el Norte y el Mediodía. Observemos a los meridionales de tez cetrina; no viven a orillas del Mediterráneo, sino algo más lejos, en Venus, donde los han encontrado las expediciones evocadas por Eyraud y Guyon. Algunas decenas de años más tarde los mismos venusianos se han transformado en rubios nórdicos, según la descripción de Serviss. Le Faure y Graffigny los describen como barbados y calvos. También los marcianos de Lasswitz presentan un aspecto muy europeo. Un caso más curioso es el que ofrecen los selenitas de Pierre de Sélènes: no comen ni beben, están desprovistos de algunos órganos como el estómago y los riñones, pero ello no les impide corresponder perfectamente al tipo europeo...

Luego entran en juego los métodos clásicos de deformación. Primero se perpetúa una larga tradición: discutir la talla

del hombre diferente. La Luna está habitada, según Cathelineau, por "hombres sumamente parecidos a nosotros en cuanto a los miembros, la cara y las facciones, pero de menor estatura". Los marcianos rubios de Percy Greg serían casi escandinavos, aunque se diferencian de éstos por sus piernas más cortas y el torso más desarrollado, que les es necesario –la evolución obliga– para respirar adecuadamente el aire rarificado del planeta. Siempre en Marte, Galopin descubre enanos no demasiado apuestos: talla de cincuenta centímetros, piernas filiformes, cabeza grande y redonda. El mismo planeta puede producir gigantes, como los descritos por Serviss. Sus rostros, en la mejor tradición de Lavater y Lombroso, expresan y amplifican los rasgos y el carácter, lo que produce caricaturas monstruosas; ¡por lo menos nadie puede ocultar sus defectos!

Las "caricaturas", que siguen una metodología ya verificada, son frecuentes: hipertrofia o atrofia, exceso o carencia de órganos. El selenita descrito por Le Faure y Graffigny puede servir de ejemplo: cuatro metros de altura, una cabeza enorme en el extremo de un cuello largo y fino, delgados brazos acabados en manos grandes, busto plano y piernas en forma de huso, boca sin labios, orejas inmensas. Todos los rasgos nos son familiares, pero se juega con los elementos de la anatomía humana.

La momia marciana exhibida por Henri Parville en 1865 también posee facciones deformadas, y además un atributo menos humano: una pequeña trompa:

"Los pies, muy cortos, sólo pudieron retirarse muy dañados; la cabeza salió casi intacta; sin cabello, con la piel arrugada, en estado de cuero; forma del cerebro, triangular; un rostro singular, como la hoja de un cuchillo; una especie de trompa que sale casi de la frente y hace las veces de nariz; boca muy pequeña [...] brazos muy largos, que bajan hasta los muslos, cinco dedos, de los cuales el cuarto es mucho más corto que los otros [...] la piel, casi enteramente calcinada, debe de haber sido amarillo-rojiza."

¡Por fin uno que no era blanco!

Algunas especies son aladas, lo que puede implicar tanto una condición monstruosa o cuasianimal –como los

hombres-murciélago, vampiros que viven en los árboles y que Galopin encontró en Marte– como, por el contrario, el perfeccionamiento de las capacidades humanas. Antigua figura del imaginario, el hombre alado está muy presente en una época en que se iniciaba la conquista del aire. En espera del avión, siempre se podía comenzar por el hombre. He aquí los marcianos de Le Faure y Graffigny, notables por el conjunto de sus rasgos, pero más que nada por su adaptación al vuelo:

"Tenían algo más de dos metros de altura; la cabeza redonda se apoyaba en un cuello poderoso; los ojos, notablemente grandes, poseían un brillo tan vivo que a la larga resultaba cansador; las mandíbulas, desprovistas de dientes, sobresalían en forma de pico; las orejas, cortas y profundas, tenían vello, así como las mejillas y el cráneo. Los miembros eran largos y parecían robustos, aunque delgados, y los unía una membrana parecida a la de los murciélagos [...] esta membrana les servía tanto de alas como de paracaídas. En reposo, la membrana reemplazaba la ropa, y parecía una especie de toga en la cual se envolvían, no sin nobleza".

La mezcla hombre-animal funcionaba a todo vapor. Tomar prestadas las alas de los murciélagos constituía sólo un detalle. Vean si no las soluciones propuestas por el naturalista Pierre Boitard en sus *Etudes astronomiques* publicados entre 1838 y 1840 (en *Musée des familles*), en que se tiene ocasión de tomar contacto con mercurianos simiescos, con los hombres-conejo que habitaban Saturno o con las ocas blancas con cabeza humana que poblaban Urano.

El método fue ganando en complejidad y refinamiento, y conoció su apogeo en la obra de E. R. Burroughs. Sus marcianos verdes exhibían tres pares de miembros, ojos salidos y móviles, antenas a guisa de orejas y caninos como defensas; además, eran ovíparos.

Un ejemplo impactante de "subhumano" cercano a la bestia es el monopodo mercuriano que describe La Hire: "de la talla de un niño de unos doce años, de color negro y reluciente; un torso redondo sin cuello sostiene una especie de cabeza de rata con trompa, y todo ello se apoya en una sola pierna [...] De la mitad del torso sale un brazo único, que

termina en tres garras enormes y brillantes [...] Bajo la trompa, que se mueve furiosamente en todos los sentidos, se abre un ojo de un rojo centelleante". Para que no falte nada, este atractivo personaje es además caníbal.

Otros antropoides, más clásicos, nos introducen en la historia del hombre. Julio Verne marcó el tono. Su *Viaje al centro de la Tierra* hace surgir, aunque sea de modo fugaz y equívoco, característico de la "prudencia" verniana, dos variantes de hombre prehistórico; son hombres en toda la línea, pues, como Boucher de Perthes, el escritor no era evolucionista. Luego, una vez que se aceptaron las conexiones animales del ser humano, el ancestro lejano fue cubierto por una piel. Ya hemos visto al pitecántropo manifestarse llamativamente en *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle. También se pueden admirar en los planetas algunos ejemplares de este yeti anticipado: en Marte, en Gayar y en Venus, donde Serviss los opone a los venusianos rubios de tipo europeo.

Lejos de haber puesto atajo al imaginario biológico, la ciencia del siglo diecinueve no hizo más que confortarlo. La teoría evolucionista podía servir de coartada a cualquier síntesis. Lo que ya no parecía aceptable en el medio terrestre se transformaba, no solamente en posibilidad, sino casi en obligación en los planetas; y en general en los *otros* medios, donde la condición de los más diversos *debía* conducir a una amplia gama de soluciones. A veces idénticas o parecidas a las de la Tierra, a veces diferentes e incluso divergentes. La galería tradicional de los hombres diferentes se sustituyó, siempre gracias a la ciencia, por una galería rica de otro modo, más diversificada y creíble que incluso cambiando las caras conservaba los arquetipos: las humanidades paralelas, el hombre-animal, el hombre-dios (o el superhombre)... Todo se explicaba fácilmente por la influencia del medio y la evolución. Los planetas se transformaron en laboratorios donde los imaginativos encontraron las mejores condiciones para experimentar las recetas de la biología moderna.

Y nada más característico de esta mitología científica que los avatares del cerebro. Hacia finales del siglo diecinueve comenzaron a multiplicarse los "cabezones". El marciano de

Wells consiste esencialmente en una cabeza inmensa, prolongada en unos tentáculos. Algunos años más tarde, Wells retomó el tema hablando de la Luna: la elite intelectual del satélite se caracteriza por unas cabezas impresionantes.

De entrada, podríamos caer en la tentación de ver en estas criaturas monstruosas entidades totalmente distintas del tipo humano. En realidad sólo se trata de una aplicación de la tesis evolucionista. Tras una larga evolución, el cerebro seguiría progresando; crecería en volumen, lo que provocaría la expansión de la caja craneana. El desarrollo de la inteligencia supliría al esfuerzo físico, reduciendo el papel de los demás órganos. Finalmente el hombre llegaría a ser una gran cabeza provista de tentáculos, más cercano por su aspecto a un pulpo que al hombre actual, pero infinitamente superior a éste en inteligencia. He aquí el hombre del mañana... que, de hecho, es el marciano de hoy.

Mencionemos también algunas soluciones biológicas extremas: evoluciones paralelas que a veces superan el nivel humano (focas, pájaros u hormigas inteligentes...), una vida mineral (Rosny el mayor) o, a la inversa, una vida muy espiritualizada, desmaterializada e invisible. En esta última fórmula convergieron la moda del espiritismo y algunos descubrimientos científicos como los rayos X, que demostraron la existencia de una realidad imperceptible. Del *Horla* de Maupassant a las "hadas de Cottingley" –que alimentaron las crónicas inglesas recién acabada la Primera Guerra Mundial–, los seres fantasmagóricos estuvieron bien presentes en el imaginario de la *Belle Epoque*.

Los superdotados del espacio

El proyecto biológico se completó con una gran gama de experiencias psicológicas, sociales, políticas, morales y tecnológicas. Estas son, de manera sucinta, las conclusiones principales.

En la mayor parte de los casos los extraterrestres parecen intelectualmente mejor dotados que los "terrícolas". La inteligencia puede ser de tipo humano, aunque perfeccionada, o alcanzar el nivel "sobrehumano", el del pensamiento puro y frío, a resguardo de los sentimientos y las pasiones.

A menudo se complementa con facultades paranormales. La parapsicología comenzaba su carrera y, naturalmente, halló en los extraterrestres un material de estudio muy rico. En Marte, según Flammarion, la materia cuenta poco y "todo lo decide la finura de las sensaciones". La actividad parapsicológica más corriente en los planetas es la telepatía. Casi todo extraterrestre que se precie es telépata.

Los extraterrestres encontraron también sistemas sociales y políticos dignos de interés. En la mayor parte de los casos prefieren el sistema capitalista, pero se trata de un capitalismo mucho más logrado que el del Occidente terrestre: el Venus de Eyraud, el Marte de Greg y sobre todo de Lasswitz ofrecen algunos ejemplos. La propiedad está garantizada, pero sin excluir la equidad social, y se respeta la libertad individual sin alterar el buen funcionamiento de las instituciones: este sistema prueba las virtudes del orden burgués, asociadas al progreso moral y al bienestar que ofrece una sociedad de la abundancia. La condición humana es mejor sin que se produzcan cambios radicales del cuadro social, gracias al alto nivel científico, tecnológico y ético.

También existen soluciones totalitarias en las que el individuo es aplastado por la comunidad o el mecanismo político. Los marcianos de Serviss son gobernados de manera dictatorial por una casta militar. Los selenitas de Wells viven en una sociedad en la que cada miembro ocupa un lugar determinado e inmutable, definido por una especialización biológica y profesional muy precisa.

Por fin, también está presente el comunismo esplendoroso. Sobre todo en Marte, el "planeta rojo", cuyo apelativo parece predestinación. El escritor ruso Alexandre Bogdanov (1873-1928) describe en *Estrella roja* (1908) la instauración del sistema comunista entre nuestros vecinos celestes. Es un modelo interesante para los bolcheviques, que a pesar de todo prefieren el modo violento al consenso social preconizado por los marcianos de Bogdanov. Ello impone una reescritura de la historia marciana. El modelo futuro no venía de Marte, sino de Rusia. En *Aélita* (1922), Alexei Tolstoi (1883-1945) sencillamente rehace en Marte la revolución de Octubre. Gracia a los comunistas, la Tierra se instaló a la cabeza de la división solar.

Lejos de tratarse de una simple fantasía literaria, el comunismo marciano parecía científicamente defendible. Los canales llevaban la marca de la solidaridad, de un esfuerzo común extraordinario. Hasta el padre de los canales, Schiaparelli, se sacrificó al mito en un folleto titulado *La vita sul pianeta Marte* (1895): "La institución de un socialismo colectivo –afirmaba– parece resultar de una comunidad de intereses parecida y de una solidaridad universal entre los ciudadanos, auténtico falansterio que podría considerarse como el paraíso de los socialistas".

Desde entonces, Marte ha perdido sus canales y, en consecuencia, sus comunistas. Pero resulta notable que el mito haya sido de algún modo recuperado por los comunistas de nuestro planeta, donde los canales y en general las inmensas obras hidráulicas serían uno de los estandartes del sistema. Por lo menos en este aspecto, la Rusia de Stalin se parecía en algo al Marte de Lowell...

A fin de cuentas, los planetas ofrecían argumentos a los defensores de todas las ideologías. Demostraban la posibilidad de una democracia perfecta o de un sistema totalitario perfecto, de una economía capitalista que funcionase de maravilla o de una colectivización no menos eficaz. El mismo planeta multiplicaba sus rostros en función de cada proyecto. El futuro de la humanidad terrestre parecía inscrito en los astros, pero, ¿en cuáles?

Otra de las preocupaciones de la época eran las relaciones entre naciones y Estados, relaciones particularmente complejas y tensas en la Tierra. ¿Y en los planetas? ¿Serían asolados por las guerras nuestros vecinos? ¿O habrían encontrado la clave de la solidaridad planetaria?

Se tendía a optar por esta última solución. Aunque sin ser desconocida, la guerra debía ser allí una excepción. Marte,

tradicionalmente el planeta de la guerra, se permitía de cuando en cuando empresas de este tipo: Le Faure y Graffigny describen una guerra aceptada y programada para combatir la presión demográfica. Pero fue precisamente el planeta de la guerra el que por entonces se convirtió en símbolo de solidaridad y paz. Los canales permitían imaginar un mundo solidario e incluso políticamente unificado. Lasswitz describió en detalle el funcionamiento de la federación marciana: formada por 154 Estados, respetaba la personalidad de cada uno y proponía un modelo que también podría aplicarse en la Tierra. Otras soluciones iban todavía más lejos: un solo Estado, una sola nación, un solo idioma en Marte, Venus o la Luna. De hecho, aun con proyectos sociales contradictorios, existe casi unanimidad respecto de una futura federación o Estado mundial. El mundo del mañana será capitalista o comunista, pero sobre todo estará unificado. Las divisiones nacionales y las guerras pertenecen a la prehistoria de la humanidad. Frente al clima de enfrentamiento característico de la Tierra, los planetas sugieren la posibilidad de una vía diferente.

Por desgracia, la integración y la solidaridad no funcionan tan bien cuando se trata de relaciones entre las diversas razas humanas. Las federaciones planetarias parecen habitadas por una sola raza –un modo de eludir las dificultades– o sugieren una necesaria unificación biológica previa. Cuando varias razas comparten un territorio, la vocación racista de los planetas se refuerza con no menor firmeza que en el Occidente terrestre. Paz e igualdad, de acuerdo, ¡pero entre semejantes!

En uno de los mundos imaginados por Defontenay coexisten dos razas muy distintas. La raza dominante, "bella, noble y fuerte en ambos sexos", es muy parecida a los blancos europeos. La dominada es pequeña y velluda. "Sólo la primera –precisa el escritor– pertenece a la especie humana, fuerte e inteligente... La segunda parte de la población no es más que una especie inferior o, mejor dicho, una nación de animales perfectibles... Son los *replicantes* sometidos al hombre que reina y manda, y reducidos por éste a la domesticidad. La

raza humana no tiene afinidades con la raza de los replicantes. Es a aquélla lo mismo que el caballo al asno, y su posible apareamiento sólo produce mestizos incapaces de engendrar." Poligenismo, racismo, desprecio del Otro, realmente en *Star ou Psi de Cassiopé* uno no se siente extranjero.

Y, en definitiva, ¿cómo tratar a los seres inferiores? Desgraciadamente para los blancos, la distancia que los separa de los negros e incluso de los primitivos peludos es poca cosa comparada con el abismo que existe entre ellos y los hombres perfeccionados del futuro o... de Marte. En *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, la raza marciana superior (cabeza enorme y tentáculos) explota una especie de ganado que no es otra cosa que una raza estrictamente humana. El racismo se volvía contra sus promotores. Amo en la Tierra, el hombre blanco corría el riesgo de encontrarse en una posición menguada tras el contacto con otros planetas.

Nos hubiese gustado mucho saber algo más sobre la vida sexual de los habitantes de los planetas. Por desgracia, los autores respetan las conveniencias burguesas y no dicen gran cosa, y con mayor motivo pues a menudo sus historias cósmicas están dirigidas a adolescentes. Parecería que en ocasiones las prácticas sexuales de los terrícolas son válidas para los extraterrestres, por lo menos para los más humanos entre ellos. En cuanto a los más evolucionados, el problema ni se plantea. Los marcianos de Wells son asexuados, y los niños nacen como una excrecencia del cuerpo de los adultos. Se pueden mencionar algunas historias de amor entre "terrícolas" y extraterrestres, pero éstas suelen referirse a jóvenes del espacio de tipo perfectamente humano, con lo cual nada cambia respecto del sexo. Es interesante asimismo la iniciativa espiritista, adoptada por Flammarion, de cambiar el sexo en cada nueva encarnación. De esta manera, aquel que fue hombre en la Tierra será mujer en Marte. No sólo resulta estimulante, sino también sumamente práctico, pues según Flammarion en ese planeta domina el sexo femenino...

Son raras las referencias a problemas religiosos. Algunos autores aprovechan los viajes cósmicos para proyectar la palabra de la Biblia a los planetas. Pero son poco numerosos. A

decir verdad, el cristianismo no necesitaba extraterrestres. Estos resultaban más interesantes para los defensores de una síntesis religiosa que asociase la inmortalidad de las almas a su migración y su reencarnación en los planetas. La mayor parte de los narradores sencillamente prefiere evitar el tema. Leyéndolos, se tiene la impresión de que los hombres del espacio viven desprovistos de creencias religiosas. Pese a las interpretaciones divergentes, en su conjunto el mito de los extraterrestres participa del fenómeno de la descristianización, ofreciendo una perspectiva de universo que ya no, la de la Biblia; la multiplicidad de mundos y existencias supera con largueza el mensaje religioso tradicional.

La auténtica religión que se afirma en los planetas apuesta por las capacidades ilimitadas del espíritu humano, que se concretan en primer lugar en las proezas de la ciencia y la tecnología. El espacio interplanetario parece una enorme sala de exposición en que se reúnen todas las invenciones imaginables, todas las producciones del espíritu que hoy hacen la fuerza de ciertos extraterrestres y que harán del hombre, un día, el amo del mundo. Se trata, evidentemente, de una magnificación de los proyectos tecnológicos propios de la sociedad occidental de la época. La estrella es la electricidad. Según Eyraud, en Venus todo funciona gracias a la electricidad; hasta se pueden admirar cinco lunas artificiales que alumbran las noches venusianas incomparablemente mejor que nuestra Luna natural. Los marcianos de Lasswitz han encontrado la forma de disponer de un suministro de energía inagotable: producen electricidad por conversión de la radiación solar. En Bulwer-Lytton los habitantes del mundo subterráneo poseen el *vril*, fuente inagotable de energía...

Una vasta gama de invenciones se refiere a los transportes. El Occidente de finales del siglo diecinueve intentaba obstinadamente vencer las distancias. Bastaría con inspirarse en los extraterrestres. Antes que nada, respecto del vuelo. En los planetas se vuela casi siempre, a veces con alas individuales, naturales o artificiales, pero más a menudo utilizando ingenios voladores vagamente similares a nuestros aviones y helicópteros. En Marte, Le Faure y Graffigny llegan a imaginar ¡ciudades volantes! En Lasswitz encontramos que los marcianos viajan por *tube-express*, un medio muy frecuente en el imaginario de la época, o a doscientos kilómetros por hora en carreteras móviles. Lo mismo llegaría a ocurrir en la Tierra. Por el momento había que conformarse con *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), una marca modesta imaginada por Julio Verne pero que ilustraba muy bien, y con ayuda de medios "realistas", la auténtica obsesión por "devorar" el espacio.

Los extraterrestres más avanzados –como los marcianos de Lasswitz y Wells– practican los viajes cósmicos. Pero, por razones que no son tecnológicas, los habitantes de los planetas son más bien hogareños. Puesto que no carecen de nada, ¿para qué averiguar sobre los Otros? Esperan que los terrícolas vayan a visitarlos.

Algunos logros que pueden enumerarse: televisión aquí y allá, incluso una *televisión retrospectiva* en los marcianos de Laswitz, capaz de recuperar imágenes del pasado... Telescopios extremadamente poderosos, gracias a los cuales los marcianos pueden observar nuestros conglomerados urbanos y los selenitas consiguen ver hasta la plaza de L'Etoile. En este punto los seguíamos de cerca, o casi: un proyecto con el hermoso título de *La Luna a un metro*, que consistía en construir para la Exposición de París de 1900 una lente de tal potencia que permitiera prácticamente "tocar" el satélite, fue lanzado en 1892. También se habla de alimentación sintética, manipulación genética, armas extremadamente potentes, como los famosos "rayos marcianos", etc.

Una cosa era segura. Gracias a estas invenciones y a otras mil, el ser humano se convertía en dueño de sí mismo, amo de la materia y señor de la naturaleza. Bastaba con ver a los marcianos: en un planeta desprovisto de recursos, sobrevivían por la fuerza de su inteligencia y su tecnología. Acaso el día de mañana controlarían el sistema solar... a menos que dicho papel le esté reservado a los terrícolas en un futuro más o menos lejano.

Los habitantes de los planetas testimoniaban el poderío del espíritu humano. Representaban un símbolo esencial en

una época que creía en los milagros científicos y tenía los ojos puestos en el futuro.

Negros, amarillos y marcianos al asalto de Europa

La época no ignoraba las virtudes de la cooperación, ni las de la aculturación. La elite occidental consideraba que su misión era civilizar el globo. Los más entusiastas ya pensaban en una especie de colaboración interplanetaria en la que incluso Occidente tendría cosas que aprender. Pero el espíritu de enfrentamiento se reveló más fuerte. El mundo debía prepararse para el gran día del conflicto. Marx ya había advertido a los burgueses: la revolución proletaria estaba cerca. Sería, al decir de *La Internacional*, "la lucha final" tras la cual "cambiaremos las bases del mundo". Para el conde de Gobineau, el peligro mortal no venía de los proletarios, sino de las razas inferiores. El mestizaje provocaba la degradación de la raza blanca; el proceso se agravaría sin cesar, conduciendo a la caída de la civilización blanca, la única civilización, de hecho.

Guerra de clases, guerra de razas, guerra entre naciones; la historia, desde la perspectiva del siglo diecinueve, sólo era un perpetuo conflicto entre los componentes de una humanidad disgregada y antagónica. Desde los orígenes había ocurrido lo mismo. *La guerra del fuego* (1908), de Rosny el mayor, enfrentaba a las razas prehistóricas; *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle, ofrecía a los lectores escenas de masacres de una crueldad insoportable, resultado del combate entre hombres y pitecántropos.

De un amplio abanico de luchas más o menos "finales", interesa recordar tres invasiones: la negra, la amarilla y la marciana.

Las dos primeras las relata el capitán Danrit, seudónimo literario de Emile Driant (1855-1916), oficial de la armada

francesa. Fue el gran especialista en las guerras entre razas, que presenta en forma de novela pero complementa con un análisis pretendidamente realista y premonitorio.

1894: la invasión negra (*L'Invasion noire*, segunda edición, 1913). Un sultán que había perdido su trono en Estambul se pone a la cabeza de una gran coalición que reunía al Africa negra y las naciones islámicas. El conflicto es global: conflicto de razas, de civilizaciones, de religiones. Los objetivos de los agresores son "el aniquilamiento de Europa; la dominación del islam; la venganza del Africa oprimida".

Trece millones de combatientes se disponen a invadir Europa. El capitán Danrit pasa revista a las tropas, buena ocasión para ofrecer una imagen global –y no particularmente halagüeña– del continente negro. De inmediato aparecen los infaltables ñam-ñam. "Durante largo tiempo se creyó en Europa que los negros conocidos con este nombre poseían una cola como los monos, y varios discípulos de Darwin no trepidaron en considerarlos seres transitorios entre el hombre y el gorila." Pura leyenda: están conformados normalmente, aunque por desgracia son caníbales y se distinguen por "la tierna costumbre de comerse a los prisioneros de guerra". Otro buen número de tribus son caníbales. El islam sólo ha conseguido la desaparición parcial de la antropofagia. Aquellos que no comen personas comen cualquier cosa. Como los tedas, "los soldados más fáciles de alimentar de todo el ejército negro, pues comen de todo. El explorador Nachtigal cuenta que aprovecharon su sueño para comerle los zapatos". ¿Y qué decir de los monbutus, que llevan "collares de dientes humanos" con "restos de encías adheridos"? Más simpáticos eran los miembros de otra tribu, que "se rascaban la cara para darse la bienvenida".

He aquí el Africa actual y, en caso de victoria, la Europa de mañana, sin opción entre el salvajismo de los negros y el fanatismo de los árabes. La guerra comienza. El comandante del ejército francés proclama que "la lucha de las razas a la que el mundo asiste acabará en la aniquilación de una de ellas". La mayor parte de Europa es ocupada. Sólo quedan dos potencias indemnes: Rusia, que ya lucha en Oriente contra

"la invasión amarilla", y Francia. El honor de salvar Europa y la civilización blanca corresponderá a esta última. El invasor es detenido a dos pasos de París gracias a una invención de última hora: un gas venenoso particularmente eficaz. Pese a las precauciones adoptadas, casi 150 mil parisinos pagarán con sus vidas la utilización de esta nueva arma. Pero, por otra parte, se trata del aniquilamiento puro y simple: tres millones de cadáveres y ningún superviviente. Sólo queda rociarlos con gasolina y hacerlos arder; un mar de llamas cubre más de mil kilómetros cuadrados.

Los blancos han ganado la guerra. Africa vuelve a manos de los europeos. También los negros tienen algo que ganar, pues ¡los franceses prometen administrar mejor sus colonias!

Se trata de una obra impresionante: veinte años antes de la Primera Guerra Mundial, ya se piensa en una guerra total. La utilización del gas de combate prefigura una historia que será desgraciadamente cierta, aunque su escala haya sido incomparablemente más modesta. Pero lo más impactante es el menosprecio del Otro, el poco valor que se otorga a su existencia. El genocidio se acepta como una fatalidad o, llegado el caso, como un mal menor. Estamos en el umbral del siglo veinte.

1905-1906: la invasión amarilla (*L'Invasion jaune,* nueva edición, 1909). Esta vez se trata de algo más dramático todavía, y en cualquier caso más plausible. En verdad, una invasión negra era inverosímil, y el libro precedente sólo marcaba con una ficción el abismo entre la civilización y el salvajismo, justificando implícitamente la dominación europea. Pero la invasión amarilla era más que una hipótesis. El miedo era auténtico. Parecía que la invasión ya había comenzado.

Hacia 1900 el "peligro amarillo" era un tema obsesivo. China, humillada aunque no auténticamente sometida, iba a demostrar con la revuelta y la guerra de los boxers que era capaz de la represalia y la venganza. Japón ya era una potencia regional y se acercaba al status de potencia mundial. En 1904-1905 se produjo lo increíble. El ejército y la flota rusos fueron aniquilados por los nipones. Por primera vez una potencia asiática dictaba su ley a una gran nación europea. ¿Qué

ocurriría el día en que esa auténtica reserva de seres humanos que era China marchase junto a Japón contra Occidente? Tal vez lo que se lee en un artículo publicado el 15 de febrero de 1905 por la muy popular publicación francesa *Je sais tout,* precisamente bajo el título de "El peligro amarillo". El lector asiste, con apoyo de ilustraciones, a la entrada triunfal en París de los emperadores de China y Japón llevando encadenados y a sus pies a los emperadores de Alemania y Rusia...

El libro del capitán Danrit presenta en detalle la historia de dicha conquista. La coalición sino-japonesa encuentra ante sí a los Estados europeos mal preparados y poco solidarios. El único europeo consciente del peligro amarillo es el emperador Guillermo II de Alemania, promotor en 1900 de la coalición contra los boxers y autor, como pintor que es, de un gran lienzo alegórico que representa el conflicto entre la civilización europea y el Buda asiático. Se pierde la batalla y el emperador cae en el campo de honor. Europa es totalmente ocupada, incluida Francia, incapaz de reeditar contra los amarillos la victoria obtenida diez años antes contra los invasores negros y musulmanes.

¿Qué ocurrirá a continuación? Charles Richet (1850-1935) futuro Nobel de Medicina, nos lo dice en un texto fechado en 1904: "Las pagodas, las caricaturas y las lenguas monosilábicas reemplazarán nuestra espléndida civilización aria, marcando el comienzo del retorno a la animalidad".

1897: ¡llegan los marcianos! Los maestros en la materia son Kurd Lasswitz y H. G. Wells. En *Los dos planetas,* el primero presenta un encuentro que inicialmente promete ser pacífico e incluso fructuoso. Sus marcianos son hombres como nosotros, de tipo occidental, y por tanto se nos parecen más que los chinos o los negros. Hasta son mejores que nosotros: más bellos, más inteligentes, más razonables, más dotados tecnológicamente. Los animan las mejores intenciones. No obstante, algo no funciona. No hay buen entendimiento entre civilizaciones del mismo tipo pero con distinto nivel de evolución. Los marcianos, muy seguros de tener razón, intentan convencer a los terrícolas y al no conseguirlo acaban por instaurar un protectorado. Los terrícolas se rebelan y estalla la

guerra. Sabios y desprovistos de agresividad, los marcianos comprenden la situación y vuelven a casa. Por una vez todo acaba bien, aunque subsiste un problema grave: el de la incompatibilidad entre las civilizaciones.

Pero el mismo año la Tierra es invadida por otro ejército, peligroso por otras razones. Son los marcianos de Wells, monstruos racionales. Y además vampiros, pues se alimentan de la sangre de sus bestias, que son seres humanos como nosotros. Abandonan su planeta desheredado para instalarse en un planeta vivo donde no carecerán de "ganado". La humanidad, comprendidos los blancos de Occidente, se verá reducida a una esclavitud todavía peor que la practicada contra los negros. Occidente está en peligro de ser aniquilado por la misma lógica de menosprecio y dominación con que se ha impuesto como amo del planeta. Finalmente, los marcianos perecerán a causa de las bacterias terrestres para las cuales su organismo no posee defensas. Occidente se ha salvado, pero, ¿por cuánto tiempo? Mañana se reiniciará el asalto... Tal vez el agresor exhiba un rostro diferente, pero la apuesta será la misma.

Negros, amarillos y marcianos son perfectamente intercambiables. Todos simbolizan el peligro. Occidente desarrolla un complejo de ciudad sitiada. La *Belle Epoque* finaliza sumida en la inquietud: se acumulan las crisis interiores y las amenazas del exterior. Minado por mil peligros reales o imaginarios, el mundo occidental se siente menos seguro de sí mismo y comienza a tener miedo.

¿Superhombres o morlocks?

Pese a los acordes pesimistas que resuenan por doquier hacia el final de la época, el siglo diecinueve fue en su conjunto una era más bien optimista. Sus conceptos clave, la Evolución y el Progreso, incitaban a una percepción que valorizaba el

futuro. El occidental y el ser humano sin más debían continuar una marcha ascendente, separándose cada vez más y del modo más tajante del mono original.

En sus *Dialogues philosophiques* redactados en 1871, Ernest Renan soñaba con el hombre del futuro en estos términos: "la vasta aplicación de las revelaciones de la fisiología y del principio de selección podría llevar a la creación de una raza superior, que tuviese derecho a gobernar no únicamente la ciencia, sino la propia superioridad de su sangre, su cerebro y sus nervios [...] Hasta ahora la naturaleza ha hecho lo que ha podido [...] Corresponde a la ciencia retomar la obra en el punto donde la dejó la naturaleza [...] Al igual que la humanidad ha salido de la animalidad, también la divinidad saldrá de la humanidad".

Palabras notables, plenas de promesas, pero también llenas de peligros, de los cuales no es consciente una época embriagada por la ciencia. El cambio de método merece una reflexión. Ya no será la evolución natural la que hará al hombre del mañana, sino el propio hombre, que orientará su perfeccionamiento biológico e intelectual con el poder de su ciencia, para asegurar el nacimiento de su heredero: el superhombre.

Algunos años después, Francis Galton (1822-1911) publicó *Natural Inheritance* (1889), donde sentaba las bases del eugenismo. Las intuiciones de Renan parecían tomar cuerpo. El eugenismo se presentaba como la ciencia del perfeccionamiento de la especie humana, con elementos tendentes sobre todo al control de la reproducción: un medio susceptible de eliminar a los biológicamente imperfectos y de producir, si no al superhombre, por lo menos a un hombre mejor adaptado y de mayor rendimiento.

Si bien la fabricación de una humanidad biológicamente nueva requeriría un tiempo, las mentalidades y los comportamientos podrían cambiar más de prisa. Este es el origen del "hombre nuevo", un mito que marcaría profundamente al siglo veinte. Los revolucionarios rusos, imbuidos de mesianismo y del deseo insaciable de perfección, dieron la nota. N. G. Chernichevski (1828-1889) esbozó el retrato del hombre nuevo,

artesano de una historia nueva, en una novela de lectura más bien imposible pero muy influyente en lo ideológico, *¿Qué hacer?*, publicada en 1863. Su héroe sólo jura por la historia; ha dejado atrás las debilidades del "hombre viejo". Fue el libro de cabecera de Lenin.

Si la evolución ya está en marcha, ¿a qué se parecerá el hombre del futuro lejano? Sobre este tema Flammarion realizó una investigación profunda en un libro publicado en 1894 bajo el título de *La fin du monde*. Un fin de mundo que ocurriría en unos diez millones de años, dejando tiempo suficiente a la humanidad para florecer. Dentro de cinco siglos imperarán en la Tierra la mentalidad racional y una civilización tecnológica y pacífica. Dentro de cuatro mil años la biología y el aspecto del hombre conocerían las primeras modificaciones esenciales: su sistema nervioso será más complejo, tendrá la cabeza más grande, con un pequeño inconveniente para las mujeres pues "el cerebro femenino siempre ha sido un poco más estrecho que el masculino y ha pensado de otro modo". Al mismo tiempo, "el cuerpo se habrá reducido; no encontraremos gigantes". En unos diez millones de años las razas actuales habrán dejado de existir, todos los hombres formarán una sola raza, blanca y bastante pequeña, con una combinación de rasgos anglosajones y chinos. Y finalmente, tras unos veinte mil años, "la especie humana habrá dejado de parecerse a los monos". Desaparecerá "el antiguo maxilar bestial". Los hombres serán de una inteligencia superior, y las mujeres, de una belleza superior. Se desarrollarán dos sentidos suplementarios: el sentido eléctrico y el sentido psíquico. Por supuesto, todo el mundo será telépata. La comunicación con los Otros, con las humanidades planetarias o "seres invisibles que existen alrededor de nosotros desprovistos de cuerpo material", no planteará ningún problema. Las enfermedades serán totalmente vencidas. La esperanza de vida alcanzará los 150 años, y los superará. Sólo existirá una humanidad, un solo idioma, un solo gobierno, una sola religión, "la filosofía astronómica", sin duda la propiciada por Flammarion en los tiempos "prehistóricos". La naturaleza será controlada y disciplinada; dejarán de existir las especies salvajes y el planeta se convertirá en

un jardín científicamente dirigido. En fin, el matrimonio legal será abolido y los juegos del amor conocerán refinamientos inimaginables entre nosotros.

Tanto si gusta como si no, se trata de una historia optimista. El otro gran especialista en el futuro lejano, H. G. Wells, veía las cosas de otro modo. Su generación ya respiraba un aire de fin de siglo. El escritor no hizo más que proyectar al futuro los motivos que desazonaban a Occidente. Propuso a sus lectores dos modelos de evolución, de los cuales ninguno brillaba particularmente por su optimismo.

El primero ya lo conocemos. Lo hemos encontrado desde la invasión marciana y ya hemos precisado la relación entre el marciano de hoy y el hombre de mañana. Algunos años antes de *La guerra de los mundos*, en 1893, Wells publicó un ensayo titulado *El hombre y el año un millón*. Allí comprobaba una tendencia a la disminución de la parte propiamente animal del hombre: pérdida de dientes y pelo, estrechamiento de las manos, los pies y los maxilares... Esta evolución continuará hasta el día en que del hombre sólo quede una gran cabeza provista de manos finas en forma de tentáculos. El hombre del año 1000000 tendrá una inteligencia poderosa, pero estará desprovisto de cualquier signo de emoción humana. Nos convertiremos en superhombres, sacrificando completamente nuestra humanidad.

Sin embargo, otra evolución había comenzado a su vez. Y era todavía más inquietante: la división de la humanidad, de la propia sociedad occidental, entre la elite y el proletariado. Ya las diferencias de orden intelectual e incluso psíquicas eran bastante significativas y, siguiendo las leyes de la evolución, sólo podrían ampliarse. Medios sociales diversos acabarían por producir seres humanos distintos. De este modo aparecen los elois y los morlocks, habitantes de la Tierra en el año 802701 (*La máquina del tiempo*, 1895). Los primeros, descendientes de la elite burguesa, son débiles e imbéciles, incapaces de pensar y defenderse; los segundos, herederos de los proletarios, son gnomos monstruosos, astutos y crueles, que viven en habitáculos subterráneos donde antaño sus ancestros fueron obligados a instalarse: ¡se alimentan de carne de elois!

Una posibilidad mejor que esas dos variantes sería acaso la desaparición pura y simple de la humanidad. Una vez más fue Wells quien planteó el tema, en su ensayo *La extinción del hombre* (1894). Según él, a menudo el florecimiento de una especie era seguido por su abrupta caída. Por lo tanto, resultaría instructivo mirar en rededor para identificar a nuestro sucesor. Por ejemplo, las hormigas, sociables, disciplinadas, perseverantes, parecen tener bastantes posibilidades. En *El imperio de las hormigas* (1905), Wells las presenta partiendo al asalto del globo.

Se vuelve al enfrentamiento, a la lucha de las especies. Ya en 1870, en su libro *La Création*, Edgar Quinet extraía estas conclusiones del evolucionismo darwiniano: "Hay que acostumbrarse a esta novedad, a que el hombre pasará, como pasaron las amonitas y las cañas primarias, y que otras vidas más completas y sin duda mejores que la suya florecerán en su lugar [...] ¿Es posible que un ser superior al hombre surja algún día para dominarlo, tal como el hombre domina ahora a los animales? Y ese ser superior, ¿arrebatará su lugar a los bosques, a las islas, a la especie humana, tal como hicimos nosotros con el bisonte y la cabra montés?

Sí, sería posible. Tal como es posible que el hombre llegue a perfeccionarse hasta límites apenas imaginables. El evolucionismo multiplicaba las hipótesis, dejando abiertas todas las vías.

V

EL TRIUNFO DEL IMAGINARIO

La reconstrucción del hombre: del proyecto a la tragedia

De una guerra mundial a otra, el odio invadió Europa. Las fisuras –nacionales y sociales– se habían acentuado y multiplicado a lo largo del siglo diecinueve. La Primera Guerra Mundial y las perturbaciones ideológicas, sociales y políticas que siguieron exacerbaron el imaginario de las diferencias. Hasta entonces, los subhumanos evolucionaban preferentemente en un decorado exótico, sobre todo africano, en tanto que los superhombres poblaban los planetas o el futuro lejano de la Tierra. Después de haberlo intentado durante mucho tiempo en los Otros, había llegado el momento de aplicar la receta en casa. Las figuras de la alteridad radical invadirían el Viejo Continente. El Otro se transformó en el enemigo que había que abatir. Su pertenencia a la misma casa no le fue de ninguna ayuda. Era tanto más peligroso, pues se trataba del interior. Su máscara ocultaba un alma diferente. Pese a las apariencias, estaba tan lejos del "hombre normal" como los salvajes o los extraterrestres. Ningún escrúpulo de orden moral debía oponerse a su eliminación.

Una higiene biológica, social y moral parecía absolutamente necesaria para una sociedad comprometida con la vía del futuro. Significaba la neutralización del Otro, asociada al perfeccionamiento del "sano". El eugenismo conoció entonces su apogeo. *La selección humana* es el título de un libro

publicado por Charles Richet en 1919. El sabio francés preconizaba nada menos que la "regeneración de las naciones y los hombres". Se podría crear "después de quinientos años, una raza humana admirable. Todavía serían hombres, pero hombres hermosos y vigorosos, de una inteligencia extraordinaria". Entre los métodos recomendados, uno era "evitar cualquier mezcla de las razas humanas superiores con las razas humanas inferiores", más precisamente de blancos con negros o amarillos, procediendo al mismo tiempo a la eliminación de los "anormales", a los cuales en cualquier caso habría que prohibirles el matrimonio.

Esta argumentación fue retomada por Alexis Carrel (1873-1944), Premio Nobel de Medicina, quien en su muy vendido *El hombre, ese desconocido* (1936) dedicó un lugar significativo a la reconstrucción del hombre. Al igual que en el esquema de Richet, los débiles deberían desaparecer y los fuertes hacerse más fuertes: "Existe un solo medio de impedir el predominio desastroso de los débiles. Es desarrollar a los fuertes. La inutilidad de nuestros esfuerzos por mejorar a los individuos de mala calidad ya es evidente. Vale más la pena potenciar a los de buena calidad. Hay que abandonar la idea peligrosa de frenar a los fuertes y promocionar a los débiles, con el único resultado de que pululen los mediocres. Hemos de buscar entre los niños a aquellos que poseen altas potencialidades y desarrollarlos tan completamente como sea posible [...] Para la perpetuación de una elite es indispensable el eugenismo [...] La sociedad moderna debe mejorar a la raza humana por todos los medios posibles". Con el fin de eliminar a los indeseables, el doctor Carrel no dudaba en recomendar la cámara de gas. A cualquier precio, había que "ordenar la sociedad moderna en torno del individuo sano".

La apuesta era por una humanidad sana y fuerte, liberada para siempre de los despojos humanos. Los totalitarismos adoptarían esta vía.

De hecho, el hombre nuevo de los nazis actualizaba un antiguo "hombre germánico" de fuerte contenido mitológico. La época glacial, cuando Europa septentrional estaba sometida a un clima particularmente duro, sólo permitía la supervivencia de los fuertes. Entonces nació una raza maravillosa: la raza nórdica (o arios, también indoeuropeos, o indogermanos, "desplazados" por necesidades de la causa desde Asia Central al norte de Europa). Finalmente se identificaba a los amos de la Historia, los que han marchado a la cabeza de la humanidad. El programa nazi sencillamente consideraba "limpiar" a sus descendientes de los elementos impuros que resultaban de las mezclas étnicas.

Por el contrario, el hombre nuevo visualizado por la experiencia comunista ignoraba completamente la herencia en beneficio de una filosofía transformista. Sería fruto del trabajo, de una nueva pedagogía y, en perspectiva, de un voluntarismo biológico para el cual la palabra "imposible" había dejado de existir; de este modo el profesor Bogomoletz prometió prolongar la vida hasta los 150 años gracias a su famoso suero.

Ambas versiones privilegiaban una fuerte inserción social del individuo. Lejos de comportarse como un superhombre, el hombre nuevo era sólo un pequeño engranaje en un gran mecanismo, un miembro insignificante de la colonia humana.

Pero no bastaba con hacer que el hombre nuevo fuese la estrella. Era necesario, simultáneamente, desvalorizar a su supuesto adversario e incluso deshumanizarlo. Para los nazis todo aquello que se alejase de la norma nórdica era diferente, pero el ser diferente por excelencia, opuesto en todo sentido al modelo ario, fue por aclamación el judío. Por su parte, los comunistas adoptaron al enemigo de clase. Los Otros fueron cargados con todos los vicios e incluso –para hacerlos del todo diferentes– se les atribuyeron rasgos físicos desmerecedores (en la caricatura soviética, el capitalista y el kulak toman la apariencia de hombres-cerdo u hombres-pulpo).

La capacidad perversa del imaginario –de un imaginario muy ideologizado– de transformar a un semejante en un ser esencialmente diferente, destinado a la marginación o el exterminio, se verificó pues de modo trágico. El proyecto de renovación del hombre se ahogó en un mar de sangre.

¡Marte ha muerto, vivan los marcianos!

¿Seguían siendo necesarios los marcianos cuando la Tierra producía hombres diferentes a un ritmo impresionante? En cualquier caso los planetas iban perdiendo su momento de gloria, por lo menos los planetas de los astrónomos, pues los planetas de los escritores y los utopistas iban un poco a la zaga de la hora científica.

Hacia 1900, sabios y escritores hablaban el mismo idioma. La habitabilidad de los planetas parecía una posibilidad científica. Ahora ya no lo era. Pero los partidarios de la vida en los planetas desarrollaban un combate de retaguardia. Después de haber buscado los canales de Marte, W. H. Pickering quiso hallar vestigios de la vegetación lunar. Pero la única esperanza verdadera seguía siendo Marte, un Marte revisado a la baja en todo caso. Los defensores de los canales habían perdido la partida. Aparte de algunos epígonos entusiastas de Lowell, ningún astrónomo digno de su nombre se atrevía a comprometerse en tal empresa. Pero la creencia de que existía vida en Marte estaba tan fuertemente arraigada que, aunque herida de muerte, sobrevivió algunas decenas de años. El astrónomo francés E.-M. Antoniadi (1870-1944), gran especialista en el tema y autor de una amplia monografía, *La Planète Mars* (1930), aun comprobando la desaparición de los canales se pronunció por la existencia de ciertas manifestaciones biológicas, animales y seres humanos incluidos. Su compatriota el abate Théophile Moreux (1867-1954), uno de los grandes nombres de la divulgación astronómica, no compartía esta opinión. En *La Vie sur Mars*, publicada en 1924, esbozaba un retrato del astro rojo más próximo al aspecto de la Luna que al de la Tierra; la manifestación más alta de vida que admitía no superaba el nivel de las plantas inferiores.

La gran limpieza culminó en 1940 con el libro del astrónomo británico Harold Spencer Jones *Life on Other Worlds*. Esta vez la sentencia fue despiadada: las condiciones físicas de los planetas se juzgaron "netamente desfavorables a la vida". Venus, el

universo cálido y húmedo imaginado algunos decenios antes, se transformó en un desierto árido sin una gota de agua. En cuanto a Marte, correspondía hacerle una pequeña concesión; se podía aceptar, siguiendo las huellas del abate Moreux, que hubiese "musgos secos" y "líquenes". Mucho más generoso fue el divulgador científico francés Pierre Rousseau, quien, en *Marte, tierra misteriosa* (1941) aceptó además de la vegetación ¡algunos insectos, ranas y caracoles! Adiós para siempre a los marcianos, lo que es decir adiós también al hombre diferente en todo el sistema solar.

A menos que apareciese una solución. Siempre hay alguna. Se podría apostar por una vida organizada de otro modo, construida sobre otros elementos y principios. También se puede ignorar la opinión de los científicos y atrincherarse tras los muros de la imaginación. Es la época en que E. R. Burroughs multiplica los relatos de la serie marciana, poblada por una vasta galería de seres humanos diferentes (rojos, amarillos, negros, salvajes, caníbales, hombres-animal, hombres-planta...). Pero es también la época en que ciertos escritores intentan escurrir el bulto a las dificultades de orden científico imaginando vidas estructuralmente diferentes: seres inmateriales o minerales vivientes en Rosny el mayor *(Los navegantes del infinito*, 1925), organismos colectivos bajo la forma de "nubes" en Olaf Stapledon, etc. Pese a todos los argumentos en contra, la habitabilidad de los planetas próximos no desapareció del imaginario de entre guerras.

A diferencia de los extraterrestres, los "intraterrestres" jamás disfrutaron de los favores de la ciencia. El centro de la Tierra era el dominio de la ficción pura, ilustrada por entonces por el propio Burroughs en su ciclo *Pellucidar*: allí, hombres prehistóricos y reptiles aterradores evolucionaban alumbrados por un sol central. Con todo, algunos excéntricos siguieron abordando el tema seriamente. Con su libro *A Journey to the Earth's Interior*, aparecido en 1913 y en edición aumentada en 1920, Marshall B. Gardner se convirtió en el Lowell del centro de la Tierra. Consiguió probar que el lugar estaba habitado por una raza bastante parecida a nuestros "amarillos". ¡Los esquimales y los chinos habían emergido del centro de la Tierra!

Fantasías, sin duda, pero fantasías que en ocasiones podían adquirir cierta consistencia. Más de un millón de personas tomó al pie de la letra la famosa emisión radial de *La guerra de los mundos,* una simple adaptación de la novela marciana de H. G. Wells por un joven Orson Welles (30 de octubre de 1938). Algunos creyeron que la invasión marciana ya había comenzado. Este incidente pone en evidencia dos reglas esenciales del imaginario de las alteridades y del imaginario en general: el deslizamiento de los temas de un registro a otro, de la fantasía literaria a la "experiencia mítica", y la amalgama entre las diversas materializaciones del mismo modelo mental. En el ejemplo mencionado actuó el sentimiento de inseguridad. En 1938 ya se vislumbraba la amenaza de la guerra. Alemanes, japoneses, marcianos: el color, el idioma, el emplazamiento geográfico o cósmico contaban poco en relación con el hecho fundamental que representaba la propia amenaza.

La psicosis desencadenada por Orson Welles probó que los extraterrestres eran esperados. Salían de las páginas de los libros y se preparaban para visitarnos.

Un giro ideológico: el fin de las razas. Y un desencanto científico: el fin de los planetas

Una vez mediado el siglo, el clima mental sufrió una transformación. Las justificaciones tradicionales del hombre diferente –las concepciones racistas, una Tierra insuficientemente explorada y un sistema planetario abierto a la vida– saltaron en mil pedazos. El racismo fue puesto en la picota, el medio terrestre se reveló poco susceptible de reservar nuevas sorpresas y la vida en los planetas fue descartada sin apelación. Pero el hombre diferente iba a dar una respuesta a la medida del terrible desafío.

El juego de las razas continuó imperturbable durante la primera mitad del siglo. La mitología racial nazi no hizo más

que exacerbarla. Pero, tras la derrota del Tercer Reich y todos los crímenes cometidos, se hacía difícil, si no absolutamente indecente, la fabricación de un hombre diferente a partir de una raza considerada superior o inferior. Sin quererlo, los nazis fueron los principales enterradores del racismo. A veces la historia se tiñe de ironía. El colonialismo y el segregacionismo trabajaron en el mismo sentido. Del exceso nacería una reacción. Los imperios blancos arrastraron en su caída todo un armazón de prejuicios. Occidente había inventado y multiplicado las razas e incluso las especies humanas; fue asimismo Occidente quien decidió poner fin al juego. En esta ocasión se aprende algo nuevo: los hombres son lisa y llanamente hombres.

Las razas parecen en vías de desaparición, por lo menos en el sentido fuerte del concepto. Se las invoca de modo atenuado, desdramatizado. A veces simplemente se las niega. "El progreso de la genética conduce hoy a rechazar cualquier tentativa de clasificación racial" (edición de 1995 del *Pequeño Larousse*). Toda una evolución respecto de las primeras ediciones del mismo diccionario. "Para la etnología moderna, no es utilizable el concepto biológico de raza", afirma la *Encyclopædia Universalis.* Se trata de una idea falsa que emana exclusivamente del "desarrollo histórico propio de Occidente en su intento de dominar a todos los pueblos de la Tierra". La genética esclarece completamente el tema: ¿cómo dividir la humanidad fundándose en "la variabilidad de algunos genes entre las decenas de miles que tienen los cromosomas humanos"?

Nada ilustra mejor esta auténtica revolución mental que la reinvención de la antropología. Ayer, el antropólogo medía cráneos; hoy interroga a las culturas. La antropología cultural terminó por marginar a la antropología física. Claude Lévi-Strauss se ha impuesto a Lombroso. Se puede redactar un tratado completo de antropología sin tener que utilizar jamás la palabra "raza". Tiende a imponerse el sentido estrictamente cultural de la alteridad, y al mismo tiempo se borran y desaparecen las jerarquías. Para el antropólogo de hoy se trata de entender y no de repartir premios. Antaño se "coloreó" a

los Otros: rojos, amarillos... La exacerbación del color representaba en sí misma todo un programa. La "decoloración" de la humanidad corresponde evidentemente a un nuevo contexto ideológico y a evoluciones políticas del mundo contemporáneo, un mundo cada vez más pequeño y solidario, aunque más por necesidad que por vocación.

No sólo las razas se han cuestionado. Por todas partes tiende a imponerse la homogeneización. La mujer se ha integrado en la ciudad; su lado "salvaje" parece olvidado. Las minorías sexuales comienzan a ser toleradas, incluso aceptadas. Los enfermos y discapacitados han dejado de ser marginados. Este proceso es exactamente el inverso al del juego tradicional de las alteridades. Antes, cualquier diferencia, incluso mínima, corría el riesgo de ser exacerbada. Hoy, aunque sean reales, las alteridades pasan por un proceso de atenuación.

¿Quién osaría en nuestro tiempo fabricar humanidades diferentes a partir de los seres humanos del planeta Tierra? Pero, por razones particulares, tampoco los demás planetas parecen disponibles. Hacia 1950 los marcianos de los científicos ya habían muerto, pero los de los escritores y cineastas seguían pasablemente bien. Las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury aparecieron entre 1946 y 1950; describen una sociedad marciana bella y armoniosa, en contraste con la brutalidad de la "civilización" terrícola. En cambio, 1953 fue un año de invasiones marcianas, por lo menos en el cine: la *Guerra de los Mundos*, inspirada en Wells, y la *Invasión de Marte*. Hacia 1960 los marcianos se integraron al hippismo, o los hippies integraron a los marcianos; la novela de Robert Heinlein *Un extraño en tierra extraña* proponía un Marte libre de cualquier freno moral, excelente ejemplo para la juventud de la Tierra.

Luego vinieron las sondas espaciales Viking 1 y Viking 2, que descendieron en 1976 al planeta rojo y trasmitieron a la Tierra imágenes e información científica. El encuentro tan soñado con Marte y los marcianos fue más bien decepcionante. Ningún marciano se presentó a saludar. Ningún monstruillo cartilaginoso. Ni siquiera un microorganismo. Con Marte se confirmó –pero también con Venus y los demás planetas–

que las "Tierras del cielo" tan caras a Flammarion no eran en absoluto tierras del cielo. En *Física del planeta Marte*, publicado en 1951, el astrónomo francés Gérard de Vaucouleurs intentó sugerir un paisaje marciano: "Tomen un desierto de la Tierra, llévenlo a las regiones polares y luego elévenlo hasta el nivel de la estratosfera: estarán cerca del planeta Marte". ¡Qué optimismo! La realidad era mucho peor, era diferente, otra, sin ninguna relación con la Tierra.

Así desaparecieron los extraterrestres del sistema solar. Claro, nada impedía a los escritores rechazar la evidencia; pero el corazón ya no estaba allí. Hoy, hasta los niños saben que los marcianos no existen.

¿Volver a la Tierra? ¿Pero dónde encontrar diferencias? ¿En qué rincón perdido? ¿Es que todavía existen los rincones perdidos? Los espacios vacíos han desaparecido de los mapas. Gracias también al espionaje, cada metro cuadrado de la Tierra nos es conocido hasta en sus menores detalles. A menos que se nos esté ocultando algo...

Por primera vez en la historia, todo parecía extremadamente claro. El hombre es el hombre, ni más ni menos, no existen otras especies humanas sobre la faz de la Tierra y menos aún en los planetas.

En este momento, el imaginario mostró todas sus cartas. Hasta entonces había dado muestras de moderación, sin forzar nada, sin doblar la apuesta. Pero si el adversario jugaba tan fuerte, tanto peor para él. Esta vez se iría hasta el fin. Dicen que los planetas están desiertos: pues bien, poblaremos el espacio infinito con una miríada de pueblos diferentes. Y también la Tierra. Si no están en ninguna parte, estarán en todas partes.

De esta manera la imaginación se liberó de todos los frenos y afirmó su auténtica vocación: la de organizar el mundo a su modo.

El yeti, Pies Grandes y los cinco señores X

Así pues, nuevas islas tomaron forma; los archipiélagos de lo extraño se multiplicaron por todas partes.

Hacia 1900, esta operación de salvamento se apoyaba esencialmente en la fantasía literaria. *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle sigue siendo una de las islas en tierra firme más famosas producidas por el imaginario. Rosny el mayor, el gran multiplicador de mundos, encontró soluciones aparentemente inagotables: los hombres de las aguas habitan una tierra de pantanos en Asia Central (*Nymphée*, 1893); una *Prodigiosa comarca de las cavernas* (1896) abriga formas de vida inéditas; el hombre y el mamut coexisten en un islote de vegetación aislado de los hielos árticos (*El tesoro en la nieve*, 1929); hombres escamosos pueblan una sabana donde todo es diferente, plantas y animales (*El asombroso viaje de Hareton Ironcastle*, 1922); los hombres-jabalí (*Hommes-sangliers*, 1929) raptan y poseen a las jovencitas... Anotemos también las soluciones insulares "submarinas", de las cuales las más célebres pertenecen a H.G. Wells (*En el abismo*, 1896) y a Arthur Conan Doyle (*La sima Maracot*, 1927).

De la literatura a la exploración real a veces no había más que un paso. El coronel Percy Fawcett (1867-1925) desapareció durante una última expedición destinada a hallar una "civilización perdida", situada geográficamente en el mismo lugar que el mundo perdido de Conan Doyle.

A medida que progresaba la exploración, parecía lógico que las islas disminuyesen. Pero ocurrió lo opuesto: se multiplicaron. Y, sobre todo, salieron de las páginas de las novelas para fijarse en las conciencias. Los epígonos de Doyle y Rosny son partidarios incondicionales de los mundos perdidos y los seres diferentes que recorren la Tierra. Como la fe mueve montañas, a veces tienen el privilegio de ver materializarse en el terreno las figuras que obsesionan su imaginación.

En un mundo con vocación tecnológica, las "islas" han tomado partido con firmeza. Marchan en sentido opuesto. Su

papel es aislar y proteger una naturaleza intocada por la civilización. El hombre diferente que abrigan es el primitivo, el salvaje. Pero no se trata solamente de seres humanos; están también los animales desconocidos, aparentemente muy familiares para los iniciados: los monstruos de los lagos (como el famoso Nessie, el inquilino del lago Ness) adquieren fuerza; una rica colección de reptiles y mamíferos extraños proliferan a lo largo y ancho del mundo. Después de 65 millones de años, vuelven los dinosaurios. No solamente en Parque Jurásico (1993), el filme de Steven Spielberg, sino en"carne y hueso", como el Mokele-Mbembe pesquisado en el Congo (en 1980) por una auténtica expedición. Las especies diferentes parecen tan numerosas que para categorizarlas e investigarlas fue necesaria la invención de una nueva zoología. Así nació la criptozoología: la ciencia "de los animales aún desconocidos", según la definición de uno de sus maestros, Bernard Heuvelmans. Las fuentes que invoca son significativas:*Veinte mil millas de viaje submarino*, de Julio Verne, *Dioses rojos*, de Jean d'Esme, "que evoca la existencia actual de hombres-mono en Indochina", y el inevitable *Mundo perdido* de Conan Doyle. Una vez más comprobamos la proyección de la ficción literaria sobre el mundo real.

Ya hemos encontrado al salvaje. La Edad Media, la Ilustración y el siglo diecinueve lo adaptaron a sus gustos y sus proyectos. No existe razón para que la época contemporánea no lo evoque a su vez. Según sondeos recientes, cerca del 11% de los occidentales está convencido de su existencia. Pero lo más impresionante es su multiplicación y la multiplicación de los encuentros, o por lo menos de sus "rastros", desde comienzos de los años cincuenta.

Al César lo que es del César. Sin duda el rey de los hombres peludos es el famoso yeti, habitante de las altas montañas y las mesetas de Asia Central (Himalaya, Tíbet, Pamir). Desde 1951 no ha desperdiciado ocasión para manifestarse, por lo menos una vez al año. Los soviéticos lo encontraron en Pamir en 1957. Fue un acontecimiento decisivo: por primera vez el misterioso personaje se encontraba ante un hombre de ciencia, el profesor Pronin. La prensa soviética tomó parte en el

debate. Los occidentales mordieron el anzuelo con no menos apetito que los rusos. Se organizaron expediciones para resolver el enigma. "Hacia la certeza. Alerta al yeti", titulaba la revista *Science et vie* en abril de 1958, bajo la firma de Claude Passarelle. El retrato del personaje investigado figuraba en todo su esplendor; lo describían como una "criatura gigantesca (su talla alcanza los tres metros), mitad hombre, mitad animal, de envergadura formidable [...] Su cuerpo está recubierto por un espeso pelaje rojizo. La cara desnuda, más clara que el resto del cuerpo, y de aspecto humano, está enmarcada por una larga cabellera". La perspectiva de un contacto parecía bastante cercana: "bien podría ser que en 1958 el yeti obtuviera un lugar entre los animales reales".

De hecho, se logró algo más. En 1958 el yeti ocupó su lugar en un mundo casi más real que la realidad: la serie de aventuras de Tintín. En *Tintín en el Tíbet*, publicado por Hergé ese mismo año, todo fue minuciosamente reconstituido de acuerdo a los testimonios. En cuanto a la realidad misma, como siempre, se quedó algo atrás respecto de la realidad imaginaria. En los momentos en que escribimos estas líneas todavía se va tras las huellas del yeti. Da señales de vida, pero no parece particularmente tentado por esa "hora de conversación" que antaño soñara Maupertuis. Hay huellas que dan prueba de su presencia: sus pies enormes en la nieve. A veces se ha observado una silueta huidiza. Por cierto, todos los testimonios son dignos de confianza. Desgraciadamente, el yeti nunca permanece en un lugar; es obvio que evita a los hombres. Se podría creer que ha leído las consideraciones de Bertrand Méheust sobre la elusividad.

Sus primos peludos proceden del mismo modo. Están en todas partes y en todos los continentes. Gracias a Dios, no hay que trepar a las cimas del Himalaya para probar suerte. Se puede intentar no lejos de casa y con similares resultados. Casi al mismo tiempo que el yeti comenzó la carrera de Pies Grandes (*Bigfoot*), en las cercanías de las grandes aglomeraciones urbanas de California. Hace años que forma parte de la sociedad estadounidense, con los mismos derechos que los norteamericanos reales. En 1967 estuvo a punto de ser tocado. El cazador de Pies Grandes –¡aparentemente, ya se trata de una profesión!– Roger Petterson lo vio y consiguió filmarlo durante unos segundos. La criatura peluda tenía dos metros diez de altura; estaba a unos veinticinco metros, del otro lado de un río. Como podríamos sospechar, era pues imposible acercarse más. En cuanto se sintió observado, Pies Grandes puso en práctica el principio de elusividad; huyó al bosque, no sin antes volver la cabeza antes de desaparecer, para que lo reconocieran bien. La filmación existe. Esta vez todo el mundo puede verificar el testimonio.

Al parecer recorre la geografía de Estados Unidos toda clase de humanoides que perturban el tráfico en las carreteras y merodean por los alrededores de las grandes ciudades. Generalmente se trata de Pies Grandes y sus semejantes, pero el abanico biológico es más amplio, lo cual complica las cosas. Algunos testimonios hablan de hombres alados e incluso de seres más misteriosos y de apariencia fantasmagórica.

Asistimos a una auténtica progresión geométrica. Las especies y subespecies ya ni se enumeran. El yeti se divide en unas cuantas variedades. Según Rémy Chauvin, habría en los Himalaya tres tipos diferentes de "hombres peludos". "Su talla difiere enormemente: de 90 centímetros a 2 metros 40". Iván Sanderson, uno de los clásicos de la criptozoología norteamericana, llevó a cabo una investigación muy profunda sobre las dos ramas principales de hombres salvajes: los hombres de las nieves y los hombres de los bosques. Su libro sobre "el abominable hombre de las nieves" apareció en 1961 (*Abominable Snowmen. Legend come to Life,* 1963). Confirma la existencia de cuatro tipos de humanoides velludos en los cinco continentes, y que él llama "subhumanos" (neandertalianos), "protopigmeos", "neogigantes" y "subhomínidos".

El incidente del hombre de Neandertal estudiado por Heuvelmans y el historiador soviético Boris Porchnev (*L'homme de Neandertal est toujours vivant,* Plon, 1974) es uno de los más curiosos. En los años 1968-1969, un feriante norteamericano expuso una especie de hombre-mono conservado en un bloque de hielo. ¿De dónde venía? No importa, puesto que los

hombres salvajes están en todas partes. Tal vez de Asia del Norte, recogido en el mar de Bering; o de Vietnam, donde habría sido capturado y muerto y después se le había transportado a América; o incluso de Estados Unidos, que disponía de grandes existencias de hombres primitivos. Lo peor era que no se veía casi nada, debido al hielo. Pero, ¿por qué dudar de la honestidad del feriante? Se expresaron dos opiniones divergentes. Para algunos, se trataba de un maniquí fabricado en Hollywood. Para Heuvelmans, el "objeto" era un hombre de Neandertal absolutamente auténtico, prueba viva, o casi, de la supervivencia de esta especie en plena época contemporánea. El tema quedó en suspenso. Y así quedará para siempre, pues el feriante y su criatura se volatilizaron en 1969.

En este impresionante panorama, los primitivos africanos ocupan un lugar aparte. Desde siempre Africa fue el continente de los milagros biológicos. Ya Herodoto hablaba de los hombres peludos. Nuestra época sólo retomó la tradición. Ya no se trata, como en los buenos tiempos del racismo, de transfigurar a los negros en hombres-mono. Esta vez se buscan los auténticos primitivos bebiendo del folclore africano, rico, como todo folclore, en hombres diferentes. Sobre este tema Bernard Heuvelmans escribió un libro erudito donde se refiere a las tradiciones y las virtualidades del continente africano: *Les Bêtes humaines d'Afrique* (1980). Y Jacqueline Roumeguère-Eberhardt, investigadora del CNRS, realizó investigaciones sistemáticas en los bosques de Kenia, precisamente en la región donde fueron descubiertos los vestigios humanos más antiguos. Si en esos parajes el hombre había dado sus primeros pasos, ¿por qué excluir la supervivencia de "fósiles vivientes"? Un impresionante conjunto de testimonios –novecientos encuentros en veintidós bosques diferentes– estimuló a la señora Roumeguère-Eberhardt a confiar en el señor X; educadamente bautizó con este nombre al que parecía ser el famoso "eslabón perdido", acaso de una vejez de dos millones de años pero gozando de buena salud. Como la perseverancia siempre recibe su recompensa, aparecieron no uno sino cinco señores X, individualizados por la talla, la pilosidad y el color.

Cinco "humanidades" diferentes en un solo país –africano, es cierto– no era un mal resultado. Todos fueron presentados en el curso de una conferencia de prensa organizada por la señora Roumeguère-Eberhardt el 2 de noviembre de 1978; retomó el tema en su libro *Dossier X. Les hominidés non identifiés des forêts d'Afrique* (1990).

Esta multiplicación de primitivos responde claramente a un deseo insaciado de descubrimiento, a un desafío lanzado al mundo "acabado" de hoy. Pero se trata también y sobre todo de una reacción provocada por la angustia tecnológica. El mundo perdido –el mundo que nosotros hemos perdido– vuelve con sus dinosaurios y sus hombres peludos. Envenenado con tanta tecnología, el occidental sueña con respirar el aire puro de los orígenes. Tras unas decenas de años, las relaciones de la civilización con la vida salvaje se han modificado en forma radical. La inquietud, el menosprecio o la fría mirada distante han dejado lugar a una especie de seducción. Ya no hay que buscar los monstruos que nos asustan en las selvas africanas; los monstruos sin alma creados en las fábricas y los laboratorios de Occidente parecen más peligrosos. El hombre primitivo ya no es el criminal sádico imaginado por la generación lombrosiana. Se ha vuelto tímido, lo que explica asimismo la dificultad para el contacto. Parece querer preservar su paraíso ocultándolo a cualquier avanzada de la sociedad tecnológica. Pero, una vez que se establece el contacto, sea en la "realidad" o en la imaginación, la hostilidad se revela mucho menos frecuente que la benevolencia. "Simbolizando una fuerza colosal y protectora [...] el salvaje es un buen salvaje". "En *Tintín en el Tíbet* y en *La Grande Peur*, claramente inspirado en el primero, aparece el mismo episodio: el salvaje salva a un humano en medio de una tormenta de nieve, lo protege en una gruta y le lleva comida" (Jean-Bruno Renard). Estamos muy lejos de los pitecántropos sanguinarios del *Mundo perdido*. Entre 1912 y 1958 en Occidente ha pasado algo.

Los estudios prehistóricos confirman la tendencia a la "normalización". Se relanza el mito del buen salvaje. Para algunos, la Edad de Piedra se transforma en una edad de la

abundancia, nueva transformación de la edad de oro. ¿La Edad de Piedra dorada? Los paleontólogos ya no quieren bestializar a las especies humanas prehistóricas. Para colmo, ha cambiado el decorado de *La guerra del fuego*. Más que cazar mamuts, nuestros ancestros parecen haber preferido la recolección y la pesca, ocupaciones apacibles y relajantes. "Sólo tenían que estirar la mano para comer manzanas, y la caza abundaba hasta el punto de que la practicaban de modo selectivo: sólo mataban a los más jóvenes y apetitosos, y sólo comían los mejores trozos." Era una sociedad de abundancia como la nuestra, pero felizmente no contaminada por nuestra miserable tecnología.

Hasta el clima se hizo más benigno: ya no se habla de glaciares, entonces, ¿por qué refugiarse en cavernas? "Sin duda preferían un hábitat al aire libre, tiendas de piel sobre bases de madera..."

Tampoco el canibalismo es ahora un problema; se reduce, como ciertas costumbres contemporáneas, a un simple rito religioso más bien respetable. Es el fin de los caníbales, de los auténticos caníbales, el fin de un mito muy vivo en la historia y muy especialmente durante el siglo diecinueve. "El canibalismo de los sinántropos podía explicarse por motivos de orden religioso, y la antropofagia de los neandertalianos se comprende puesto que consistía en incorporar las fuerzas del enemigo o el espíritu del padre, de los cuales era particularmente apreciado el cerebro."

Antiguo símbolo de inferioridad y brutalidad, el hombre de Neandertal ya comienza a gozar de ciertas simpatías. Su capacidad craneana se juzga muy conveniente; su posición, que uno creía inclinada a la manera de los monos, se ha vuelto erguida. "Además, coleccionan curiosidades naturales y se adornan con colorantes y, como prueba de sus buenos sentimientos, entierran a sus muertos, por lo menos a aquellos que no se han comido."*

* Del artículo de Christian Colombani, "Cocagne et Cro-Magnon", en *Le Monde* del 27 de marzo de 1993.

¡Qué hermosa fue la vida salvaje! Por desgracia, avanzamos a velocidad de crucero en dirección opuesta. Ello explica la nostalgia por una especie de *dolce vita* perdida para siempre. A menos que la historia vuelva sobre sus pasos. Algunos relatos catastrofistas, frecuentes en los años cincuenta y setenta, manifestaron esa posibilidad, es decir su probabilidad. La civilización parecía a punto de hundirse como consecuencia de la guerra nuclear o de una fuerte degradación ecológica. Para reencontrar el mundo perdido, los supervivientes de la catástrofe sólo tendrían que reemprender el camino.

Nuestros dioses, los extraterrestres

Los primeros platillos voladores u ovnis fueron observados en junio de 1947, justo al comienzo de la Guerra Fría, sobre el territorio de Estados Unidos. Hubo quienes, en buena lógica, pensaron en armas secretas, norteamericanas o rusas. Los extraterrestres no tardaron en unirse a las dos superpotencias. Marcianos, norteamericanos o soviéticos, la amalgama "terrestre-extraterrestre" siempre funcionaba bien cuando se olfateaba el peligro. Llevados a la pantalla en 1953, los marcianos llegaron, por supuesto, en platillos. Los mismos platillos que fueron considerados responsables de una eventual Tercera Guerra Mundial y un posible fin de la humanidad.

Fue sólo el comienzo, pues muy pronto rusos y norteamericanos debieron retirarse en favor de los extraterrestres, e incluso los "vecinos" marcianos cedieron su lugar a visitantes venidos de regiones más remotas del universo. Durante el siglo diecinueve los habitantes de otros mundos figuraban en las hipótesis científicas y florecían en las ficciones literarias. Hoy, han dado el paso decisivo. Salidos de las páginas de las novelas, se han instalado entre nosotros. La demarcación entre el mundo real y el mundo imaginario parece haberse borrado.

En 1966, el 34% de los norteamericanos creía en la existencia de los extraterrestres. El fiasco de la idea de hallar vida en los planetas no hizo más que reafirmar la creencia, como una especie de compensación. Los partidarios de una vida cósmica parecida a la nuestra ya representaban el 46% de la población en 1973, y el 51% en 1978. En Francia, el porcentaje era similar (parece reducirse desde hace algún tiempo: un 39%, según el sondeo publicado por *Le Monde* el 12 de mayo de 1994). Esta creencia por sí sola sería un hecho trivial –¿qué hay más posible que la existencia de otros mundos en el universo infinito?–, pero se acompaña y refuerza con la proximidad e incluso con la intervención de los extraterrestres en los asuntos humanos. En 1985, un 26% de los franceses pensaba que los extraterrestres nos visitaban regularmente, y el 13% manifestaba su convicción de que vivían entre nosotros seres venidos de allá afuera "disfrazados de humanos".

Como se integran y participan de nuestras vidas, deben ser más o menos semejantes a nosotros. La investigación imaginaria de los sistemas de vida estructurados de modo diferente parece haber perdido el ímpetu. La mayor parte de los extraterrestres actuales no tiene nada que ver con los de Wells o Rosny. Son humanoides, a menos que ocasionalmente adopten una silueta humana para adaptarse al medio terrestre. Se los representa como seres humanos pequeños y enjutos, de alrededor de un metro veinte, con un traje ceñido y una cabeza relativamente grande. También están los rubios altos y delgados, gigantes de dos metros cincuenta, o los homúnculos de piernas cortas, un tajo a guisa de boca y orejas puntudas. La gama de especímenes es más bien limitada, más limitada que la alteridad terrestre de tipo tradicional. El espacio cósmico parece más pequeño y más homogéneo de lo que fuese antaño la Tierra. Un occidental de la Edad Media podía haberse sentido más extranjero en las islas del océano Indico que nuestros contemporáneos entre los habitantes de las galaxias.

Evidentemente, son mucho más avanzados que nosotros. Muchos millones de años, según los cálculos de una secta de

"ufólogos",* o únicamente veinticinco mil años según otra opinión. Su inteligencia notable es aún más potente gracias a sus poderes parapsicológicos. Lo saben todo: el universo no tiene secretos para ellos, y nuestra Tierra, todavía menos. Los platillos atestiguan el desarrollo de su tecnología.

Miles de testimonios confirman la realidad del fenómeno. Un número importante de personas ha observado platillos voladores en todas las latitudes y longitudes del globo. Sus "pasajeros", en cambio, se han mostrado poco; prefieren permanecer ocultos y son muy avaros en sus apariciones. Los santos y las hadas han procedido de la misma manera. Existen casos de contactos que se transforman en raptos, que una vez más nos recuerdan los cuentos de hadas; en fin, aparece una práctica más reciente y bastante odiosa –el robo de órganos– que parece corresponder más específicamente a las obsesiones de nuestro tiempo.

Tres casos "reales" bastarían para dar una idea de las relaciones entre los extraterrestres y los privilegiados que han merecido su atención. El norteamericano George Adamski (1891-1965) estuvo entre los primeros contactados. El 20 de noviembre de 1952 conoció a un venusiano del tiempo en que los planetas cercanos todavía estaban habitados, que traía un mensaje de paz en momentos en que la Guerra Fría e incluso la guerra efectiva en Corea estaban en su apogeo. El venusiano en cuestión era grande y delgado, rubio, de cabellos largos y rostro angelical. Durante los años siguientes Adamski tuvo encuentros regulares con habitantes de Venus, de Marte y Saturno. Consiguió fotografiar el famoso "platillo venusiano" y publicó libros sobre sus experiencias. Muchos grupos de fanáticos de los ovnis lo consideraron el profeta de un tiempo nuevo.

En 1957 fue raptado un agricultor brasileño de veintitrés años, Antonio Villas Boas. Llevaron al joven a bordo de un platillo y allí lo desnudaron y le pusieron delante una mujer bastante hermosa aunque algo rara: rubia, de ojos azules y

* Por *Unidentified Flying Object* (UFO), objeto volador no identificado.

muy alargados, cara triangular, pómulos altos, boca muy fina, apenas visible. Pasó lo que tenía que pasar. Durante el acto, la dama parecía gruñir como un cerdo. Es muy posible que Antonio Villas Boas sea el feliz padre de un niño extraterrestre nacido en alguna galaxia lejana.

La noche del 19 al 20 de septiembre de 1961, Betty y Barney Hill fueron raptados durante un viaje en automóvil por el estado de Maine, en Estados Unidos. Sus raptores no eran particularmente agraciados: calvos, desprovistos de nariz, con una boca extremadamente fina. Llevada al ovni, la pareja fue separada y sometida a un doloroso examen médico. Tomaron muestras de esperma de Barney, fragmentos de piel, limaduras de uña y cabellos de Betty, ¡a la cual introdujeron una aguja muy larga por el ombligo!

Se multiplicaron los raptos; los casos se cuentan por decenas y decenas. A un cierto reflujo hacia finales de los años 70 le siguió un notorio repunte después de 1980. A partir de 1987 el fenómeno se volvió inquietante: miles de raptos en Estados Unidos, aunque muchos menos en Europa. Los exámenes médicos y la extracción de órganos parecían práctica corriente. Los "grisecitos", malvados humanoides identificados en América del Norte, ostentan el récord en la materia. Por lo demás, esta práctica no es exclusivamente extraterrestre. Responde a una auténtica psicosis desarrollada durante los últimos años. Por todas partes se habla de raptos de adultos y niños, de robo de riñones o de bebés "por piezas". El tráfico de órganos forma parte del folclore contemporáneo.

En realidad, ¿son buenos o malos? ¿Qué buscan aquí, con qué finalidad se han desplazado desde sus mundos remotos? Buenos y malos se reparten las tareas. Los contactados de los años cincuenta fueron testigos de la bondad y la sabiduría de los extraterrestres: por esos días la ciencia ficción parecía seguir atraída por el tema de la invasión. Luego, el buen extraterrestre consiguió convencer a los escritores de ciencia ficción y a los cineastas. La sorpresa fue que los contactados comenzaron a quejarse; ¡no tenían motivos para estar felices después de haber sido raptados y convertidos en inválidos por esos médicos locos!

Como siempre, coexiste lo mejor con lo peor. Pero globalmente ya se ha optado, y desde el comienzo, por el buen extraterrestre o, por lo menos, por un extraterrestre "neutro" que viene a estudiarnos y vigilarnos.

El mensaje de paz lanzado a comienzos de los años cincuenta se ha repetido y expresa claramente su buena voluntad. En la película de Robert Wise *El día que la Tierra se detuvo* (1951), la invasión de los extraterrestres cambió completamente de sentido en relación con la invasión marciana tradicional: amenazan con invadir la Tierra si los hombres no ponen fin a las experiencias nucleares. Bajo la apariencia de una invasión, se trata de dar una lección a los terrícolas similar a la que trasmiten por mediación de algunos contactados.

El asunto Ummo se inscribe en la misma corriente pacifista, y representa una nueva etapa de las relaciones de los extraterrestres con el medio humano. Esta vez los habitantes de un mundo situado a 14,6 años luz de la Tierra (el planeta Ummo) sencillamente se han instalado entre nosotros. Aunque superiores, se nos parecen mucho; identificarlos resulta imposible. Durante los años sesenta, España se convirtió en su segunda patria: Jean-Pierre Petit, director de investigación en el CNRS, publicó varias obras sobre el tema, entre ellas *Enquête sur les extraterrestres qui son déjà parmi nous. Les mystères des Ummites*, 1991. La sociedad del planeta Ummo es comunista. Para la Tierra, preconizan una síntesis entre el marxismo y el cristianismo. Pero sobre todo multiplican las advertencias: si existe la voluntad de salvar la Tierra, los hombres deben renunciar a la carrera armamentista.

Tan presentes en la actualidad, los extraterrestres no son unos recién llegados. ¡Sería ridículo creer que su historia comienza en 1947! Las observaciones recientes se prolongan hacia el pasado. Una nueva lectura de algunos documentos permite comprobar la presencia de platillos voladores en todas las épocas. Incluso la Biblia los registra. Parecen haber tenido especial inclinación por la prehistoria: toda una era debe "reelaborarse" teniendo en cuenta las contribuciones de los Antiguos Astronautas, que hace miles de millones de años guiaron los primeros pasos del hombre. Todos los misterios se resuelven gracias a ellos: el origen de las civilizaciones,

es decir de la humanidad, las religiones y los dioses. ¡Los dioses eran ellos! Ellos construyeron los moais de Isla de Pascua y las pirámides egipcias. Ellos provocaron el Diluvio. El arca de Noé fue una nave extraterrestre. La destrucción de Sodoma y Gomorra se explica mediante una guerra nuclear. La paleoastronáutica aspira a convertirse en ciencia auténtica, marginando a la prehistoria conformista y añeja. Disfruta de una audiencia notable; en 1985, un 21% de los franceses interrogados pensaba que los extraterrestres nos han visitado en el pasado (con mucha lógica, además, puesto que también hoy nos visitan).

El punto insuperable del asunto de los extraterrestres es la cristalización de una nueva creencia religiosa. Se puede, claro está, creer a la vez en dos verdades reveladas: la religión (cristiana u otra) y la presencia de los extraterrestres. Pero las investigaciones sociológicas demuestran que la relación entre las dos es inversa. Mientras menos se cree en Dios, más se cree en los extraterrestres. Su surgimiento corresponde al reflujo de las creencias religiosas tradicionales. Ofrecen un sustituto a la religión. Son dioses, o casi, por su omnisciencia, por sus poderes sobrenaturales. Sus "descensos" evocan las apariciones de los santos, con una puesta en escena muy parecida: luces destellantes, sonidos graves, fuerte emoción entre los testigos, como en *Encuentros cercanos del tercer tipo*, la película de Steven Spielberg (1977). El mito se inscribe asimismo en una fórmula milenarista. Un número impresionante de partidarios de la ufología esperan el fin del mundo, esto es, su purificación, su ingreso en otra fase. Los creyentes se salvarán e irán al cielo en ovnis. O se quedarán en la Tierra, pero para participar en una nueva era de armonía y paz, como la anunciada por el movimiento New Age, nacido en California en los años sesenta. Los adeptos del New Age creen que la humanidad está a punto de superar la era de Piscis, dominada por Cristo, para entrar en la era de Acuario, en la que el ser humano renovado disfrutará de considerables poderes psíquicos y de una nueva conciencia planetaria y cósmica. Pero nada se hará sin los extraterrestres. Ya se ha preparado una zona de aterrizaje para recibirlos adecuadamente.

De la mitología a la ideología

Jean-Bruno Renard, a quien debemos buen número de consideraciones sobre el hombre salvaje y los extraterrestres, tuvo la idea de reunir en un cuadro muy sugerente los rasgos contradictorios de estas dos grandes figuras míticas de nuestra época. He aquí el resultado:

Características	*Salvaje*	*Extraterrestre*
Estatura	Alto	Bajo
Contextura	Gruesa	Delgada
Vestimenta	Desnudo	Malla ajustada
Pilosidad	Velludo	Lampiño
Cráneo	Microcéfalo	Macrocéfalo
Ojos	Grandes y redondos	Pequeños o rasgados
Nariz	Aplastada	Pequeña o inexistente
Boca	Grande	Pequeña o inexistente
Voz	Tono ronco	Tono agudo
Comunicación	Inexistente	Perfecta (telepatía)
Armas	De contacto (puños, porras)	A distancia (pistola paralizante)
Velocidad de desplazamiento	Marcha torpe	Marcha rápida
Sentido de desplazamiento	Horizontal	Horizontal y vertical
Hábitat	Chthoniano (bosque, cueva)	Uraniano (otro planeta)

(Fuente: Jean-Bruno Renard, "L'Homme sauvage dans l'imagerie contemporaine", *Anales de la Universidad de Bucarest*, 1992, p. 96.)

"Todas estas oposiciones –explica el autor– expresan una oposición fundamental entre la naturaleza bruta y la cultura refinada, la fuerza física y la fuerza psíquica, la subhumanidad y la superhumanidad, lo primitivo y lo civilizado. El salvaje y el extraterrestre aparecen como los dos límites, pasado y futuro, de la visión evolucionista de la especie humana en que el hombre mismo se sitúa a medio camino. En esta tabla, el hombre ocuparía una columna central y cada una de sus características sería un término medio en relación con los dos extremos."

Nos encontramos en el punto más avanzado de una mentalidad evolucionista. El juego tan libre de las alteridades tradicionales, con sus figuras de una diversificación sorprendente, acaba de ser drásticamente simplificado, pero al mismo tiempo se le ha investido de una significación particularmente fuerte. Todo se sitúa en tres segmentos sucesivos de un solo eje de evolución.

Figuras opuestas, el salvaje y el extraterrestre participan no obstante de la misma mitología. A menudo se les encuentra juntos. El hecho más inquietante en este sentido se refiere al origen mismo de la humanidad. El hombre podría resultar de la hibridación entre visitantes extraterrestres y los salvajes que antaño habitaban la Tierra. Ello explicaría mejor nuestro lugar intermedio entre los dos ancestros, tan diferentes aunque pertenezcan al mismo linaje. Esta nueva versión del Génesis enfatiza con fuerza la dimensión religiosa del fenómeno extraterrestre.

Sólo faltaba el centro de la Tierra para que la síntesis fuera completa. *I Remember Lemuria,* texto escrito en 1945 por Richard Shaver y destacado por Ray Palmer, redactor de la revista *Amazing Stories,* revelaba la existencia de una raza subterránea, enana y malvada, que descendería, como la humanidad terrestre, de una especie creada por los extraterrestres; ocultos, habitaban las ciudades y utilizaban las máquinas abandonadas por éstos. Después de 1947, Ray Palmer se reveló como uno de los primeros exégetas de los platillos voladores, atribuidos por supuesto a los extraterrestres. En 1959 halló una solución todavía más ingeniosa:

las bases de los ovnis estarían en el interior de la Tierra. Otro imperio subterráneo invocado con frecuencia parece encontrarse bajo Asia Central (Schambala, Agartha); lo habitan los Amos del Mundo, que acaso sean extraterrestres o "intraterrestres" o ambos a la vez. Los dos temas prácticamente se han fusionado.

También está el aspecto político de estos *affaires*. Ya ha demostrado Jean-Bruno Renard* que el mito de los extraterrestres tiende mucho hacia la izquierda. "Jóvenes, más bien no religiosos, con un nivel de instrucción elevado, los creyentes en los extraterrestres se encuentran de modo natural en el espectro político más bien a la izquierda." En cuanto a los ufólogos, parecen más inclinados por el movimiento ecologista. La sensibilidad ecologista es evidente también en la reinvención del salvaje y de la prehistoria. Ambas aspiraciones –perfeccionamiento o regresión– implican en igual medida una crítica severa a la sociedad contemporánea. Entre el paraíso perdido y el otro aún no alcanzado, el hombre cruza un terreno baldío que reúne todos los motivos para que se sienta incómodo. Se acumulan las injusticias y los peligros: mal uso de la ciencia y la tecnología, divisiones políticas, amenaza nuclear, polución. Los gobiernos son incapaces y además nos ocultan la verdad. Pero este mundo que denunciamos, y del cual se profetiza el final, en buena metodología milenarista tiene un nombre. No se trata de China ni de Africa. Se trata sencillamente de Occidente. Los mensajes de paz lanzados en los años cincuenta por los pasajeros de los platillos voladores o la ideología "progresista y pacifista" de los ummitas hacen pensar inevitablemente en ciertos temas privilegiados de la propaganda soviética de la época.

* *Les Extraterrestres. Une nouvelle croyance religieuse?*, 1988.

La hija de carne y hueso y la hija de circuitos integrados

El hombre no podía contentarse con una vida diferente que surgiese del espacio o de las profundidades de los bosques. En plena era tecnológica, se siente capaz de contribuir con sus propias fuerzas a la ampliación de las fronteras de la vida. Imitando a los nuevos dioses, los extraterrestres, aspira a lanzarse en una carrera de demiurgo.

La aparición en 1818 de *Frankenstein*, la novela de Mary Shelley, marca un hito en la historia de los proyectos tendentes a la reconstrucción del ser humano. El hombre creado por el hombre –aunque en este caso el intento no resultó particularmente logrado– se convierte en realidad, por lo menos en el plano de la ficción literaria. Hacia 1900, los sabios locos de la época, del doctor Jekyll (Robert Louis Stevenson) al doctor Moreau (H. G. Wells) o al doctor Cornélius (Gustave le Rouge), se interesan por la recreación física y biológica del hombre, utilizando métodos frecuentemente emparentados con la carnicería y cuyos resultados pueden ser monstruosos; pese a todos los fracasos, lo esencial es que se ha planteado el problema.

El eugenismo y más que nada la genética afinaron la metodología. Trasladaron la empresa desde los dominios del artesanado, confiriéndole un alto grado de "viabilidad". Un pequeño juego en el mecanismo de los genes, desencadenado por factores exteriores o por intervención del hombre... y de golpe el ser en cuestión se convertía en *otro*.

El primer gran texto inspirado por estas nuevas posibilidades es el libro de Olaf Stapledon *Los últimos y los primeros hombres* (1930). Es la historia de veinte especies humanas encadenadas a lo largo de dos mil millones de años. Aparece el hombre que nos sucederá después de un cataclismo: ya es más perfecto que nosotros, más alto y tiene el cráneo más grande. Su heredero, el "tercer hombre", se le parece apenas; frágil y con una cabeza casi felina, se distingue sobre todo por

sus hazañas en la ingeniería genética. Su invención es el "cuarto hombre", que sólo será un cerebro gigantesco, el cual a su vez creará al "quinto hombre", mejor elaborado que los precedentes: un coloso bien construido y delicado a la vez, con un cerebro dos veces más voluminoso que el de la segunda especie... Y así, hasta la vigésima y última creación.

Dos años más tarde, en 1932, apareció *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, que representa una metodología susceptible de dirigir la formación de un ser humano desde el instante de la fecundación para producir ejemplares en serie, especializados a voluntad.

Como en los otros dominios ya explorados, la ficción no tardó en mezclarse con la vida. Las perspectivas revolucionarias de la biología engendraron innumerables proyectos, ilusiones y terrores. La atmósfera científica de la posguerra contribuyó a borrar las fronteras entre biología real y biología imaginaria. Se apoderó de los espíritus una especie de euforia futurista, conjugada además con su opuesto: el pánico derivado de una evolución acelerada que parecía derribar todos los puentes con el pasado, llevando en línea recta a la deshumanización del hombre. La normalidad ya no marcaba la pauta; la humanidad sólo disponía de dos engendros: lo mejor y lo peor. El hombre será diferente o dejará de ser.

Los mutantes invadieron la ciencia ficción. Se originan en una modificación dramática del medio tras una guerra nuclear, por ejemplo, o tras una experiencia de laboratorio. En nuestros días, el sabio loco se ha transformado en genetista. Pueden visualizarse todos los casos, incluso la transformación de animales susceptibles de saltarse etapas evolutivas gracias a una nueva distribución de genes. Desde perros Simak a tortugas Ninja, la galería es muy completa. También el hombre puede transformarse en cualquier cosa, en mostruo repelente o en superhombre, o incluso en vampiro, como en la novela de Richard Matheson *Soy una leyenda*, 1954. No obstante, por regla general el mutante se revela superior al hombre; dispone de una inteligencia perfeccionada, poderes psíquicos como la telepatía y a veces se revela capaz de predecir el

futuro. Los slans imaginados por A. E. van Vogt (*Slan*, 1940) son mutantes que han resultado de una manipulación humana y que nos superan en cualidades biológicas e intelectuales. Son rechazados por los hombres "normales", que los acosan infatigablemente para eliminarlos. Este texto representa una contribución significativa a la "redefinición" del Otro en el mundo de hoy. Desde que las razas y otras categorías humanas aspiran cada vez más a un status igual y uniforme, nos vemos obligados a recurrir a los mutantes para satisfacer las necesidades de alteridad.

También se puede echar mano de los robots. El término fue inventado por el escritor checo Karel Capek (1890-1938). El nombre y algunas funciones son nuevas, pero el hombre artificial posee una larga historia: estatuas animadas en la Antigüedad, el Golem de Praga en el siglo dieciséis y toda una serie de autómatas imaginados a partir de finales de la Edad Media. Una vez más, nos encontramos ante un arquetipo adaptado a las exigencias tecnológicas y sociales de nuestra época. En la obra *RUR* (1920), de Karel Capek, seres artificiales fabricados por el hombre para que trabajen para él acaban por rebelarse y ocupar el lugar de la humanidad. Para evitar un desastre parecido, Isaac Asimov (1920-1992) imagina las leyes de la robótica, es decir, las reglas y los límites precisos asignados al robot en sus relaciones con el hombre. El hombre artificial será programado de un modo que le impedirá dañar a su creador (*Yo, un robot*, 1941, seguido por toda una colección de obras sobre el mismo tema). ¿Qué nos asegura que esos seres de metal o plástico no acabarán un día reemplazándonos?

De hecho, la inteligencia artificial hace progresos estimulantes e inquietantes desde hace una decena de años. El ordenador no sólo ha invadido la vida real, sino también la dimensión imaginaria de la existencia. Mañana se conseguirá construir un cerebro artificial tan perfecto como el cerebro del hombre. ¿Y qué ocurrirá el día que sea más inteligente y poderoso que nosotros? ¿Nos convertiremos en esclavos de una máquina?

Una criatura más compleja y curiosa aún es el *cyborg*, especie de combinación de hombre, mutante y robot, ser

humano de biología modificada, aderezada con órganos y estimuladores artificiales. Una especie de superhombre de similar rendimiento que el robot. De hecho, los injertos y los órganos artificiales ya son una práctica corriente. Sólo hay que ir algo más lejos ... ¡y nace el cyborg!

Es verdad, la frontera entre ciencia y ciencia ficción, entre realidad e imaginario, se borra. *El shock del futuro*, el superventas de Alvin Toffler (1970), ofrece una de las ilustraciones más atrayentes del entusiasmo científico y tecnológico que desprecia cualquier límite. Siguiendo al futurólogo norteamericano, estaba cercano el momento –en realidad ya había comenzado– en que la biología humana pudiese determinarse a voluntad. Se podrían fabricar, incluso sin recurrir a la gestación femenina, todos los modelos humanos imaginables, superhombres y subhumanos, o bien hombres muy especializados (atletas, sabios). Podrían fabricarse hombres idénticos por el método de "clonación", u hombres extremadamente diversificados. Nada impediría a los nuevos brujos la fabricación de cerebros sin cuerpo o sostenidos en cuerpos parcialmente artificiales o, asimismo, ordenadores que incorporaran componentes biológicos. La fusión entre el hombre y la máquina, fusión real y no únicamente simbólica, ya había comenzado. La "trivialización" de las alteridades reales quedaba compensada en el imaginario por la invención de alteridades más profundas aún que las separaciones raciales tradicionales.

No hay razón, entonces, para no renunciar a los robots informes de hoy –que no son más que maquinarias perfeccionadas– y crear auténticos robots, humanoides cuyo comportamiento sería cuasihumano. La joven encantadora que nos sonríe desde la taquilla del cine, ¿será de carne y hueso o de circuitos integrados?

El shock del futuro expresaba los fantasmas de un período en expansión. Un cuarto de siglo más tarde podemos comprobar que el mundo se ha modificado mucho menos de lo que imaginaron los futurólogos –optimistas o pesimistas– de la época. No hemos desembarcado en Marte y los robots no han llegado a humanizarse. La inteligencia artificial progresa, pero no de modo tan espectacular como para acomplejarnos.

Sus injertos y estimuladores cardíacos no han transformado a quienes los llevan en hombres diferentes. La manipulación biológica se enfrenta a obstáculos científicos y escrúpulos morales. Lo peor no ha ocurrido. Ningún fin de mundo, nuclear o ecológico, está en perspectiva. No existe ninguna coyuntura para recomenzar la historia y transformarnos en salvajes.

La marcha hacia el futuro simplemente ha perdido velocidad. Dependía de un crecimiento acelerado que ya pertenece al pasado. Hay que tomar en cuenta nuevas prioridades: la lucha contra el sida parece más urgente que la colonización de Marte. Mientras tanto, las economías occidentales experimentan convulsiones y el Este ex comunista busca la salida del túnel. El hambre y la guerra devastan muchas regiones del globo. La humanidad vuelve a sus preocupaciones habituales. Estamos lejos, muy lejos, de las estrellas. Estamos lejos, muy lejos, del futuro. En este fin de siglo y de milenio, el hombre sigue confinado a su antigua condición humana. Felizmente le queda el privilegio de soñar, única manera de compensar las desilusiones del presente. Ni las tecnologías más avanzadas ni los sistemas totalitarios más ambiciosos han conseguido recrear al hombre. El fracaso de los métodos "materiales" refuerza los proyectos tendentes a la transfiguración espiritual del ser humano. Inscrita en el alma humana, la búsqueda de una condición distinta, "otra", nunca se detendrá. El carnaval imaginario continúa, con sus mil máscaras de hombres diferentes.

CONCLUSIONES

Mezcla variable de rasgos humanos y no humanos: así es el hombre diferente. Para definirlo hemos propuesto el concepto de "alteridad radical". El hombre diferente representa una pura ficción o todo lo más una hipótesis.

Este modelo imaginario se ha desempeñado en una doble vertiente. En primer lugar, se ha impuesto en las conciencias como realidad indudable. En segundo lugar, ha acabado por contaminar algunas comunidades humanas reales, empujadas así, de manera más o menos decisiva, hacia los márgenes e incluso más allá de los límites de la humanidad. Nuestra investigación ha cubierto principalmente al ser diferente fantasmagórico, pero, paralelamente, éste nos ha ayudado a identificar el mecanismo mental susceptible de transformar un ser real en ficticio.

La historia del hombre diferente supone un diálogo sin fin entre lo imaginario y lo real, entre las estructuras permanentes del imaginario y la serie interminable de "materializaciones", siempre distintas, siempre reflejo de las ideologías y las circunstancias.

En un tiempo los pobres mortales estuvieron en peligro de ser raptados por las hadas. A veces también por las sirenas. Ahora ha llegado el turno de los extraterrestres. En el siglo sexto, san Brandan buscó lo Absoluto recorriendo el Océano de una isla a otra. Mañana, el mismo camino iniciático pasará por las islas del universo a través de las constelaciones y las galaxias. Transformado él mismo en extraterrestre, el hombre descubrirá en las regiones más lejanas el espacio de las humanidades que se parecerán a los habitantes extraños de las islas

terrestres. Entre ellos sin duda estarán los hombres salvajes, esos seres peludos de los bosques y las nieves que se han desplazado imperturbables a través de los siglos. De una época a otra, han atacado a las mujeres, pero también han charlado con los filósofos y ayudado a los científicos a reconstruir el "eslabón perdido" de la evolución. Hace dos mil años, la isla de Iambulus ofreció la imagen de una humanidad nueva y una sociedad armoniosa. Redefinir al hombre fue también la gran apuesta del cristianismo, que se concretó en los monasterios y las islas de los bienaventurados. Durante el siglo diecinueve, los planetas propusieron innumerables rostros de hombres nuevos y gran variedad de humanidades más perfectas que las de la Tierra. Otras tantas fórmulas de perfectibilidad que los milenaristas secularizados y las utopías políticas de la época contemporánea han retomado, perfeccionado y aplicado...

Resultaría superfluo multiplicar los ejemplos. Es fácil comprobar que el juego se estructura en torno de arquetipos que corresponden a las obsesiones eternas de la humanidad: el conocimiento, el poder, el sexo, la cohesión social, la inmortalidad... Deseos y fantasmas combinados de mil formas, que sin embargo apenas cambian en cuanto a sus determinaciones profundas. Todo es variable, pero al mismo tiempo permanece inmutable. El mismo personaje puede desempeñar distintos papeles a través de las edades; el mismo papel puede ser desempeñado por máscaras que no se parecen en nada.

El hombre diferente es un testigo de la historia. Registra fielmente sus convulsiones y la disposición cambiante del espíritu humano. Pero, al mismo tiempo, es testigo de las permanencias. Pone en evidencia la unidad y continuidad fundamentales del espíritu que une a los hombres a través de los siglos y las culturas. Paradójicamente, en sus innumerables encarnaciones el hombre diferente prueba que el hombre real, su creador –aunque él también es siempre diferente, siempre otro– permanece esencialmente *el mismo.*

BIBLIOGRAFIA

Se dispone de una inmensa bibliografía sobre las diversas variedades de hombres diferentes, pero no existe ninguna obra semejante a nuestra tentativa de síntesis. Esta se basa en gran parte en fuentes que hemos citado en el texto. En cuanto a las obras relativas al tema, sólo proponemos una estricta selección y únicamente mencionamos las contribuciones que hemos utilizado.

Sobre el hombre diferente en general, ver la recopilación *Hommes et Bêtes* (Conversaciones sobre el racismo, bajo la dirección de Léon Poliakov), París-La Haya, 1975, y el número de 1992 de los *Anales de la Universidad de Bucarest* (bajo la dirección de Lucian Boia), dedicados a *El ser diferente y sus imágenes* (actas de las Jornadas Internacionales de Blois, 27-28 de septiembre de 1991, en adelante citado como AUB). Algunos aspectos particulares forman parte del dossier "Rencontres et apparitions fantastiques" publicado en los *Cahiers de l'imaginaire,* 10, 1994 (bajo la dirección de Jean-Bruno Renard).

Sobre la distribución geográfica de las alteridades en el imaginario griego, la obra fundamental es la de François Hartog, *Le Miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre,* París, 1980. Un enfoque interesante del tema puede hallarse en Monique Mund-Dopchie, "Autour des sciapodes et des cynocéphales: la périphérie dans l'imaginaire antique", en AUB, pp. 31-39. Para el caso de la India se puede consultar la excelente antología de J. André y J. Filliozat, *L'Inde vue de Rome. Textes latins de l'Antiquité relatifs à l'Inde,* París, 1986. Sobre el mismo tema, y en especial sobre la presencia del Otro en la urbe, ver Pierre Vidal-Naquet, "Bêtes, hommes et dieux chez les Grecs", en *Hommes et Bêtes,* y

Zoé Petre, "Images et imaginaire de l'infirmité dans la cité grecque", en AUB, pp. 23-29.

Para los fantasmas biológicos y sociales de la Edad Media occidental, un texto clave es el de Jacques le Goff, "L'Occident médiéval et l'océan Indien: un horizon onirique", en *Pour un autre Moyen Age*, París, 1977, pp. 280-298; ver también del mismo autor "Le Merveilleux dans l'Occident médiéval", en *L'Imaginaire médiéval*, París, 1985, pp. 17-40. La herencia antigua y las influencias orientales han sido identificadas por Jurgis Baltrusaitis en *Le Moyen Age fantastique*, París, 1955. Acerca del emplazamiento geográfico del hombre diferente, ver Christiane Deluz, "Le Même et l'Autre dans la cartographie médiévale", AUB, pp. 41-49. Christiane Deluz ha publicado también una monografía notable sobre *El libro de Jean de Mandeville, Une "géographie" au XIV siècle*, Lovaina, 1988; también le debemos una edición traducida al francés moderno y comentada del mismo texto: Jean de Mandeville, *Voyage autour de la Terre*, París, 1993.

Sobre lo maravilloso celta, se puede consultar a H. d'Arbois de Juvainville, *Le Cycle mytologique irlandais et la mytologie celtique*, París, 1884; Francis Bar, *Les Routes de l'autre monde. Descentes aux enfers et voyages dans l'au-delà*, París, 1946; y en un plano más general, *Mythologie des montagnes, des forêts et des îles*, París, 1963.

Sobre las hadas, ver Laurence Harf-Lancner, *Les Fées au Moyen Age (Morgane et Mélusine. La naissance des fées)*, París, 1984, Para este tema, como para las demás tradiciones folclóricas, se dispone de la impresionante investigación de Paul Sébillot, *Le Folk-lore de la France*, 4 vol., París, 1904-1907.

En cuanto al espacio germánico, las obras esenciales son las de Claude Lecouteux, en especial su tesis *Les Monstres dans la littérature allemande du Moyen Age*, 3 vol., Göppingen, 1982, y *Les Nains et les elfes au Moyen Age*, París, 1988.

Sobre todos estos temas ver también *Le Merveilleux. L'imaginaire et les croyances en Occident* (bajo la dirección de Michel Meslin), París, 1984.

Respecto del imaginario geográfico y biológico de los árabes, la referencia principal es André Miquel, *La Géographie*

humaine du monde musulman jusqu'au milieu du XI siècle, vol II ("Géographie arabe et représentation du monde"), París-La Haya, 1975.

El hombre salvaje de la Edad Media es el tema del libro de Richard Bernheimer, *Wild Men in the Middle Ages*, Cambridge, Mass., 1952.

W.G.L. Randles ha seguido en una obra excelente la evolución de la imagen de la Tierra: *De la Terre plate au globe terrestre*, París, 1980.

Sobre el mito del continente austral, de la Antigüedad a la época moderna, se dispone de dos obras esenciales: Armand Rainaud, *Le Continent austral, Hypothèses et découvertes*, París, 1893, y Marthe Emmanuel, *La France et l'exploration polaire*, París, 1959.

Acerca de Paracelso, hemos utilizado el artículo de Charles Webster, "Paracelsus and Demons: Science as a Synthesis of Popular Belief", en *Scienze, credenze occulte* (Istituto Nazionale di Studi sul Rinascimento), Florencia, 1982.

Los avatares del hombre diferente durante el Renacimiento han sido estudiados por Frank Lestringant: *Le Huguenot et le Sauvage*, París, 1990, y sobre todo *L'Atelier du cosmographe au l'image du monde à la Renaissance*, París, 1991, seguido por *Le Cannibale. Grandeur et décadence*, París, 1994.

Para la imagen del indio salvaje y las demás figuras de la alteridad americana, ver asimismo el notable álbum de Hugh Honour, *The New Golden Land. European Images of America from the Discoveries to the Present*, Nueva York, 1975; la recopilación *La Rencontre des imaginaires entre Europe et Amériques* (bajo la dirección de Jean-Jacques Wunenburger), París, 1993; y *América Mágica*, de Jorge Magasich-Airola y Jean-Marc de Beer, París, 1994.

William B. Cohen ha seguido la "deformación" del negro en *Français et Africains. Les Noirs dans le regard des Blancs* (1530-1880), París, 1980, pp. 102-104. Sobre el mismo tema ver el artículo de Pierre Darmon, "Le Noir entre l'homme et le singe", en *L'Histoire*, nº 23, mayo 1980, pp. 102-104. El racismo en la época moderna ha sido tratado por Léon Poliakov en *Le Mythe aryen. Essai sur les sources du racisme et des nationalismes*, París, 1971 (nueva edición, 1987). Sobre la imagen del Otro

en general, ver asimismo Tzvetan Todorov: *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, París, 1989.

Los monstruos son interpretados por Claude Kappler en *Monstres, démons et merveilles à la fin du Moyen Age*, París, 1980, y por Gilbert Lascault, *Le Monstre dans l'art occidental*, París, 1973.

Sobre el imaginario geográfico del siglo dieciocho, ver Numa Broc, *La Géographie des philosophes. Géographes et voyageurs français au XVIII siècle*, tesis, Lille, 1972; París, 1975.

Los rostros y el significado del salvaje en la Ilustración han sido identificados por Frank Tinland: *L'Homme sauvage. Homo ferus et homo sylvestris. De l'animal à l'homme*, París, 1968. Un informe completo del mito tahitiano se encuentra en Eric Vibart, *Tahiti. Naissance d'un paradis au siècle des Lumières*, Bruselas, 1987.

Acerca de la "pluralidad de los mundos habitados", dos amplias síntesis cubren desde la Antigüedad hasta comienzos del siglo veinte: Steven J. Dick, *Plurality of Worlds. The Origins of the Extraterrestrial Life. Debate from Democritus to Kant*, Cambridge, 1982, y Michael J. Crowe, *The Extraterrestrial Life Debate. 1750-1900. The Idea of a Plurality of Worlds from Kant to Lowell*, Cambridge, 1986. Una descripción de los extraterrestres imaginados en el siglo diecinueve se halla en Lucian Boia, *L'Exploration imaginaire de l'espace*, París, 1987.

Las hipótesis referentes a la existencia de un mundo subterráneo han sido recopiladas por Walter Kafton-Minkel: *Subterranean Worlds*, Port Townsend, 1989.

La disgregación de la sociedad occidental durante el siglo diecinueve y su impacto sobre el imaginario social son analizados en el libro clásico de Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX siècle, París*, 1958; y en Pierre Darmon, *Médecins et assassins à la Belle Epoque*, París, 1989. En cuanto al caso particular de la mujer, ver siempre Pierre Darmon, *Mythologie de la femme dans l'ancienne France (XVI-XIX siècle)*, París, 1983.

El mito del "peligro amarillo" ha sido tratado por Jacques Decornoy en *Péril jaune, peur blanche*, París, 1970. Sobre el mismo problema, asociado a otros temores de la *Belle Epoque* (como el peligro marciano), ver también Lucian Boia, *La fin du monde. Une histoire sans fin*, París, 1989.

"El hombre nuevo" de las ideologías totalitarias lo presenta André Reszler en *Mythes politiques modernes*, París, 1981. La antropología de los nazis ha sido tratada en detalle en el volumen *La Science sous le Troisième Reich*, bajo la dirección de Josiane Olff-Nathan, París, 1993: ver las contribuciones de Benoît Massin, "Anthropologie raciale et national-socialisme: heurs y malheurs du paradigme de la "race", pp. 197-262, y Sheila Faith Weiss, "Biologie scolaire et enseignement de l'eugénisme sous le Troisième Reich", pp. 263-285. Para la creación del hombre nuevo comunista, ver Lucian Boia, *La Mythologie scientifique du communisme*, Caen, 1993.

Un rico panorama de la antropología (en el sentido cultural del término) ofrece Mondher Kilani en *Introduction à l'anthropologie*, Lausana, 1992, seguido por *L'Invention de l'autre. Essais sur le discours antropologique*, Lausana, 1994.

Para una interpretación sociológica del salvaje actual, ver los artículos de Jean-Bruno Renard "L'Homme sauvage et l'Extraterrestre: deux figures de l'imaginaire évolutionniste", en *Diogène* nº 127, 1984, pp. 70-88, y "L'Homme sauvage dans l'imagerie contemporaine", en AUB, pp. 89-99.

La bibliografía de los ovnis y los extraterrestres es enorme. Señalemos únicamente el *Que sais-je?* de Michel Dorier y Jean-Pierre Troadec sobre *Les OVNI*, París, 1985; "Enquêtes sur les soucoupes volantes", de Pierre Lagrange, en *L'Incroyable et ses preuves* (Terrain, 14), París, 1990, pp. 93-112; las obras de Bertrand Méheust, *Science fiction et soucoupes volantes*, París, 1978, y *En soucoupes volantes. Vers una ethnologie des récits d'enlèvements*, París, 1992; la recopilación publicada bajo la dirección de Thierry Pinvidic, *OVNI, vers une anthropologie d'un mythe contemporain*, 1993. El periodista John Keel ha reunido una colección de hechos curiosos sobre los hombres salvajes y los extraterrestres: *Strange Creatures from Time and Space*, Londres, 1975. Para la interpretación religiosa del fenómeno, la contribución esencial corresponde a Jean-Bruno Renard: *Les Extraterrestres. Une nouvelle croyance religieuse?*, París, 1988.

Las *Légendes urbaines. Rumeurs d'aujourd'hui*, de Véronique Campion-Vincent y Jean-Bruno Renard, París, 1992, nos han

ayudado a tratar el canibalismo y el enigma del "robo de órganos".

Acerca de la historia de los robots, desde la Antigüedad hasta el presente, lo esencial está en John Cohen, *Human Robots in Myth and Science*, 1966. Respecto de los mutantes, el tema ha sido tratado con moderación por Robert Clarke, *L'Homme mutant*, París, 1989.